



CS

Memorias del Bicentenario: discursos e ideologías

Graciana Vázquez Villanueva (directora)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

**Memorias del Bicentenario:
discursos e ideologías**

**Memorias del Bicentenario:
discursos e ideologías**

Graciana Vázquez Villanueva (directora)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decano

Hugo Trincherio

Vicedecana

Ana María Zubieta

**Secretaria
Académica**

Graciela Morgade

**Secretaria de Supervisión
Administrativa**

Marcela Lamelza

**Secretaria de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil**

Silvana Campanini

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretario de Investigación

Claudio Guevara

Secretario de Postgrado

Pablo Ciccolella

**Subsecretaria
de Bibliotecas**

María Rosa Mostaccio

**Subsecretario
de Publicaciones**

Rubén Mario Calmels

**Prosecretario
de Publicaciones**

Matías Cordo

Coordinadora

Editorial

Julia Zullo

Consejo Editor

Amanda Toubes

Lidia Nacuzzi

Susana Cella

Myriam Feldfeber

Silvia Delfino

Diego Villarroel

Germán Delgado

Sergio Castelo

**Dirección
de Imprenta**

Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Colección Saberes

Edición: Liliana Cometta

Diseño de tapa e interior: Pica y punto. Magali Canale-Fernando Lendoiro

Imagen de tapa: *Plaza de la Victoria*, de Carlos Pellegrini, 1829, Museo Histórico Nacional.



Memorias del Bicentenario: discursos e ideologías / dirigido por Graciana Vázquez Villanueva. - 1a ed. -
Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires, 2010.
274 p.; 20 x 14 cm (Saberes)

ISBN 978-987-1450-94-7

1. Análisis del Discurso. 2. Ideologías. 3. Bicentenario. I. Vázquez Villanueva, Graciana, dir.
CDD 809.5

ISBN 978-987-1450-94-7

© Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606, int. 167 - editor@filo.uba.ar

Introducción

Graciana Vázquez Villanueva y Nicolás Bermúdez

Paratexto, pero también metatexto de la compilación de artículos que la sucede, esta introducción debería aplicarse a responder la pregunta por su existencia: ¿por qué un libro sobre la memoria o, mejor, sobre las memorias? En el campo cultural argentino contemporáneo este interrogante se prolonga forzosamente hacia otro: ¿por qué *otro* libro sobre la memoria?, dado que se trata de un tópico abordado en los últimos años con profusión y desde las más diversas disciplinas, al cual arribamos sin la gracia de la inocencia que se le concede al primero que llega.

Para responder a la primera de esas preguntas podemos acudir al meollo antojadizo de un (raro, pero no imposible en el ámbito académico) placer colectivo: “porque *nos* interesa, porque *nos* gusta”; o bien admitir que, desoyendo los fundamentos del trabajo crítico, aceptamos de manera irreflexiva las (siempre “sospechables”) consignas culturales vigentes: “porque es un tema de época, porque se nos impuso”. Quizás la respuesta a la cuestión se encuentre en el deseo de responder al segundo interrogante, más difícil de reconocer y de decir abiertamente, como todo objeto de deseo (además de ser desmesurado, en este caso específico, si se lo mide con

el rasero de la prudencia que pide la academia). Así, este libro y el programa de investigación del cual sedimenta no se plantean explícitamente elucidar las causas de esta súbita pasión de nuestra comunidad por la memoria, pero, con diverso grado de visibilidad, es un tópico que impregna todos los textos de esta compilación, una de las pulsaciones que justifican su convivencia, que permiten su *idiorritmia*.

Más cerca del mundo de nuestras decisiones deliberadas, el tópico de la memoria fue elegido por la persistencia, en el imaginario de la pequeña comunidad que conformamos, del fantasma (¿negativo?) del *olvido*. Ese significante en el que se materializaba un fantasma nos animó a la indagación de la memoria, de las representaciones del pasado (los recuerdos evocados o buscados) o, como lo pensaba Platón, de la representación presente de una cosa ausente. Claro que, en nuestro caso, la estructuración del fenómeno fue muchísimo más modesta: se trató, y se trata, de examinar en detalle algunas zonas de la cultura para observar en ellas, en la persistencia de diversas materialidades significantes (palabras, cuerpos, imágenes), los idearios y políticas que administran los esfuerzos de rememoración y los recuerdos, los lugares de memoria, la narración de la historia colectiva (con sus traumas, imposturas y paramnesias), las prácticas conmemorativas, la construcción de los acontecimientos, el cruce del problema de la memoria con el de la identidad. Se intentó, en definitiva, explorar la organización de todo aquello que se le arrebatara al flujo incesante de la curva hacia el olvido.

El asunto de lo investigado no fue constituido solo por la discursividad en la construcción de las memorias y los discursos sobre la memoria, sino también por las memorias discursivas, esto es: por el vínculo que los enunciados establecen con otros precedentes, además del que establecen con las cosas pasadas y con los recuerdos. Un fenómeno fue focalizado al observar la construcción y expresión de la memoria: lo ideológico (aunque no siempre mencionado con

este vocablo). Complejo y opaco, el factor ideológico reclamó nuestra atención en tanto variable capaz de distorsionar la comprensión que del mundo tienen los sujetos y legitimar sistemas de poder.

Simétricamente, también nos interesaron las políticas efectivas del olvido; su uso nunca neutro y su abuso. No solo los olvidos tácticos de ciertos significantes que, criba mediante, algunos hombres han decidido negar o silenciar, o las amnistías y otras coartadas institucionales que obedecieron a la manipulación estratégica de ciertos grupos, sino también los olvidos que advienen con la misma instauración del orden simbólico, vale decir, aquello que los sujetos tuvieron que reprimir, aquello que los discursos y las ideologías, para constituirse, no pudieron sino forcluir. Pero en este terreno el riesgo es basculante. Otro vicio que confrontamos durante la investigación y las discusiones de equipo fue el de la intimación a recordar como forma de cortocircuitar el trabajo de proyección. Sin la fuerza del olvido, la memoria identifica completamente el futuro con el pasado. El análisis de los materiales y los textos teóricos nos llevó a interrogar la posibilidad de un olvido positivo (inseparable de la justicia y la reparación); de un olvido contra el pasado eternizado y al cual se subordine la memoria. En suma: a la inconveniencia de olvidar el olvido.

Fuera de la determinación grupal del tópico central de investigación, fueron el placer o la obsesión individual los que ocasionaron la elección de tipos, géneros discursivos y materiales. De todos modos, los lineamientos globales de nuestra labor investigativa fueron pautados por el intento de anudarlos con otras dimensiones de lo político. En principio, porque presentar un proyecto significa fijar una posición en relación al modo de vinculación con las políticas investigativas de una universidad y con su papel como actor primordial del entorno socio-cultural. Con una visión de la coyuntura de nuestro país, además, puesto que estamos

convencidos, como investigadores, del compromiso que implica elegir con autonomía un tema de investigación, como modo de participación responsable en los diálogos y antagonismos que configuran el mundo que nos circunda. Así pues, en nuestro caso específico y ante la proximidad de 2010, comenzamos a pensar la memoria reflexionando sobre los procesos históricos que originan los “centenarios”, el Centenario y, sobre todo, el Bicentenario, en tanto momentos, al menos en teoría, simbólicamente productivos de evocación, balance y proyección. Aparecían como momentos clave para observar el proceso de conformación de un imaginario nacional a través de la lucha semántica, desplegada en distintos tipos de discursos.

El ordenamiento del texto que sigue responde, justamente, a la interrogación de esos distintos procesos históricos. Más allá de esta elemental organización, las propuestas que esta obra reúne convergen en un –al menos para nosotros– atractivo “desorden”: seis tipos discursivos diferentes, una más amplia todavía variedad de géneros y una paleta de materiales bien disímiles. Es esta una de las tantas ventajas de ajustarse al programa propuesto por los estudios del discurso, el cual le permitió a los actores de las ciencias sociales y humanas ensanchar el horizonte investigativo hasta tornar pensable la posibilidad de estudiar, segmentándola en campos, la totalidad de los enunciados de una sociedad. Los análisis que dieron lugar a este libro no se pretenden (¿cómo podrían hacerlo?) definitivos. Son solo la punta del *iceberg* de un proceso mayor y en curso, el resultado de nuestras lecturas, de nuestros intercambios, de nuestras escrituras; la consecuencia de una alternancia entre el trabajo solitario y el trabajo con el otro, entre –cabría decir– distintas modulaciones de la reflexión. Es que no escribimos ni, ahora, publicamos espoleados por la aceptación mansa de exigencias institucionales. La decisión de la que nació este libro es deudora tanto del compromiso de una intervención honesta

y responsable en los diálogos de nuestro entorno cultural, como de una necesidad de hacer presente, en nuestro proceso de reflexión, la *sombra terrible* de los eventuales lectores.

Contra la ciencia positivista que veía su propia constitución en el proceso de depuración de los fantasmas, Barthes prefería hablar de una sobreimpresión del fantasma con la ciencia. Como mínimo se debe sostener, decía, que toda investigación parte de un fantasma (ya hablamos más arriba de los nuestros), de un momento de sobreimpresión que precede a esa decantación conjetural. Hoy el postulado barthesiano se ha impuesto en casi todos los campos del saber. En la forma que tienen las ciencias humanas de producir conocimiento ha cesado la lucha a muerte que alguna vez acometió el espíritu científico contra las imágenes, las metáforas y las analogías. Y en ese triunfo ha sido fundamental la observación de los fenómenos discursivos. Se podría afirmar así que las imágenes han pasado a estar en un lado y en el otro, en el objeto y en el metalenguaje, del espacio disciplinar en el que nos ubicamos. Este libro, de todos modos, no problematiza cuestiones teórico-metodológicas que –hay que reconocerlo– los estudios del discurso no pueden (o no deben) dejar de poner en cuestión. También en este caso correspondió a la libre decisión de cada autor la selección de un enfoque específico (expuesto en cada capítulo) de todos los que conforman ese campo disciplinar. La premisa de partida era más bien amplia: consistía en articular, desde la plataforma que brindaba el dispositivo de los estudios del discurso, las operaciones de sentido descritas con formaciones ideológicas o posicionamientos asignables a la ocupación de un lugar social.

La investigación que emprendimos no tuvo una –por así decirlo– fijación nostálgica. El tema, pero también el ADN del marco teórico-epistemológico, nos empujaron a momentos de reconstrucción museográfica o de lavado arqueológico, a fin de detectar, en enunciados actuales, los restos más

o menos distorsionados de sus encuentros con el pasado. La nuestra, no obstante, es una excavación de urgencia, condicionada por la percepción de un presente en permanente desintegración, en metamorfosis continua. Digámoslo así: la pasión de nuestra labor investigativa tiene algo de melancólica; incluso frente a los materiales más actuales nos sentimos, como decía Daney, rozados por el ala del *habrá sido*. En este orden, no nos propusimos la apropiación de un coto de la historia, sino la exploración de tramas que pueden ayudar a elucidar las problemáticas de un país que ofrece un presente inasible y que no puede (o no quiere) pensar su proyección hacia el futuro. No creemos que la memoria sea un distrito de la imaginación, pero tenemos la certeza de que saber cómo se recuerda una comunidad y, sobre todo, con qué intensidad lo hace, también puede ser útil para saber por qué no se imagina. Notará el lector entonces, que –no puede ser de otra manera– el fracaso de las utopías (y las utopías del fracaso, o lo distópico, o lo apocalíptico) ocupa silenciosamente el reverso de las consideraciones y enunciados que aquí se agrupan.

Esas utopías serán, posiblemente, el tema del próximo libro.

El libro reúne escritos que son parte de los resultados de la primera etapa de investigaciones individuales desarrolladas en el marco de un proyecto UBACyT (programación 2008-2010) sobre ideologías políticas en el Centenario y en el Bicentenario, dirigido por la Dra. Graciana Vázquez Villanueva. Salvo el del capítulo inicial, escrito por el investigador de la UNAM César González Ochoa (amable y lúcido amigo), el resto de los autores son integrantes de ese proyecto. La elección de los materiales, el recorte del corpus, las hipótesis iniciales, los desarrollos argumentativos y la revisión de los sucesivos borradores de cada texto fueron extensamente discutidos en las reuniones semanales llevadas a cabo por el equipo.

Centrados en el momento del centenario los trabajos incluidos en la primera parte de este libro analizan distintos aspectos de la relación memoria/olvidos en el discurso social. *César González Ochoa* indaga el carácter discursivo de los monumentos latinoamericanos que forman parte de la memoria de sus centenarios, para luego reflexionar sobre las relaciones que se establecen, justamente, entre la memoria, la identidad y el olvido. *Lucas Adur*, en el campo del discurso religioso, propone una lectura de la “Oración Patriótica”, pronunciada por Monseñor Miguel de Andrea en la Catedral de Buenos Aires en 1910, para analizar la interpretación sobre las movilizaciones anarquistas a partir de la construcción ideológica que vincula la formación discursiva patriótica y cristiana. *Victoria Ferrero* analiza en el semanario *Caras y Caretas* los modos de construcción de la memoria discursiva de la revolución de 1810. *Pablo Von Stecher*, focalizado en el discurso médico-académico, analiza, frente a las demandas político-institucionales de orden y autoridad, la construcción de un sujeto discursivo, tensionado por las categorías “sujeto médico”, “sujeto educador”, “sujeto político”, que tiene como finalidad la reproducción de la lógica científico-política dominante. *Gabriel Torem* indaga, en el marco del movimiento anarquista, la revista *Ideas y Figuras* que, en el contexto de las deportaciones y encarcelamientos de militantes ácratas y de extranjeros, despliega una batalla política cuyo corolario fue el confinamiento del discurso anarquista a la defensa de valores estéticos y humanistas universales y su alejamiento de espacios más próximos a las clases populares nacionales. Estos trabajos, centrados en un momento de conmemoración, despliegan el estudio sobre aquellas tensiones o vinculaciones que reformulan la narrativa fundacional del mito nacional.

Focalizadas en las que hemos denominado “memorias intermedias”, se ubican las propuestas de *Victoria García*, que analiza el semanario nacionalista-católico *Azul y Blanco*, en

1960, con el objetivo de relevar las estrategias que el periódico activó para la instauración de una forma específica de nación cuya legitimidad disputaba dentro del orden social de ese momento, y de *Cristian Palacios*, que estudia el discurso del humor político, en particular los monólogos de Tato Bores, para escrutar a través de las representaciones sociales desplegadas la reformulación de narrativas que ayudan a constituir el imaginario socio-histórico hegemónico.

La tercera parte del libro se centra en el Bicentenario. *Graciana Vázquez Villanueva* indaga, en un sector del discurso intelectual argentino, la conformación de un nuevo régimen de memoria para la historia argentina reciente a partir de la articulación metodológica entre el Análisis del Discurso y la Historia de los conceptos. El relevamiento de los objetos y operaciones discursivas dan cuenta de una tarea intelectual que no solo activa los interrogantes desde la urgencia de este presente, sino fundamentalmente expone un particular modo de decir que despliega su relación con la verdad –la *parrhesía* definida por Foucault–. Por último, el trabajo de *Nicolás Bermúdez* examina, a través de unos pocos ejemplos, las operaciones de modalización que pone en obra la prensa gráfica informativa para construir el acontecimiento político de la conmemoración; su trabajo analiza, puntualmente, el reconocimiento de un acto oficial del 25 de Mayo de 1810 en distintas tapas de diarios.

Los usos de la memoria en los comienzos del siglo XX: en torno del Centenario

Monumentos del Centenario

César González Ochoa

El término “monumento”, que no es muy antiguo en su concepción actual pues se dice que se usó por primera vez en la expresión *monument historique* en ocasión de la demolición de la Bastilla, está relacionado con la noción de memoria; proviene del latín *monumentum* y este de *monere*, que remite a recordar, advertir, hacer saber, instruir. Tanto el término latino como los griegos *mnema-mnemeion* están vinculados a la raíz indoeuropea *men*, que expresa una de las funciones fundamentales de la mente (*mens*), la memoria (*memini*); por su parte, el sufijo *-mentum* puede indicar tanto una acción o un proceso como el resultado de la acción o el proceso. Desde la antigüedad romana hay monumentos, aunque su sentido no era el mismo; según Goff, se pensaba el monumento como un signo del pasado y el término tenía dos sentidos: como obra de arquitectura o de escultura con fines conmemorativos, como arco de triunfo, columna, trofeo, pórtico, etc., y como monumento funerario. Este historiador, en su búsqueda histórica del término “memoria”, dice que aparece muy temprano en las lenguas romances, en el vocabulario francés está ya desde el siglo XI; en el siglo XV, en la época de apogeo de las *artes memoriae*, aparece la palabra *mémorable*, y en el XVI, los

escritos de personajes importantes se denominan *mémoires*; es la época en que nace la historia y se afirma la noción de individuo. El pensamiento de la revolución francesa desarrolló la noción de monumento, pero la necesidad de conmemorar está en realidad más desarrollada entre conservadores y nacionalistas, para los cuales la memoria es un fin y un instrumento de gobierno. A partir de 1789 aparecen instrumentos nuevos de conmemoración, como monedas, medallas y estampillas, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, además de las estatuas, inscripciones y lápidas conmemorativas (Le Goff, 1991: 153 y 227).

El concepto moderno de monumento histórico se desarrolló sobre todo en el siglo XIX, con el auge y crecimiento de las ciudades y las rápidas transformaciones en el tejido urbano tradicional, pero especialmente con la formación de los Estados nacionales y su necesidad de símbolos. El monumento histórico tiene la función de ser un recordatorio de acontecimientos o de personas, lo cual, a final de cuentas, remite a recordar el carácter efímero de la vida humana; es decir, su propósito fundamental no es proporcionar informaciones sino tratar con emociones.

La relación entre memoria y monumento ha sido acentuada desde los primeros escritos teóricos; por ejemplo, Alois Riegl dice en su tratado que, “en su más antiguo y original sentido, un monumento es una creación humana erigida para el propósito específico de conservar vivos los hechos y acontecimientos humanos en la mente de las generaciones futuras” (Riegl, 1984). Una primera distinción de Riegl es aquella entre los monumentos intencionales y los no intencionales; los primeros se construyen con el propósito de recordar un hecho o una persona, han existido desde que existe la cultura y pueden ser edificios o ciudades, los cuales son monumentos por su valor irremplazable. Con esta distinción, extiende la denominación de monumento a cualquier artefacto que revele el paso del tiempo sin considerar su propósito o su sentido

original; lo que lo define es la edad. En el caso del intencional, erigido para rememorar hechos o personas, su propósito es vencer la distancia temporal, rechazar el paso del tiempo; es un eslabón que une el pasado con el presente, que establece una conexión con lo que se quiere recordar. Su función es mantener vivo el recuerdo, detener el olvido. Por ello, la edad es un obstáculo y cualquier señal de deterioro disminuye su función, que es mantener vivo el interés por lo que en él se manifiesta. Sin embargo, el monumento no intencional, al no ser construido con el propósito de recordar, rechaza la transparencia y prefiere asumir la distancia en el tiempo. El valor del monumento intencional, continúa Riegl, está condicionado puesto que se conserva en tanto que la persona o el acontecimiento que con él se recuerda todavía importa para la sociedad; pero el valor del no intencional depende del observador ya que llamar monumento a un edificio es una designación subjetiva.

Desde los primeros años del siglo XX, época del libro de Riegl, la discusión acerca de la noción de monumento ha pasado a otras áreas; hoy se denomina de esa manera a una estructura ya sea que haya sido creado explícitamente para recordar una persona o un acontecimiento, ya sea que se haya convertido en algo importante para un grupo social como parte de sus recuerdos de hechos pasados. Ciertas estructuras funcionales –edificios públicos, casas, fábricas, estaciones de tren, etc.– que se destacan por su antigüedad, su tamaño o por su significado histórico, también pueden considerarse como monumentos. A menudo, los monumentos transportan cierta información histórica o política, pueden usarse para reforzar el poder político (como es el caso de muchos de los monumentos patrios), o para educar a la población acerca de hechos o personajes.

Los países latinoamericanos, a finales del siglo XIX y principios del XX, encontraron una ocasión única de construir edificaciones, de erigir monumentos destinados a conmemorar los

inicios de sus movimientos de independencia, los cuales surgieron en casi todas las capitales y ciudades importantes. Al ser el inicio de las luchas de independencia uno de los mayores acontecimientos en la historia de estos países, ese hecho no podía pasar inadvertido al cumplirse en 1910 el primer centenario. La llamada Columna de la Independencia en la capital mexicana y el proyecto del Monumento a Mayo en la capital argentina son dos de las edificaciones proyectadas para la conmemoración de este hecho. En México hubo un primer proyecto de monumento a la independencia¹ en 1843, cuando el presidente López de Santa Ana, después de convocar a un concurso, asignó el proyecto al arquitecto Lorenzo de la Hidalga. Este monumento debía estar en la Plaza de la Constitución y constaba de una gran columna flanqueada por fuentes, pero de ella solo se terminó el basamento o zócalo, el cual bautizó a la plaza como Zócalo. Años más tarde, Maximiliano encargó al ingeniero Ramón Rodríguez otro proyecto de monumento, que tampoco se realizó. Durante los primeros años del gobierno de Porfirio Díaz, un concurso internacional para edificar un monumento para el centenario de la independencia, convocado en 1877, fue ganado por los arquitectos norteamericanos Cluss y Schultz; tampoco se realizó pero sirvió de base para el diseño definitivo del arquitecto Antonio Rivas Mercado, quien lo tomó como modelo, además de algunas famosas columnas, desde las de Roma hasta las erigidas en el siglo XIX en las principales ciudades europeas. Todas esas columnas fueron levantadas para conmemorar el triunfo de un ideal en sus respectivos países. La primera piedra del monumento a la independencia o columna de

1 El "grito de Dolores" se considera como el momento de inicio de la guerra de independencia mexicana y es el llamado que el cura Miguel Hidalgo, junto con Ignacio Allende y Juan Aldama, hace a sus parroquianos para levantarse contra la autoridad virreinal de la Nueva España el 16 de septiembre de 1810. Este llamado se hace al tañer la campana de Dolores, ubicada en la iglesia parroquial de Dolores (hoy Dolores Hidalgo), estado de Guanajuato. A partir de ese momento se inicia una guerra que culmina el 27 de septiembre de 1821, con la firma del Tratado de Córdoba, con el que se consuma la independencia de México.

la independencia se colocó en 1902 y ocho años más tarde, el 16 de septiembre de 1910, se celebró la ceremonia de inauguración encabezada por el presidente Díaz. Los trabajos de cimentación se deben a los ingenieros Gonzalo Garita y Manuel Gorozpe. La columna, que mide 36 m de alto, es hueca, de acero y recubierta con cantera labrada; en su interior hay una escalinata que asciende hasta la base del pedestal que soporta una estatua, conocida como el Ángel, aunque es realmente una victoria alada. En la parte inferior, la columna está rodeada de guirnalda sujetas por cabezas de león y desde ellas ascienden ramas de laurel abrazadas por anillos labrados con los nombres de los héroes del movimiento insurgente; el capitel de la columna está formado con hojas de acanto, volutas y cuatro águilas. La victoria alada que remata el monumento mide 6,7 m de altura y pesa 7 toneladas, lleva una corona de laurel en una mano y un trozo de cadena, que simboliza la dominación española, en la otra. Fue realizada por el escultor Enrique Alciati en bronce y recubierta de oro.

El proyecto de monumento conmemorativo de la independencia argentina tiene un antecedente. En marzo de 1811, la Junta que sustituyó al derrocado virrey español, conocida como la Primera Junta, decidió celebrar el 25 de mayo de ese año el primer aniversario de la Revolución de Mayo por lo cual el Cabildo de la ciudad mandó a erigir un monumento y llamarlo Columna 25 de Mayo, con forma de obelisco, aunque desde los primeros años se le ha dado el nombre de pirámide. Este fue el primer monumento patrio de Argentina. Dos meses después, el 25 de mayo de 1811, se inauguró la obra y de su construcción se encargó el alarife y maestro de obras Francisco Cañete. A mediados del siglo, hacia 1856, la pirámide estaba muy abandonada por lo que se encargó su transformación al pintor y arquitecto Prilidiano Pueyrredón, quien colocó en su parte superior una estatua de la libertad de 3,6 m de altura, coronada con un gorro frigio, estatua que fue realizada por el escultor francés Dubourdieu. El obelisco tiene una altura total de 19 m. En 1907, se

convocó a un concurso para el proyecto de un monumento, que se llamaría Monumento a Mayo, y sus resultados fueron expuestos en mayo de 1908; se presentaron setenta y cuatro proyectos, de los cuales solo ocho eran locales, y los ganadores fueron los italianos L. Brizzolara, escultor, y G. Moretti, arquitecto. Múltiples dificultades de todo tipo, junto con las fuertes críticas al proceso total, entre ellas de Ricardo Rojas y de Leopoldo Lugones, impidieron que el proyecto se realizara. Entre otras cosas, las críticas iban en el sentido de la necesidad de demoler la pirámide; el resultado es que esta se conservó y solo fue trasladada al centro del nuevo trazado de la plaza en 1914, y que el monumento proyectado nunca se construyó.

La forma elegida para ambos monumentos es la de columna, de sección circular en el caso de México y de sección cuadrada para el de Buenos Aires. En términos generales, una columna es una pieza arquitectónica que sirve normalmente para sostener el peso de una estructura, aunque también puede tener fines decorativos. Cuando la sección es circular, es propiamente una columna, pero cuando es cuadrangular se denomina pilar (o pilastra, si está adosada a un muro). La columna clásica está formada por tres elementos: basa, fuste y capitel. Un caso particular es el la llamada columna conmemorativa, que no es pieza estructural de alguna construcción, sino que constituye en sí misma una edificación que sirve para recordar algún acontecimiento o algún personaje histórico. En este caso, sobre un podio generalmente elevado se levanta un fuste de grandes dimensiones, que puede estar decorado con bandas de bajorrelieves que cubren su superficie; en el extremo superior, se alza una figura o una estatua. Los romanos la utilizaron para conmemorar acontecimientos de relieve nacional o para glorificar a sus emperadores. Son célebres la columna levantada en torno al año 113 a. C. en el Foro de Trajano, en Roma, para celebrar la conquista de Dacia, o la columna de Marco Aurelio erigida en el foro

Antonino hacia 180 a. C. (hoy en la plaza Colonna de Roma) para conmemorar las victorias sobre los germanos. En épocas posteriores a la del Imperio Romano se ha seguido recurriendo a este tipo de monumento triunfal, del que son ejemplos la columna de la plaza Vendôme de París, de 44 m de alto con una estatua de Napoleón como remate para celebrar la victoria en Austerlitz; la columna en la plaza Trafalgar de Londres, terminada en 1843, con una altura de poco más de 50 m y con la estatua del almirante Nelson como remate; o la Columna de la Victoria de Berlín (*Siegessäule*), terminada en 1874, que tiene una altura de 69 m y remata con una estatua de la Victoria; finalmente, la columna dedicada al emperador Alejandro I en San Petersburgo, terminada en 1834, de 47 m de altura y con la estatua del emperador que celebra la victoria sobre Napoleón.

Sería interesante pensar los monumentos, del centenario en particular, y todo el conjunto de monumentos y de hechos urbano-arquitectónicos en general, como un tipo de discurso de modo que fuera posible pensar la columna de la independencia de México y el proyecto de columna destinado a ocupar la que sería la Plaza de Mayo en Buenos Aires como discursos del centenario. Plantear las formas por medio de las cuales un pueblo recuerda los hechos, acontecimientos y personajes de su pasado en términos del concepto de discurso, supondría una doble labor: primero, un trabajo teórico que diera como resultado una definición, aun cuando fuera operativa, del concepto de discurso, y, segundo, la extensión de este concepto de manera que incluya no solo la acepción tradicional de conjuntos de enunciados verbales sino también los formados por otras materias. Pensar el discurso como una entidad formada por signos verbales no constituye ningún avance pues es simplemente darle un nombre más a una noción existente (o, en los términos de Occam, es multiplicar los entes de manera innecesaria); con ello, además, se le quita al concepto de discurso su potencial

teórico asociado a su carácter normativo y a su estatuto institucional, a los que me referiré enseguida.

Antes de abordar la cuestión de una definición de discurso, me referiré brevemente a la tipología de los discursos; estamos acostumbrados a expresiones del tipo “discurso político”, “discurso literario”, etc., lo cual asume que debe existir alguna manera de agrupar ciertos hechos en bloques como los mencionados; sin embargo, no podemos asumir esto sin discutirlo, o sea, sin buscar qué es lo que les da unidad o cuál es la base de su clasificación. Si se habla de discursos literarios es porque se asume que hay un grupo de textos, obras, etc., que pertenecen al conjunto que llamamos “literatura”, que mantienen una cierta relación con un esquema discursivo preexistente que va más allá de las obras concretas e individuales y que, como esquema simbólico, es capaz de orientar tanto su producción como su lectura.² A pesar de que los discursos literarios están contruidos con enunciados lingüísticos, en ellos están presentes no solo elementos de la lengua, por lo que su análisis no puede hacerse solamente pensando que son series de frases o de oraciones que remiten al código lingüístico; si así fuera, los textos literarios serían lineales o unidimensionales; es más, serían paradigmáticos en este sentido. Como todo texto cultural, no están determinados unívocamente sino que son objetos heterogéneos, susceptibles de producir múltiples sentidos, lecturas diversas. Este potencial de significación representa un peligro para las sociedades, por lo cual toda producción debe ser “controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por

2 No entraré aquí en la antigua discusión acerca de los rasgos del texto que bastan para calificarlo como literario. Baste decir que no se puede determinar su carácter literario sobre la base de características inherentes al texto; por tanto, que una obra pertenezca al conjunto de las consideradas como literarias solo depende de ciertas normas aceptadas en una sociedad particular. Es decir, que lo que unifica un conjunto de textos es una entidad más amplia llamada “literatura” es su uso, su función en la vida social.

función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1973: 11). Por medio de tales procedimientos se introduce una normatividad que privilegia una lectura y sitúa las otras posibles en un segundo plano. Es decir, convierte las obras literarias en discursos, las reduce a ser manifestación del esquema discursivo que domina una determinada época en la vida de esa sociedad. En cada campo particular de la vida social existe un sistema que regula ese dominio y que produce el conjunto de discursos acerca de él; a ese conjunto de reglas se lo denomina institución; en el campo de la literatura está formada por las revistas literarias, críticos, suplementos culturales, antologías, historias de la literatura, editoriales, profesores, investigadores y estudiantes de letras, congresos, sistemas de premios, etc. Los sociólogos ven la institución como un conjunto de normas que se aplican a un dominio particular de actividades y definen allí una cierta legitimidad. Funcionalmente, son modos de organización que aseguran la permanencia de los miembros de una colectividad dada y los integran en ella; su eficacia se logra por la imposición de sistemas de normas y valores cuyo vehículo son precisamente los discursos, los cuales se caracterizan por presentar su objeto –en este caso los textos literarios– en términos de esencia, sin contactos con lo social o con la historia.

A esta altura de la exposición, debe ser evidente que podemos hablar de discurso no solo para el caso de producciones que tienen una base material lingüística sino para cualquier otra, como el caso de las edificaciones arquitectónicas que llamamos monumentos. Como ya se señaló, estos se consolidan en la segunda mitad del siglo XIX con las transformaciones urbanas y la necesidad de símbolos para los recientes estados nacionales. El momento fundador de una institución es cuando aparece una legitimidad que se elabora internamente y, con ella, esas prácticas se vuelven autónomas y distintivas. La base de esa legitimidad es un

sistema que puede enunciar leyes y sanciones en ese campo. Eso ocurre en el campo de la literatura también en el siglo XIX, cuando se convierte en asunto de hombres de letras independientes y especializados, que crean sus códigos y sus reglas de trabajo y funcionamiento. En términos generales, las instituciones son aparatos de poder; de allí que, si los discursos son producidos por las instituciones, necesariamente en ellos están presentes ciertas relaciones de dominio. Se puede decir que el discurso es el lugar privilegiado del ejercicio del poder porque es a través de él como se constituyen los sujetos y porque es el sujeto donde el poder se ejerce en toda su profundidad. Sin embargo, como ha argumentado ampliamente Foucault, donde hay poder hay resistencia; las relaciones de poder nunca son unívocas sino que en todo discurso se pueden encontrar focos de inestabilidad, puntos de enfrentamiento, de conflicto, de lucha; el discurso, dice Foucault, puede ser instrumento y efecto del poder, pero también obstáculo y punto de partida para una estrategia contraria (Foucault, 1973: 123).³

Regresemos a la columna, forma adoptada por estos monumentos. Vamos a postular un nuevo concepto, el de tópicico, que nos permite otro acercamiento al discurso. Tópicico no simplemente es aquello de lo que se habla, ya se trate de un objeto real o imaginario, sino un objeto de discusión con términos de tratamiento establecidos; en otras palabras, un tópicico sería una convención que implica una relación estable entre los individuos que participan en ella. En palabras de Bourdieu, son “lugares en el discurso en los que un grupo entero se encuentra y se reconoce”; así, los tópicicos más exitosos son aquellos que logran el estatus de lugares comunes. A partir de esto, podríamos entonces asignar el nombre de discurso al conjunto de tópicicos y procedimientos, históricamente conformados, que impulsa y

3 De hecho, los textos literarios y los artísticos en general constituyen los lugares en los que la dominación y la resistencia son más encarnizadas.

regula la expresión de los individuos que lo habitan y que les asigna posiciones definidas en el campo de significados que delimita. El tópico “columna” ha sido elaborado desde muchos ángulos y uno, no el menos importante, es el del campo del discurso de la masonería.

Existe una gran cantidad de estudios sobre los aspectos simbólicos de los objetos, tanto los de la vida cotidiana como los utilizados en los ritos; en ellos siempre se dice que la columna, cuando se usa aisladamente como en el caso de los monumentos del centenario, es un símbolo que pertenece al grupo cósmico del “eje del mundo”, junto al árbol, la escala y el mástil. Su función es conectar el cielo, en tanto morada de las divinidades celestes, con la tierra, morada de los hombres.⁴ En otras tradiciones, como en la masónica, la columna es un símbolo que posee diversos significados: entre otros, es el soporte de la construcción y la unión de sus diferentes niveles; representa, pues, el eje de la construcción y su solidez. Es muy común que aparezcan estas columnas en pares, y entonces simbolizan dos fuerzas opuestas en equilibrio; representan la eterna estabilidad, mientras que la separación entre ellas es el lugar de ingreso a un espacio consagrado. Las dos columnas aluden, en la tradición hebrea, a las construidas por Hiram para el templo de Salomón (Reyes 8, 13) a las que llamó Jakim y Boaz. La masonería retoma esta tradición por lo que a la entrada de cada logia siempre se construyen dos columnas que llevan esos mismos nombres. En su interior se edifican otras tres columnas igualmente importantes que representan las tres cualidades capitales: sabiduría, fuerza y belleza, cada una de ellas en un estilo arquitectónico dado y se asocian a cada una de las tres máximas autoridades de la logia. La columna jónica representa la sabiduría, está asociada al “Venerable” y sobre ella se asienta

4 Cfr., entre otros, los de Mircea Eliade, por ejemplo el *Tratado de historia de las religiones*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1974.

la estatua de Minerva; la columna dórica representa la fuerza de espíritu, está asociada al “Primer Vigilante” y lleva una estatua de Hércules; y la columna corintia, que representa la belleza de los actos, asociada al “Segundo Vigilante”, sobre la cual se asienta Venus.

Podría parecer arbitrario asociar el tópico “columna” con la tradición masónica en el marco de los monumentos del centenario. Sin embargo, el grado de arbitrariedad se reduce si se piensa que, dentro de los regímenes discursivos en el siglo XIX, el de la masonería era muy importante pues se veía como una institución muy seria que daba capacitación e instrucción a las personas más brillantes de la sociedad, debido, entre otras cosas, a la falta de espacios y oportunidades educativas de esa época. Porfirio Díaz, quien ocupó la presidencia de México de 1876 a 1911, con un breve intermedio de 1880 a 1884, tuvo una instrucción masónica muy fuerte y llegó a ocupar el grado 33, el nivel más alto; la logia que actualmente se considera una de las más antiguas de Oaxaca, la denominada “Cristo N° 1”, fue fundada por Díaz, y el nombre que este adoptó dentro del rito es el de “pelicano”, fuertemente asociado con Cristo.⁵ En relación con la Argentina, hay más información: se sabe que el libertador José de San Martín fue masón; también Manuel Belgrano y Vicente López y Planes, el autor del himno nacional de este

5 No tenemos ninguna referencia de que Antonio Rivas Mercado, el arquitecto que construyó la columna de la independencia, haya pertenecido a alguna agrupación masónica, aunque es del dominio público que los constructores han estado desde la Edad Media asociados con la masonería; lo que sí se sabe es que una gran cantidad de presidentes de la república, desde el primero de ellos en 1824, fueron masones. Estos presidentes fueron: Guadalupe Victoria, primer presidente (1824-1829); Vicente Guerrero (1830); Guadalupe Gómez Pedraza (1832); Valentín Gómez Farías (vicepresidente, 1833); Javier Echeverría (1841); Nicolás Bravo (1842-1843); Benito Juárez (1858-1867 y 1871-1872); Sebastián Lerdo de Tejada (1873-1876); Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911); Francisco I. Madero (1911-1912); Álvaro Obregón (1920-1924); Plutarco Elías Calles (1924-1928); Emilio Portes Gil (1928-1930); Pascual Ortiz Rubio (1930-1932); Abelardo L. Rodríguez (1932-1934); Lázaro Cárdenas (1934-1940); Miguel Alemán Valdez (1946-1952); Adolfo López Mateos (1958-1964).

país. Entre los miembros de la Convención Nacional Constituyente de 1860, se sabe que eran masones, entre otros: Mariano Fraguero (su presidente), Domingo F. Sarmiento, José Benjamín Gorostiaga, Nicasio Oroño, José María Gutiérrez, Irineo Portela, Salvador María del Carril, José Francisco Seguí, José Mármol, Benjamín Victorica, Wenceslao Paunero, Nicanor Albarellos y el de los actores directos: Bartolomé Mitre, Santiago Derqui y el general Justo José de Urquiza. Fueron masones también Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández, todos reconocidos cultores de la poesía gauchesca. Y, entre los presidentes de la república, se cuenta a Bernardino Rivadavia, López y Planes, Justo José de Urquiza, Santiago Derqui, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, Miguel Ángel Juárez Celman, Carlos Pellegrini, Manuel Quintana, José Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña, Victorino de la Plaza, Hipólito Yrigoyen, Agustín P. Justo.⁶

Pero el carácter discursivo del monumento lo podemos identificar de modo más preciso que desde el punto de vista de la masonería, si lo consideramos como uno de los elementos que conforman el patrimonio cultural de un país. Los monumentos del centenario son parte del patrimonio cultural edificado, el cual es uno de los mayores soportes de la memoria colectiva o social; de hecho, monumentos y edificios, así como ciertas áreas urbanas a las cuales se les asigna un valor patrimonial, son puntos de apoyo para la construcción de la memoria social, son como estímulos externos que ayudan a reactivar ciertos

6 Alcibiades Lappas, *La masonería argentina a través de sus hombres*, ed. de autor, 1966; un resumen de este libro está en <http://www.academiamasonica.or.ar/0102.htm>. La lista de los presidentes con sus períodos es la siguiente: Bernardino Rivadavia, primer presidente, entre 1826 y 1827; Vicente López y Planes, presidente provisional tras la renuncia de Rivadavia; Justo José de Urquiza, de 1854 a 1860; Santiago Derqui, entre 1860 y 1861; Bartolomé Mitre, entre 1862 y 1868; Domingo Faustino Sarmiento (gran maestro), entre 1868 y 1874; Miguel Juárez Celman, de 1886 a 1890; Carlos Pellegrini, de 1890 a 1892; Manuel Quintana, entre 1904 y 1906; José Figueroa Alcorta, entre 1906 y 1910; Roque Sáenz Peña, entre 1910 y 1914; Victorino de la Plaza, de 1914 a 1916; Hipólito Yrigoyen, entre 1916 y 1922 y entre 1928 y 1930; Agustín Pedro Justo, entre 1932 y 1938.

rasgos de esta memoria. Un primer acercamiento a la noción de memoria tiende a relacionarla con la neurología o con la psicología; aquí nos interesa, sin embargo, en su relación con la historia y las ciencias sociales en general. Memoria e historia son nociones muy cercanas ya que tienen una materia prima común: evocan lo mismo, el pasado, pero no se confunden; incluso a veces se consideran opuestas. De manera intuitiva, vemos la memoria como algo ligado a grupos, entre los que está en primer lugar la familia, que representan posibilidades de aprendizaje y de socialización y que aseguran la continuidad y la identidad de las tradiciones. De allí que sea no solamente individual sino también colectiva pues sus portadores o soportes subjetivos son tanto el individuo como la colectividad social; y puede asumir varias funciones, como la de identificación cultural, de diferenciación e integración, y de control político e ideológico.⁷ En general, se puede considerar como un conjunto de representaciones explícitas y conscientes del pasado que determinan la definición que nos damos acerca de nosotros mismos y del lugar que ocupamos dentro de un cierto sistema de relaciones; esas representaciones son posibles gracias al orden simbólico y al lenguaje, pero también por la unidad del sujeto consigo mismo.

Desde la década de 1920, Halbwachs hablaba ya de memoria colectiva (Halbwachs, 1925); consideraba la memoria individual como un fenómeno colectivo, sometido a fluctuaciones y cambios constantes. Estrictamente, dice, la memoria individual no existe pues está relacionada siempre con la del grupo: se recuerda algo por la acción de los otros y la situación; por eso recordar no es revivir sino reconstruir,

7 Pero, desde el punto de vista ontológico —dice Gilberto Giménez— memoria individual y memoria colectiva son diferentes: la primera es una facultad, mientras que la colectiva “no puede designar una facultad, sino una representación: es el conjunto de las representaciones producidas por los miembros de un grupo a propósito de una memoria supuestamente compartida por todos los miembros de este grupo”. (Giménez, 2009)

repensar con imágenes e ideas de hoy la experiencia del pasado. Que la memoria es siempre social lo indica el hecho de que el recuerdo solo emerge en relación con personas, grupos, lugares o palabras; cuando estudia los procesos de memorización colectiva, Halbwachs se refiere a los marcos sociales de la memoria, que son combinaciones de imágenes, ideas o conceptos y representaciones.

Aunque los dos registros del pasado, historia y memoria colectiva, se relacionan, el autor piensa que la expresión “memoria histórica” es una contradicción en los términos, puesto que la memoria colectiva es una corriente de pensamiento continuo, que no retiene del pasado sino lo que sigue vivo o es capaz de permanecer en la conciencia del grupo que la mantiene; en ella no hay líneas nítidas de separación, sino límites irregulares e inciertos. Por su parte, la historia responde a una necesidad didáctica de esquematización y está en un nivel distinto de los grupos. La historia se presenta como la memoria universal de los seres humanos, o como el registro del pasado de un grupo, mientras que la existencia de grupos diferentes dentro de las sociedades da lugar a diversas memorias colectivas. Frente al carácter universal de la historia, la memoria colectiva se asienta sobre un grupo limitado en el espacio y en el tiempo; por tanto, cada grupo produce su propio tiempo, diferenciado en parte del tiempo compartido con el resto de la sociedad; no hay un tiempo común a todos los grupos.

Cada individuo es miembro de varios grupos y participa de varios pensamientos sociales; su mirada se sumerge sucesivamente en diversos tiempos colectivos. El individuo lleva siempre en su interior el tiempo social del que no puede desprenderse porque lo habita. Los diversos grupos inmovilizan el tiempo a su manera, o imponen a sus miembros la ilusión de que durante un tiempo, en un mundo que cambia sin cesar, algunas zonas han adquirido una estabilidad y un equilibrio relativos. No solo es evidente la relación entre la

memoria de la persona y la del grupo, sino también entre esta y la tradición, que es la memoria colectiva de cada sociedad. Por tanto, la memoria, como acto de reconstrucción, nunca es idéntica a alguna imagen del pasado pues en cada generación la memoria entrega a los individuos una realidad que es en parte común y en parte diferente.

Otros autores piensan que negar la memoria individual y reconocer solo la colectiva como resultado de la interacción social es una postura muy radical y proponen la existencia simultánea de la individual y la social, y dicen que el recuerdo es primero individual, aunque realmente solo se advierte cuando se destaca del telón de fondo de lo colectivo. Sin embargo, Halbwachs acentúa las funciones positivas de la memoria común, especialmente en su función de refuerzo de la cohesión social por una adhesión afectiva al grupo, y con ello asume que la nación es la forma más acabada de un grupo y la memoria nacional como la forma más completa de la memoria colectiva. La memoria es producto de un aprendizaje por medio de procesos generacionales de socialización, de lo que se llama tradición, es decir, el proceso de comunicación de una generación a la siguiente. Necesita, además, ser continuamente reactivada, de manera periódica, para conjurar la amenaza permanente del olvido; este es el papel de los monumentos celebratorios, de las conmemoraciones y de actividades semejantes, que son algo así como la memoria colectiva en acto.

Otra estudiosa de la sociedad que se ha orientado al estudio de la memoria es Agnes Heller, aunque ella no habla de memoria colectiva sino de una memoria cultural; esta, dice, “está conformada por objetivaciones que proveen significados de una manera concentrada, significados compartidos por un grupo de personas que los dan por asumidos”. Los significados compartidos pueden tener como soportes textos (escritos sagrados, crónicas históricas, literatura), pero también pueden estar en monumentos, edificios o estatuas,

“señales, símbolos y alegorías igual que depósitos de experiencia, *memorabilia* erigidos a manera de recordatorios”. La memoria cultural está incorporada en prácticas que se repiten regularmente, tales como fiestas, ceremonias, ritos; finalmente, de la misma manera que la memoria individual, la cultural está asociada a lugares donde ha ocurrido algún suceso significativo y único o lugares donde un suceso significativo se repite regularmente (Heller, 2001). De manera diferente a la memoria individual, la memoria colectiva o social se construye a lo largo de muchas generaciones de individuos, cada uno de ellos sumergido en relaciones determinadas por estructuras sociales. Es una memoria que representa procesos y estructuras sociales que se transforman; soportes de la memoria tales como los monumentos del centenario de la independencia contribuyen al transporte de la memoria social de una generación a otra.

Si la memoria es un fenómeno construido social e individualmente, también es elemento constituyente del sentimiento de identidad, sea este también individual o colectivo, por el hecho de ser un factor primordial del sentido de continuidad y coherencia de un individuo o un grupo en la construcción de sí mismo. Según Le Goff, la memoria “es uno de los elementos más importantes de las sociedades desarrolladas y de las sociedades en vías de desarrollo, de las clases dominantes y de las clases dominadas, todas en su lucha por el poder o por la vida, por sobrevivir y por avanzar”; es también “un elemento esencial de lo que hoy se estila llamar la identidad, individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy...” (Le Goff, 1991: 181). La construcción de la memoria social es, por tanto, decisiva para la formación de las identidades colectivas, y esto es parte importante del proceso político. Los movimientos sociales, políticos y culturales, conscientemente o no, operan acciones que dan por resultado la construcción de las identidades colectivas. Por tanto, la cuestión que se plantea

es qué papel cumplen los monumentos y, en general, las áreas urbanas con valor patrimonial en la lucha en torno a la construcción de las identidades colectivas.

Así como la memoria es un conjunto de representaciones sobre el pasado, la identidad está también implícita en cualquier representación de nosotros mismos. Memoria e identidad son valores disputados en los conflictos sociales que oponen entre sí a los diversos grupos de una comunidad; de allí que ambas tengan un carácter histórico; la institución de la memoria social no es un proceso externo a las prácticas sociales de los agentes sino el resultado de esa acción. Por ello la memoria no es algo fijo en la herencia legada por el pasado, sino que requiere ser continuamente recreada para que pueda dar sentido al orden presente. Memoria e identidad son representaciones, construcciones de la realidad. La memoria, los recuerdos, nos ayudan a comprender el mundo en que vivimos, pero el complejo de relaciones de poder, de género, de clase social, etc., determina lo que debe ser recordado (y lo que debe ser olvidado), por quién y con qué fines. De allí que la memoria colectiva sea al mismo tiempo instrumento y meta del poder y que por tanto haya una lucha por el dominio del recuerdo y de la tradición, por la manipulación de la memoria.⁸

La identidad, también de manera intuitiva, está relacionada con la idea que tenemos acerca de quiénes somos y quiénes son los otros; es decir, con la representación que tenemos de nosotros mismos en relación con los demás. Las comparaciones hechas entre personas hacen descubrir semejanzas y diferencias entre ellas; a partir de las semejanzas encontradas se puede decir que comparten una misma identidad, que hay algo que las distingue de otras personas. Eso que distingue a

8 "Lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada ya por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad, ya por aquellos que se han ocupado del estudio del pasado y de los tiempos pasados, los historiadores". *Ibid.*, p. 227.

las personas y a los grupos de otras personas y otros grupos sólo puede ser la cultura: “los materiales con los cuales construimos nuestra identidad para distinguirnos de los demás son siempre materiales culturales”.⁹ La identidad, así como la memoria, puede ser individual si su soporte es el sujeto individual, o colectiva, si su soporte es una colectividad.

Si la identidad tiene por referencia la memoria, entonces la identidad nacional tendrá como referencia la memoria nacional. Esa identidad nacional es una de las múltiples identidades colectivas de las que participamos y tiene relación con los símbolos patrios, con todo lo que refuerza el sentimiento de pertenencia a una nación; allí tienen un importante papel los monumentos, pero también todo eso que acogemos como parte del patrimonio, como áreas urbanas, edificios, puentes, etc. Su preservación favorece la construcción de la identidad nacional, pero también de identidades regionales y locales, de identidades étnicas y religiosas, y también posibilita la formación de identidades de clases y grupos sociales si se preservan los soportes de la memoria que les corresponden. Por ello, un mismo objeto patrimonial pueda ser una referencia de diferentes identidades. Lo que se buscaría, con respecto a los monumentos, especialmente en los que son los más importantes en la constitución de una identidad nacional, es identificar su papel, en tanto que soportes materiales de la memoria, en el proceso de construcción de la memoria social; y de qué manera su preservación contribuye al proceso de desarrollo. Aquí desembocamos necesariamente en la noción de patrimonio cultural; de manera más precisa, en la de patrimonio edificado.

A partir del siglo XIX, la época de oro de los monumentos que es también el advenimiento de las sociedades modernas, industrializadas y seculares, el patrimonio surge, en

9 Giménez, G., “Cultura, identidad y memoria...”, *op. cit.*

el ámbito de los procesos de construcción de los Estados-nación, como un artificio creado para fortalecer la pertenencia a un mismo espacio simbólico. En efecto, el patrimonio surge como una invención, como construcción de la modernidad. Al atribuir una trascendencia a determinados símbolos culturales que atestiguan el carácter singular de una determinada comunidad y que confieren una ilusión de permanencia y continuidad en relación al pasado, al mismo tiempo se construye un ideal colectivo para el futuro. En este sentido, el vínculo social básico necesario para la construcción de un sentimiento de pertenencia colectiva viene a asentarse en el principio de la semejanza cultural que tiene por base una cultura y una historia comunes, que unen e identifican una población.¹⁰

Los modelos de gobierno de los nacientes Estados vinieron, de este modo, a dar un nuevo significado a los testimonios del pasado como consecuencia de la necesidad de demostrar lo específico de un pueblo, recurriendo para ello a la búsqueda incesante de sus raíces históricas y culturales en el territorio que sirve de soporte a la nación, al considerar como patrimonio los hechos culturales¹¹ que mejor demuestren esta continuidad, esta sensación de permanencia y este sentimiento de pertenencia, en una estrategia de representación nacional idealizada frente a las amenazas de ruptura y desorden provocadas por la heterogeneidad de los nuevos estados. En estos contextos, se producen discursos sobre el pasado que destacan no solo la singularidad y grandeza de los hechos culturales convertidos en patrimonio, como es el caso de los

10 Cfr., Gellner, Ernest, *Nations and nationalism*, Ithaca, Cornell University Press, 1983.

11 Por su naturaleza, el patrimonio urbano y arquitectónico, más que cualquier otro, hace posible un proceso de construcción de la memoria social puesto que, como dice Walter Benjamin, la arquitectura es un tipo de obra que se recibe colectivamente, entonces el patrimonio edificado solo existe en la esfera pública, en contacto con la colectividad, tiene un carácter que es proclive al reconocimiento por parte de grandes grupos lo que favorece las tendencias a la socialización.

monumentos conmemorativos del centenario, sino también sus orígenes remotos y su continuidad a lo largo del tiempo para que promuevan un sentimiento nostálgico en relación al pasado, al mismo tiempo que se presentan como recurso para la construcción del futuro. El patrimonio es, por tanto, una construcción social, un proceso simbólico de legitimación social y cultural, basado en la selección y activación de ciertas edificaciones (no de todas), que permite representar una determinada identidad. Esta representación se procesa a través del rescate de edificios, monumentos, etc., destacados de un conjunto más amplio, que cumplen una finalidad de identificación colectiva por el hecho de ser vehículos de los valores culturales propios de cada sociedad, esto es, objetos seleccionados y construidos por ella en cada momento. Hablar de patrimonio presupone hablar de identidad en la medida en que esta puede definirse como una síntesis simbólica de valores que contribuyen al sentimiento de pertenencia e identificación de una colectividad social. Esa capacidad de representación simbólica de las identidades a través de los monumentos ha sido un elemento central en la definición actual del concepto de patrimonio. Si la ciudad moderna del siglo XIX y sus símbolos, especialmente los enraizados en la tradición, dieron nacimiento al concepto de monumento histórico, el concepto de patrimonio urbano que hemos adoptado es, de acuerdo con Choay,¹² una consecuencia de los conceptos de monumento y de monumento histórico desarrollados principalmente durante ese siglo.

Una de las acepciones más utilizadas del concepto de patrimonio es aquella que la relaciona con una herencia, con un legado que hemos recibido de nuestros antepasados y que tenemos el deber de transmitir a las generaciones futuras. Así considerada, la herencia cultural contribuye

12 Choay, Françoise, *L'allégorie du patrimoine*, París, Éditions du Seuil, 1992; versión en portugués: *A alegoria do patrimônio*, Unesp, São Paulo, p. 307.

a dar cierta estabilidad, permanencia y continuidad a los monumentos y otros hechos culturales que, al mismo tiempo que permiten establecer un puente simbólico entre el pasado, el presente y el futuro, promueven un sentimiento de filiación y pertenencia por parte de los miembros del colectivo social. Sin embargo, esa manera de pensar el patrimonio no permite captar toda la complejidad asociada a ese concepto, puesto que el patrimonio es resultado, en primer lugar, de un proceso de reconocimiento y selección de ciertos hechos urbanos y arquitectónicos que se proyectan y encuentran su justificación en una valoración que remite a su carácter simbólico, esto es, a su necesidad de preservación en virtud del significado que encierra para la colectividad, pero también en su rentabilidad social, o sea, su utilidad y funcionalidad en el plano social y económico. Por tanto, más allá de su relación con el pasado histórico, el patrimonio funciona tanto como herramienta de formación identitaria, como instrumento de afirmación y legitimación de grupos sociales. Las áreas urbanas patrimoniales son soportes de la memoria social y, como tales, son importantes para el desarrollo de la sociedad, para la formación del sentido de la historia en la vida cotidiana y para la construcción de las identidades colectivas. Pero esas áreas no se presentan solo como soportes de la memoria sino también como bienes de valor artístico y cultural. Al aumentar en importancia las actividades económicas relacionadas con la cultura, aumenta la de esa naturaleza artística del patrimonio construido, lo que puede ocasionar intervenciones urbanísticas que menoscapien el carácter de memoria.

Por tanto, las áreas urbanas con valor patrimonial son portadoras de un carácter doble: bienes de carácter artístico-cultural y soportes de la memoria social, con valor histórico. ¿Cómo situarse frente a este carácter doble? Desde un punto de vista económico, la expansión de los servicios, de la actividad económica ligada a la cultura y al turismo es una preocupación. Para

esas actividades el valor artístico-cultural es más importante, pero para atender plenamente esos objetivos, se requieren intervenciones, actualización de imagen y otras transformaciones de *marketing*. El tratamiento del patrimonio como soporte de la memoria impone cambios definidos de la forma arquitectónica y urbanística e impide la instalación de equipamientos urbanos relacionados con el turismo en esas áreas. O sea, el mercado inmobiliario está limitado en sus movimientos. También el punto de vista ambiental cada vez es más pertinente en las políticas urbanas. De hecho, la presencia de bienes de valor patrimonial es un factor en la calidad cultural del entorno urbano. Así, el tratamiento del patrimonio como soporte de la memoria es positivo desde el punto de vista ambiental; sin embargo, en la práctica, a veces la política ambiental pasa a segundo término cuando se quiere aumentar la expresividad artístico-cultural, al grado de comprometer su calidad de soporte de la memoria.

Si la sociedad actual trae las marcas de las estructuras sociales que le antecedieron y si estas marcas son potencialmente los soportes de la memoria, entonces es también por la selección, el análisis y la interpretación de estos cómo se construyen la memoria social y el olvido. La memoria colectiva es socialmente construida por la conservación de ciertos soportes convertidos en patrimonio cultural. Esa selección se hace en el ámbito del poder público por medio de un conjunto de acciones, mediadas por la dinámica que involucra la esfera pública, en un contexto político y cultural. En este sentido, el proceso de preservación del patrimonio está condicionado por la acción política. La construcción de la memoria (y, por tanto, del olvido) es objeto de una permanente disputa por parte de los poderes políticos, lo cual ocurre por medio de la decisión de qué es lo que debe preservarse.¹³

13 Dice Le Goff, "la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas.

Con el rescate del pasado por medio de la noción de patrimonio no solo se busca la recuperación, sino también se exaltan las actividades y expresiones que puedan convertirse en instrumento para fortalecer la identidad de una comunidad. Pero estas iniciativas asumen, más allá de una vertiente identitaria, un carácter instrumental, pues contribuyen a la legitimación de los poderes instituidos, una vez que la oferta de bienes y actividades culturales responde a los anhelos de una población carente de vínculos de identificación con el territorio, con el pasado y con los demás miembros de la colectividad; se promueve, de este modo, el consenso social. En conclusión, aunque pueda ser caracterizado como un proceso de representación cultural basado en el pasado y en las especificidades culturales locales, el patrimonio es una interpretación o recreación de la historia que transmite mitos de origen y de continuidad, que más allá de dotar a un grupo de un sentimiento de pertenencia común, contribuye a la legitimación de las instituciones sociales responsables por su activación. Es este el rasgo discursivo fundamental de los monumentos del centenario.

Bibliografía de referencia

Choay, F. 1992. *L'allégorie du patrimoine*. París, Éditions du Seuil.

Eliade, M. 1974. *Tratado de historia de las religiones*. Madrid, Ediciones Cristiandad.

Foucault, M. 1973. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets.

———. 1977. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México, Siglo XXI.

Los olvidos, los silencios de la historia, son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva". (p. 134)

- Gellner, E. 1983. *Nations and nationalism*. Ithaca, Cornell University Press.
- Giménez, G. 2009. “Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas”, *Frontera Norte*, vol. 21, n° 41, enero-junio.
- Halbwachs, M. 2004. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos.
- Heller, A. 2001. “Cultural Memory, Identity and Civil Society”, *Internationale Politik und Gesellschaft* N° 2: 139-143. Traducción española en *Indaga. Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanas-International Review of Social and Human Sciences*, 2003. Santa Cruz de Tenerife, Foro de Investigaciones Sociales.
- Lappas, A. 1966. *La masonería argentina a través de sus hombres*, ed. de autor. Resumen disponible en <http://www.academiamasonica.org.ar/0102.htm>
- Le Goff, J. 1991. *El orden de la memoria*. Barcelona, Paidós.
- Riegl, A. 1984. *Le culte moderne des monuments: son essence et sa gènesse*. París, Ed. du Seuil. Edición en español. 1987. Madrid, Visor.

Dios y patria. Una lectura de la *Oración patriótica* (1910)

Lucas Martín Adur Nobile

Introducción. Breve contexto y destinatarios

La “Oración patriótica de acción de gracias por las fiestas del Centenario” fue pronunciada por Miguel de Andrea en la Catedral de Buenos Aires, el 2 de junio de 1910.¹ Monseñor De Andrea contaba por entonces con 32 años y constituía una figura clave en el panorama del catolicismo argentino. Nacido en Navarro (Buenos Aires) en 1877, se había licenciado y luego doctorado en Teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Su primer sermón fue pronunciado en su pueblo natal en 1900 y ocho años después el papa Pío X ya lo había nombrado “prelado doméstico”.² La “cuestión social” y la propagación del anarquismo y el comunismo fueron preocupaciones recurrentes en los escritos y discursos de De Andrea que, en 1912, fue designado director de los “Círculos de Obreros” católicos. No obstante su importancia

1 En septiembre de ese mismo año fue publicada en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Año XIII, t. XXXVII, septiembre de 1910, pp. 92-105.

2 El título de *prelado doméstico* se le otorga a ciertos sacerdotes como reconocimiento papal. No implica necesariamente la jerarquía de obispo, pero admite el tratamiento de “Monseñor”.

en el desarrollo de un catolicismo social en nuestro país,³ la figura de De Andrea suscitará un cierto rechazo en algunos sectores del clero y especialmente en el laicado más comprometido. Esta resistencia lo obligará a renunciar a la dirección de los “Círculos” en 1917 e impedirá su acceso al arzobispado en 1924.⁴

En las vísperas del Centenario de Mayo, varios sindicatos anarquistas convocaron una huelga general que amenazaba con empañar los proyectados festejos. El gobierno declaró el estado de sitio y encabezó una violenta represión, a la que se sumaron grupos parapoliciales.⁵ De Andrea fue uno de los promotores de la “reacción” conservadora contra las huelgas y manifestaciones anarquistas. Ante un público mayoritariamente femenino, congregado frente al mausoleo con los restos de Belgrano, De Andrea pronunció un discurso de exaltación patriótica. Convocó luego una movilización desde la plaza del Congreso hasta la plaza San Martín. Estos serán los dos eventos que, en la “Oración patriótica”, De Andrea recordará y celebrará, algo hiperbólicamente si seguimos a

3 Cfr. la “Nómina de sus realizaciones sociales”, en De Andrea, 1965: 353-354.

4 Di Stéfano y Zanatta (2000: 373, 384-394) sostienen que la oposición de ciertos sectores del catolicismo se explica fundamentalmente por dos causas. Por un lado, porque De Andrea, a instancias del arzobispo Espinosa, realizaba acciones tendientes a lograr una unificación rígidamente jerarquizada de los cristianos, que se contraponía al modelo federativo que propugnaban muchos fieles laicos. Por otra parte, porque su posición aparecía para ciertos católicos como excesivamente conciliadora con el Estado liberal (sobre esta última cuestión, ver *infra*).

5 “Pocos días antes de la celebración del centenario de la Revolución de Mayo, la CORA convocó a Huelga General reclamando la derogación de la Ley de Residencia y la libertad de los presos sociales (...). El gobierno conservador declaró el estado de sitio y durante los días 13 al 16 de mayo alentó a grupos parapoliciales a sembrar el terror sobre locales sindicales y barrios obreros, propiciando el incendio de periódicos, como *La Protesta* y *La Vanguardia*. Se encarceló a un importante número de militantes obreros y se deportó a unos 600 trabajadores. Figueroa Alcorta mantuvo el estado de sitio y reforzó la estrategia represiva sobre el movimiento obrero haciendo sancionar en el Congreso la Ley de ‘Defensa Social’ (7029). Este endurecimiento del gobierno no retrajo los reclamos que hacía cada gremio y las huelgas por sector continuaron.” (Dasso, 2008: 78)

Devoto (2006),⁶ como un triunfo del espíritu nacional y cristiano. Años después, el propio sacerdote evocará los hechos del siguiente modo:

Muy luego, al iniciarse este siglo, debimos debatirnos contra el anarquismo, que hizo su presentación en el mundo pretendiendo abatir toda autoridad y conculcar toda soberanía. Vive aún en la memoria de muchos, el doloroso recuerdo de los prolegómenos de la celebración de nuestro centenario en el año 1910, cuando intentose anegarla en sangre; y el recuerdo glorioso de la reacción, cuando la juventud, congregada al pie de la estatua del Libertador, en el éxtasis de su exaltación patriótica, juró conmigo no permitir que tremolara victoriosa ninguna otra bandera roja, símbolo de odio y de muerte, fuera de la celeste y blanca, emblema de amor y de vida, ¡cuando la hubiésemos enrojecido con la sangre de nuestras venas en defensa de nuestra libertad! (De la conferencia titulada: “La libertad frente a la autoridad”, publicada en folleto el 29 de octubre de 1943, en De Andrea, 1965: 151)⁷

6 “El tono de De Andrea no dejaba de desbordarse, como esas ‘cincuenta mil manos viriles’ que enarbolaron la bandera ‘haciéndola flamear sobre las anchas avenidas’ o como ‘esas muchedumbres que a manera de ríos desbordados recorrían los cauces de nuestras avenidas empujadas por el espíritu del más intenso patriotismo!’” (Devoto, 2006: 48)

7 En la “Síntesis biográfica” incluida en el volumen *Pensamiento cristiano y democrático de Monseñor De Andrea* (De Andrea, 1965) el acontecimiento se recuerda de manera bastante similar a la del propio protagonista, subrayando aún más su mérito: “Empiezan a difundirse en la Argentina doctrinas extremistas procedentes de Italia y España que se especializan en atacar la familia, la patria, la religión y la propiedad. Las bombas mortíferas se multiplican sembrando el terror. Y se acerca el centenario de nuestra Independencia nacional. ¿Cómo lograr que pueda celebrarse en paz? Monseñor de Andrea realiza la hazaña. Recuerda que la patria tiene una reserva siempre invencible: la mujer. Llama a las argentinas a ocupar su puesto. Y ellas responden. La lucha se inicia con un impresionante desfile femenino terminado frente al mausoleo que custodia los restos del creador de nuestra bandera. Allí, de Andrea saluda a los concurrentes con palabras electrizantes. El ejemplo es seguido por una manifestación de hombres desde plaza del Congreso a plaza San Martín. Los anarquistas, dueños hasta entonces de nuestras calles, sienten el repudio del pueblo argentino. Y puede realizarse en paz la celebración de nuestro centenario.” (De Andrea, 1965: 290). Desde luego ambas fuentes deben considerarse como interpretaciones muy parciales de los hechos, pero interesan en tanto modos de construcción de una memoria.

Pese a ser designada desde su título como “Oración”, la alocución de De Andrea no puede considerarse como un discurso puramente religioso, en tanto involucra ciertos elementos propios del discurso político, aunque elaborados desde una perspectiva particular. Como veremos, ambos campos se cruzan constantemente en la “Oración patriótica” que, ya desde el título, señala la intención de imbricar fuertemente lo religioso con lo político. Siguiendo a Verón (1987), una de las características distintivas de los discursos políticos es que definen (o construyen) tipos específicos de destinatarios. En principio y fundamentalmente, dos, un destinatario positivo y uno negativo, a los que Verón denomina respectivamente un prodestinatario y un contradestinatario.⁸ Los prodestinatarios son, en este caso, los que comparten la fe católica de un modo militante, que incluye el anuncio y la difusión de sus principios. Estos son referidos, generalmente, mediante el nosotros inclusivo: “nuestro suelo”, “nuestra bandera” (147),⁹ “(...) anunciamos el Evangelio y difundimos los eternos principios de la verdad y la moral...” (149). El contradestinatario es, a lo largo del discurso, objeto de constantes desplazamientos metafóricos: “los hijos de las tinieblas”, “los profanos” (147), y de nominalizaciones: “esa

8 “Al construir su destinatario positivo y su destinatario negativo, el enunciador político *entra en relación* con ambos. El lazo con el primero reposa en lo que podemos llamar la *creencia presupuesta*. El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador: el destinatario positivo es antes que nada el partidario. Hablaremos, en su caso, de *prodestinatario*. La relación entre el enunciador y el prodestinatario cobra, en el discurso político, la forma característica de una entidad que llamaremos *colectivo de identificación*. El colectivo de identificación se expresa en el “nosotros” inclusivo. [...] El destinatario negativo está, por supuesto, excluido del colectivo de identificación: esta exclusión es la definición misma del destinatario negativo. Al destinatario negativo lo llamaremos *contradestinatario*” (Verón 1987: 17).

9 Miguel de Andrea, “Oración patriótica de acción de gracias por las fiestas del Centenario” en *Pensamiento cristiano y democrático de Monseñor de Andrea*. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1965. Por ser nuestro objeto de análisis, en adelante indicaremos únicamente número de página para las numerosas citas que realizaremos de este texto.

causa posible de rémora” (148), “la prédica malsana de las doctrinas disolventes” (148), “la influencia demoledora de las doctrinas disolventes” (149). De ese modo, el enemigo es definido como una fuerza maligna a combatir que no puede identificarse con individuos concretos, contribuyendo así a borrar las causas sociales del conflicto (ver *infra*).

Verón plantea además la posibilidad de un tercer tipo de destinatario, al que denomina *paradestinatario* cuya posición respecto de las ideas del orador no está totalmente definida. Al paradestinatario va dirigido todo lo que en el discurso es del orden de la persuasión (Verón, 1987: 17). En la alocución de De Andrea, como veremos, este tercer destinatario es perceptible y puede identificarse con un sector de la ciudadanía que, si bien no adhería al ideario anarquista, tampoco aceptaba plenamente la autoridad de la Iglesia.

“Felix culpa” o un mal necesario

Más allá de la reacción efectiva contra el anarquismo (que como hemos dicho incluyó la represión policial y parapolicial, algunas manifestaciones públicas y la declaración del estado de sitio) entendemos que la “Oración patriótica” constituye una respuesta a esta situación en el orden simbólico. En ese sentido, postula una particular hermenéutica de los acontecimientos que le permite integrar a sus contradestinatarios a un esquema explicativo que silencia sus reclamos y garantiza una interpretación armónica del cuerpo social, donde incluso los que son expulsados cumplen una función que contribuye al bienestar del conjunto.

Comencemos por decir que la construcción del contradestinatario y la correlativa construcción de un prodestinatario están modeladas sobre la actualización de una oposición de matriz cristiana entre luz y oscuridad que atraviesa todo el discurso y cuyo origen puede remontarse al *Nuevo*

Testamento.¹⁰ Esta oposición no solo es funcional a una determinada interpretación de los hechos sino que subraya el carácter de doble amenaza, política y religiosa, que representa el anarquismo.

Los anarquistas son presentados entonces como “hijos de las tinieblas” (147) y asociados recurrentemente a imágenes de muerte y oscuridad.¹¹ Frente a ellos, los cristianos encarnan la luz que viene a disipar las tinieblas anarquistas.¹² Para articular esta contraposición, De Andrea recurre a una hermenéutica propia de la tradición católica:

Hay un día del año en que los cristianos, radiantes de júbilo expresan su entusiasmo... Es el día en que, despojándose de sus crespones, la Iglesia se siente rodeada de una atmósfera de luz; es el día en que la aurora de la resurrección, levantándose del seno mismo de la oscuridad y de la muerte, ilumina el triunfo de Jesús; entonces, un diácono vestido de blanco aparece sobre las gradas del altar, enciende de nuevo las antorchas apagadas y canta en medio de un silencio sepulcral, en que ni el órgano resuena: ¡Oh, feliz culpa que mereció semejante redención!” (De Andrea, 1965: 147).

De Andrea se refiere en este pasaje a la ceremonia del Sábado Santo, en la que mediante el empleo simbólico de la oscuridad y la luz se conmemora la resurrección de Cristo. La oscuridad y la muerte son, desde la perspectiva pascual

10 Cfr. por ejemplo Juan I, 5-7: “La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la percibieron. Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él.” También Efesios V, 8-12: “Antes ustedes eran tinieblas pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz (. . .) Sepan discernir lo que agrada al Señor y no participen de las obras estériles de las tinieblas; al contrario, pónganlas en evidencia”.

11 Cfr. por ejemplo “el anarquismo emitió su soplo helado en la creencia de que lograría esparcir, sobre nuestro organismo social, una paralización semejante a la de la muerte”; “se había pretendido relegar a la oscuridad nuestra bandera” (147).

12 “los hijos de las tinieblas huyeron a sus antros no pudiendo soportar el brillo de la luz” (147).

que propone De Andrea, considerados como pasos previos e indispensables para la resurrección y la luz. Aún más, la invocación tradicional que De Andrea recuerda al final del párrafo que acabamos de citar, implica que también el pecado original del hombre debe entenderse como parte de la redención obrada por Cristo. En ese sentido, puede incurrirse en el oxímoron de calificar de “feliz” a la culpa, en tanto ha sido, de algún modo, la que ha suscitado la salvación. Es este enunciado el que De Andrea reformula para sintetizar su interpretación del conflicto con el anarquismo: “¡Feliz provocación que ha suscitado semejante explosión de entusiasmo!” (147). De este modo, el sacerdote sustenta sus palabras (tanto desde la forma como desde el trasfondo teológico) en una apelación a la memoria discursiva de la Iglesia.¹³

La “provocación” anarquista, “siniestra amenaza” (147) que había generado un “ambiente de indecisión” y de “amargas inquietudes” (146), es incorporada así a un esquema que la supera y la resignifica como momento previo, peligroso, pero necesario para el triunfo final. De Andrea insiste en esta clave hermenéutica: lejos de ser una fuerza incontrolable o la expresión de reclamos legítimos del pueblo, el anarquismo es un instrumento que la Providencia ha utilizado para reavivar el amor patriótico:

Pero la Providencia utilizó, para reavivar ese fuego, al mismo enemigo del sentimiento patrio que se albergaba en nuestro suelo. Equivocando la oportunidad del momento, el anarquismo emitió su soplo helado en la creencia de que lograría esparcir, sobre nuestro organismo social, una paralización semejante a la de la muerte. Pero ante este soplo desaparecieron

13 Se trataría, en términos de Charaudeau, de una doble apelación a la *memoria de los discursos* (“que se constituye alrededor de los saberes de conocimiento y de creencia sobre el mundo”) y a la *memoria de las formas* (“que se constituye alrededor de las *maneras de decir* y de los estilos de habla”) (Charaudeau y Maingueneau, 2005: 381).

aquellas cenizas; la chispa del amor sagrado de la patria quedó en descubierto y suscitó un incendio colosal, ante el resplandor de cuyas llamaradas los hijos de las tinieblas huyeron a sus antros, no pudiendo soportar el brillo de la luz (De Andrea, 1965: 147).

Podemos observar claramente aquí la contraposición entre los dos campos semánticos que hemos mencionado. Por un lado, el de la “luz”, al que se asocian el “fuego”, la “chispa”, el “incendio”, el “resplandor”, el “brillo” y la “llamarada”. Por otra parte, la “oscuridad”, asociada al “soplo helado”, la “muerte”, las “tinieblas”, los “antros”. El triunfo de la luz sobre la oscuridad no implica ningún enfrentamiento directo: los “hijos de las tinieblas” huyen por sí mismos. Además este triunfo es inevitable: la propia oscuridad ha contribuido, sin saberlo, a su derrota: “Radiantes auroras se levantaron del seno mismo de la oscuridad” (147).

De este modo, se borran todas las causas reales (materiales, sociales) y la dimensión política del conflicto y aún el enfrentamiento mismo, que es definido como una “transformación” ocurrida en el “alma nacional” que “de un salto ha pasado de la noche de su indecisión al pleno día de sus grandes entusiasmos” (148). Por supuesto, la resolución violenta de la situación (intervención policial, declaración de estado de sitio, etc.) no aparece explicitada en el discurso. La reacción ante la protesta anarquista es atribuida enteramente a “Nuestro pueblo” (sin mención del Estado ni ningún tipo de organismo represivo) y expresada mediante el símil de un león enfurecido

Nuestro pueblo, semejante a un león que dormitaba, se irguió noble y enfurecido al sentir en sus dominios pasos extraños y, dando un rugido de entusiasmo, paseó a su alrededor una mirada de fuego, se sintió dueño absoluto y, habiendo ahuyentado a los profanos, caminó gallardo por nuestras calles, transformadas en arterias de vida y arcos de gloria (De Andrea, 1965: 147).

Esta formulación analógica posibilita un relato de los hechos en el que la violencia efectivamente ejercida en la lucha por el espacio público (“nuestras calles”) se desplaza metafóricamente a “un rugido de entusiasmo” y una muy sugerente “mirada de fuego”¹⁴ que, del mismo modo que la luz, logra que los enemigos huyan sin necesidad de luchar. La violencia queda de este modo limitada al campo contrario: “Los hijos de las tinieblas... extremaron los recursos, llegaron a los excesos y ¡nos hirieron en la mitad del alma...! (147). En todas las imágenes elegidas por De Andrea (las luces de la Iglesia que se encienden, el fuego que resurge al soplar las cenizas, el día que sucede a la noche, el león que ahuyenta a los extraños) el enfrentamiento está borrado y el desplazamiento del enemigo aparece como inevitable.

Son los niños y las mujeres los primeros que han hecho frente a la “oscuridad”, “porque se quiso hacer gala de valor, venciendo con la debilidad” (148). Nuevamente encontramos aquí una clave de lectura cristiana, que remite a una célebre afirmación de San Pablo: “...Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil para confundir a los fuertes” (*Primera Carta a los Corintios* I, 27). No es entonces la fuerza estatal sino la paradójica “debilidad” de la Providencia Divina la que ha triunfado frente a la agitación anarquista.

El enemigo interno

En el símil del león que hemos citado, De Andrea sostiene que “nuestro pueblo” reaccionó “al sentir en sus dominios pasos extraños” (1965: 147). Aquí aparece otro elemento importante en la construcción del contradestinatario: este es

14 Además de enmarcarse en la oposición luz/oscuridad que postulamos, ¿puede leerse esta “mirada de fuego” como una alusión a las armas de fuego utilizadas en la represión a los anarquistas?

presentado como un enemigo interno, que busca ocupar el territorio de la patria pero no forma verdaderamente parte de ella. De Andrea recupera una noción presente en el interdiscurso cristiano de la época¹⁵ y que será fundamental en la articulación del nacionalismo católico de las décadas siguientes.

De acuerdo con el mito de la “nación católica”, la Iglesia proyectaba sobre las relaciones políticas y sociales el peculiar maniqueísmo de la visión tomista del mundo, dividiéndolo en dos campos contrapuestos. De estos campos, el católico y nacional aparecía como la encarnación del bien y de la salvación, en tanto que el otro, encarnado en todas aquellas expresiones políticas e ideológicas que no reconocían en el catolicismo al fundamento de la nación, era relegado al terreno de lo que era ajeno al “ser nacional”, y por lo tanto carecía de legitimidad para conducir los destinos del país. Era, este último, el campo del “enemigo interno” (...). (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 427)

El anarquismo es, entonces, el “enemigo del sentimiento patrio que se albergaba en nuestro suelo” (47). La cuestión del territorio, del espacio público disputado, es central en la “Oración patriótica”. Los anarquistas, en los días previos a los festejos del Centenario, habían llegado a sentirse “por unos momentos dueños casi absolutos del terreno” (147). Desde luego esta posesión es ilusoria y momentánea. Fue finalmente “nuestro pueblo” quien “se sintió dueño absoluto y... caminó gallardo por nuestras calles” (147). La conquista del espacio se

15 Entendemos interdiscurso en el sentido propuesto por Courtine (1981: 40): “El interdiscurso es, en efecto, el lugar en que se constituyen, para un sujeto hablante que produce una secuencia discursiva dominada por una formación discursiva determinada, los objetos de que ese sujeto enunciador se apropia para hacer de ellos los objetos de su discurso, así como las articulaciones entre esos objetos, mediante las cuales el sujeto enunciador va a dar una coherencia a su propósito (...)”.

afirma en la recurrencia de un pronombre posesivo en primera del plural que, notoriamente, deja afuera a los adversarios: “nuestras calles”, “nuestro suelo” (147) “nuestras casas” (148).

Sin embargo, la amenaza no parece haber sido totalmente conjurada. Al realizar el diagnóstico sobre la situación actual del país, De Andrea advierte sobre una “causa posible de rémora” que “...está dentro de nuestras fronteras: se alimenta sobre nuestro suelo y descansa bajo nuestros techos” (148). La amenaza aparece esta vez conjugada en presente. Es necesario “denunciarla a la atención de nuestros conciudadanos y provocar la formación de una cruzada patriótica con el fin de contener su avance” (148). La apelación a este común enemigo interno al que es necesario hacer frente, permite a De Andrea, convocar en su discurso a un paradesinatario que, aunque no se identifique plenamente con la Iglesia católica, deberá aliarse con esta para defender los intereses de la patria.

Buscando una alianza

En la primera década del siglo XX, el catolicismo, pese a poseer una indiscutible importancia en tanto opción religiosa de la mayoría de la población,¹⁶ estaba lejos de tener la presencia pública y la influencia política que alcanzaría en décadas siguientes, a partir del llamado “renacimiento católico”.¹⁷ La fuerte tradición laica del Estado liberal

16 “En el censo de 1909 sobre una población total de 1.231.698 habitantes manifiestan su pertenencia al catolicismo 1.133.078, lo que significa que el 92% de la población se manifiesta católica” (Auza, 2000: 244).

17 Entre fines de la década del 20 y principios de la del 30 puede constatarse, siguiendo a Fernando Devoto, “una expansión de la presencia católica en la sociedad argentina” (2006: 233). Esta se patentiza, por ejemplo, en la emergencia de una generación de “intelectuales católicos” estrechamente vinculados a los Cursos de Cultura Católica y sus órganos adyacentes (la agrupación artística *Convivio*, la publicación semanal *Criterio*). La masiva participación que suscitó el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 puede considerarse como una buena demostración de la presencia social que el catolicismo había alcanzado en esos años (cfr. Mudrovic, 2007).

argentino había supuesto para la Iglesia una pérdida de poder de la que tardaría en recuperarse.¹⁸ Siguiendo a Di Stéfano y Zanatta:

Tampoco el clima triunfalista del Centenario distrajo a la Iglesia de sus obsesión por la “descristianización” que consideraba que estaba minando el país, el cual, como escribió Monseñor Espinosa, arzobispo de la Capital, era un “coloso sostenido por pies de barro”, habitado por “masas populares en las cuales se ha debilitado y extinguido la idea religiosa.” (2000: 356)

La percepción compartida por muchos miembros de la Iglesia era que la fe católica no estaba lo suficientemente instalada en la población y sufría los ataques del anarquismo y la indiferencia de ciertos intelectuales positivistas.¹⁹ No debe extrañar entonces que, hacia el final de su alocución, Monseñor De Andrea no solo se dirija a un prodestinatario que comparte sus convicciones sino que interpele también a un paradestinatario a quien debe persuadir. Este paradestinatario se distingue claramente del contradestinatario anarquista, pero es presentado por De Andrea como un sector potencialmente hostil al catolicismo. Que en la “Oración patriótica”, en medio del clima triunfalista del Centenario, De Andrea considere y deba rechazar la posibilidad de un “ataque” a la Iglesia parece una buena prueba de que la autoridad de esta última distaba mucho de ser aceptada por todos los miembros de la sociedad:

18 Auza (2000: 266) señala que “. . . parte del clima cultural de la época positivista inaugurada en la década del ochenta aún no se ha extinguido [en el momento del Centenario], no obstante el avance indudable que la Iglesia manifiesta en la cristianización de las grandes masas de ciudadanos”.

19 Afirma Auza: “. . . el periodismo se halla en manos de intelectuales que, en general, se adscriben a las corrientes positivistas, racionalistas y liberales por su indiferencia hacia las cuestiones religiosas, que consideran campo exclusivo de la conciencia particular” (2000: 266).

Economizad, en adelante, esas preciosas energías [que se usarían para atacar la religión] para aplicarlas allí donde imperiosamente se reclaman (...).

No lo ataquéis [al cristianismo], pues, y cuando sintáis tentaciones de hacerlo (...) Esas preciosas energías, que tan sin razón se dirigirían en contra de nosotros, aplicadlas resueltamente a contrarrestar la influencia demoledora de las doctrinas disolventes (...) (De Andrea, 1965: 149).

El orador se propone entonces redirigir la agresividad latente del paradesinatario hacia el contradestinario. Lo notable aquí es que la persuasión está planteada en términos estratégico-políticos más que netamente religiosos. Lo que De Andrea parece buscar ante todo no es la conversión del otro al catolicismo, sino que el paradesinatario decline su hostilidad hacia la Iglesia y establezca con ella una alianza en contra del enemigo común, definido a lo largo del discurso. Pueden identificarse al menos tres argumentos que buscan fundamentar la posibilidad de esa alianza.

En la primera década del siglo XX, “los imperativos que orientaban la vida de la Iglesia” postulaban la necesidad de hacer de ella, de sus instituciones y de la vida religiosa “una suerte de contrasociedad”, alternativa y superior, ajena y contrapuesta a aquella que era “por definición impía, construcción de una clase dirigente apóstata” (Di Stefano y Zanatta, 2000: 359). En su argumentación, por el contrario, De Andrea comienza por negar toda realidad al conflicto de intereses entre Iglesia y Estado y parece incluso sugerir una subordinación de la primera al segundo:

Si cuando anunciamos el Evangelio y difundimos los eternos principios de la verdad y la moral se nos pudiese decir que somos incendiarios, que turbamos la paz de la nación, y queremos derrocar las instituciones, todos los poderes estarían en su derecho para desterrarnos de todas partes y para

cerrarnos hasta las puertas de las escuelas donde se elabora el porvenir (De Andrea, 1965: 149).

El fragmento está cuidadosamente enunciado en forma de condición (“Si...”) y utilizando los modos de lo posible, el subjuntivo y el condicional (“se nos pudiese decir”, “estarían en su derecho”). Sin embargo, sus implicancias son lo suficientemente claras: es necesario aceptar la autoridad de “todos los poderes” (los estatales, se entiende) en los casos en los que los actos de los cristianos (colectivo de identificación en que se incluye el propio orador) atenten contra los intereses de la nación. La mención de las escuelas cuyas puertas se cierran a la Iglesia no puede sino activar en la memoria de los presentes una de las cuestiones más álgidas en la discusión Iglesia-Estado: la Ley de Educación Laica de 1884, que significó para la Iglesia argentina una importante derrota en manos del Estado liberal.²⁰ Esta apelación solo puede entenderse como dirigida a un paradesinatario a quien es necesario disuadir de que la Iglesia represente una amenaza para los poderes establecidos. Tras esta declaración, que podía ser percibida por ciertos militantes católicos como una especie de claudicación a favor del Estado, De Andrea recurre a una larga cita de autoridad de Tertuliano, tal vez como un modo de demostrar que su perspectiva se enmarca perfectamente en la tradición de la Iglesia.²¹ Además, la cita le permite a De Andrea introducir el tópico de la persecución a los cristianos. El diagnóstico de un

20 La Iglesia había considerado desde siempre el ámbito educativo como estratégico y como “un ámbito que por mandato divino era de su específica competencia (...) La Iglesia había sufrido la más dolorosa de sus derrotas –la Ley de Educación Laica de 1884– precisamente en el campo educativo...” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 385). Cfr también Piccotti (1985: 223-224).

21 “Pero buscad en vuestros calabozos –decía ya Tertuliano en el siglo III– y ved si se encuentra allí un solo cristiano acusado de crímenes. Aquellos a quienes detenéis en su recinto solo están acusados de una cosa: de llevar el nombre de cristianos; ¿y qué les exigís para ponerlos en libertad? Solicitáis que tomen entre los dedos un poco de incienso para quemarlo delante de una estatua de vuestros ídolos. No los acusáis por motivo de sus vicios, sino por causa de sus virtudes” (149).

cristianismo perseguido, no ya por el Imperio Romano sino por los agentes del mundo secular, formaba parte del interdiscurso de la Iglesia argentina de la época.²² De Andrea desarrollará argumentativamente este tópico de la victimización, pero de un modo peculiar:

Seamos francos, señores; se puede disputar y atacar a la verdad, porque desgraciadamente está abandonada en la tierra a las disputas de los hombres; pero nunca se puede disputar ni jamás es lícito atacar a la virtud. Brilla esta de una manera tal que no deja resquicio alguno a la injusticia ni a la tiranía, y aun cuando el cristianismo no mereciese todo vuestro respeto a título de verdad, lo merecería a título de virtud (De Andrea, 1965: 149.)

Más que la denuncia, De Andrea busca la conciliación, Comienza por conceder, enfáticamente, “se puede disputar y atacar a la verdad”. Aquí se abre, de un modo sutil, un espacio de diálogo entre creyentes y no creyentes. De Andrea admite la posibilidad de que no se compartan los postulados de la doctrina cristiana (a la que no obstante sigue refiriéndose como “la verdad”) e incluso (nuevamente en subjuntivo) que “el cristianismo no mereciese todo vuestro respeto a título de verdad”. Pero, más allá de esto, es posible llegar a un entendimiento en tanto se admitan las virtudes intrínsecas a los cristianos, referidos nuevamente como el polo positivo en la contraposición luz-oscuridad (“Brilla esta de una manera tal...”). Como Tertuliano en el siglo III, De Andrea se dirige a sus paradesinatarios no para intentar convencerlos de la verdad sino para persuadirlos de que abandonen la injusta persecución de hombres virtuosos.

22 Di Stefano y Zanatta (2000: 356) citan un carta pastoral de los obispos de 1912: “se vive en un ambiente mortífero de incredulidad (...) todo lo que nos rodea conspira a apartarnos de Dios”.

El último de los argumentos que presenta es un lugar común del discurso cristiano, al menos desde la Edad Media, y será uno de los ejes del nacionalismo católico argentino de las décadas siguientes, con el desarrollo de lo que Di Stéfano y Zanatta llaman el “mito de la nación católica” (2000: 423-429): la fe es la verdadera base de la comunidad nacional. Según De Andrea, el cristianismo representa el cimiento de la sociedad y, por lo tanto, atacarlo, no solo es innecesario (no representa una verdadera amenaza) e injusto (pues la virtud no debe ser perseguida) sino que resulta pernicioso para sus mismos atacantes:

No lo ataquéis, pues, y cuando sintáis tentaciones de hacerlo, pensad que cada uno de los ataques dirigidos contra sus verdades y principios, contra sus prácticas y su moral, será un nuevo golpe descargado sobre los cimientos mismos del edificio social en que descansáis; y lo que es más todavía, pensad que si os empeñáis en conmover las columnas del templo, seréis quizá los primeros en quedar aplastados debajo de sus escombros (De Andrea, 1965: 149).

Si bien es cierto que este argumento tiene un matiz de amenaza (“seréis quizá los primeros en quedar aplastados debajo de sus escombros”), considerado a la luz de lo que viene diciendo, postula fundamentalmente la identificación entre los intereses patrióticos y cristianos. El cristianismo es el cimiento sobre el que reposa el edificio social y es por ese motivo que no hay que combatirlo, aunque no necesariamente se adhiera a él.

Lejos del modelo de contrasociedad, cerrada en sí misma, que solo responde a sus jerarquías internas y a la autoridad romana,²³ la Iglesia es para De Andrea “la eterna aliada de la

²³ “El mundo católico, en otras palabras, debía organizarse como una suerte de ejército cuya unidad estaba garantizada por la obediencia a las autoridades eclesiásticas” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 359).

patria”, y sus intereses no deben ser contradictorios con los del Estado. Declaraciones de este tenor son las que nos permiten entender por qué De Andrea era percibido por ciertos católicos (especialmente los laicos más comprometidos) como excesivamente conciliador con el gobierno (visto por muchos creyentes como instaurador de un orden liberal contrario a la doctrina cristiana). Como contraparte, el prelado era considerado por los agentes estatales como referente para un diálogo posible. La más clara patentización de este conflicto puede observarse en su fallida postulación al arzobispado de Buenos Aires, a la que ya hemos aludido. Siguiendo a Di Stéfano y Zanatta, su candidatura habría sido apoyada por el mismo presidente Alvear, que identificaba a De Andrea como “el líder de una corriente eclesíástica dispuesta a la conciliación con la democracia liberal y con su orden económico y social”. Sin embargo, la oposición de “buena parte de los militantes católicos, del clero y hasta de las autoridades vaticanas” tuvo como resultado el bloqueo de la designación de De Andrea (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 362).²⁴

La búsqueda por conciliar los intereses de la Iglesia con los del Estado nacional es una propuesta programática que aparece en este discurso respaldada por la propia imagen del orador. De Andrea construye un *ethos* donde confluyen el sacerdote y el patriota, que parece apuntar a mantener la adhesión de los prodestinatarios y conseguir la de los paradesinatarios.

***Ethos* discursivo: el diácono de la patria**

El *ethos* entendido como la imagen del orador que emerge del discurso es, a nuestro juicio, una de las categorías analíticas

²⁴ No deja de ser interesante que este episodio tan polémico se recuerde en la “Síntesis biográfica” que se incluye en De Andrea (1965: 298) como una renuncia “por causas circunstanciales” presentada por el propio prelado.

más productivas que el análisis del discurso recuperó de la antigua Retórica. Existen muchos enfoques y definiciones posibles de esta noción,²⁵ que es en sí misma compleja:

El *ethos* de un discurso resulta de una interacción entre diversos factores; *ethos* prediscursivo, *ethos* discursivo (mostrado) pero también los fragmentos del texto donde el enunciador evoca su propia enunciación (*ethos* dicho): directamente (“es un amigo el que te habla”) o indirectamente, por la vía de metáforas o alusiones a otras escenas de habla (Maingueneau, 2002: 9).

En nuestro análisis, examinaremos la existencia de un *ethos* prediscursivo,²⁶ que como sostiene Amossy (2000: 8) debe considerarse en tanto es reelaborado discursivamente. Entre los factores que pueden estudiarse como parte de la imagen previa, nos interesan, en este caso, el rol social y la pertenencia institucional del orador. De Andrea habla como sacerdote, en un escenario (la Catedral de Buenos Aires) y como parte de una institución, la Iglesia católica, a cuya autoridad apela implícita y explícitamente durante su alocución. Además de conferir autoridad al orador, el *ethos* previo condiciona en buena medida el discurso. El *ethos* ambicionado por De Andrea es, como dijimos, el del defensor de los intereses

25 Según Maingueneau: “No hay modo posible de establecer definitivamente una noción de este tipo, que es mejor aprehender como el nudo generador de una multitud de desarrollos posibles.” (2002: 4). Para una detallada discusión de las distintas definiciones que se han propuesto remitimos a Bermúdez (2009).

26 “Llamaremos entonces *ethos* o imagen previa, por oposición al *ethos* oratorio, que es plenamente discursivo, a la imagen que el auditorio puede formarse del locutor antes de que tome la palabra. Esta representación, necesariamente esquemática, es modulada diferentemente por el discurso. El *ethos* previo se elabora sobre la base del rol que cumple el orador en el espacio social (sus funciones institucionales, su estatus y su poder) pero también sobre la base de la representación colectiva del estereotipo que circula sobre su persona. Precede a la toma de la palabra y la condiciona parcialmente.” (Amossy, 2000)

de la religión cristiana y de los de la nación argentina. Su sacerdocio y su pertenencia a la Iglesia, datos previos, parecieran allanar el camino para la afirmación de una de estas facetas (la de “cristiano”). El orador deberá complementar discursivamente esa imagen con la del “patriota”. El locutor construirá entonces su *ethos* considerando ese dato previo que deberá manipular para lograr la imagen buscada, transformando la representación que supone en su auditorio.

En cuanto al *ethos* propiamente discursivo, es difícil precisar con exactitud cuáles son los rasgos relevantes para definirlo.²⁷ Con Maingueneau (2002) sostenemos que deben considerarse en continuidad los elementos propios de lo que él denomina *ethos* dicho (alusiones directas o indirectas a la propia enunciación) y *ethos* mostrado (constituido por niveles de lengua, ritmo del discurso, planificación textual, etc.).²⁸ Entendemos que en la “Oración patriótica” De Andrea no solo se “muestra” como cristiano y patriota sino que, en repetidas ocasiones se presenta explícitamente con esos rasgos. Esto puede entenderse como respuesta a la necesidad de fijar una imagen de sí lo suficientemente equilibrada para que, manteniendo la autoridad que institucionalmente le corresponde en el campo cristiano, logre la adhesión de aquellos convocados por la exaltación patriótica.

En este sentido, hay una imagen clave que fusiona en la figura del orador al dignatario eclesiástico y al patriota comprometido: la del “diácono de la patria” (147). Esta unión de lo religioso y lo patriótico será el *ethos* perseguido en el discurso

27 Luego de citar consideraciones de Charaudeau y Maingueneau, Bermúdez (2009) concluye: “nos parece conveniente considerar que el *ethos* de un discurso resulta de una interacción entre diversos elementos, de un conjunto de datos que no se circunscribe a la *via regia* de inscripción de la subjetividad en el discurso, es decir, a la apelación a determinados pronombres, al uso de subjetivemas, etc., sino que se extiende a otros niveles de lo discursivo, como la elección del registro de lengua y de las palabras, la organización textual, la elaboración sintáctica, etc.”.

28 “La distinción entre *ethos* dicho y mostrado se inscribe en los extremos de una línea continua pues es imposible definir una frontera neta entre lo *dicho* sugerido y lo *mostrado*.” (Maingueneau, 2002: 9)

Si bien esta imagen es presentada directamente (*ethos* dicho) se sustentará implícitamente a lo largo de toda la enunciación.

El sacerdote

Al presentarse como diácono de la patria, De Andrea postula una escenografía, la del sacerdote celebrando en el templo²⁹ y, a partir de ella, distribuye roles: el de los fieles congregados y el del celebrante, que se atribuye: “estoy aquí para interpretar vuestro júbilo, dando gracias a Dios” (1965: 147). Será él, entonces, la voz autorizada para “interpretar” las emociones del auditorio y el mediador entre Dios y los hombres, lo que por otra parte no hace sino reafirmar y ampliar la función que podía atribuirse en base a su *ethos* prediscursivo como sacerdote. Este *ethos* se “muestra” en el empleo de un esquema hermenéutico de matriz cristiana, al que hemos aludido arriba, y de un léxico religioso con resonancias bíblicas: “hijos de las tinieblas”, “¡Feliz provocación!”, “amor sagrado”, “los profanos”, “venciendo con la debilidad” (147). La imagen del sacerdote se percibe también a través de la fuerza ilocucionaria que el locutor le asigna a algunos de sus enunciados “(...) formulo un voto, señores, y si me permitís, una súplica” (150) o de los que solicita a su auditorio, “(...) pediros (...) que formuléis el voto (...)”.

Puede señalarse además un componente didáctico o explicativo que es dado considerar también como un rasgo del *ethos* sacerdotal³⁰ y contribuye a reafirmar la autoridad del locutor. Así por ejemplo, De Andrea comienza el discurso con una afirmación: “Algo muy extraordinario ha pasado por el alma nacional” (146). A continuación explicará detenidamente a qué se refiere para retomar luego

29 Evidentemente esto responde al escenario efectivo de la alocución, la Catedral de Buenos Aires. Sin embargo, De Andrea incorpora este lugar físico como escena de enunciación en el sentido que le de Maingueneau (2002: 9).

30 En tanto un sermón constituye, entre otras cosas, una explicación de la Biblia, que la vuelve accesible a los fieles.

su afirmación inicial, ya como una verdad que puede ser aceptada fácilmente por su auditorio: “Tenía, pues, razón al decir que algo muy extraordinario ocurrió en el alma nacional” (148). Del mismo modo, su exclamación “¡Feliz provocación!”(147), a primera vista paradójica (De Andrea debe aclarar a su auditorio que no está “celebrando el crimen”), se explicará mediante una analogía, para completarla luego, de modo que resulte entonces fácilmente inteligible y aceptable: “¡Feliz provocación que ha suscitado semejante explosión de entusiasmo!” (147). Desde luego, sus desarrollos no son meramente descriptivos sino que implican una valoración e interpretación de los hechos, pero son retomados en el propio discurso como explicaciones que hacen evidentes sus conclusiones. Podemos pensar que, en tanto sacerdote que habla a sus fieles, De Andrea no busca convencerlos sino hacerles comprender una situación (la revuelta anarquista y la consiguiente reacción) que todos han presenciado: “Ya lo habéis comprendido: me refiero a la prédica malsana de las doctrinas disolventes, *cuya falta absoluta de razón de ser acabamos de presenciar* una vez más en la gloriosa semana de Mayo (...)” (148, destacado nuestro).

El *ethos* sacerdotal también implica situarse como mediador entre Dios y los hombres. En este sentido, el locutor se encargará de señalar que la reacción contra los anarquistas no ha sido solo obra del pueblo sino que la Providencia ha jugado en ella un papel fundamental: “(...) la Providencia utilizó, para reavivar ese fuego, al mismo enemigo del sentimiento patrio (...)” (147). El prelado no solo es capaz de percibir las acciones divinas en la historia humana, sino también de determinar cuál es la respuesta adecuada para agradecer los favores divinos: “En ello consistirá el verdadero reconocimiento con la Providencia que tan pródiga se nos muestra” (148) “...pediros (...) que como último tributo de vuestro reconocimiento a los divinos favores formuléis el voto de no atacar jamás su religión” (149). Su legitimidad, entonces, no reposa solo sobre la

autoridad de la Iglesia, sino en la misma voluntad divina, de la que es un intérprete privilegiado.

El patriota

Hasta aquí hemos explorado fundamentalmente al “diácono”, es decir, el *ethos* que De Andrea construye en tanto dignatario cristiano, que basa su autoridad en una pertenencia institucional y un rol social, datos prediscursivos pero reactualizados y redefinidos por el propio discurso. Sin duda esta figura busca la aceptación de lo que hemos definido como prodestinatarios, es decir, aquellos católicos que, aun con algunas diferencias, deben reconocer la autoridad de De Andrea en tanto parte de la jerarquía eclesiástica. Este *ethos* se complementa con la imagen del patriota, que puede permitirle captar a los paradestinatarios que no necesariamente adhieren al catolicismo ni reconocen la autoridad institucional del sacerdote.

Religión y patriotismo aparecen estrechamente imbricados en numerosas formulaciones. Así habla por ejemplo del “fuego sagrado del amor patriótico” (147), de “cruzada patriótica” (148), de “la verdadera acción de gracias digna de Dios y digna de la patria” (149) y sintetiza estas confluencias en el “precioso lema” con el que cierra sus palabras: “Dios y Patria” (150). El empleo del léxico religioso contribuye, como hemos dicho, a identificar a los enemigos de la fe (“los hijos de las tinieblas”, “los profanos”) con los enemigos de la patria. El orador, por lo tanto, defiende los intereses de una y otra. Significativa es, en este sentido, la mención del deán Funes, arquetipo de religioso patriota:

Hago propias, dándoles una interpretación distinta, estas valientes palabras del deán Funes: “No se me ocultan los peligros a que queda expuesto el que se atreve a celebrar nuestra revolución en tiempos tan difíciles, pero yo sería indigno del suelo en que nací si me detuviera este temor. La libertad es el primer derecho del hombre; ¡infeliz del esclavo que no se atreve a

proferir su nombre! ¡Más infeliz aún el país donde nombrarla fuese un crimen! (148).

La apropiación de las palabras del deán implica también una identificación con esta figura y un modo de remitir a (o construir) una tradición de religiosos patriotas en la que el locutor viene a inscribirse.³¹ Como Funes, De Andrea celebra la revolución; como Funes (y como todos los hombres, agregaría Borges), De Andrea debe atravesar “tiempos difíciles”; como Funes, De Andrea demuestra su valor, al atreverse a hablar en lo que él mismo ha definido como un contexto adverso. El valor, tal vez uno de los rasgos definitorios del patriotismo, que reconoce en las “valientes palabras” del deán, ha sido primero reivindicado como propio por el monseñor: “Yo no temo hablar; temería más bien callar, porque con ello haría traición a mi patria y a mi conciencia. El que no se siente con el valor necesario para denunciar al enemigo no solo es un cobarde sino también un cómplice” (148). A la autoridad del sacerdote se suma así el valor del patriota que alza su voz para defender su tierra.

Dios y Patria

La fusión de Iglesia y patria se hace evidente en el momento en que De Andrea apela más directamente a su pertenencia institucional: “Quisiera disponer en esta circunstancia memorable de bastante autoridad para levantar mi débil voz y pedir en nombre de la Iglesia, la eterna aliada de la patria, que (...) formuléis el voto de no atacar jamás su religión” (149).³²

31 Auza señala que en los textos que produjeron distintos obispos con motivo del Centenario, un rasgo recurrente era el de destacar “la participación del clero en todo el proceso del desarrollo del país desde la época heroica de su nacimiento” hasta la actualidad (2000: 249).

32 Considerando la postulación de una alianza entre Iglesia y patria, la ambigüedad del posesivo es interesante, ¿a quién debe atribuírsele?, ¿se trata de la religión de la Iglesia o de la religión de la patria? Debe notarse además que, a diferencia de lo que ocurre en el lema, aquí “patria” aparece en minúscula.

La autoridad de la Iglesia es invocada pero en tanto “aliada de la patria”. Esta alianza es calificada de “eterna”: se proyecta por tanto hacia el pasado (la tradición de religiosos patriotas, de los que se ha invocado al deán Funes) y hacia el futuro: la conciliación entre los intereses nacionales y los eclesiásticos es propuesta, dos veces, por De Andrea como “voto” para lo sucesivo. Primero, en forma negativa y excluyéndose, a los paradedestinarios: “(...) formuléis el voto de no atacar jamás su religión” (149). Luego, en forma positiva, y elevado a “súplica”, a un colectivo en el que se incluye: “(...) formulo un voto, señores, y si me permitís, una súplica. Formuladlo también conmigo.” (150) Este voto-súplica es el proyecto de unidad entre religión y nación, que se simbolizará de tres modos: en una imagen, en un ejemplo y en un lema. Volvemos aquí a encontrar el componente didáctico que señalamos, en tanto De Andrea busca distintas estrategias para hacer comprensible su idea al auditorio. La imagen es la de las manos estrechadas en el escudo nacional: “(...) que esas dos manos representen, en adelante, una el sentimiento patriótico, la otra el sentimiento religioso de nuestro pueblo (...)”. El ejemplo tiene forma de relato (es casi un *exemplum*, en el sentido tradicional) y lo presenta como cita de un “ilustre chileno”.³³ El lema es el que da título a nuestro trabajo: *Dios y Patria* (150). El *Diccionario de la Real Academia Española* proporciona varias acepciones posibles del término “lema”. Las tres primeras resultan de interés para pensar el que propone de De Andrea:

1. m. Argumento o título que precede a ciertas composiciones literarias para indicar en breves términos el asunto o

³³ “Encontrándome no hace mucho en Roma, visitaba el antiguo palacio de San Gregorio el Grande, convertido hoy en iglesia. En un rincón del claustro, el guía que me acompañaba hizome notar el epitafio de un noble inglés, epitafio que no he olvidado nunca, porque me impresionó vivamente, que dice: “Aquí yace Roberto Pechan, inglés católico, que después de la ruptura de Inglaterra con la Iglesia, ha dejado su patria no pudiendo vivir sin su fe, y, llegado a Roma, ha muerto por no poder vivir sin su patria.” (150)

pensamiento de la obra. 2. m. Letra o mote que se pone en los emblemas y empresas para hacerlos más comprensibles. 3. m. Norma que regula o parece regular la conducta de alguien. (*Real Academia Española*: 2001)

Entendemos que las tres significaciones confluyen en este lema: se trata por un lado de un modo de sintetizar su pensamiento; también de hacerlo fácilmente comprensible y recordable (como un “mote” colocado bajo el escudo nacional que acaba de describir); por último, es un modo de proponer a su auditorio dos principios (Dios y Patria o cristianismo y patriotismo) en tanto normas de conducta. “Dios y Patria” funciona como síntesis, como emblema y como programa.

Coda: un homenaje póstumo

Para concluir queremos mencionar un hecho que parece confirmar que la construcción de un *ethos* patriota y cristiano, llevada a cabo, en este y otros textos, por monseñor De Andrea, ha resultado efectiva. Si su actitud excesivamente conciliadora hacia el Estado nacional suscitó, en su momento, rechazo entre los católicos e impidió su acceso al arzobispado, también le ha procurado inusuales honores. A su muerte, en 1960, no solo se le confieren, por parte de la Iglesia, los honores correspondientes a un obispo, sino que, por decreto del entonces Presidente de la Nación (José María Guido), las banderas se izaron a media asta y se le procuraron honores militares. En 1959, por medio de una Ley Nacional (14963) se sanciona la creación de una Comisión para la recopilación y publicación del “pensamiento democrático y cristiano de Monseñor doctor Miguel de Andrea a través de sus discursos, alocuciones y sermones en defensa de los ideales de libertad, justicia, paz, prosperidad e igualdad humana” (De Andrea, 1965: 11). Los gastos de la primera edición (de 5000 ejemplares) y de su reimpresión (sancionada por Decreto de la presidencia del Senado

en 1964) corren a cargo del Estado.³⁴ En sus palabras para justificar esta iniciativa ante las Cámaras legislativas, el diputado nacional por Entre Ríos y autor del proyecto, Carlos H. Perette, manifestó que monseñor De Andrea:

Es un magnífico vocero de la cristiandad y del catolicismo, pero es también un verdadero símbolo de la democracia argentina. Cuenta con el cariño y el afecto de los católicos, pero tiene también el respeto y la solidaridad de los hombres libres y dignos de la democracia argentina (De Andrea, 1965: 15).

Como puede verse, al menos póstumamente, De Andrea alcanzó a producir su *ethos* ambicionado. Es homenajeado como sacerdote y patriota, como “diácono de la patria”.

Bibliografía

- Amossy, R. 2000. *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*. París, Nathan (citamos por la traducción de Estela Kallay).
- Auza, N. T. 2000. “Panorama de la iglesia y el catolicismo porteño al año del centenario”, en Leiva, Alberto David (coord.). *Los días del Centenario de Mayo*, Tomo I. Buenos Aires, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro.
- Bermúdez, N. 2009. *El discurso del orden*. Tesis de maestría.
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (eds). 2005. *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires, Amorrortu.

³⁴ Para la primera edición del libro, se organizó un “Homenaje del Parlamento argentino a Monseñor Miguel de Andrea”, que incluyó discursos de Ambrosio Carranza (autor de un estudio sobre De Andrea), del presidente de la Cámara de Diputados y del Vicepresidente de la nación.

- Courtine, J.-J. 1981. “Analyse du discours politique (Le discours communiste adressé aux chrétiens)”, en *Langages*, N° 62 (citamos por la traducción de María del Carmen Saint-Pierre).
- Dasso, C. A. 2008. “La cuestión de la clase obrera y los orígenes del movimiento de masas”, en *Hologramática [online]*, vol. 6, n° 8, pp. 67-96. http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/3/16/hologramatica08_v6pp67_96.pdf
- De Andrea, M. 1965. *Pensamiento cristiano y democrático de Monseñor de Andrea*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación. Incluye una antología de textos del autor, una “Síntesis biográfica”, el Auto Pastoral del arzobispo y los Honores del gobierno argentino en el momento de su defunción, el artículo “La personalidad de Monseñor de Andrea” por Manuel Río y tres apéndices: el índice completo de discursos, conferencias, sermones y publicaciones de Monseñor de Andrea, la nómina de sus realizaciones sociales y los discurso leídos en el homenaje que el Parlamento argentino realizó a De Andrea en 1964.
- Devoto, F. 2006. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Di Stéfano, R. y Zanatta, L. 2000. *Historia de la Iglesia Argentina*. Buenos Aires, Mondadori.
- Maingueneau, D. 2002. “Problèmes d'éthos”, en *Pratiques*, 113/114, 2002 (citamos por la traducción de María Eugenia Contursi, M. E.).
- Mudrovic, M. E. 2007. “1934: Escenario del pacto eclesiástico-militar”, en López, María Pía (comp.). *La década infame y los escritores suicidas (1930-1943)*. Buenos Aires, Paradiso.

- Piccotti, D. V. 1985. “La cuestión religiosa”, en Biagini, Hugo (comp.). *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Verón, E. 1987. “La palabra adversativa” en AA.VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.

La construcción de la memoria discursiva nacional de Mayo en *Caras y Caretas* del Centenario

María Victoria Ferrero

Un dispositivo pedagógico para la modelización de la ciudadanía: la crónica ilustrada

Nuestra hipótesis general propone que *Caras y Caretas* (en adelante *CC*) del Centenario interviene, a través de la reformulación de la memoria discursiva mitrista¹ de la Semana de Mayo, en el complejo panorama ideológico de su tiempo como productora de una operación discursiva de construcción nacional de la memoria de mayo, contribuyendo a la definición de un dispositivo pedagógico de modelización y disciplinamiento de los ciudadanos a partir de la adopción de una modalidad novedosa: la crónica ilustrada.

Sostenemos que para legitimar una determinada representación de los hechos de mayo, la revista encarna un *ethos discursivo* disruptivo de su habitual humorismo, que la habilita para conmemorar y celebrar autorizadamente frente

1 La hipótesis de trabajo ha implicado el análisis de la operación de reformulación del relato fundante de la Revolución de Mayo, el enunciado por Bartolomé Mitre en *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, cuya redacción comienza en 1857. Aquí seguimos la edición de 1859 publicada por la Imprenta de Mayo y que posteriormente fue ampliada y revisada por el propio autor, como es sabido.

a un heterogéneo y amplio público lector. La ruptura del *ethos* satírico y “de actualidad” característico del semanario es, en la historia de la revista, producto del devenir propio de sus transformaciones hacia 1910, como también un intento deliberado por integrarse al conjunto de la prensa que conmemora el acontecimiento desde una perspectiva que se asume histórica y ejemplar, con una pretensión didáctica y prescriptiva.

Dentro del Análisis del Discurso, desde su corriente francesa en el ámbito argentino, los trabajos de E. Arnoux (2002, 2006) y G. Vázquez Villanueva (2006) constituyen dos referencias clave a la hora de abordar como problemas *memoria discursiva* y *discursos fundacionales*.² Tanto en el análisis del objeto discursivo “el pueblo de la plaza pública” del discurso de Mitre, como en sus estudios sobre la problemática de las formaciones discursivas, Arnoux presenta un antecedente que no solo resulta temáticamente pertinente a nuestros fines, sino que también constituye una línea referencial en los “modos de abordar materiales de archivo”.

Algunos estudios histórico culturales en torno al Centenario, tanto en relación con el desarrollo del *nacionalismo* frente al fenómeno masivo de la inmigración (Devoto, 2005), como con diversos aspectos de la vida en el Centenario,³ nos permiten pensar las imbricaciones entre las condiciones sociohistóricas y los discursos del número especial dedicado al 25 de mayo de 1810. Son pocos los trabajos, no obstante, que

2 El discurso fundador se caracteriza en parte por cumplir una “función modeladora de la realidad política” (Villanueva, 2006: 24). La dimensión prescriptiva le es inherente como matriz interpretativa. La “memoria discursiva” reconoce, a su vez, una o más formaciones discursivas que soportan la interpretación en sus relaciones interdiscursivas.

3 AA.VV., *Los días del centenario de mayo*, Buenos Aires, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, Tomos I y II, 2000. Resultan imprescindibles como punto de partida los resultados de las investigaciones coordinadas por Leiva y publicadas en estos dos volúmenes dedicados al Centenario, en vista de que profundizan la problemática contextual específica desde perspectivas multidisciplinares vinculadas a la historiografía, como historia de la educación, historia de la lectura, del periodismo y de las ideas.

se detienen específicamente en el papel de los semanarios ilustrados, refiriéndose genérica y generalmente a la “prensa” del Centenario y tomando como dispositivos emblemáticos los diarios o periódicos de mayor tirada.⁴

Desde el punto de vista histórico del proceso de construcción del nacionalismo, Fernando Devoto, en su *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, alcanza una amplia comprensión del “momento del centenario” aunque no se detiene especialmente en este instrumento para la invención de tradiciones y de “memoria discursiva” que resulta de estrategias discursivas complejas en medios periodísticos ilustrados tan representativos por su carácter y alcance “populares”.

La condición de semanario “ilustrado” de *CC*, a su vez, exige estudiar los procedimientos extra textuales (concernientes a una dimensión semiótica de la imagen) que operan sobre el discurso, como el caso emblemático de las ilustraciones que acompañan la narración de la semana de mayo (“Reconstrucción fotográfica”) y que buscan legitimar un conjunto de escenas simbólicamente construidas en la memoria discursiva de mayo.

Es una deuda el tratamiento de los semanarios ilustrados como *CC* desde una perspectiva que analice su *dimensión discursiva* a partir de la atención simultánea a los niveles verbales e icónicos.⁵ En el campo de las “historias de revistas”, se han explorado, o bien la *dimensión humorística* de *CC* (especialmente desde el punto de vista icónico, en diferentes géneros y discursos que presenta la revista a lo largo de su

4 Es el caso de Mayochi, Enrique Mario, “El periodismo argentino del Centenario” en AA.VV., op. cit., Tomo II, 2000.

5 El trabajo *Mayo de 1810: entre la historia y la ficción discursivas* (Pilia de Assunção, N. y Ravina, A. (eds.), 1999, ofrece un abordaje de los materiales historiográficos y literarios vinculados a los “lugares de memoria” de la Revolución desde un abordaje discursivo pero no analiza el corpus icónico ni trabaja específicamente con materiales de la prensa ilustrada.

publicación: la publicidad, las portadas, las ilustraciones y caricaturas); o bien el aspecto *literario* emergente a través de las firmas que la sostienen y de las estéticas que promueven las participaciones más originales dentro del espectro intelectual de la época (Romano, 2004). Sin duda, los trabajos sobre la relación entre la constitución de un nuevo público lector y el papel de las publicaciones rioplatenses desarrollados por Eduardo Romano son los más específicos que hay en el abordaje literario de *CC*, tanto en cuanto a publicaciones de *periodismo ilustrado*, como de revistas literarias en el ámbito argentino y rioplatense, deteniéndose no solo en el efecto de la “crítica social” sino en la paradójica “actitud reformista” que adopta la publicación en una lectura de su función político-ideológica.

Las operaciones analíticas que llevaremos a cabo, desde la perspectiva del Análisis del Discurso y el análisis de los dispositivos iconográficos, requieren primeramente atender a las condiciones sociohistóricas de producción de *CC* en mayo de 1910, que suponen la exploración de materiales diversos, como estudios historiográficos, culturales, sociológicos, y el trabajo con el material de archivo pertinente.

En el período del Centenario, los medios de tirada y alcance popular se constituyen en un fuerte instrumento de influencia sobre la ciudadanía y la opinión pública que, caracterizada por la heterogeneidad cultural, lingüística e ideológica de la inmigración masiva, busca modelizar, disciplinar e integrar a la nación.

Describiremos el n° 607 de *CC* y contextualizaremos discursivamente el corpus específico de “La Semana de Mayo. Reconstrucción Fotográfica”⁶ que abarca 6 folios de los 400 que contiene este número especial del 25 de mayo de 1910, poblado en un tercio por publicidad, notas de propaganda y

6 En todos los casos, las citas textuales respetan la ortografía del original.

promoción de comercios e industrias.⁷ Posteriormente, ofreceremos un análisis combinado de la dimensión discursiva verboicónica de la representación de la Semana de Mayo atendiendo a los procedimientos de reformulación respecto del discurso fundador de la historia argentina, el de Bartolomé Mitre, y dando cuenta de las operaciones que permiten una visión didactizante de los hechos para formular una de las primeras crónicas ilustradas de la Semana de Mayo.

***Caras y Caretas*, primer semanario ilustrado popular**

Hemos afirmado que es poco habitual el tratamiento de los semanarios ilustrados como *CC* desde una perspectiva que analice su compleja *dimensión discursiva* en atención simultánea de los niveles verbales e icónicos. En este sentido, aunque desde la óptica de la historia de la lectura y con la mirada puesta en el aspecto literario, Eduardo Romano (2004) ha estudiado en profundidad los elementos que de *CC* resultan novedosos en relación a las dos tradiciones de publicaciones que para 1898, año de su fundación, se encontraban el ámbito rioplatense: la *prensa satírica* y la llamada *prensa ilustrada*.⁸

Entre sus modernidades, resaltan la opción por un formato de 26,5 x 28 cm, conveniente frente a las poco manuable publicaciones de la época, el atractivo de las caricaturas, el

7 Seleccionamos el número especial del 25 de mayo porque aquí se constituye un corpus que reformula particularmente los relatos y mitos nacionalistas fuertemente instaurados por Bartolomé Mitre en una lectura heroica del pasado y en la construcción ejemplar de los héroes nacionales. A excepción de críticas dirigidas a los miembros de la "Comisión del Centenario" y en la expectativa que se deja ver en las publicidades, el semanario adoptó para entonces una actitud menos comprometida con la actualidad política nacional. Se trataba, sin duda, de una época muy diferente para la revista, como se verá más adelante.

8 De la prensa satírica habría asimilado las caricaturas de índole política, mientras que de la prensa ilustrada previa, el uso de las fotografías y de materiales artísticos "serios", como las participaciones literarias.

uso de la fotografía y el verso para la publicidad, las notas de actualidad y costumbres y el interés declarado por contar con participaciones artísticas de renombre, acompañada la afanosa oferta por un módico precio que incluso bajó de treinta a veinte centavos en el transcurso de sus primeros tiempos.⁹

La fórmula “festiva, literaria, artística y de actualidades” nos presenta las ambiciones, en parte alcanzadas, de un semanario cuyo éxito, en su versión argentina, radicó especialmente en la amalgama entre lo “serio” y lo “cómico”, sostenida en su ávida capacidad para combinar “arte” y “mercado”, en la proliferación original de publicidades elaboradas, muchas de ellas teñidas de humor y sagacidad. CC supo hallar un lugar nunca antes ocupado en el mercado editorial en desarrollo. El trío responsable de la versión argentina contaba con Eustaquio Pellicer (creador de la primera versión uruguaya) como redactor, con Mayol como dibujante y, en el cargo de director, con quien había propuesto a su amigo Pellicer la aventura: Bartolomé Mitre y Vedia. Esta es la primera “formación” tal cual se nos presenta en la “Circular” del 19 de agosto de 1898 que anticipaba la llegada del semanario.

Ya en el primer número, la revista presentaba un cambio en la dirección: Vedia y Mitre por José S. Álvarez (Fray Mocho). Permuta que estaba acompañada por una nota de Mitre y Vedia titulada “Sin Careta”. Allí, el apodado “Bartolito” se excusaba de participar y de separarse de la empresa muy a su pesar por motivo de otras ocupaciones. Según Pignatelli (2000), Pellicer no asumió desde el

9 Los paquetes de cigarrillos “Centenario”, de cigarrillos habanos “Mitre” o de “Cigarrillos 43” de Piccardo y Cía. iban desde los 20 a los 50 centavos. Sirva el dato a modo ilustrativo del carácter popular del precio del semanario. Aunque otros cigarrillos como “Barrilete” y “10 Centavos”, podían obtenerse, como lo indica el nombre del último, por menos todavía, sin duda se trataba de una publicación medianamente accesible que amplió cuantitativamente el público lector de revistas, como demuestra Romano.

primer momento la dirección porque en el contexto de la independencia de Cuba no era prudente, si se quería un exitoso alcance de tirada, que un español figurara a la cabeza de la empresa. Sin embargo, Mitre y Vedia tuvo prontamente que ceder su lugar porque “el general Mitre no vio con agrado que su apellido estuviera involucrado en una revista destinada a satirizar a sus adversarios políticos” (Pignatelli, 2000: 274). Bartolomé hijo había ya experimentado la dirección de *La Nación* desde 1882 a 1893 junto a su hermano Emilio, y habíase encargado de modernizar su fisonomía, *aggiornar* el estilo y dinamizar las editoriales. Tuvo sin embargo que abstenerse de figurar, al menos, a cargo de la dirección de *CC* en 1898. Estas filiaciones sociales y afectivas nos proporcionan, bajo la apariencia de mera curiosidad, elementos relevantes para el análisis del número especial del 25 de mayo de 1910, donde la versión mitrista de la historiografía argentina será recuperada y defendida con honores.

N° 607, 25 de mayo de 1910

En este número especial del 25 de mayo de 1910 asistimos a una particular ruptura, no solo en cuanto a la extensión –o a la calidad del papel en su “edición de lujo”–, sino fundamentalmente en relación con la isotopía estilística, especialmente patente en el caso de la reconstrucción de la Semana de Mayo. Este número, como hemos anticipado, rompe con la línea de comicidad característica que mezcla lo serio con lo humorístico para enfatizar en esta ocasión la solemnidad del acontecimiento. La ausencia casi total de caricaturas y su sustitución masiva por pinturas, dibujos evocativos del tipo realista y por abundantes fotografías que testimonian el avance de los frentes industriales del país, hacen de este número una excepción de voz, cuerpo y tono enunciativos en el contexto amplio de la línea editorial de esos años. Reservados los guiños de comicidad

para las publicidades y segmentos muy acotados, el número apela a un *ethos* periodístico serio. Prácticamente carece de participaciones literarias y, en cambio, da lugar a intereses documentalistas y conmemorativos.¹⁰

Notas como “España en el centenario” recopilan firmas, felicitaciones y saludos de intelectuales, figuras artísticas y políticas reconocidas de la península, dando cuenta de la importante labor de cobertura que atendía la demanda de noticias internacionales. “El ejército y sus tradiciones”, firmado por Pablo Riccheri, se acompaña de dos ilustraciones del ejército a caballo y de “la campaña”, por Peláez, exponiendo la presentación de armas. “La organización masónica en la independencia americana” toma las principales logias de comienzo del siglo XIX. Bajo el título “Departamento central de policía” y la pluma de José G. Rossi, se presenta un “vistazo policial á través de cien años”. De este modo, el recorrido por las instituciones de disciplinamiento social es variado y está al servicio del lector en el mismo número y por el módico precio de cuarenta centavos en Buenos Aires, o de cincuenta “fuera de la capital”. La “Batalla de Ayacucho” (dibujo de J. Hofmann) y un “Cuadro al óleo de A. Giménez” de un salón de damas de sociedad con peineta adornan, a página completa, la publicación. Adolfo Saldías, conocido

10 La tapa presenta a seis colores la ilustración ganadora del concurso organizado por el semanario. Muestra en primer plano un hombre desnudo curvando su cuerpo esforzado por sostener un mástil (rodeado por una guirnalda de rosas) que iza la flameante bandera argentina, acompañado por las figuras, en segundo plano, de otros cuatro hombres con el torso desnudo en posiciones dinámicas. En el horizonte, una nubosa imagen de lo que parece ser el emblemático edificio del Congreso. La imagen está sin marco, cuya presencia es rasgo característico de números regulares (Romano, 2004). Una segunda tapa presenta los datos de la revista, número, año y fecha de publicación en el 21 de mayo de 1910, aunque con el n° 606 se hubiera anticipado para el 20 de mayo. El dibujo sobrio de una joven de rasgos nativos, con el pelo suelto y vincha roja, sentada en una silla y acompañada de una paleta y un pincel parece encarnar el acto “creativo” de la nación. La inscripción debajo de la ilustración en esta segunda “carátula” está firmada por Cao y versa: “Caras y Caretas se asocia con la publicación de este número a la fecha que hoy solemniza toda la República”.

crítico de la labor historiográfica de Mitre, participa con “La prensa periodística de la Revolución de 1810” ocupándose del tema de las imprentas y organismos de difusión de las ideas revolucionarias y acompañando con retratos de Moreno, de Monteagudo y de la fragata en la que pereció el primero. Le siguen “El baile que acabó a cañonazos” (tradicción), “Las mujeres salteñas en la guerra de la independencia” por Bernardo Frías y “Opiniones Europeas”, segmento que recupera y aglutina opiniones poco vistas en un mismo ejemplar como las de M. Nordeau y R. Darío. “La enseñanza pública hasta 1810” de J. V. González precede a “Las letras argentinas en el período de la Revolución”, de A. G. Pastor. Seguidamente, en página completa, un cuadro al óleo de J. Peláez: “El pueblo frente al Cabildo (22 de mayo de 1810)” refrenda la imagen mitrista del “pueblo” con los paraguas en alto frente al histórico edificio.

No nos extenderemos aquí en presentar la diversidad de notas que forman parte de este número, pero destacamos aquellas que (además de las que por un contenido histórico, documental o anecdótico se refieren al centenario en sí mismo), por un lado, aluden temáticamente a la presencia e influencia de comunidades europeas en el país: “Francia y los franceses en la Argentina”, “Los italianos en la Argentina”, “La Argentina y la Gran Bretaña”; y las notas que, por otro lado, refieren a la industria nacional en desarrollo como “Industria vitivinícola en Mendoza”, “La ciudad de Necochea”, entre los artículos que difunden la actividad de los ingenios azucareros, vitivinícolas, y de las imprentas y papeleras que, aunque concentrados hacia el inicio y al final de la publicación, ocupan un espacio relevante. La imagen de una tierra en vivo proceso de crecimiento e industrialización muestra su fisonomía a todos los lectores, contruidos en la amalgama de oriundos e inmigrantes.

En la publicidad de *La Casa Vaccaro* el redactor alude jocosamente a la pretensión del semanario (que por cierto,

circuló efectivamente en España con un representante exclusivo), encabezando su publicidad con el texto: “Como este número de Caras y Caretas circulará por el mundo entero, LA CASA VACCARO saluda á sus favorecedores por toda la tierra”. El anuncio presenta a continuación el siguiente saludo en diez lenguas (que van del inglés, italiano y francés al chino): “La más afortunada vendedora de la Lotería Nacional y la mejor Casa de Cambio de la República”.

En efecto, el “especial” parece estar jugando con la invención de un lector “comunidad internacional” pero, sobre todo, con la de quien habita el suelo argentino (nativo o inmigrante) y quiere saberse en contacto con Europa y a la altura de su desarrollo cultural, social y económico. CC, como otras publicaciones de la prensa centenaria, intenta responder a un modelo de país montado sobre el progreso que se sitúa en el panorama internacional como civilizado e industrializado pero, a su vez, culturizado.

Finalmente, una presencia fundamental e ineludible en el n° 607 de mayo de 1910 se intercala en la heterogeneidad de notas y participaciones especiales: la titulada “Nota bibliográfica sobre *La Historia de Belgrano* por Bartolomé Mitre” que, sin firma, presenta las imágenes en espacio compartido de los “manuscritos”, consagrando y monumentalizando la obra cuya lectura es específicamente reformulada en la “reconstrucción fotográfica” que nos ocupa.

A los fines de nuestro análisis, la filiación mitrista es relevante no solo en tanto y en cuanto habilita probables identificaciones ideológicas, aunque camufladas en la heterogeneidad de contenidos del semanario y en la postura satírica original respecto del universo político en general, sino fundamentalmente en la reivindicación que en el número especial de mayo de 1910 se hace de Mitre y de su *Historia de Belgrano*.

Es a través de la reformulación del discurso fundador de Bartolomé Mitre que se reconstruye precisamente un “lugar de memoria”¹¹ para afirmar la necesidad de ejemplaridad de la gesta y para renegociar en el panorama político internacional la imagen de una Argentina no solo legítima, sino “abierta” al mundo, reconciliada con sus inmigrantes, industrializada y en crecimiento ilimitado. CC se apropia de esta versión de los hechos y materializa en la narrativa de la crónica ilustrada una interpretación del escenario del propio 1910.

Memoria discursiva: el relato fundador de Bartolomé Mitre

Arnoux ha analizado en profundidad la construcción del objeto discursivo “el pueblo de la plaza pública” en la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* sosteniendo que es este un texto fundador de la tradición historiográfica “que guía la puesta en memoria oficial de la historia patria a la vez que se propone orientar las prácticas políticas” (Arnoux, 2006: 65).¹² En consecuencia, además de legitimar una tradición en la que inscribir su posicionamiento político e ideológico, con su *Historia* expresa un mecanismo disciplinador

11 Según Pierre Nora, los “lugares de memoria” son lugares portadores de una historia (o carga) simbólica que no se opone sino que supone el “olvido”. Este es tan relevante como el recuerdo, en tanto constituye un factor significativo, la materialidad de la nueva construcción simbólica. En este sentido es que el arte de la puesta en escena de esta materia histórica reenvía a un lugar de memoria clave y origen de la nación argentina. El significado clave de la revolución maya se reafirma en sus resonancias y recurrentes reformulaciones a lo largo del tiempo. En esta línea, volvemos a remitir a Pília de Assunção, N y Ravina, A. (eds.), *Mayo de 1810: entre la historia y la ficción discursivas*, 1999. Aquí, como las autoras y según lo admite el propio Nora, usamos “lugar de memoria” en un sentido no restringido a lo físico, sino como acervo simbólico.

12 Reconoce precisamente que “ilustrativas de su carácter fundador son, entre otras, las reformulaciones en diversos moldes genéricos de la escenificación de la semana de mayo de 1810 y de los episodios de la guerra de la independencia, destinadas a nutrir los dispositivos de conmemoración del Estado nacional” (Arnoux, 2006: 65). [El resaltado en bastardillas es nuestro.]

orientado a sostener “un modelo de participación popular que evite los desbordes de la ‘democracia semibárbara’ del interior y los peligros entrevistos en las revoluciones europeas de 1848” (Arnoux, 2006: 73).

A nuestros fines, resulta de especial interés la coyuntura pos-Caseros en la que se inscribe la *Historia de Belgrano*, por un lado, en relación a la actitud rupturista respecto del pasado de la generación del ‘30; por otro, de cara al conflicto Buenos Aires/“interior”.

Según Devoto, a diferencia del impulso previo de Alberdi o de Sarmiento que buscaban cortar con todo pasado de cara a la civilización (ya sea por medio de la educación o de la inmigración como soluciones para la construcción nacional), Mitre buscó legitimar en el pasado un proyecto de nación unitaria, en el contexto de las luchas entre la Confederación y Buenos Aires.

Podemos seguir, a partir de entonces, una suerte de recorrido de la voluntad política e ideológica de Mitre expresada a través de la instauración del mito de origen (y de la confianza que sobre este relato tenía como dispositivo persuasivo capaz de dotar a la nación de una historia, de una tradición política liberal y a la elite de Buenos Aires de la capacidad conductora para el presente y porvenir del Estado nacional).

Devoto observa que los efectos nacionalistas del discurso mitrista recién anclan, tras las conocidas polémicas “historiográficas” con Vélez Sársfield y V. Fidel López (entendidas como controversias receptivas que indican la falta de consenso entre sus contemporáneos), en las ideas de la generación del ‘80, aferrándose de un modo particular, convirtiéndose definitivamente en un aporte fundamental al imaginario nacional y deviniendo en dispositivos pedagógicos y cívicos, formadores de una ciudadanía. Entendemos que el reiniciado proceso de consolidación de una tradición nacional impulsado en los ‘80 llega a su plenitud en el momento conmemorativo del Centenario.

Si bien en el “momento del Centenario” conviven diversos elementos ideológicos de generaciones anteriores, también es cierto que en este ambiente se respira un renovado y fuerte clima de confianza y optimismo en el futuro de la Argentina. Esta mirada renovada logra apartarse de la visión esquemática sobre el papel de la inmigración y piensa la función de un pasado nacional para moverse conciliatoriamente hacia la aceptación de la herencia hispánica.¹³ Elementos provenientes de generaciones anteriores –tales como la percepción de la inmigración indeseada como “mal social” y sus respuestas nacionalistas cristalizadas en la “educación patriótica”, en la garantía nacional de las Fuerzas Armadas por el servicio militar obligatorio (1911) y en el conjunto jurídico de leyes que abarcan desde la Ley de Residencia hasta la Ley de Defensa Social– son acompañados e interpretados al mismo tiempo como intentos “reformistas”, vinculables al espíritu de la Ley Sáenz Peña que proyectan positivamente un futuro para la Argentina.

Aunque la inmigración española había comenzado a gozar de mayores consideraciones frente a la percepción de amenaza política de la inmigración italiana que prestaba resistencias para la integración, no fue en las anteriores décadas nunca tan fuerte como para generar un movimiento de “retorno” hacia España como sí, en el contexto de 1910, fue propicio este clima de ideas en la proyección optimista de la elite dirigente para situar a la Argentina como una nación destinada a crecer y progresar. Es entonces cuando el mito fundacional de la argentinidad, que aquí nos interesa, vuelve a retomarse y reformularse simbólicamente no solamente ya, como a partir de los ‘80, de cara a una educación

13 “Los miedos a la cuestión inmigratoria, a la violencia anarquista y más en general a la desintegración nacional, se combinaban confusamente con la idea de esa “futura grandeza del país”, de las posibilidades ilimitadas de expansión económica y de asimilación social que la tierra de promisión aseguraba” (Devoto, 2005: 47).

patriótica que exaltaba símbolos patrios en su pedagogía cívica, sino desde intervenciones múltiples sobre la opinión pública, extendidas y difundidas en estos dispositivos de alcance “popular” que constituyen la prensa, y la prensa ilustrada. En especial papel promotor, a causa de las características populares, en su tirada, registro y alcance, encontramos un semanario como *CC* abonando a tales fines.¹⁴

Si algo unifica las voluntades políticas de la elite dirigente que lucha por el poder es el propósito de dar una respuesta esperanzada a los “males sociales” (y a toda amenaza de desorden, desintegración o involución industrial) por la imposición, Estado mediante, de una solución pedagógico-cultural sostenida en la “invención” de un pasado en el que los nuevos argentinos pudieran reconocerse (Devoto, 2005: 58). A falta de dispositivos narrativos anteriores que sirvieran para aplicarse en la escuela, “todo obligaba a retornar al relato fundador de Mitre que sí servía para los dos propósitos: formar a las elites y a los jóvenes estudiantes” (Devoto, 2005: 60).

La semana de mayo y su reconstrucción fotográfica

Con límites algo difusos, el tipo de la “reconstrucción fotográfica” constituye un híbrido, tanto en el sentido de que estructuralmente combina códigos verbales y gráficos, como en el de que no se trate técnicamente de fotografías, sino de ilustraciones de representación realista. Esta estética realista no dejaba de ser familiar a los lectores, en vista de que supo convivir en la publicación tanto con el uso de fotografías como con el de caricaturas, acompañando relatos literarios, publicidades y notas policiales. Lo cierto es que

¹⁴ Sin ser órgano declaradamente mitrista como *La Nación*, claro está, *CC* mantiene, al menos en sus inicios, una relación comprometida con el discurso de Mitre, como hemos señalado.

la reconstrucción no tiene nada de “fotográfica”, aunque la fotografía abunde en otros lugares del número especial.¹⁵

Si bien la reconstrucción pareciera rechazar los límites concretos de una cronología ilustrada al ingresar voces directas y diálogos, en tanto estos están en todos los casos subordinados a la intervención moderadora del narrador, creemos asistir efectivamente a una cronología ilustrada,¹⁶ con importante presencia de diálogos y fuertes opciones evaluativas del narrador.

Los episodios se presentan secuencialmente, siguiendo un hilo cronológico, a dos o más por página. Debajo de cada ilustración, un texto supera las demandas de un mero epígrafe en tanto no solo “describe” la escena, sino que constituye el lugar de la narración de los hechos, en el que incluso los personajes habilitados hablan en estilo directo.¹⁷ Se trata entonces de ilustraciones figurativas en escala de grises, de líneas simples y pocos matices, pero de corte realista, simulando precisamente un marco fotográfico espontáneo de las escenas de mayo, y abarcando panorámicamente cuerpos enteros que interactúan, sin primeros planos de rostros, en posiciones dinámicas. En el último folio se presentan, alrededor de la viñeta que corona y clausura la crónica, los retratos realistas de cada uno de los

15 Tampoco encontramos en su titulación un guiño satírico, sino más bien la pretensión de fidelidad a la verdad histórica que todo discurso histórico construye, suplida por la representación realista que se identificó desde el principio con la técnica fotográfica.

16 Si admitimos, en consecuencia y por el orden de los factores en la “crónica ilustrada”, una dominancia del elemento verbal por sobre el icónico, el análisis que proponemos no puede evadir la estrecha relación de sentido entre ambos lenguajes.

17 En su capacidad de integrar diálogos a las imágenes era reconocido el semanario desde la portada de su primer número, pero su uso era más habitual en el contexto humorístico y satírico que en su variante “seria”. Sobre este aspecto “dialógico”, remitimos nuevamente al estudio de Romano (2004). Esta característica hace que se establezcan, por momentos, relaciones genéricas con la historieta, género en el que Caras y Caretas sería pionera por su introducción años después.

integrantes de la Primera Junta¹⁸ en sus representaciones tradicionales tales como el perfil de tres cuartos de Moreno o el frente imponente de Saavedra.¹⁹

El miedo de Cisneros, saltos temporales y omisiones

Lo primero que notamos al cotejar la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (HB) de Bartolomé Mitre con la “Reconstrucción fotográfica” de CC, además de la brecha propia del soporte genérico (por la diferencia notable de extensión, por ejemplo), es la divergencia que en el plano narrativo tiene el modo de resolver los saltos temporales. Advertimos que en CC se invierte el orden de algunos episodios de la gesta patria, aunque se conserven los rasgos evaluativos y axiológicos principales, junto a otras estrategias constructoras de la ejemplaridad.²⁰

18 Los retratos se disponen en torno a la ilustración n° 15 de la página sexta del siguiente modo y con estos epígrafes: en el margen superior izquierdo, con formato circular, el “Doctor Mariano Moreno (abogado de la Real Audiencia), secretario de las secciones de guerra y relaciones exteriores”; centrado en la parte superior, formato rectangular, el más grande de los retratos: “Coronel don Cornelio Saavedra (jefe del batallón de patricios) presidente de la Primera Junta gubernativa”; en el margen superior derecho y con formato simétricamente circular, el “Doctor Juan José Passo (abogado de la Real Audiencia), secretario de la sección de hacienda”; hacia la izquierda, en el medio, un rectángulo con el “Dr. Manuel Belgrano (abogado secretario del primer consulado), vocal, y más tarde delegado de la Junta ante las provincias del Paraguay y Uruguay”; en margen opuesta (derecha), también en rectángulo, el “Doctor Juan José Castelli (abogado de la Real Audiencia), primer delegado de la Junta en la expedición á provincias y Alto Perú”; debajo de estos, a la izquierda y derecha en sus respectivos rectángulos: “Presbítero don Manuel Alberti (cura de la Iglesia de San Nicolás de Bari), vocal” y “Coronel Miguel de Ascuénaga (que tomó parte en las campañas de la Reconquista y la Defensa), vocal”; y, finalmente, en la línea inferior, del lado izquierdo “Don Juan Larréa, vocal” y del opuesto “Don Domingo Matheu, vocal”.

19 Estos retratos se encuentran célebremente reproducidos en diversidad de materiales, algunos de los cuales circulan en la actualidad. Al mismo tiempo, tanto la iconografía particular como la totalidad verboicónica retrotraen (por esas curiosas inversiones de la temporalidad a las que nos sometemos) a las representaciones tradicionales que las revistas escolares como *Billiken* (nacida recién hacia fines de 1919) han reproducido posteriormente. Una imagen de la escena en la plaza con los paraguas con el Cabildo de fondo establece recorridos en la memoria perceptiva de las imágenes escolares aunque la vista de esta escena es casi al ras del suelo y no se ve la característica torre del edificio histórico, sino su balconado en fuga hacia la izquierda.

20 En este sentido, es pertinente reconocer que en todo discurso histórico: “al proponer una representación del pasado, los relatos orientan de una u otra manera la actividad interpretativa de los sujetos. En

Como constante, para heroizar a los personajes y dotarlos de actitudes ejemplares, CC se ocupa, por contraste y a la manera de Mitre, de atacar evaluativamente la figura de Cisneros. El aparato axiológico excede la crónica y se extiende a otra nota del mismo número donde una descalificación²¹ se complementa con la infantilización de esta representación. Cisneros mismo es quien, a través del “quejumbroso manifiesto” y su “manifiesto” (*manifestación*, en juego de palabras), es causa de la revolución. Así comienza la crónica de CC, con la reunión de “los iniciados” sentados a la mesa.²²

Día 20. (“En la quinta de don Nicolás Rodríguez Peña”).- *Recibidas* las deplorables noticias de la *metrópoli*, el virrey Cisneros publica un *quejumbroso manifiesto* el día 18, cuyo *manifiesto es la causa ocasional de la Revolución*. Los iniciados en ella se reúnen el día 20 en el comedor de la quinta de don Nicolás Rodríguez Peña (Callao, entre Paraguay y Charcas), cuando ya lo habían hecho en la casa del coronel don Martín Rodríguez (Cangallo, entre San Martín y Reconquista), y allí, declara el doctor Manuel Belgrano que, dejando á un lado toda clase de consideraciones, era llegado el caso de ir á la revolución. Saavedra no lo cree. Los jefes acuartelados allí presentes, -*que ya han pedido al Cabildo una asamblea de notables, -proponen* que se le exija á Cisneros su renuncia indeclinable. Así se resuelve y se

algunos casos, ese ‘sentido’ al que todos los elementos discursivos tienden se formula en un enunciado general del que puede derivarse una norma de acción. Los relatos ejemplares ilustran esta posibilidad acentuando los segmentos epidícticos y organizando redes axiológicas claras.” (Arnoux, 2004: 66)

- 21 La nota “Los últimos virreyes” hace contrastar el desempeño de Cisneros en relación con sus antecesores: “En cuando á la actuación del último virrey, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, es bien conocida. Sin prestigio alguno ni entre metropolitanos ni entre los criollos, fue víctima de sus mismos procedimientos; su propia acción lo hizo desaparecer del mando”.
- 22 Reproducimos el material verbal que se ubica por debajo de ambas ilustraciones. Estas van a media página y ocupan la primera carilla. La descripción que acompaña las ilustraciones me pertenece, así como las bastardillas que destaco en el texto.

nombra para ello al doctor Castelli, acompañado de los coroneles Rodríguez y Terrada, comandante este último de las fuerzas que guardan la Fortaleza.

Desde el punto de vista de las nominalizaciones, la designación “la metrópoli”²³ evita nombrar directamente a España. Tampoco sus partidarios, identificados como enemigos, son españoles sino “metropolitanos”. El gentilicio se aplicará únicamente más adelante a los dos miembros de la Primera Junta con un concesivo que ironizará su pertenencia: “don Juan Larrea y don Domingo Matheu, españoles ambos, aunque... ‘muy patriotas’”. Por lo tanto, el único caso en que utiliza “españoles” es para aludir, no sin cierta ironía, a dos personajes que tienen justamente un papel positivo en el contexto de la revolución.²⁴

Hay un propósito claro de no herir sensibilidades españolas en el espíritu de los festejos internacionales. Nuevamente una operación interdiscursiva sostiene este gesto conciliador con España en la nota “La conquista de las Indias” cuando se habla de la

(...) raza de los conquistadores, valiente hasta la fiereza (...) que á veces y aun con frecuencia, rebelara, por la ingénita condición de su misma fortaleza y *cuya alma nos legara para independizarnos después*, no contra ella,-pues de ella venimos, sino contra aquellas absurdas leyes, apropiadas tal vez, al *retoñamiento de la infancia* ó para los hombres conquistados, según la época; pero ya impropias y aun repugnantes para los hijos, “mayores de edad”, de los mismos conquistadores!

23 Este significante es usado por Mitre en *HB*, retomando a su vez su uso en las Actas Capitulares, que declara como una de sus múltiples fuentes.

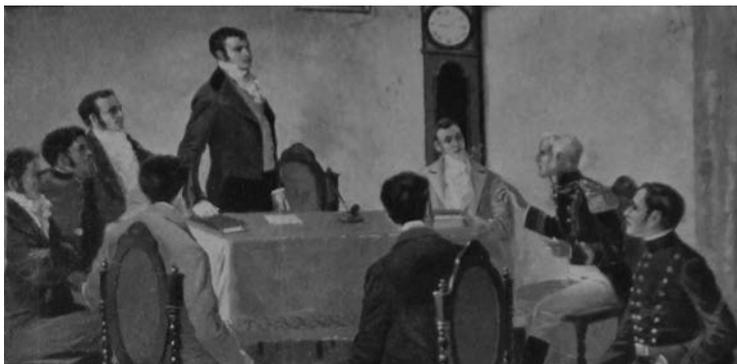
24 Otra nota del número se detiene en “Los españoles de la revolución” a elogiar en un discurso epidíctico modelo a Matheu y Larrea, cuidándose de argumentar que su patriotismo revolucionario no implicó traición alguna a España, en vista de que no existía España como tal en el contexto napoleónico.

Luego interpela a los lectores: “[¿] Acaso, nosotros, raza de la moderna civilización, hemos procedido de distinta manera con ‘lo nuestro’? ¿Es esta gran capital del sud aquella ‘aldea’ que nos legaron nuestros mayores?” La metáfora orgánica y etaria que marca una infancia y una madurez respecto de la de nuestros “mayores” es recurrente en este y otros discursos del mismo número. El tono conciliador se hace evidente en el modo en que, como “hijos”, heredamos las propiedades de los conquistadores. La identificación total con la herencia de España, a su vez, borra cualquier relación con los pueblos originarios de América. Sin embargo, Cisneros como representante de la metrópoli y del poder colonial comienza a construirse discursivamente como un infante (invirtiendo la metáfora etaria) mediante las acciones que se le atribuyen (incluyendo su pasividad) y evaluaciones negativas del producto de su acción que, por extensión, operan sobre él. Su “quejumbroso manifiesto” que acaba siendo “causa ocasional de la revolución” y la nominalización de “iniciados” para los héroes revolucionarios, a su vez, reenvían hacia la representación mitrista de una revolución deliberada, preparada, que encuentra ocasión con el advenimiento de las “deplorables noticias de la metrópoli”, en oposición a los rasgos de una revuelta espontánea y oportunista de otras versiones que se enfrentan a su *HB* y que han sido producto de debates historiográficos reconocidos.²⁵ En este sentido, la predicación “*proponen* que se le exija a Cisneros su renuncia indeclinable”,

25 En la mencionada “Nota bibliográfica” sobre *HB*, se dice a propósito de la polémica con Velez Sársfield: “En este intervalo y á los seis años de publicado el libro, aparecieron unas ‘Rectificaciones Históricas’ escritas por el doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield, impugnando algunas aserciones de la ‘Historia de Belgrano’. El autor de este libro salió á su defensa, mostrando con nuevas pruebas y documentos que, cuando había dicho que ‘en sus páginas no se narra un solo gesto, ni se avanzaba una sola opinión que no pudiese ser documentada’ y se había en realidad preparado seriamente á la tarea, compulsado todos los testimonios históricos, madurando sus juicios y formándolos con verdad y equidad y con perfecto conocimiento de causa. Esta discusión histórica contribuyó a dar mayor autoridad al libro, demostrando la solidez de sus fundamentos, como tuvo que reconocerlo el mismo impugnador, dando á luz ocasión para elustar algunos de sus capítulos con documentos hasta entonces desconocidos.”

en el verbo principal, supone una actitud mesurada, equilibrada, “moderada”, en términos de Mitre. El reloj marcando la hora de la revolución y la mención en posición final de “las fuerzas que guardan la Fortaleza” recuerdan la premisa mitrista de que la revolución fue, por un lado, producto deliberado de los patriotas que aguardaron su hora, por otro, pacífica y sin violencia, manejada “desde arriba” y rematada por “el pueblo”, pero con la fuerza lista para actuar de ser necesario.²⁶

Día 22. (“En la Fortaleza”).-Resuelta la convocación de un Cabildo abierto para que los altos funcionarios y primeras personalidades del país, puedan deliberar sobre sus propios destinos, el virrey Cisneros consulta á los jefes de las tropas acuarteladas, ante oidores de la Audiencia, si puede contar con ellos. -Por mi parte- le contesta el jefe del Fijo, coronel Melo, -estoy dispuesto á sacrificarme por el señor virrey. -“Eso”, -le replica Saavedra,- “lo veremos mañana, después de la asamblea”.



Viñeta 1. Los patriotas sentados a la mesa en casa de Rodríguez Peña cuando el reloj marca la hora de la revolución. Belgrano está de pie y Saavedra, precavido y con el índice en alto, en la cabecera opuesta.

26 Sobre la comparación entre este “lugar de memoria” instaurado por Mitre y versiones que, como la que Vicente Fidel López opuso, en el carácter de una respuesta espontánea, oportunista y poco “revolucionaria”, así como para profundizar en diversos aspectos de la ficcionalización de mayo, véase el trabajo de Nelda Pilia de Assunção y Aurora Ravina (eds.), *op. cit.*



Viñeta 2. De un lado, los jefes activos; del otro, Cisneros, en primer plano y en disposición evidenciadamente enfrentada y solitaria.

Ambas viñetas, 1 y 2, topologizan esos otros espacios que son los lugares ideológicos. En la disposición de los personajes, en sus posturas corporales y ubicaciones, se establecen las diferencias y relaciones de poder. En el interior del comedor, la mesa homogeiniza a los participantes sentados a su alrededor y, sin embargo, es posible apreciar que Belgrano (personaje principal en *HB*, a partir del cual se narra la “historia de la independencia”) está de pie y representa cabalmente el espíritu de Mayo. Saavedra, del otro lado de la mesa, en actitud reticente y con la mano en alto, pues que “era llegado el caso de ir a la revolución”, “no lo cree”. En la viñeta 2, en cambio, se muestra firme y confiado, por lo que se redime de inmediato la vacilación sobre su derecho a formar parte del panteón patrio.²⁷ Saavedra representará la fuerza de los Patricios pero también la actitud más

²⁷ Nos detendremos más adelante en la extrapolación temporal que hay aquí en relación al relato mitrista que ubica esta respuesta de Saavedra en el último día, dejando entrever mucho más las diferencias políticas entre los mismos “patriotas”.

moderada entre los revolucionarios. Las posiciones son claras. Cisneros, en la viñeta 2, permanece a un lado, hacia la derecha del cuadro, y los jefes, enfrentados.

Desde el soporte verbal, ambos textos comienzan en posición temática inicial con participios (“recibidas”, “resuelta”) que evalúan los hechos, por un lado, impersonalizándolos; por el otro, ubicándolos como una realidad pasada, inminente. Las noticias ya están “recibidas”, no hay posibilidad de negarlas. La “convocación” [sic] de un Cabildo abierto ya está “resuelta”. Al mismo tiempo, “recibida” supone una acción más pasiva (asociada al agente Cisneros), mientras que “resuelta” se asocia con una deliberación que queda impersonalizada en la segunda viñeta, pero que permite asociarla a las decisiones de los “jefes acuartelados” que “ya han pedido al Cabildo una asamblea de notables”.

Si en la viñeta 1 se enuncia efectivamente la elección de los emisarios Castelli (en principalía), Rodríguez y Terrada (acompañando), la crónica de *CC* no continúa con la escena en cuestión, sino que salta temporalmente en la viñeta 2, a “la Fortaleza”, día 22. Allí asistimos a este diálogo entre Cisneros y los jefes de tropas, en el que el virrey busca apoyo. Saavedra se niega y confiere una amenaza: “Eso –le replica Saavedra, –lo veremos mañana, después de la asamblea”. Este posicionamiento ocurre cronológicamente en la *HB* hacia la noche del 19 de mayo:

Alarmado el Virey con estos movimientos, reunió á todos los gefes militares en su despacho, en la noche del 19 al 20, para decirles que contaba con ellos para contener á los inquietos que pedían Cabildo abierto, y para apoyar su continuacion en el mando. *A lo que contestó con energía D. Cornelio Saavedra: –No cuente V. E. conmigo, no con mi cuerpo de Patricios para eso: se trata de asegurar nuestra suerte y la de la América, y no se considera segura en sus manos. V. E. está en el caso de hacer dimision: el que á V. E. dió autoridad para mandarnos, ya no existe, y de consiguiente*

tampoco V. E. la tiene ya; por eso hemos resuelto reasumir nuestros derechos y conservarnos por nosotros mismos.” Todos los gefes presentes, á escepcion de uno, hablaron en el mismo sentido, y desde aquel momento quedó decretada la deposicion del Virey. (HB: 222)

Contrastando la intervención reformulada del personaje de Saavedra salta a la vista que CC ha abreviado en un acto de amenaza la acción que redime al coronel de sus dudas manifestadas en la reunión secreta. En Mitre, la fuerza de sus palabras es de importancia argumental porque Saavedra aceptará en un primer momento ser miembro de la junta liderada por Cisneros (hecho que CC omite), producto de su exagerada prudencia, para luego presentar su renuncia. La modalidad de amenaza representada por Saavedra es entonces un elemento fundamental para su construcción como personaje patrio por su radicalidad, antes socavada en la indecisión y la duda. Mediante esta intervención se asegura la legitimidad y merecimiento de quien será el presidente de la junta gubernativa elegida por el pueblo.

De esta “consulta” (CC) la idea de un Cisneros “alarmado” (HB) y debilitado por la falta de apoyo persiste, aunque los saltos temporales operen para evitar poner en riesgo la heroicidad de los patriotas.

De la reunión secreta al espacio público

Podemos observar un pasaje de la acción, que es también locativo, desde lo secreto y privado de las primeras viñetas (la reunión casi hogareña de jefes “acuartelados” y la consulta de la fortaleza) hacia lo público: la plaza Mayor de la Victoria.

Día 22. (*“En la plaza Mayor de la Victoria”* y --*Mientras la asamblea de notables se reúne en el local del Cabildo, el patriota French incita á los grupos reunidos en la plaza Mayor de la Victoria, á que no se acepte otra resolución que la de nombrar una*

Junta formada por hijos del país. Esta es la opinión de *todos los patriotas* y ella circula en los corrillos y en los cuarteles donde las fuerzas esperan las órdenes de sus jefes para proceder inmediatamente á la imposición, y con especialidad, el batallón de patricios á las órdenes exclusivas del coronel don Cornelio Saavedra.

(“*En el Cabildo abierto*”).-Tiene lugar *la asamblea de altos funcionarios y personalidades notables del país*, en la que por inmensa mayoría, se depone á don Baltasar Hidalgo de Cisneros del mando y título de virrey, pasando su autoridad al ayuntamiento, el que debe nombrar, “á la brevedad posible”, una Junta gubernativa.

Los escenarios se escinden y corresponden a diferentes actores. Por un lado, “los altos funcionarios y primeras personalidades del país”/“asamblea de altos funcionarios y personalidades notables del país”/ “la asamblea de notables” está en el Cabildo, y “los grupos reunidos en la plaza Mayor de la Victoria” (que recuperan al “pueblo de la plaza pública” de Mitre) junto al “patriota French”, respaldando el acuerdo de “todos los patriotas”. La amenaza de la imposición revolucionaria por la fuerza está latente entre “el batallón de patricios” y “los cuarteles”, “donde las fuerzas esperan órdenes”. De un lado, entonces, Saavedra tiene la fuerza militar patricia; del otro, French agita e “incita” a “los grupos” en favor de la misma resolución.

Convocatoria del 22

Llama la atención que en la segunda página se incorpore una reproducción efectivamente fotográfica de la conocida esquila de convocatoria para el día 22 de mayo.

El Excmo. Cabildo convoca á V. para que se sirva asistir precisamente mañana 22 del corriente a las 9 sin etiqueta alguna, y en clase de vecino al Cabildo abierto, que con anuencia del Exmo. Sr. Virey ha acordado celebrar, debiendo manifestar

esta esquila á las Tropas que guarnezcan las avenidas de esta Plaza, para que se le permita pasar libremente.

La introducción de un material positivamente documental a través de la fotografía tiñe de efectos de veracidad el relato, reforzando el carácter didáctico de “la historia” que reclama para sí el tono de la “reconstrucción”. Bajo la convocatoria se refiere:

Esquila original de citación á los magistrados y más altas personalidades de la ciudad para asistir al Cabildo abierto: se repartieron cuatrocientas y tantas; pero sólo asistió á la asamblea popular poco más de la mitad de los citados y en su inmensa mayoría los *ya complotados* para la deposición del virrey. (...) Los que asistieron la presentaban á la guardia de las avenidas por donde entraban á la plaza.²⁸

Con este epígrafe se establece y recupera una serie de lugares mitristas críticos: 1) quiénes fueron los asistentes, 2) la rivalidad comercial entre “metropolitanos” y criollos, 3) la fuerza como garantía del orden.

Siguiendo el hilo argumental, el cese de Cisneros en el mando es comunicado finalmente por el pregonero, señalando con el habitual introductor de esta crónica para dar presencia e importancia a determinados personajes que no deben omitirse mediante formas conjugadas o verboidales del verbo “acompañar”:

Día 23. (“Cesación del virreinato en el Río de la Plata”). -En consecuencia de lo resuelto por la asamblea el día anterior,

28 Si bien el gesto documentalizador es fundamental en Mitre, en su Historia de Belgrano no figura esta convocatoria, aunque sí se enuncia que 250 personas asistieron, faltando gran parte de los convocados: “Bajo estos auspicios se hizo la apertura del congreso popular en las galerías altas de la casa consistorial con asistencia del Obispo, de los oidores y de mas de doscientos cincuenta ciudadanos respetables, habiendo dejado de asistir como doscientos de los que habian sido expresamente invitados.” (HB: 227)

una compañía de patricios, al mando del comandante don Eustaquio Díaz Vélez, *acompaña* al pregonero que lee el bando por el cual se declara que don Baltazar Hidalgo de Cisneros cesa en el mando del virreinato.

El patriota French

Día 24. (“Protesta del pueblo contra la junta presidida por Cisneros”). -El ayuntamiento se ha reunido de nuevo y, cumpliendo su mandato, ha nombrado la Junta gubernativa, imponiendo á Cisneros como presidente de ella; pero el patriota French se presenta y allí, con asombro de los que le escuchan, les dice: –“El pueblo no quiere la Junta que habéis nombrado, y si persistís en sostenerle, estad seguros de que unida á la protesta vendrá la sublevación.” –El patriota French se retira. Los cabildantes auxiliados por el obispo Lué, –que va y viene de la Fortaleza al Cabildo,-se encuentran perplejos ante la imposición de otra junta. –Los unos persisten en que debe subsistir la nombrada por ellos, que es sólo una junta provisoria hasta que se reúnan “los representantes de todos los pueblos”; ¡los otros temen una asonada en la capital que puede ser de muy deplorables resultados. Tanto más cuanto que los dos vocales más prestigiosos, –Castelli y Saavedra, –y especialmente éste, se asegura que renunciarán á formar parte de la junta nombrada, presidida por el depuesto virrey don Baltazar Hidalgo de Cisneros.

French habla y su parlamento es, no solo desde el punto de vista cualitativo, de mayor importancia que el de cualquier otro. Aquí el narrador cede a la voz que representa a su vez al “pueblo” para que confiera la amenaza. Resurge el miedo, el temor a “una asonada en la capital”, mientras que Castelli y Saavedra (elegidos como vocales de la junta de Cisneros) son ubicados como leales a la causa revolucionaria.

A pesar del protagonismo de French y de las múltiples resonancias mitristas, en esta crónica ni este personaje ni el de

Beruti reclaman que “el pueblo quiere saber de qué se trata”. Este trascendido enunciado siquiera tiene una ocurrencia reformulada, simplemente está ausente. Y esto se explica por el hecho de que la crónica ilustrada habilita a French pero no necesariamente al pueblo como agente principal. Como veremos, esta “omisión” resulta significativa desde el conjunto de enunciados que sí se recuperan del texto fuente dada la coyuntura de 1910.

Y ya en la plaza y con objeto de que se reconozcan los unos a los otros como verdaderos patriotas, el mismo French, acompañado por el capitán don Luis Antonio Beruti, reparte el distintivo azul y blanco, colores del uniforme de los patricios que tanta gloria obtuvieron cuando las invasiones inglesas.



Viñeta 7. French y Beruti.

French y Beruti, como se aprecia en la viñeta 7, ocupan su lugar en la repartición de distintivos, anclando en un hito cercano que forma parte de la misma memoria: las invasiones inglesas.

¿Dónde está el pueblo?

CC adelanta cronológicamente la escena del balcón en la viñeta 8 que disponemos a continuación, al 24 de mayo, mientras que en HB cierra el cap. IX, coronando el día 25:



Viñeta 8. ¿Dónde está el Pueblo?

—“¿Dónde está el pueblo?” —pregunta en voz alta, uno de los cabildantes asomándose al balcón, desde donde mira irónicamente pequeños grupos que chapotean en el barro que forma la incesante lluvia. —¿Dónde? —le grita desde la plaza el patriota French. —Tocad la campana y lo verás congregarse. Y si persistís, nosotros tocaremos generala, y ya verás dónde está el pueblo, (El cabildante que ha notado en el gesto de los que en la plaza se encuentran la decisión de cumplir la amenaza, vuelve á la reunión del ayuntamiento acompañado por el coronel Saavedra, que va á presentar la renuncia indeclinable de la primera junta). (CC)

Salió el Cabildo al balcon y French y Berutti desplegaron al pié de él su batallon patriótico, que en aquel momento á causa de la lluvia y de lo avanzado de la hora, solamente contaba poco mas de un centenar de hombres. No correspondiendo aquel número á la idea que el Cabildo se habia formado de aquella entidad desconocida para él, gritó el Síndico Procurador —¿Dónde está el pueblo?— A lo que contestaron varios que se tocase la campana de Cabildo para que la poblacion se congregase, y que sino se hacia por falta de badajo ellos tocarian generala y abririan los cuarteles, y que entonces veria el Cabildo donde estaba el pueblo.” (HB: 253)

Como vimos, la renuncia de Saavedra a la junta de los metropolitanos tiene diferente tratamiento. En *CC* nunca se deja ver una traición o una vacilación ostensible en su posicionamiento; en *HB* se lo trata como un moderado que evita los extremos, que acepta su cargo junto a Cisneros antes de renunciar a él.

El 22 de mayo de 1909 habíase estrenado el primer filme argentino “con argumento de carácter profesional”, (Mirande Lamedica, 2000): *La revolución de mayo*. Dirigido por Mario Gallo y dividido en 15 cuadros (de los que solo se conservan 10 en la Fundación Cinemateca Argentina) parece haber influenciado en el modo de hacer memoria en la prensa ilustrada. El semanario ilustrado *PBT*, fundado por el mismo Pellicer, cubrió el estreno novedoso del filme publicando imágenes de los 15 cuadros, que en orden titulaba: “La sociedad de los siete”, “El Alcalde y el Virrey”, “La consulta”, “La autoridad del Virrey ha caducado”, “La buena nueva”, “El bando”, “La escarapela nacional”, “El cabildo abierto”, “La lista”, “Indecisión”, “¿Dónde está el pueblo?”, “El cuartel de los Patricios”, “La junta nueva”, “Se levanta a la faz de la tierra” y “Apoteosis”.

Aunque no profundizaremos aquí en las relaciones con esta otra reformulación cinematográfica del discurso historiográfico ni con el tratamiento de *PBT*, la escena del balcón traduce la misma pregunta que encontramos en el texto fuente de Mitre (“¿Adonde está el pueblo?”, en el filme) y trae resonancias con el modo en que esta ilustración de la crónica se construye.

Del filme, las perspectivas e imágenes que coinciden notablemente son las de French y Beruti repartiendo los distintivos en la viñeta 7 (que tanto el filme como *PBT* reinterpretan como “escarapelas”), donde el punto de fuga y la disposición de los cuerpos es muy similar.²⁹ También la viñeta de los juramentos y la que corresponde a la escena final con el discurso

29 De hecho, estas viñetas “colorean” en grises los cuadros del filme de Gallo.

de Saavedra desde los balcones del Cabildo retrotraen en perspectiva al filme, pero no así la primera imagen de los revolucionarios, o la de los cabildantes que salen al balcón para ver dónde está el pueblo. La perspectiva del filme en esta escena es desde la plaza, desde abajo del balcón y no desde el interior, como en *CC*, sino desde el pueblo que se expone en primer plano.

De todos modos, el filme de Gallo, tanto como su repercusión en la prensa ilustrada, constituyen sin duda un antecedente de la crónica que aquí analizamos y una instancia de importantes reformulaciones, fijaciones y apropiaciones de sentido respecto de *HB*.

Deposición de Cisneros y elección de la junta

La imagen infantilizada y debilitada de un virrey que juega a las cartas recién se presenta en *CC* el 24 de mayo, mientras que en *HB* se produce el día 20 a la noche (o madrugada del 21) cuando le exigen la deposición como virrey, no como presidente de la junta.³⁰ Cisneros es, igual que en *HB*, un ingenuo infante: “Cisneros, muy ajeno á la protesta del pueblo, juega a las cartas, cuando le anuncian la llegada de Rodríguez y Castelli.”³¹ Es entonces cuando “Castelli manifiesta á Cisneros que debe renunciar á la presidencia de la Junta”³² y en respuesta, “Cisneros se enfurece; pero al notar la actitud decidida de Castelli y Rodríguez, se resigna

30 De esta manera se relata esta episodio en *HB*: Castelli, Rodriguez y Terrada se dirigieron en el acto á la Fortaleza. (...) Entraron sin hacerse anunciar al salon del Virey, en que este sin sospechar que habia sonado la última hora del poder colonial, se entretenía en jugar á los naipes con el brigadier Quintana, el oidor Caspe y su edecan Guaicolea. Los dos emisarios de la revolucion se acercaron á la mesa de juego con gravedad y con respeto. Castelli tomó la palabra y dijo: “Exmo. Sr.: tenemos el sentimiento de venir en comision por el pueblo y el ejército que está en armas, á intimar á V. E. la cesacion en el mando del Vireinato.” (*HB*: 223)

31 Epígrafe de página 4, viñeta 9 (pequeña, en esquina superior derecha).

32 Texto completo de la viñeta 10 de la página 4 (pequeña, centrada en la hoja, a la derecha de la 9 y a la izquierda de la 11).

diciendo: –‘Puesto que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona, renuncio.’”³³

En síntesis, entre la renuncia resignada del virrey y la reunión secreta median temporalmente en *CC* siete escenas que relatan cómo el pueblo se organiza, cómo interviene French el día 22 en nombre del pueblo para que no se acepte “otra resolución que la de nombrar una Junta formada por hijos del país” y el desarrollo de la asamblea de notables en el Cabildo abierto de la viñeta 4. El día 23, con una construcción nominal que parece direccionada tanto a completar el sentido de la ilustración como a introducir y restringir la interpretación verbal, se encabeza con “Cesación del virreinato en el Rio de la Plata” el relato del “pregonero que lee el bando por el cual se declara” que Cisneros “cesa en el mando.” Le sigue entonces la “Protesta del pueblo contra la junta presidida por Cisneros”. El ayuntamiento está reunido, French toma la voz del pueblo y se dirige a los que “temen una asonada en la capital que puede ser de muy deplorables resultados”. Cisneros es finalmente sorprendido, en la ilustración de la viñeta 9, en el interior de la Fortaleza, precisamente jugando a las cartas, desatento, “ajeno”. La imagen refuerza la evaluación de un personaje débil que encarna la resignación.

La inspiración de Beruti

Día 25. (“Se nombra a la Junta gubernativa impuesta por el pueblo”). –“*Por una inspiración del momento*”, el capitán don Luis Antonio Beruti, hace la lista de las personas que deben formar la Junta gubernativa y, en la plaza Mayor de la Victoria, la distribuye á un grupo de patriotas que la aplauden y la imponen al Ayuntamiento. Se compone del coronel del batallón de patricios, don Cornelio Saavedra, como presidente; doctor

33 Viñeta 11, en cuarto folio (ídem 9 y 10, abajo).

don Mariano Moreno, secretario de guerra y relaciones exteriores, doctor don Juan José Passo, secretario de hacienda; doctor don Manuel Belgrano, doctor Juan José Castelli, presbítero don Manuel Alberti, coronel don Miguel de Ascuéna, –todos criollos, –agregando á ellos los comerciantes don Juan Larrea y don Domingo Matheu, españoles ambos, aunque... “muy patriotas”. *Esta lista llega al Cabildo, conjuntamente con las voces del que en la plaza Mayor de la Victoria pide que sea la junta.* El ayuntamiento resiste aún; pero ante la imposición que puede producir *la temida asonada*, entra á deliberar y resuelve por unanimidad que en vista de la renuncia del virrey, se nombra la junta aclamada popularmente.



Viñeta 13. La inspiración de Beruti.

En *HB* la inspiración de Beruti es mirada con cierto descreimiento y Mitre da a entender, por el testimonio del Gral. Guido en una cita de sus memorias, que la lista habíase acordado con antelación en la noche anterior. Aquí, *CC* reproduce este guiño de desconfianza en el uso de comillas y del complemento “del momento”. El agente impulsor de la lista es “un grupo de patriotas”. “La temida asonada” hace manifiesto el peligro

percibido como el terror al desorden popular, reforzado por el uso de “imponen” que se atribuye al grupo de patriotas y “las voces” que “piden” y llegan al Cabildo.

Ahora bien, Mitre organiza su interpretación en *HB* identificando “tres partidos”: el metropolitano, el patriota o revolucionario y el “conciliador” que, por intentar reunir los extremos, acaba por ser “reaccionario” a los intereses del pueblo y que aboga por una autoridad interina del Cabildo hasta tanto se organizase un gobierno provisorio, dependiente siempre de España. A su vez, el partido patriota de la versión de *HB*, que quiere la cesación del mando y la organización de un gobierno propio, se divide en dos facciones: los que buscaban delegar la organización del nuevo gobierno en el Cabildo y los que querían “que él fuese el resultado de una votación popular” (*HB*: 227). De un lado, Mitre pone a Saavedra, del otro a Castelli. “Castelli y Passo eran los oradores del pueblo” (*HB*: 230) y son ellos quienes instalan en la arena de la discusión que “la España ha caducado”, que “el pueblo ha reasumido la soberanía”, inclinando a los indecisos a tomar partido por la revolución.

La crónica de *CC*, como hemos visto, no solo pone en el primer plano de la acción a los personajes de Castelli y Saavedra, sino que incluso resalta el papel de French y Beruti, como voces del grupo de patriotas, como representantes populares. Pero si en *HB* French es como el “agente popular” de Belgrano (Arnoux, 1997), en *CC* se refuerza su importancia otorgándole el don del discurso directo, la capacidad de hablar sin mediaciones en el papel de mediador, justamente. También Beruti, dueño de la “inspiración”, tiene su parte.

Los de arriba y los de abajo

Finalmente, *CC* adorna el final de la crónica ilustrada con “grandes fiestas”, el discurso de Saavedra y una ciudad nocturna iluminada. Evocación del espíritu mismo del Centenario, el llamamiento a la “unión y fraternidad de criollos y

metropolitanos” explicita el retorno a España y el tono conciliador de la conmemoración:

Día 25. -*Aclamada* la nueva Junta gubernativa por los patricios reunidos en la plaza Mayor, el presidente, coronel don Cornelio Saavedra, se presenta en el balcón del Cabildo é incita á *la unión y fraternidad de criollos y metropolitanos*. Esa misma tarde el Cabildo ordena que se hagan *grandes fiestas*. Las iglesias y conventos echan á vuelo las campanas, y por la noche se ilumina la ciudad.



Vineta 15. Arriba y abajo.

El “remate” de esta última ilustración de la viñeta 15 es productivo simbólicamente porque el recurso topológico alcanza su mayor expresión: la división en dos niveles. Las líneas del balcón se encargan de separar el arriba del abajo: en los balcones del Cabildo, los cabildantes; en la tierra, el pueblo. Si, por un lado, hay una incitación a la unión y a la cohesión social, no hay dudas de que límites no pueden confundirse, simultáneamente.

Las funciones del olvido en la reformulación de una memoria discursiva

Acompañado de un crecimiento económico objetivo y de una estabilidad monetaria no es difícil imaginar que la generación del centenario, europeizante al mismo tiempo que orgullosa de exponer su argentinidad, se viera envuelta en una ola de optimismo reforzado en cada uno de los festejos y se encontrara a sí misma convencida de estar combatiendo los fantasmas de la desintegración nacional con su firme vocación de inculcar el orden y la civilidad frente a la amenaza de la inmigración inadaptada y la anarquía acechante. La crisis del sistema electoral y el acceso, apoyado por Figueroa Alcorta, de Roque Sáenz Peña al poder, son signos de renovación, aunque limitados a solidificar la confianza en el sistema representativo y democrático en el que los grupos de elite se disputan el poder.

Mitre sostenía que en 1810 tanto la facción española como la revolucionaria “eran esencialmente conservadores en cuanto á la subsistencia del orden público”. Si en *HB*, el aristocrático temor a los desórdenes, desbordes y excesos del “populacho”, “explica porque la mayoría había delegado en el Cabildo la facultad de nombrar la Junta de Gobierno”, en *CC*, su reformulación se carga de nuevos sentidos vinculados al terror anarquista y a la fragilidad del sistema político.

En primer término, entonces, el temor de los sectores medios y dirigentes a la acción violenta de grupos anarquistas³⁴ opera sobre CC como operó el miedo a los desacatos del “populacho” sobre los moderados patriotas en la versión de Mitre:

Los patriotas moderados temían los desórdenes á que podra entregarse un pueblo repentinamente emancipado, y juzgando por lo que habia acontecido en otros paises, creían que el triunfo de la libertad seria manchado por escesos, que solo podrian evitarse manteniendo la agitacion de las regiones superiores de la sociedad, y resolviendo la crisis por medios puramente pacíficos y parlamentarios. (*HB*: 234)

En segundo lugar y en el contexto de crisis del sistema electoral de 1910, el desplazamiento del “pueblo de la plaza pública” de Mitre a un plano de acción mediado casi exclusivamente por sus representantes (como French y Beruti) que pugnan en favor del pueblo pero “por el pueblo”, sin su intervención directa, recarga los sentidos. Si el agente pueblo era para Mitre una fuerza decisiva de sostén para la revolución llevada adelante por los patriotas, en CC el borramiento o desplazamiento de su protagonismo supone otra intencionalidad política relacionada con esta coyuntura crítica de 1910.

Dicha intencionalidad se expresa, por ejemplo, en la omisión de “el pueblo quiere saber de qué se trata”³⁵ para evitar tocar las sensibilidades sociales respecto de la participación efectiva del pueblo en las decisiones del país. Eco de lo que Roque Sáenz Peña, una vez ganada la batalla contra el partido portador de la

34 Este temor al terror anarquista podía estar fundamentado en el asesinato de R. Falcón de 1909, en el atentado al presidente en 1908 y en otros incidentes recientes, y fue premonitorio de la bomba estallada el 26 de junio en el Teatro Colón en plenos festejos centenarios.

35 El conocido enunciado de Mitre que funciona como referencia ineludible en reformulaciones posteriores ya está presente, en cambio, en el filme *La Revolución de Mayo* de M. Gallo, mencionado anteriormente.

herencia mitrista³⁶ y llegado al poder, efectivizaría más adelante: la ley electoral de 1912.³⁷ Esta ley se manifestaría, en definitiva, como expresión de un orden más democrático, dando respuesta a la inconformidad creciente frente a la práctica regular del fraude y, al mismo tiempo, como garantía de orden frente al avance del discurso anarquista, temido como el peor de los males por el conjunto de la clase dirigente.

Ahora, en 1910, los resultados de los comicios del 13 de marzo auguraban para parte de la sociedad, entonada con el optimismo del esperado festejo, un cambio en el sistema político. Para otros sectores, en cambio, significaba el fin de una época. La asunción de Sáenz Peña no se produciría sino hasta el 12 octubre y la noticia del proyecto de la ley electoral no sería comunicada hasta los días previos a su asunción como resultado de su reunión con Yrigoyen.

CC, para el 25 de mayo de 1910, intenta borrar los conflictos en lo tocante al papel que debe asumir el pueblo como entidad política, y deja la acción heroica en manos de sus representantes legítimos. CC elige, una vez más, conciliar por omisión y cohesionar un orden de las cosas que manifiesta sus preferencias en la distinción entre los de arriba y los de

36 Las tensiones entre Roque Sáenz Peña y los Mitre datan desde sus inicios políticos y estallan sin duda cuando, en ocasión de las elecciones de 1892, siendo Roque candidato a presidente (y tras su reconocida actuación en el Congreso de Washington), Bartolomé Mitre (aliado entonces con Roca), promovió como candidato a Luis Sáenz Peña, su padre, obligando al hijo a renunciar a la candidatura. Emilio Mitre, por su parte, se erigió como principal candidato a la presidencia para 1910 pero, muerto el 25 de mayo de 1909, fue sucedido en la dirección del Partido Republicano por Guillermo Udaondo, quien ocupó su lugar como principal candidato opositor para las elecciones de 1910. No obstante, la extendida adhesión y apoyo a Sáenz Peña le dieron la victoria con el curioso trasfondo de los cuestionados métodos utilizados por su partido en la elección de un senador para la Capital, en reemplazo de Uriburu, días antes de la elección presidencial.

37 Esta ley contemplaba, como es sabido, aquello no dispuesto por la Constitución Nacional del 53 y terminaba, en principio, con una etapa de fraudes permanentes por medio del voto "universal" (masculino), secreto y obligatorio. Recordemos que bajo esta ley se celebrarían por primera vez comicios que en 1916 llevarían al ascenso del Radicalismo con Hipólito Yrigoyen. El Partido Autonomista Nacional había gobernado los últimos 35 años.

abajo. Su solución didáctica toca el conflicto contemporáneo y resuelve, ante la amenaza del desorden y la “asonada” (o, en otros términos, anarquismo y desintegración), optar por la dirección precisa de la elite dirigente en un llamamiento a la unión y fraternidad desde el balcón, marcando así los lugares sociales y definiendo un modo de participación que no quiere verse amenazado.

En *CC*, la voluntad de reforzar un pasado para la nación es más fuerte que la necesidad de polemizar. De hecho, Pignatelli señala que el semanario acusa dos etapas perfectamente definidas. La primera, desde su creación hasta fines de la primera década del siglo XX, justamente, está inspirada por el deseo de sus fundadores de llevar una publicación político humorística de temas de actualidad y sociedad. Bajo la autodefinición de “semanario festivo, literario, artístico y de actualidad” amalgamó originalmente, como hemos señalado anteriormente, elementos de las publicaciones ilustradas y satíricas de entonces, caracterizándose por sus modernidades y su accesibilidad en el precio, entre otros factores. Ahora bien, en una segunda época, crecieron las noticias internacionales y la cobertura de temas antes ignorados, a la vez que paulatinamente Pellicer, Cao y otros miembros originales, decidieron alejarse y editar otras publicaciones (*PBT* y *Fray Mocho*) que intentaron posicionarse de modo similar *CC* en su primera etapa. Tras estas deserciones el semanario reconfiguró su personalidad hasta llegar a definirse en 1913 como “revista semanal ilustrada”.

Según Pignatelli (2000), por 1910 *CC* ya reservaba poco espacio a la política nacional (cerca del 3%), mientras que la vida cotidiana concentraba el 22%, la cultura un 13%, y la publicidad un 38%; datos que demuestran que se trataba de un negocio próspero. Para este entonces, la ecuación arte/mercado, cuyo equilibrio destaca Romano (2004) en lo que va desde su fundación hasta 1903, inclina la balanza fuertemente hacia las demandas del mercado publicitario.

La competencia con sucesoras e imitadoras y el cambio de miembros y participaciones, migrados en su mayoritaria composición original a *PBT* en 1906, aparejaron un estilo editorial menos involucrado en cuestiones políticas que llegaría gradualmente, con un tratamiento que buscaba limitarse a lo informativo y tras la fundación de *Fray Mocho* en 1912, a perder incluso el predominio de las caricaturas y el humor crítico, parte integral de su personalidad original.

La instauración de una modalidad enunciativa pedagógica de larga duración

Encontramos que *CC* del centenario propone, en su reformulación del relato mitrista de los hechos de mayo, una de las modalidades enunciativas más influyentes y duraderas en la liturgia cívica escolar: la reconstrucción secuencial y cronológica de la Semana de Mayo, ilustrada y representada en un dispositivo combinado de imagen y texto, la *crónica ilustrada*, que no solo ha recorrido las publicaciones infantiles como *Billiken* o *Anteojito* en nuestros días, sino que ha anclado en representaciones que exceden el ámbito de la prensa para manifestarse, (escuela, medios gráficos y libros de texto mediante) en el imaginario social de todo aquel que haya transitado por el sistema educativo argentino en el último siglo.

De esta manera singular, *CC* capta la sensibilidad que comienza a abrirse paso en el centenario cumpliendo con el mandato de ofrecer un relato (no un análisis, sino una crónica ilustrada con fin moralizante y de alto grado de persuasión) que funcione como dispositivo cívico-pedagógico, haciéndose cargo, por un lado, de esta “invención” del pasado que la nueva generación del centenario reclama para la proyección futura de la nación; por otro, respondiendo ideológicamente a las ideas mitristas que se reformulan en

el sentido de legitimar un lugar en la historia para la elite dirigente de esta tierra de promisión.

CC refuerza el discurso dominante del nacionalismo de raíz liberal mitrista que construye sobre la Revolución de Mayo un “lugar de memoria”, cuyos sentidos están controlados por las representaciones que disciplinan, a través del discurso historiográfico o de la prensa ilustrada, no solo una narrativa sobre el pasado sino, ante todo, un modo de ser y hacer la ciudadanía que se entronca con el ideal de progreso y la participación mediada por portavoces que hablan por el pueblo, confiados en sus sistemas de representatividad en manos de la clase dirigente. Operando sobre borramientos y olvidos significativos, la narrativa evita la explicitación de la conflictividad social y política de su tiempo, vinculable tanto a la percepción de la amenaza anarquista como a la crisis del sistema electoral, ofreciendo veladamente una solución homogeneizadora y tranquilizadora del orden, ejemplarizando confiadamente las decisiones importantes en los representantes legítimos del pueblo.

Hoy sabemos que la mayor y más relevante manifestación de la iconografía de la Revolución de Mayo se produjo hacia la época del Centenario (Rodríguez Aguilar y Ruffo, 2005). Queda pendiente el trabajo de profundizar en un estudio más amplio y con una perspectiva que historicice corpus diversos (desde revistas ilustradas a revistas escolares como *Biliken*, obras pictóricas y monumentos, hasta reproducciones en manuales y libros escolares) cuáles han sido los devenires y las apropiaciones de esta representación icónico-verbal en la memoria discursiva nacional de mayo para establecer en qué medida *Caras y Caretas*, en tanto primer semanario ilustrado de carácter popular operó, bajo una fuerte pretensión didáctica y disciplinante, sobre los sentidos constructores de un lugar de memoria determinado para los hechos de mayo de 1810 en la compleja coyuntura del Centenario.

Bibliografía

- AA.VV. 1999. Pilia de Assunção, N. y Ravina, A. (ed.). *Mayo de 1810: entre la historia y la ficción discursivas*. Buenos Aires, Biblos.
- AA.VV. 2000. Leiva (coord.). *Los días del centenario de mayo*. Buenos Aires, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, Tomos I y II.
- Amossy, R. 2000. “L’ethos ou la mise en scène del l’orateur”, en *L’argumentation dans le discours politique. Literature d’idée, fiction*. París, Nathan. Kallay, E. (trad.) para la cátedra de Lingüística Interdisciplinaria.
- Arnoux, E. 2002. “La Revolución de Mayo de 1810 de Juana Manso: el drama histórico en la construcción del Estado”, en Pellettieri, O. (ed.). *Itinerarios del teatro latinoamericano*. Buenos Aires, Galerna.
- . 2006. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Chauraudeau, P. y Manguenau, D. 2006. *Diccionario de Análisis del Discurso*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Devoto, F. J. 2005. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Follari, R. S. 2000. “La generación del Centenario. Los hombres y las ideas”, en AA.VV. 2000. *op. cit.*, T. I.
- Maingueneau, D. N. 2002. “Problemas de *ethos*”, en *Pratiques* N° 113/114, junio, pp. 55-67. Contursi, M. E. (trad.).
- Mayochi, E. 2000. “El periodismo argentino del Centenario”, en AA.VV. 2000. *op. cit.*, T. II.
- Mirande de Lamedica, G. 2000. “Las imágenes del Centenario”, en AA.VV. 2000. *op. cit.*, T. II.

- Mitre B. [1857] 1959. *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.
- Nora, P. (dir.). (1984-1993). *Les lieux de memoire*. París, Gallimard. 7 Vols.
- Parada, E. A. 2000. “Lecturas y lectores en el Buenos Aires del Centenario”, en AA.VV. 2000. *op. cit.*, T. I.
- Pignatelli, A. I. 2000. “*Caras y Caretas*”, en *Historia de Revistas Argentinas*. Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, Tomo II.
- Ramallo, J. M. 2000. “La educación en el Centenario”, en AA.VV. 2000. *op. cit.*, T. I.
- Romano, E. 2003. “*Caras y Caretas*”: *utopía temprana de un periodismo artístico y popular*. Ponencia en II Congreso Interocéánico de Estudios Latinoamericanos. <http://ffyk.uncu.edu.ar/ifaa/archivo/IIIInteroceanico/Expresion/Romano> [Consulta: marzo 2008]
- . 2004. *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos-Calafate.
- Rodríguez Aguilar y Ruffo, 2005. “La iconografía de la revolución de mayo posterior a 1930”, en Actas de las Jornadas Nacionales de Historia Argentina “Hacia el Segundo Bicentenario de Mayo”. <http://www.museoroca.gov.ar/articulos/Iconografia.pdf> [Consulta: 29 de abril de 2009]
- Traversa, 1997. *Cuerpos de papel: Figuras del Cuerpo en la Prensa 1918-1940*. Gedisa, Barcelona.
- Vázquez Villanueva, G. 2006. *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo Montea-gudo (1809-1824)*. Buenos Aires, La isla de la luna.

Instrucción médica y defensa social. El discurso de los científicos de la salud en la Universidad de Buenos Aires (1890-1910)

Pablo von Stecher

El período que abarca las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX estuvo signado por una serie de profundas transformaciones que constituyeron las bases de la Argentina moderna. Los nuevos vínculos del país con el mercado internacional, el crecimiento del modelo agroexportador, la política bajo el régimen oligárquico, los flujos de inmigración masiva, así como el surgimiento y crecimiento de nuevos grupos políticos como radicales, socialistas y anarquistas fueron algunos de los fenómenos económicos, políticos y sociales que caracterizaron los momentos previos a 1910, año de celebración del Centenario de la Revolución de Mayo. Las oleadas inmigratorias, la urbanización acelerada y los primeros e incipientes desarrollos industriales dieron lugar a la problemática de la higiene y la enfermedad en la ciudad, especialmente luego de las epidemias de cólera (1867-1868) y de fiebre amarilla (1871). Ante el avance de otras enfermedades urbanas (escarlatina, disentería, fiebre tifoidea, peste bubónica, viruela, sarampión, difteria, tuberculosis, gastroenteritis, sífilis) junto a los males sociales a ellas vinculados (mala alimentación, habitación insalubre, excesos laborales, prostitución, alcoholismo), muy presentes

en una ciudad como Buenos Aires, que crecía vertiginosa y desorganizadamente (Armus, 2000: 521-522), el sector médico recibió una importante promoción.

Luego de recurrir sin éxito a grupos heterogéneos de curanderos, farmacéuticos y damas de caridad, el Estado necesitaba contar con un cuerpo estable de médicos (González Leandri, 2001: 231). No obstante, la misión de los clínicos no se limitaría solamente a curar o prevenir las enfermedades. En una coyuntura de caótico desarrollo económico y social, el régimen político conservador propugnaba una política de *autoridad y orden*, objetivo que requería la conformación de una burocracia capaz de garantizar el funcionamiento del aparato administrativo. Para ocupar los más altos rangos de la administración gubernamental se consideró una institución particular: la universidad, y a sus egresados, en especial abogados y médicos.

La universidad, asimismo, se establecía como una instancia clara de politización centrada en persuadir a los jóvenes estudiantes de la fe en el progreso y la organización que sustentaba la política oficial (Lobato, 2000: 186). En este sentido, entendemos que se produjo un movimiento doble y circular entre los médicos politizados que se hacían escuchar en la universidad y los médicos egresados que trabajaban en la administración estatal y sanitaria.

En la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, el grupo burocrático y profesional que se destacó por la elaboración de un discurso de *salud y orden* fue el de los médicos higienistas. A partir de los estudios de Diego Armus (2007: 31), entendemos que la *higiene* puede ser comprendida a través de tres concepciones que resultan complementarias y eficaces para percibir el carácter abarcador del término. Por un lado, se trata de una *técnica preventiva* ante los problemas del ambiente urbano y de su administración y gestión; por otro, es una *política social* aplicable a distintos campos de acción: la casa, la escuela, la fábrica, el taller, el barrio,

la ciudad; finalmente, es una *guía* para observar, corregir y mejorar la salud del cuerpo social en su conjunto.

Entre los médicos, funcionarios estatales y profesores universitarios que se inspiraron en esta múltiple concepción de la higiene, José M. Ramos Mejía¹ se distinguió por la elaboración y difusión de un discurso higienista-social, fundado en una matriz positivista. José Ingenieros² discípulo de Ramos Mejía, continuó, en cierto modo, la difusión de tal discurso, aunque desde una perspectiva criminológica. Ambos discursos, preponderantes en este entramado social, fueron reproducidos o ampliados por distintos grupos profesionales: educadores y maestros, abogados, psicólogos y psiquiatras, y también por intelectuales, pensadores y científicos.

Este trabajo tiene como objetivo general indagar la construcción de un sujeto discursivo particular, constituido bajo la tensión entre las categorías “sujeto médico”, “sujeto educador”, “sujeto político”, y determinado en documentos relativos a la enseñanza académica (discursos inaugurales de cátedra, planes de estudio) producidos por José M. Ramos Mejía y José Ingenieros. Específicamente, se propone examinar las operaciones que permiten identificar el posicionamiento³ de

-
- 1 José María Ramos Mejía (1849-1914), intelectual argentino de linaje patricio, se doctoró como médico en 1879 y desde entonces inició una vasta tarea científica, política y cultural. Creó la Asistencia Pública, el Departamento de Higiene y la cátedra de Neuropatología. Se desempeñó como jefe de cátedra en esta disciplina. Asimismo, estuvo al frente de la dirección del Consejo Nacional de Educación (Terán, 2000: 97-98)
 - 2 José Ingenieros (1877-1925) nació en Italia, arribó a la Argentina como integrante de una de las primeras olas de inmigrantes y, a pesar de este origen sospechoso para el Buenos Aires de la época, alcanzó altas posiciones dentro de la estructura intelectual. En 1897, se recibió de farmacéutico y en 1900, de médico. Ese año, además, fue nombrado jefe de Clínica del Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires. En 1903, comenzó su carrera de psiquiatría y psicología, un año después ganó la cátedra de Psicología Experimental en la Facultad de Filosofía y Letras, y condujo los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*. Desde 1907, dirigió el Instituto de Criminología (Terán, 2000: 289-290).
 - 3 Charaudeau y Maigneueau explican cómo mediante el empleo de cierta palabra, vocabulario, registro de la lengua, giros o género de discurso, el locutor indica cómo se sitúa en un espacio conflictivo. El posicionamiento designa a la vez, las operaciones por las cuales esa identidad enunciativa se plantea y mantiene en un campo discursivo (2005: 452).

este sujeto. En este sentido, consideramos que dichas instancias discursivas funcionan como elementos privilegiados no solo para el adoctrinamiento académico-político de los estudiantes universitarios, sino también para la reproducción, a través de ellos, de un discurso de disciplinamiento⁴ social, propio del período previo al Centenario.

La medicina, entre la instrucción y la política

La Facultad de Medicina fue fundada en 1852, pero permaneció por más de veinte años al margen de la Universidad de Buenos Aires, puesto que la pequeña elite médica de entonces buscaba controlar el acceso a la profesionalización. Recién en 1874, y en parte gracias al accionar del *Círculo Médico*, la Facultad fue reincorporada a la Universidad. Creado por un grupo de estudiantes que lideraba José M. Ramos Mejía y afianzado durante las décadas de 1880 y 1890, el *Círculo Médico Argentino* se manifestó como un espacio común que nucleaba intereses intelectuales de profesionales y estudiantes de medicina, invitaba a la discusión y corporación, propugnaba la renovación de la estructura médica, al tiempo que denunciaba al sistema de salud, basado en un criterio hospitalario y manejado por manos ajenas a la corporación médica (Buchbinder, 2005: 52-53).

En 1890, Ramos Mejía comenzó el dictado del *Curso de Enfermedades Nerviosas*, como profesor titular de cátedra, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. El

4 Foucault entiende que la disciplina es capaz de “fabricar” individuos, en tanto se trata de la técnica específica de un poder que toma a los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio. El poder disciplinario, por su parte, tiene como función principal “enderezar conductas”. Su éxito se debe al uso de tres instrumentos: la inspección jerárquica, que educa los cuerpos, previene el libertinaje y forma un personal especializado para el control; la sanción normalizadora, que funciona como un castigo disciplinario y tiene por fin reducir las desviaciones; y el examen, que hace de cada individuo un caso, es decir un objeto de conocimiento (Foucault, 2002 [1976]: 175-198).

programa del curso,⁵ de estructuración prototípica, se dividía en una serie de bolillas que proponían estudiar la histeria, la epilepsia, las afasias, entre otras enfermedades de origen nervioso. En cada caso, se enunciaba el eje de la bolilla (la enfermedad en cuestión), las causas, el diagnóstico y el tratamiento, desde un estilo científico-pedagógico estricto. Ahora bien, en la primera clase correspondiente al curso de 1890 Ramos Mejía presentó la materia a partir de un discurso catedrático inaugural.⁶ En esta instancia se detuvo sobre los ejes del programa y los expandió, pero además disertó en torno a un aspecto clave del período: la función de la escuela de medicina y el modo en que debería enseñarse en la actualidad.

El discurso de cátedra: fundar y posicionarse

Se ha impreso a la marcha de la escuela de medicina, particularmente en estos últimos diez años, una tendencia provechosa para el adelanto de los estudios médicos y para el bienestar intelectual (...) se crean nuevas cátedras, se abren laboratorios y se aumentan sus colecciones y los arsenales destinados a hacer más fácil y útil el estudio (...) La escuela de medicina ya no duerme aquellos largos sueños (...) haciéndola insensible al progreso (...) La luz ha entrado bajo la forma de mil innovaciones (...) El antiguo catedrático, especie de augur o de alquimista rodeado de misteriosa atmósfera (...) ha sido sustituido por el verdadero profesor que impone respeto por su saber, y que levanta el carácter de sus subordinados con el ejemplo y la práctica de una conducta correcta e intachable (...) La escuela nueva irá paulatinamente transformando los estudios y dando el carácter esencialmente científico y también utilitario que realmente debe

5 Publicado en los *Anales del Departamento Nacional de Higiene*. Año V (1895), Buenos Aires, pp. 644-647.

6 Tanto los discursos de los Cursos de Enfermedades Nerviosas, como el discurso ante el Círculo Médico fueron compilados por Ramos Mejía en su obra *Estudios Clínicos de enfermedades nerviosas y mentales*, de 1893.

tener la medicina (...) [Antes] todo era oscuro e incierto (...) Si quisiéramos resumir en pocas palabras los caracteres diferenciales de la antigua y de la moderna (...) diríamos que ésta se diferencia de aquélla por su tono fundamental, por su propósito y por sus procedimientos: esta metafísica no estudia sino los fenómenos y toma sus métodos de las ciencias biológicas (...) (Ramos Mejía, 1893: 5-7, 17-19).

Para poder configurar el carácter de la nueva escuela de medicina, el sujeto discursivo apela a una operación disociativa de nociones, la cual da lugar a una serie de parejas antitéticas: *ayer/hoy*, *oscuridad/luz*, *útil/inservible*, *lo misterioso/lo concreto*, y de parejas filosóficas: *subjetividad/objetividad*; *opinión/ciencia* (de las cuales derivan: *alquimia/ciencia*, *augur/profesor*); elementos que permiten estructurar el discurso de una forma aparentemente objetiva.⁷ El efecto de ruptura frente a un modelo científico anterior, articulado a través de estas disociaciones de nociones, y su filiación, al mismo tiempo, a una memoria discursiva positivista,⁸ ubica los enunciados en el espacio de un discurso fundador (Orlandi, 1993: 13).

7 Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989: 629-634) entienden que la disociación de las nociones consiste en la supresión de una incompatibilidad, nacida de la confrontación de una tesis con otras. El prototipo de este fenómeno, a causa de su uso generalizado y su primordial importancia, es la disociación que da lugar a la pareja "apariencia-realidad", pareja filosófica en tanto su objeto mismo se constituye en una búsqueda de este orden. Del mismo modo se configuran otras parejas, tales como: medio/fin; consecuencia/hecho o principio; acto/persona; accidente/esencia; ocasión/causa; relativo/absoluto; subjetivo/objetivo; multiplicidad/unicidad; teoría/práctica; lenguaje/pensamiento. Las parejas antitéticas, a su vez, se constituyen a través de la oposición de un primer término, cuyo sentido es contrario al segundo. Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989: 643-644) destacan, asimismo, el modo en que se parecen los términos de las parejas filosóficas y de las antitéticas y la posibilidad de transformación de una naturaleza a la otra, que estos elementos poseen.

8 Del mismo modo, Auguste Comte, en el *Discurso sobre el espíritu positivo* había definido el término *positivo* a partir de una serie de disociaciones de nociones: "(...) la palabra positivo designa lo real, en oposición a lo quimérico (...) con exclusión permanente de los impenetrables misterios de que se ocupaba, sobre todo, en su infancia", "(...) este término fundamental indica el contraste de lo útil con lo ocioso (...) Según un tercer significado usual, esta afortunada expresión se emplea con frecuencia para designar la oposición entre la certidumbre y la indecisión. Una cuarta acepción corriente (...) consiste en oponer lo preciso a lo vago." (Comte, 1958 [1830]: 90-91).

Maingueneau y Cossutta (1995: 2), que analizan el fenómeno de los discursos constituyentes, a su vez, sostienen que estos discursos son los que, desde el interior de la producción enunciativa de una sociedad, tienen la pretensión de fundar. Consideran en este canon constituyente a discursos como el religioso, el científico, el filosófico, el literario y el jurídico. Entienden que cada uno de estos discursos atraviesa y, al mismo tiempo, es atravesado por otros. De este modo, cada posicionamiento debe legitimar su habla y defender su lugar en el interdiscurso.⁹ Resulta interesante observar el posicionamiento de defensa pero también de “ataque” que el sujeto científico lleva a cabo en su discurso, ante la amenaza –siempre presente en su interior, según Maingueneau y Cossutta– del religioso. En este caso, la amenaza es estratégicamente anticipada a partir de la asimilación de la referencia religiosa a metáforas específicas: “(...) Pero ahora, señores, de diez ó doce años acá, gente nueva parece que habita el viejo y antes silencioso santuario [la Escuela de Medicina] (Ramos Mejía, 1893: 7); “Hipócrates y Galeno formaban el antiguo y nuevo testamento de esa congregación, textos sacrosantos estudiados en su letra pero no en su espíritu (...) en los que cada aforismo pasaba por un dogma.” (Ramos Mejía, 1893: 32). Recordemos que el positivismo finisecular argentino despertó resistencias y tuvo como adversarios a importantes grupos católicos, integrados por pensadores como José Manuel Estrada y Pedro Goyna, entre otros.¹⁰ Para contrarrestar el peligro que pudiera representar el discurso religioso, su sentido es asociado

9 En sentido restrictivo, el interdiscurso es un conjunto de discursos (de un mismo campo discursivo o de campos distintos) que mantienen entre sí relaciones de delimitación recíproca. En sentido amplio, es el conjunto de unidades discursivas (correspondientes a discursos anteriores de un mismo género o discursos contemporáneos de otros géneros) con las cuales un discurso particular entra en una relación implícita o explícita (Charaudeau y Maingueneau, 2005: 334).

10 Cfr. Biagini, 1985: 13.

al elemento que detiene la marcha ascendente de la ciencia médica, y lo vuelve una etapa superada en la evolución de la cultura.¹¹ En principio, asimilada en tanto valor negativo, la referencia religiosa deja de ser amenazante para pasar a ser anacrónica y en la cátedra científica queda configurada como un elemento a desterrar.¹²

Ahora bien, al finalizar el discurso Ramos Mejía afirmó: “Señores: En lo que acabo de transcribiros tenéis el programa de la neuropatología moderna” (1893: 21). Es pertinente realizar un señalamiento, entonces, sobre el modo en el que se emplean los géneros. Según entienden Charaudeau y Maingueneau, el posicionamiento “(...) no concierne solo a los *contenidos* sino también a las diversas dimensiones del discurso: (...) la elección de tales o cuales géneros de discurso (...) la manera de citar” (2005: 453). Evidentemente un discurso oral presenta cierta flexibilidad que el plan de estudios, por su estructuración protocolar, no admite; y así posibilita dar cuenta de aspectos a los que el programa no consigue aludir. Al mismo tiempo, al afirmar que el discurso es una transcripción del programa –a pesar de que en verdad no lo sea– le otorga una mayor entidad a los enunciados pronunciados (el señalamiento de la necesidad de un cambio metodológico, la asociación de las técnicas obsoletas al elemento religioso), en tanto se los debe considerar tan pertinentes como los objetos de estudio.

De la cátedra al ensayo: posibilidades y límites de los géneros

Un año después de la pronunciación de su discurso catedrático y con motivo de la entrada de la nueva Comisión

11 La hipótesis de Dina Picotti (1985: 226) al respecto, es que el positivismo argentino no analizó la religión en sus verdaderas dimensiones esenciales e históricas y necesarias para todo pueblo; sino que la limitó a sus manifestaciones negativas y la opuso al esfuerzo del hombre “positivo”, que se dejaba guiar por los resultados de su ciencia.

12 No obstante, observaremos luego de qué modo puede variar el sentido de las metáforas religiosas en el discurso de Ramos Mejía.

Directiva, Ramos Mejía, por entonces su presidente, emitió su discurso en el Círculo Médico, ante un auditorio ampliado, en tanto fue recepcionado tanto por estudiantes como por colegas:

(...) cultivar la inteligencia, el amor a la ciencia que ennoblece, el perfeccionamiento del espíritu por el estudio, la experimentación y la investigación, pacientemente buscada (...) y siguiendo el precepto moral (...) “la ciencia por la ciencia”, no la ciencia por el lucro, no la ciencia en sus aplicaciones sensuales al bienestar material, las satisfacciones de ese arte de curar que persigue como única y suprema aspiración la plétora del bolsillo repleto (...) (Ramos Mejía, 1893: 38-39).

Y en el prefacio al ejemplar en el que compila dichos discursos, reforzó:

Es preciso perseverar sin descansar en este bellísimo y provechoso estudio de los “nervios enfermos” que ha dado y tiene que dar todavía muchos días de gloria á la Medicina ciencia y al *arte de curar*, ese hijo bastardo de la ciencia que alimenta su sangre abundante y su estómago siempre lleno con la destilación de todas las preocupaciones sociales y de todas las supersticiones del temor popular exigente y meticuloso. Ese *arte de curar* (me refiero al que se ejerce en el público), ese *arte de curandear*, decía, que es el que con una implacable ceguera echa llave al cerebro cerrándole cuanta ventanilla ó vestigio abierto pueda permitir la entrada de la luz (...) (Ramos Mejía, 1893: II)

Correlativamente, tanto en el discurso ante el Círculo como en el prefacio, el contradestinatario también se amplía, al abarcar no solo a los antiguos catedráticos, sino también a los practicantes del *arte de curar*, aquellos que buscaban el fin económico, en oposición a los practicantes de la *ciencia*, que

perseguían aspiraciones más profundas. Esta nueva disociación que opone *arte de curar* (lucro, bienestar material, pléto-ra) a *ciencia* (o Medicina ciencia: estudio, experimentación, investigación) se vincula al problema de la competencia. Para realizar su práctica y generar consumidores, el médico diplomado tenía que competir con otros agentes sanitarios del período: curanderos, homeópatas, médicos inmigrantes, farmacéuticos (González Leandri, 2001: 220). Ahora bien, los nobles ideales de la ciencia positivista no permiten la asociación, al menos discursivamente, de los académicos a la necesidad de crear un mercado, objetivo por demás terrenal. La estrategia se articula entonces a la denuncia frente a la competencia. Ante esta cuestión, la reformulación del enunciado *el arte de curar* por *el arte de curandear*, resulta una operación específica en el posicionamiento del sujeto médico-político.

Según entiende Stern (2006: 52-55), entre los usos principales de la letra cursiva en textos impresos se destaca, por un lado, el de enfatizar neologismos, barbarismos, términos o expresiones vulgares o aquellas que reciben un sentido diferente del habitual, con el objetivo de señalar que no se trata de un error, sino de una elección estilística intencional que implica, en muchos casos, valoraciones y connotaciones psicológicas y sociales. Por otro lado, afirma que se suele recurrir a la letra cursiva en casos de una utilización en forma irónica de cierta palabra.¹³ La expresión que refiere “*ese arte de curandear*”, resulta de una combinación de ambos usos de la cursiva, puesto que se trata de un neologismo utilizado irónicamente. La creación de un término específico, articulado en letra cursiva, se vuelve una sutil pero importante operación para manifestar la denuncia, limitada todavía por la coyuntura genérica. La histórica oposición entre *ciencia* y

13 Si bien Stern se refiere al uso de las comillas, indica de qué manera, en textos impresos, el empleo de la cursiva sustituye a los usos de comillas señalados.

arte resulta funcional para describir el posicionamiento de un sujeto interesado políticamente por limitar el avance de un sector, pero legitimado por el aval médico, en defensa del “verdadero científico”.

En *Los Simuladores de talento* (1904), obra ensayística en la que Ramos Mejía repasa los distintos “tipos sociales” que, de alguna manera u otra, resultan peligrosos para el orden político imperante, se vuelve a referir a *el arte de curar*, enunciado presentado años antes en el discurso institucional:

Al médico-gitano que es a quien me refería, lo conocéis al golpe (...) Lleva en él los cascabeles de su miseria moral (...) Ciertas aptitudes artísticas para el uso y acomodación de una terminología arresada pero, con todo, directa, da la vaga sensación de la ilustración médica, de buena ley, para el espíritu popular admirativo y siempre crédulo (...) Como aquellos profesores que enseñan el alemán en quince lecciones, ellos curan en veinticinco las enfermedades más graves. Nada hay más curable para el médico gitano que las enfermedades incurables (...) El arte de curar evoluciona indudablemente. Por lo que a nosotros respecta, se aleja cada día más de aquel bello sacerdocio¹⁴ que soñábamos cuando, anhelantes de emoción, llegábamos a tomar la matrícula de primer año (...) (Ramos Mejía, 1955 [1904]: 174-179).

En este sentido, la reiterada referencia al *arte de curar* permite ligar los enunciados político-ensayísticos a los científico-académicos, posibilidad que concede leer ambos géneros en continuidad. Si, por un lado, antes observamos cómo la estructura prototípica del plan de estudios no admitía los enunciados que se enfrentaban a la antigua práctica de

¹⁴ Es interesante notar cómo, en este caso, la metáfora religiosa es rehabilitada como valor positivo en tanto trabajo sacrificado y vocacional propio de la medicina, para oponerse y enfrentar a un nuevo adversario que supone, tal vez, un peligro mayor.

cátedra (y con ella, a la religión) aunque sobre el final resultaban apócrifamente integrados al programa; por otro, en esta nueva instancia, el despliegue exhaustivamente descriptivo y denunciante sobre el médico gitano tampoco parece tener lugar en el discurso del *Círculo Médico*. Será entonces, varios años después y en la producción ensayística, donde se encuentre el espacio discursivo para continuar la denuncia social sobre este nuevo “adversario-médico”.

Al ser caracterizado como gitano, el médico de *Los simuladores de talento* responde a ese heterogéneo grupo, señalado por Armus (2007: 308), que se conformaba por médicos inmigrantes, curanderos, homeópatas, herboristas y farmacéuticos que medican, legión híbrida pero ascendente y peligrosa, en tanto eran considerados una “competencia desleal” para el sector médico-académico. En la pugna por generar mercados y consumidores, los disímiles sanadores de aquel grupo contaban con recursos –que hoy en día llamaríamos propios del *marketing*– como anuncios auspiciosos,¹⁵ propagandas a través de su condición extranjera (un guiño de complicidad tanto a los inmigrantes ultramarinos como a los porteños admiradores de los modos europeos), una comunicación más fluida, empática y contenedora con el enfermo, todas estrategias que los volvían más “populares” y los oponían al entendimiento estrictamente racional y biológico del médico diplomado (Armus, 2007: 316). En este sentido, el

15 En las publicidades de la revista *Semana Médica*, por ejemplo, las “Píldoras de Vida del Dr. Ross” prometen ser el remedio para todas las enfermedades de la sangre y del hígado, las cápsulas “Cognet” aseguran la cura contra la tuberculosis (mal cuya solución se volvía ajena a los médicos diplomados). Asimismo, se publicitan la “Maravilla Curativa del Dr. Humphreys”, el “Elixir Eupéptico Tisy” y la “Carne Líquida”: gran alimento tónico, entre otros. La revista *Semana Médica* fue editada entre 1894 y 1994. Además de publicar artículos médicos sobre casos clínicos o nuevos avances en medicamentos, anunciaba las resoluciones de la Facultad de Medicina. De este modo, figuraban entre sus secciones los listados de calificaciones de los estudiantes de la carrera, las recomendaciones sobre las últimas referencias bibliográficas, los avisos sobre concursos de cátedra y los planes de estudio de las distintas asignaturas. Ver: *Semana Médica*, año III, Dr. Padilla (dir.), Buenos Aires, 1896.

modo en que el médico-académico se posicionó frente a esta nueva amenaza fue doble. Desde los discursos institucionales, apelando a los principios positivistas (observación, experimentación, altruismo) elementos garantes para la ciencia y constitutivos de un discurso fundador. Desde el ensayo, procurando defender a la sociedad de los nuevos individuos peligrosos, determinados por la charlatanería o la mentira, y siempre capaces de tomar ventajas de la desesperación de los enfermos.

Higienistas-criminólogos: soluciones para la salud física y la salud social

El comienzo de organización en asociaciones del movimiento obrero por parte de los inmigrantes, así como su primera huelga general llevada a cabo en 1902, fueron señaladas por Jorge Salessi (1995: 122-124) como las instancias clave en las que los higienistas, hasta ahora preocupados sobre todo por la amenaza de las enfermedades exóticas viajeras, comenzaron a inquietarse por la *criminalidad*, concebida como una enfermedad psicológica y moral que amenazaba la salud social. Asimismo, Salessi visualiza una suerte de *continuum* entre las prácticas y la retórica de los médicos higienistas y las propias de los especialistas criminólogos (psiquiatras, médicos legales y abogados), quienes también habían colaborado activamente en la creación de las nuevas obras de “higiene social”, ahora destinadas a controlar el mal criminal. Esta continuidad se manifestaba a través de una similitud tanto entre los sistemas de control y modelos de análisis, como en el uso de las metáforas y del vocabulario.

Al respecto, Ricardo Salvatore (2001: 83, 106), que analiza la relación entre el positivismo en su deriva criminológica y la construcción del Estado, entiende que fue esta doctrina la que le otorgó a la elite dirigente una retórica del ejercicio

del poder y las tecnologías del mismo. En relación al ámbito jurídico-médico, los positivistas consideraron la “defensa social” como el derecho de la sociedad y el Estado a protegerse de sus agresores individuales o colectivos, fueran estos delincuentes o simples desafiantes de las normas establecidas. La incorporación del procesamiento de estadísticas delictivas, así como los sistemas de vinculación entre los problemas sociales y las técnicas institucionales de control y rehabilitación, se conformaron como las prácticas derivadas del programa positivista, que ejercían las burocracias estatales en la producción de conocimiento. El efecto persuasivo del discurso positivista criminológico alcanzaba cada vez más espacios en los primeros años del siglo XX, resultado de la marca misma de la modernidad científica, plasmada a partir de los recursos otorgados por los nuevos tipos de evidencias: balísticas, caligráficas, fotográficas, dactiloscópicas, además de las pericias médicas y los informes de las autopsias.

En este contexto, los anarquistas pero también los inmigrantes desempleados, las prostitutas, los homosexuales, los obreros sindicalizados y los rufianes, formaban parte del ejército de los criminales. Para “atenderlos” los criminólogos positivistas desarrollaron, en tanto, un sistema médico-legal de reclusión en asilos psiquiátricos paralelo a las prisiones. No obstante, la universidad también se constituía como un espacio privilegiado para observarlos, examinarlos y aprender de ellos.

Un programa para la seguridad social

En el artículo “Nuevos rumbos de la antropología criminal” (1902), Ingenieros incluyó el programa a implementar en el curso de Criminología Científica. Dicho plan se centraba en tres ejes que versaban en torno a los estudios criminológicos y sus respectivas definiciones:

1º Etiología Criminal: estudia las causas determinantes de los delitos. En lugar de proponer “el libre albedrío” del

delincuente, busca “el determinismo”, de su acto antisocial: en su constitución orgánica y en las condiciones del ambiente en que vive.

2º Clínica Criminológica: estudia las múltiples formas en que se manifiestan los actos delictuosos y los caracteres fisiológicos de los delincuentes. No trata de establecer la “responsabilidad del delincuente”, sino de fijar su grado de “temibilidad” según el peligro que pueda resultar de su convivencia en la sociedad.

3º Terapéutica Criminal: estudia las medicinas sociales o individualizadas, de profilaxia o de represión del delito; no trata de “castigar” al delincuente, sino que procura asegurar la “defensa social” contra su actividad morbosa, mediante instituciones preventivas y la segregación en establecimientos apropiados a los diversos casos. (Ingenieros, 1902: 226).

El documento¹⁶ se desarrolla, entonces, a partir de tres definiciones disociativas (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 675), en el sentido que cada una realiza una división de enunciados con el fin de precisar el significado verdadero y real de la noción, opuesto a un uso aparente. De este modo, la conjunción de coordinación opositiva (“en lugar de...”) y las adversativas exclusivas correlativas de negación (“no... sino”), enfrentan las dos posibilidades de la definición. La repetición de esta operación en cada punto y el contraste entre el enunciado negado y el enunciado elegido, configuran un *ethos*¹⁷ caracterizado por la sabiduría, la autoridad

16 Si bien Ingenieros advierte que se trata del esbozo final de su plan de estudios, afirma que así lo utilizará y que de este mismo modo está siendo implementado en las universidades europeas (1902: 226).

17 Según Maningueneau y Cossutta (1995) un posicionamiento no implica solamente la definición de una situación de enunciación sino también la forma de decir (y de ser) con que se presentan las ideas, dimensión discursiva que, entienden, da lugar al estudio del *ethos*.

de discernimiento y, sobre todo, por la prudencia.¹⁸ La posición a favor de una definición específica implica la eliminación de otra propuesta, con un finalidad clara: el sujeto discursivo, al mismo tiempo que prevé posibles críticas –“no se trata de ‘castigar’ al delincuente”–, se aleja de cualquier instancia que connote cierto grado de injusticia y manifiesta su consternación en torno a los peligros sociales; peligros que comparte con los estudiantes, por lo que es imperioso, en relación al delincuente “fijar [el] grado de temibilidad (...) en la sociedad”, “asegurar la defensa social”. Asimismo, los enunciados se construyen a través de una escenografía¹⁹ prescriptiva, mediante las adversativas señaladas (“no trata de... sino de...”). Esta construcción prescriptiva sobre la enseñanza se orienta no solo hacia los estudiantes de la materia, sino que abarca además a colegas médicos y criminólogos, en la medida en que el plan fue divulgado en un artículo de la revista *Semana Médica*.

Nuevamente, al presentar estos enunciados en un género autorizado académicamente, la advertencia social se legitima. Si Armus (2000: 517) señalaba como médico político a aquel que se planteaba como árbitro de los problemas sociales y proveedor de soluciones específicas, entendemos que, en efecto, Ingenieros amplía estos atributos al articularse también como médico educador y proponer dichas soluciones en un plan de estudios.

18 Aristóteles considera que son tres las causas de que los oradores sean dignos de fe, a saber: la prudencia, la virtud y la benevolencia (1979: 198). Es así como, para Hugo Vezzetti (1983: 33), este nuevo personaje médico, desmesurado en sus atributos científicos y morales, condensa al sabio y al prudente. Entendemos que la referencia al plan de estudios criminológicos, expone exhaustivamente la elaboración de dicha prudencia.

19 Según entiende Maingueneau (2002: 9) la escenografía, instancia que permite el análisis de la enunciación, no se presenta impuesta por el género, sino que el texto la construye: así, por ejemplo, un sermón puede ser enunciado a través de una escenografía profesoral, amistosa, profética. El investir escenográfico, además del *ethos* y del código lingüístico, también es un elemento a tener en cuenta en el análisis del posicionamiento y de los discursos constituyentes (Maingueneau y Cossutta, 1995).

Corregir desviaciones: un objeto de estudio

En 1909, Ingenieros presenta el plan de estudios del Segundo Curso de Psicología²⁰ en la Universidad de Buenos Aires. Entre los ejes del programa se encuentran:

(...) V: La educación de los sentimientos. Importancia de la vida afectiva en la determinación de la conducta (...) VII: Las pasiones. Sus caracteres. Genealogía de las pasiones. Evolución de las pasiones. Su terminación. Delincuencia y locuras pasionales (...) IX: Los procesos intelectuales superiores. Condiciones que los favorecen: la atención y la curiosidad. Formas y evolución de la curiosidad. Condiciones negativas: la distracción y el aburrimiento. La ley de interés en la actividad intelectual. Educación de la curiosidad (...) XI: La imaginación mórbida. Pérdida de la noción de lo real (...) La imaginación negativa: la mentira y los mentirosos. Imaginación creativa y locura (...) XVI: Carácter. Sus factores. La constitución hereditaria: (temperamento y carácter). El medio: (estratificación adoptiva del carácter). Clasificación de los caracteres. La degeneración del carácter (...) XVII: Personalidad. Concepto biopsíquico. Variaciones de la personalidad en la evolución del individuo. Oscilaciones normales y anormales de la personalidad; la inestabilidad mental. Variedades individuales; las desigualdades humanas. Patología de la personalidad. Disolución de la personalidad (...) XIX: Voluntad. Momentos del acto voluntario: concepción, deliberación, decisión, ejecución. Distinción con el reflejo, el instinto, el deseo, el juicio. Diversas formas de la voluntad. Educación de la voluntad. Patología (...) XXXII: Importancia de la psicopatología criminal. Anomalías psíquicas de los delincuentes: los amorales, los impulsivos, los alienados.

20 Vale aclarar que si bien el curso de Psicología fue dictado en la Facultad de Filosofía y Letras, contaba con la impronta médico-criminológica del titular.

Nueva clasificación psicológica de los delincuentes (...)
(José Ingenieros, 1988 [1909]: 173-177).

Una estructuración más clásica de los tópicos de estudio en el plan se manifiesta en diversos tipos de secuencias descriptivas (Adam, 1999), las cuales parten de una palabra clave –el objeto de estudio: la personalidad, la voluntad, las pasiones, etc.– para detallar sus aspectos y sus relaciones. Se diferencia así del plan de criminología, el cual tendía a presentar secuencias argumentativas a partir de las definiciones elegidas, el carácter subjetivo y el uso de las comillas. Acaso en este plan llame la atención el contenido temático antes que la forma.

Los últimos estudios médicos y psicológicos del período habían demostrado la relativa autonomía de funcionamiento de las facultades anímicas, razón que las había vuelto susceptibles de pervertirse o alterarse aisladamente. En los ejes del plan es posible seguir un patrón: la corrección de dichas “facultades anímicas”. Así, el programa propone educar la voluntad, los sentimientos, las pasiones, la imaginación, la curiosidad y la atención.

La vasta expansión de las prácticas higiénicas en el período trascendió desde la aspiración por la limpieza de los espacios públicos y por la vacunación preventiva ante todo tipo de enfermedades infectocontagiosas, hacia las problemáticas psíquicas. Generó, de este modo, el afán ilusorio de un control total (físico y psicológico) sobre los cuerpos. Este paso a la búsqueda de una higiene y sanidad mental se ve plasmado en el programa. Al no existir vacunas contra las “patologías mentales” –en términos de diferencias individuales–, la solución resultaba de un proceso exhaustivo y perseverante determinado por dos operaciones: corrección y educación. En este sentido, Vezzetti (1983: 33) sostiene que la pretensión de corregir implicó ya no solo las alteraciones de la salud, sino también aquellas de la moral, el orden y

el acatamiento tanto de la ley como de los valores de la familia. De esta manera, la cuestión moral resulta central en el objetivo de este programa, puesto que se adoctrinaba a los estudiantes en un esquema que, por un lado, fijaba las pautas morales de la sociedad y, por otro, asociaba la ruptura de esas reglas a problemas psicológicos. Por ejemplo, en el punto XVII del plan, se explica cómo, en las variaciones propias de la personalidad de un individuo, una tendencia a lo considerado anormal puede generar un recorrido que atraviese primero la inestabilidad y luego la patología, para terminar en la propia disolución de la personalidad.

A partir de estos ejes se puede establecer, entonces, la tendencia a la educación y corrección de todo aquello que sobresale de los parámetros perseguidos por el cientificismo político del período, pero ahora de una forma particular: como objeto de estudio a enseñar, y configurado por un sujeto educador modelo que combina moral y saber. Si los estudios sobre la corrección de las pasiones y tendencias psicológicas diferentes e individuales superan la instancia de lectura de un ensayo médico o político, para ser recibidos por un auditorio universitario, entonces su objeto, situado estratégicamente en el espacio académico, se consagra por la posibilidad de diseminarse en ese nuevo sujeto receptor que es el estudiante, adoctrinado como reproductor de la lógica catedrática (y política) dominante.

Notas finales

Los distintos documentos universitarios observados expusieron la cuestión médica higienista-criminológica de matriz positivista, propia del período del entresiglo, aunque en este caso, determinada por las especificidades de los géneros y de la institución académica. Hasta donde sabemos, se trata de materiales que han sido poco explorados desde un enfoque

discursivo. De este modo, las herramientas propias del análisis del discurso nos han permitido un nuevo abordaje de los mismos. Vale aclarar que este trabajo no pretende dar cuenta de todos los elementos que hacen a las posibles caracterizaciones de la instancia discursiva, sino simplemente, señalar algunas líneas de análisis. El estudio se focalizó, entonces, en la construcción del sujeto discursivo, en un período particularmente prolífero y complejo en materia documental.

Consideramos que el posicionamiento de los sujetos académicos se puede leer a partir de una serie de operaciones que se manifiestan tanto en un pensamiento binario, discursivamente articulado en parejas antitéticas y definiciones disociativas (y en las respectivas orientaciones de posición del sujeto), como en la utilización de metáforas precisas y de ciertas marcas tipográficas definidas (cursivas, comillas); y también en la implementación de determinadas secuencias y, sobre todo, de específicos géneros discursivos. La presencia de otros elementos que invisten los enunciados, como la configuración de un *ethos* de sabiduría, prudencia y conciencia social, y la constitución de una escenografía prescriptiva, colaboraron en la caracterización de este nuevo sujeto médico, educador y político, particular.

Fundamentalmente, entendemos que estas operaciones discursivas se volvieron huellas que nos permitieron leer los discursos en pos de un adoctrinamiento académico que funcionó en varios sentidos. En primer lugar, los principios positivistas fundadores exponían ante los alumnos la necesidad del progreso en la enseñanza, instancia que dejaba atrás no solo a los antiguos modelos, sino que también los asociaba a la religión, en tanto referencia obsoleta. En segundo lugar, y fundado en los mismos principios positivistas, los enunciados adoctrinadores generaron un discurso de disciplinamiento social, cuyo propósito se orientó a la caracterización, corrección o exclusión de ciertos tipos sociales, a través de dos mecanismos diferentes. Por un lado, se identificó la acusación de las categorías

“médico gitano”/“médico inmigrante”/“curandero”, señalado como embaucador y ladrón, mediante la denuncia por el lucro desmedido y la falta de profesionalismo en dos géneros: el discurso institucional y el ensayo. Por otro lado, el adoctrinamiento de los estudiantes en torno a un discurso disciplinante se articuló tanto en la determinación de los grados de “peligrosidad social” de los delincuentes, como en la enseñanza de la detección de “inmorales” o “degenerados”, y de la exhaustiva corrección de todas sus facultades: voluntad, curiosidad, pasiones, carácter, en los planes de estudio.

En este sentido, se observa la conformación de los estudiantes como flamantes médicos pero también como instrumentos de advertencia y denuncia ante un *otro* conflictivo en tanto competencia, diferencia o peligrosidad. La “justificación ideal” para este tipo de identificación radicó, en todos los casos, en un objetivo que se ofrecía tan necesario como convincente: la defensa social.

Bibliografía

- Adam, J.-M. 1999. *Linguistique textuelle. Des genres de discours aux textes*. París, Nathan.
- Armus, D. 2000. “El descubrimiento de la enfermedad como problema social”, en Lobato, M. (Dir.) *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires, Sudamericana, pp. 509-551.
- . 2007. *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Buenos Aires, Edhasa.
- Bajtín, M. 1985. “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI, pp. 248-293.

- Biagini, H. 1985. “Acerca del carácter nacional”, en Biagini, H. (comp.) *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Buchbinder, P. 2005. *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (dirs.). 2005. *Diccionario de Análisis del Discurso*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Comte, A. 1958 [1830]. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires, Aguilar.
- Foucault, M. 2002 [1976]. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- González Leandri, R. 2001. “Notas acerca de la profesionalización médica en Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”, en Suriano, J. (comp.) *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*. Buenos Aires, La Colmena, pp. 191-244
- Ingenieros, J. 1902. “Nuevos rumbos de la antropología criminal”, en *La Semana Médica*, vol. XIV. Buenos Aires, Editor E. Spinelli, p. 226.
- . 1909. “Programa del segundo curso de psicología”, en Vezzetti, H. (comp.). 1988. *El nacimiento de la psicología en Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires, Punto Sur.
- Lobato, M. 2000. “Estado, gobierno y política en el régimen conservador”, en Lobato, M. (dir.) *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires, Sudamericana, pp. 179-208.
- Maingueneau, D. 1984. *Genèse du discours*. Lieja, Mardaga.
- . 2002. “Problèmes d'éthos”, en *Pratiques* N° 113/114. Contursi, E. (trad.).

- Maingueneau, D. y Cossutta, F. 1995. “L’analyse des discours constitutants”, en *Langages* N° 117, pp. 112-124. Bettendorff, P. (trad.).
- Orlandi, E. P. (org.). 1993. *Discurso Fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas, Pontes.
- Padilla, T. (dir.). 1896. *Semana Médica*. Año III, Buenos Aires.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. 1989. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos.
- Picotti, D. 1985. “La cuestión religiosa”, en Biagini, H. (comp.) *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Ramos Mejía, J.-M. 1893. *Estudios clínicos de enfermedades nerviosas y mentales*. Buenos Aires, Félix Lajouane.
- . 1895. “Programa del Curso de Enfermedades Nerviosas”, en *Anales del Departamento Nacional de Higiene*. Año V [1890] Buenos Aires, pp. 640-641.
- . 1955 [1904]. *Los simuladores del talento*. Buenos Aires, Tor.
- Salessi, J. 1995. *Médicos, maleantes y maricas*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo.
- Salvatore, R. 2001. “Sobre el surgimiento del Estado médico-legal en la Argentina (1890-1940)”, en *Estudios Sociales* 20. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, pp. 81-114.
- Stern, 2006. “Puntuación”, en Garela Negroni, M. M. (coord.). *El arte de escribir bien en español*. Buenos Aires, Santiago Arcos, pp. 26-68.
- Terán, O. 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)*. Buenos Aires, FCE.

Vezzetti, H. 1983. *La locura en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.

———. (comp.). (1988). *El nacimiento de la psicología en Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires, Punto Sur.

La revista *Ideas y Figuras* en el Centenario. Algunas claves para leer la relación entre el anarquismo y las clases populares

Gabriel Torem

El triple grito de libertad resonando en aquel pueblo me parece no ya un gesto de burla, sino la voz gutural de la insanía. Comprendo que una ráfaga de locura patriótica ha envuelto a un pueblo, e imagino su vergüenza cuando recobre la razón.

Belén Sárraga, Número treinta y cuatro de *Ideas y Figuras*

Lejos de ser un todo homogéneo y coherente, el movimiento anarquista de principios de siglo XX se encontraba superpoblado de tendencias y grupos encontrados o incluso superpuestos, justamente por la falta de una organización central que, sobre la base del poder, encauzara los esfuerzos militantes hacia fines y líneas de acción planificados. Están exploradas muchas de las diferencias doctrinarias que dividían a la intelectualidad libertaria y que se cristalizaron en tendencias como la organizadora y antiorganizadora, o entre individualistas y colectivistas.¹ Uno de los aspectos que quizás merezca un análisis más pormenorizado es la presencia del discurso sarmientista en el anarquismo finisecular y de principios del siglo XX. Tendencia internacionalista que propugnaba la universalidad del ser humano, gran parte del anarquismo expresaba estas convicciones mediante un repudio casi unánime hacia cualquier manifestación de lo vernáculo. La excepción más sobresaliente es la figura de Alberto

1 Los factores historiográficos vertidos en este trabajo provienen en su mayoría de la exhaustiva obra de Juan Suriano, *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*.

Ghiraldo, autor de la obra teatral *Alma gaucha* y de numerosos poemas y artículos gauchescos (Ansolabehere, 2007: 43 y ss).² Como se verá más adelante, la oposición entre el sarmientismo y el culto a la literatura gauchesca no se da fuera de un contexto, sino que se inscribe en la lucha discursiva interna por situar al anarquismo en un determinado sector de la población nacional.

Dos ideas que convivían pacíficamente en todo el discurso social ácrata, pese a su carácter muchas veces excluyente, son la necesidad de llegar a las masas con un lenguaje llano y simple y el elitismo cultural de la intelectualidad anarquista. Un mérito de la militancia ácrata de la época fue su capacidad para conciliar la tarea de difundir lo que consideraban los valores más excelsos de la cultura universal y los esfuerzos por tener aceptación entre las masas. Si bien no se registran debates en los que se hayan contrapuesto abiertamente las ambiciones artísticas con los fines militantes, hacia el Centenario, se ve cómo estas dos posturas pugnan por un espacio material en la revista que nos ocupa.

De lo expuesto surgen dos tensiones dentro del movimiento anarquista de principios del siglo XX. La primera es la oposición entre el pensamiento sarmientista y el acercamiento, siempre cauteloso, hacia una estética nacional. La segunda surge de la diferencia estratégico-política entre el anhelo por afianzar un grupo de vanguardias y el mandato doctrinario de construir un movimiento popular. Intentaremos particularmente rastrear las huellas discursivas de esta tensión en la revista *Ideas y Figuras*, *Revista semanal de arte y cultura*, desde su primer número, del 13 de mayo de 1909 hasta el número treinta y cuatro, del 1° de octubre de 1910. El período es fructífero porque abarca un año signado por

2 El trabajo de Pablo Ansolabehere presenta un análisis de la presencia criollista y gauchesca en la prensa anarquista y particularmente en la obra de Ghiraldo. Otra referencia insoslayable sobre el tema es el libro de Hernán Díaz sobre Alberto Ghiraldo.

intensas luchas populares y confrontaciones entre el gobierno y el vigoroso movimiento anarquista. La elección del número treinta y cuatro como cierre del corpus obedece a un hecho particular: es el primer número luego de los atentados y ataques cívico-policiales de mayo de 1910 y los subsiguientes festejos del Centenario. Nos detendremos en este número para rastrear las estrategias discursivas utilizadas por los libertarios para desenmascarar la lucha simbólica y material que representaron los festejos patrios. Restringirse al primer año de la revista implica dejar de lado el más de un lustro durante el que esta siguió imprimiéndose. Se hace notar este hecho porque lo que se buscará, más que hacer un recorrido por la publicación, es pensar, a partir de un corpus textual acotado, las condiciones de producción, recepción y circulación de las ideas libertarias en torno a mayo de 1910.³

Nuestra primera hipótesis es que la Hegemonización del discurso sarmientista dentro del movimiento jalonó a su vez la orientación hacia un vanguardismo cada vez más elitista y selló el divorcio entre el movimiento anarquista y las clases populares eficientemente interpeladas y sujetadas por la simbología patriota y el antiextranjerismo impuestos desde el Estado. La segunda hipótesis es que la huella del nacionalismo obrero, cuyo máximo exponente es la revista *Martín Fierro* y la obra de teatro *Alma gaucha*, y la marca de cuya declinación es la revista *Ideas y Figuras*, es un claro antecedente de los intentos de apropiación discursiva, por parte de los sectores populares, de valores que hasta la fecha eran patrimonio, si no exclusivo, casi exclusivo de las clases dominantes y que más

3 La metodología de trabajo se alinea con la esbozada por la teoría de los discursos sociales: se rastrean marcas de operaciones discursivas en un corpus acotado de materias significantes y se las pone en relación con condiciones ideológicas de producción y reconocimiento. Al entrar en el juego de la circulación —entendida como la escisión entre las condiciones ideológicas de producción y de recepción—, las marcas se convierten en huellas. Para una explicación más rigurosa de la teoría de los discursos sociales, puede consultarse Verón (1986: 145 y ss.).

tarde retomarían sucesivamente el socialismo, el radicalismo y el peronismo. Un corolario de la segunda hipótesis es que el divorcio arriba mencionado habría sido una necesidad para la subsistencia, aunque muy golpeada, de un discurso que se encontraba en las márgenes del hegemónico y que necesitaba diferenciarse tajantemente para sobrevivir.⁴

Contexto histórico

El crecimiento del movimiento ácrata, a partir de fines del siglo XIX y durante toda la primera década del siglo XX, estuvo signado por altibajos, muchas veces relacionados con las embestidas del Estado orientadas a frenar el crecimiento de esta supuesta amenaza contra la seguridad nacional. Una de esas embestidas es la que se dio tras la manifestación del 1° de mayo de 1910 y la muerte del Coronel Ramón Falcón a manos del militante anarquista Simón Radowitzky, cuando se decretó la Ley de Defensa Social y se declaró el estado de sitio. Junto con la Ley de Residencia de 1902, la Ley de Defensa Social fue un hito de una lucha encarnizada que librara el Estado argentino contra el anarquismo vernáculo. Diversos factores, que no se analizarán en este trabajo, hicieron que la primera década del siglo XX presenciara un crecimiento sin parangón en el número de organizaciones y activistas

4 Si bien podría leerse con Suriano que 1910 es el principio de la decadencia anarquista, no es conveniente sobredimensionar esta afirmación. Es tan indudable que la primera década del siglo fue la de mayor auge anarquista como cierto es que hasta la década de 1930 el anarquismo tuvo una presencia y representatividad significativas en la sociedad argentina. Esta observación sirve para entender la sectarización del anarquismo como un camino que se inicia y no como un hecho consumado. Angenot (1998: 38) señala que “[...] as disidencias grupusculares se saben en lucha contra el imperio de la hegemonía y en la necesidad de instalar, para mantenerse, una convivialidad a toda prueba, un encierro en su propia lógica, produciendo a la vez un discurso autosuficiente e impermeable a las influencias externas. De este modo, estas disidencias se organizan siempre como disidencias”. Sobre el anarquismo en la década de 1920, ver Anapios (2007: 27 y ss.).

anarquistas. Sin embargo, el hecho de que aún no se hubiera consolidado una clase obrera firme y los propios modos de organización o incluso la profesada falta de organización de los sectores ácratas, harían pensar en un temor exagerado por parte de gobernantes frente a la amenaza anarquista. En efecto, su desarrollo era casi exclusivamente urbano y, aun así, su influencia no se extendía a la totalidad del movimiento obrero; por otro lado, la violencia en la Argentina no era para nada patrimonio exclusivo de estos. Recuérdese nada más que, en la virulenta última década del siglo XIX, la revolución encabezada por la Unión Cívica representó un fenómeno muchísimo más agitado que cualquier actividad liderada u organizada por grupos anarquistas. Aun así, hacia el Centenario, por motivos que se desarrollarán a lo largo de este trabajo, en el ideario de la nación que buscaba consolidarse, el anarquista y, por extensión, el extranjero en general, era considerado el principal enemigo.

El enfrentamiento entre el anarquismo y el Estado es un ejemplo paradigmático de la relación entre el lenguaje y los cuerpos. El anarquismo configuraba una retórica, o una estética, negadora del poder organizador y disciplinador de las instituciones. Las marchas callejeras como apropiación de un espacio material, la utilización de una simbología diferente de aquella que habría de identificar a los argentinos y el uso de un lenguaje de trinchera constituían al cuerpo anarquista como un otro que ocupaba espacios físicos y simbólicos proscritos y se constituía en un discurso imposible de digerir por una ideología patriótica que no quería dejar ver ninguna fisura a su interior.

Los sectores más hostiles al anarquismo intentaban asignar a este y a la influencia extranjera la culpa de todas las tensiones y huelgas que colmaban el mundo del trabajo, a la vez que los anarquistas multiplicaban sus actividades propagandísticas contra el Estado, sus instituciones y sus símbolos. Mientras que el papel del Estado en las políticas laborales era

escaso, el anarquismo se hacía fuerte como fuerza organizadora del mundo obrero. El desarrollo de las fuerzas de producción capitalistas hizo patente la contradicción para las clases dominantes de tener al enemigo como organizador de su propio proceso productivo y las lanzó a la conquista de un lugar que ciertamente no estaba vacío. Es en la puja por establecerse como interlocutor legítimo de la clase obrera que el Estado y el anarquismo encuentran su campo de batalla. Si se piensa en determinadas condiciones, la lucha pareciera ser desigual a favor del anarquismo: la mayor parte de los trabajadores eran inmigrantes que traían filiaciones patrióticas ajenas al Estado argentino, con ideas políticas afines al anarquismo y, para completar el cuadro, muchos de ellos no sabían leer o hablar español, de modo que ni siquiera eran pasibles de someterse a un proceso de ideologización a través de la prensa escrita. Además, muchos organizaban socialmente su vida en torno a los círculos anarquistas y ocupaban su tiempo de ocio en las veladas o las numerosas actividades que organizaba el mundo libertario. A su favor, el Estado contaba con todo su poderío económico y represivo y con una organización política que se afianzaba.

A principios de siglo justamente las elites dirigentes orientaron todas sus fuerzas a cubrir este frente. Así es como lanzaron un plan de alfabetización muy eficaz, comenzaron a incursionar en políticas laborales, pensaron una política lingüística y, simultáneamente, con estas políticas como respaldo, impusieron una simbología patria. La sola imposición del concepto de patria era una meta en sí pues, sin dudas, en cuanto un sujeto asume la idea de patria como propia, se establece un modo de organizar ideológicamente el pensamiento que expulsa al terreno del enemigo, o *elimina*, cualquier intentona disgregadora.⁵ Naturalmente, el concepto de

5 Seguramente, que los anarquistas declamaran la necesidad de aniquilar al Estado burgués no era tan irritante para los epígonos del orden como la mera negación de los principios que regían la vida nacional

patria no nació en la primera década del siglo XX, pero sí se consolidó en ella. La noción de patria se inscribe en el terreno de las pertenencias y filiaciones. Para existir y ocupar su sitio, niega entidad a otras filiaciones. El ameno término *inmigrante* de la generación del '80 se convierte en el *extranjero* –el extraño– y surgen conceptos como identidad y ser nacional. Lo vernáculo, tanto en el arte como en las representaciones más generales de alcurnia social, es un valor que se debe defender frente a los embates de las fuerzas disgregadoras.

No es de extrañar, entonces, que casi todo el arco libertario asumiera un humanismo internacionalista de explícito tinte sarmientista. En cuanto empezó a arraigarse el sentimiento de pertenencia entre los inmigrantes de más larga data y las segundas generaciones de argentinos nacidos en el país,⁶ la postura racionalista que intenta deconstruir el sintagma “patria” comenzó a caer en saco roto. El humanismo, de por sí, es un concepto extranjero y necesita, paradójicamente, una filiación nacional para ingresar en la discusión política de la época. Sarmiento proveyó esa filiación europeizante e iluminista que opone las luces del progreso a la sombra mazorquera de lo nacional. El juego se abre y las piezas se ordenan: del lado ácrata, se iguala la patria al nacionalismo, este a lo telúrico y este a la mazorca y al atraso; del lado del nacionalismo criollo,

(ejército, policía, curia). La negación del orden, en *Ideas y Figuras*, sobre todo en su primer período, se da a través de la burla y la caricatura, dispositivos que relegan al enemigo al lugar de lo risible, lo inaudito. Por su parte, el Estado entabló una lucha retórica y discursiva, pero sobre todo material contra el anarquismo. La deportación, el encarcelamiento o el asesinato de intelectuales es un hecho objetivo que entra en juego con los discursos, como materialización de luchas simbólicas.

- 6 Anderson (1996: 276), explica el poder igualador y movilizador de la nación y la asimilación del nacionalismo por parte de las segundas generaciones. “Para los miembros de lo que podemos llamar movimientos nacionalistas de ‘segunda generación’, los que se desarrollaron en Europa entre cerca de 1815 y 1850, y también para la generación que heredó los Estados nacionales independientes de las Américas, ya no era posible ‘recuperar/El primer rapto inconsciente’ de sus predecesores revolucionarios; por diversas razones y con diversas consecuencias, los dos grupos empezaron así el proceso de interpretar el nacionalismo genealógicamente: como la expresión de una tradición histórica de continuidad serial”.

la ecuación es de otra índole: la patria somos todos, quienes no defienden la patria son enemigos, por ende los anarquistas son el enemigo. Como se ve, hay dos modos de argumentación en juego: los anarquistas apelan a la argumentación lógica, los nacionalistas, a la retórica.⁷ La una apela a la razón y la fuerza de los enunciados necesarios. La otra apela a la verosimilitud. Ahora bien, esta especie de disquisición retórica ofrece una primera aproximación hacia una de nuestras hipótesis. Porque, de una u otra manera y por los motivos que sean, es un hecho que las ideas libertarias nunca han recuperado el ascendiente que tuvieron durante la primera década del siglo XX en las clases populares del país. Lo que se quiere decir es que la férrea oposición a lo nacional surge de un razonamiento cientificista, alejado de la doxa y, en consecuencia, aparta a las masas de las ideas libertarias.

¿Cómo conciliar en este esquema la existencia de revistas como *Martín Fierro*, u obras como *Alma gaucha*, ambas surgidas de la pluma de Ghiraldo? ¿Cómo conciliar el peso de Ghiraldo, Pedro de la Barca o Talero –todos cultores de una lírica de raíces nacionales– dentro de las elites culturales del movimiento ácrata? En realidad, la pregunta no es muy validera si se entiende el anarquismo como una ideología en el sentido que le da Angenot, como un conglomerado que, por definición, *siempre* concilia, o más bien, aglutina, elementos opuestos entre sí (1998: 50).⁸ Ya se ha adelantado que la defensa de una estética propia siempre fue un timbre disonante dentro del de por sí polifónico coro de voces anarquistas. Por último, vale aclarar que las diferencias, cierto que notorias, se restringen al campo de las artes, toda vez que el

7 Perelman (1989) analiza las diferencias entre la argumentación retórica, como el arte de “persuadir” y la argumentación filosófica, cuyo fin es “convencer”.

8 Angenot afirma que “No hay excepción en la historia para el hecho de que una ideología, desde que se desarrolla, suscita no solamente oposiciones y resistencias exteriores, sino, en el campo mismo que ella instituye desarrollándose, heterodoxias inmanentes que corroen su lógica”. (Cursiva en el original).

nacionalismo como ideología es efectivamente incompatible con los principios de los grandes teóricos libertarios.

Dos retóricas, dos estéticas, dos modelos de país y de ser humano se oponían, pero... ¿se trataba de dos cosmovisiones incompatibles, sin nada en común? El propio Suriano aclara que los anarquistas conformaban una cultura alternativa más que una contracultura, en el sentido de que la mayoría de los valores que conformaban su ideario eran los de la sociedad moderna en general (2001: 28). De la confluencia de valores propios de las vanguardias liberales, así como de los modos de producir y hacer circular el saber, se puede extraer la conclusión de que las élites criollas y la intelectualidad ácrata disputaban un espacio dentro de un imaginario cultural común. Allí, el hegemónico sector patriótico, con sus aparatos simbólicos se opone al anarquismo heterónimo, el que puja por imponer sus propias simbologías e ideas.

Los festejos del Centenario, en 1910, fueron el punto elegido por ambos sectores como meta para hacer valer sus posturas, momento en que el Estado argentino desató todo su poderío represivo para silenciar a su Otro discursivo.⁹ Por el lado del gobierno de Alcorta, sobran ejemplos acerca de los esfuerzos realizados para celebrar el Centenario en medio de un clima de unidad y fortaleza, de las que las represiones de mayo de ese año son solo un corolario, aunque tal vez el más significativo. Los sectores libertarios, a su modo, también se preparaban para llegar fortalecidos al aniversario patrio. Si bien es difícil creer que esperaran la abolición del Estado en tan corto plazo, sí apuntaban a esa fecha como un punto en el

9 Eliseo Verón (1986: 97) explica la relación entre todo discurso político y su Otro discursivo de la siguiente manera: “el discurso político (por definición “polémico”) (...) siendo un discurso ‘de funcionamiento absoluto’, el Otro es, en última instancia, impensable. El esfuerzo permanente del discurso político no puede ser otro que la neutralización, la descalificación del discurso del Otro. ¿Qué mejor modo de neutralización de ese discurso Otro, que amenaza permanentemente la pretensión de absoluto, que la reducción a silencio del Otro? Desde este punto de vista, el discurso político es portador de muerte”.

que medirían fuerzas, harían un balance de sus resultados y, en base a ellos, trazaría perspectivas para el nuevo período. Por cierto, dado el auge que venían experimentando como fuerza militante y el estado de agitación que sobrevolaba a la clase obrera, habrían de esperar con optimismo el 25 de mayo de 1910. La revista *Ideas y Figuras* no es ajena a esta situación. Desde su aparición, se suma al debate con Falcón en torno a la ley de residencia y abre el juego acerca de la importancia del Centenario como *locus* en el que se medirán las fuerzas simbólicas y materiales de la propuesta anarquista y la propuesta gubernamental. En una breve e irónica crónica en la que se hace mofa del hecho de que la prensa burguesa haya publicado notas acerca de la presencia de terroristas rusos en la Argentina, Alberto Gerchunoff, se queja:

Desde luego, aquí no se justifican los sucesos del 1° de Mayo. Pudieran haberse evitado así como sus consecuencias. Pero todo esto en una república bien organizada. El carácter de tal es muy discutible después del 25 de Enero y todas las anormalidades no son sino efectos de una sola causa cuya desaparición sueñan los que verdaderamente amamos el país, y nos preparamos a glorificar el centenario. Libre y grande lo ha imaginado Sarmiento en su lengua de bramidos y libre y grande lo veremos, lo verá el mundo, a pesar de los tristes episodios de ahora.

El hecho de que un sector hostil a la idea de un Estado nacional independiente se prepare para “glorificar” el centenario de una gesta patriótica suena paradójico, pero es una de las muchas contradicciones sin solución dialéctica que encierra el anarquismo. No se trata de un programa de transición, pues esta idea se da de bruces con la doctrina libertaria. Algo similar ocurre con la figura de Jesucristo, a quien en no pocas oportunidades se lo ensalza en su sentido humano, para inmediatamente denostar el concepto mismo de religión. Es la idea de que las grandes gestas son obras

de grandes hombres y de que los continuadores del orden, cualquiera sea, son escualidos epígonos de esos prohombres. La nota “Los patriotas de hoy” firmada por Eduardo Talero y publicada en el número 4 probablemente ilumine un poco la cuestión. Talero afirma:

Conozco sedicentes anarquistas que en realidad no son sino delirantes enfermos de romanticismo patriótico, así como patriotas modernos de primera fila, de esos a quienes la gloria de San Martín les quita el sueño y los pone amarillentos, cuyos actos cívicos son más desastrosos para el terruño que un chaparrón de dinamita.

Échese en el vino de las libaciones por la patria, la gota de ácido para que ebulle en la noble bebida el amor de buena ley y ya habrá paladares que se escandalicen porque les adulteran la zupia provocadora del sueño torpe y de la náusea procaz (...) Síguese tomando por patriotismo al alardeo de independencia, como si ya obtenida esta hace cien años, hubiese cesado para las generaciones posteriores el deber de servir desinteresadamente al pueblo. (...) Con motivo del centenario, nos ha dado por la marmolería; y en tanto que los cinceles industriales resuenan en las canteras de ultramar, las plumas de los escritores rehúyen atreverse contra la polilla en los archivos de Mayo.

Va a resultar espléndidamente glorificada la carne prócer que se comieron los buitres; pero casi nadie se preocupa de exhumar los espíritus que hicieron la independencia.

Es simbólico de la frivolidad contemporánea este despropósito de hacer estatuas sin más que con unos datos fotográficos, dejando por hacer la exhumación de las siluetas morales.

En realidad somos en ello consecuentes con nuestra gran anomalía: poblar el país con estatuas sin espíritu, ya que también se está poblando con muchos cuerpos sin alma.¹⁰

10 Sobre la cuestión del rescate de la espiritualidad frente a lo corpóreo, ver Rey (2007: 89 y ss.).

La revista *Ideas y Figuras*

Bajo la dirección del prolífico Alberto Ghirardo, *Ideas y Figuras* se inaugura poco más de un año antes del Centenario, el 13 de mayo de 1909. Es una revista semanal cultural, que, intencionalmente o no, encierra en sí las contradicciones enunciativas más elementales de todo el anarquismo del período. Por un lado, ofrece una verdadera impronta folletinesca (Rey, 2007: 89) –en décadas posteriores, podría haberse hablado de una impronta *historietista*– (la mayor parte de sus catorce, quince o dieciséis páginas están ocupadas por grabados caricaturescos con leyendas breves y ejemplificadoras), presumiblemente con el objeto de acceder a los trabajadores inmigrantes escasamente alfabetizados, y por el otro, busca elevar al lector mediante textos poéticos o doctrinarios. Si bien es parte de la numerosa oferta de publicaciones anarquistas, *Ideas y Figuras* también se inscribe en las huestes de las revistas modernistas que pululaban a la sazón en Latinoamérica. A diferencia de la prensa más panfletaria, apenas incluye alusiones a la realidad nacional y, si lo hace, es en el contexto de las crónicas costumbristas que muchas veces ocupan sus páginas. Este dato no es menor, porque el abrirse a nuevos universos de significación le permite apelar a discursos que, dentro del campo de las revistas anarquistas, resulta heterónimo. Se volverá sobre este punto al abordar la relación de la publicación con la literatura gauchesca y los temas nacionales.

El período de doce meses que va desde el número inicial hasta el Centenario presenta una evolución intensa, hasta el punto que podría decirse, por caso, que el número treinta y tres, de mayo de 1910 poco tiene que ver con los primeros números en lo que hace a destinatarios, contenidos y modos de significación. A lo largo de los primeros números, cada uno se organizaba en torno a un tema, que tenía que ver con algún aspecto moralizante o doctrinario del anarquismo.

Así, en el primer número el tema es la trata de blancas; en el segundo “Los guardianes del orden”; y el tercero el café. Se trata en todos los casos de temas sobre los que se solía moralizar, endilgando, como corolario, la culpa de toda la corruptela humana al sistema capitalista opresor.

En virtud de esta evolución, expedirse sobre la revista *Ideas y Figuras* en general es difícil, si no imposible. Pero es justamente esta dinámica la que permite ver los cambios que operaron en el anarquismo vernáculo, o al menos en algunos sectores de ellos –eso sí, sectores prominentes– antes del Centenario. Pues, por innegable que sea el peso de la represión de mayo de 1910, las deportaciones, las prohibiciones, las proscripciones y hasta los actos de vandalismo civil sufridos tanto por intelectuales anarquistas como por extranjeros de ideas ácratas o no, los hechos en sí, aislados, no dan cuenta de los procesos históricos que derivaron en el fortalecimiento de las ideas patrióticas y el debilitamiento del internacionalismo libertario.

Para evitar caer en el mecanicismo que explicaría los cambios en los formatos y contenidos de la revista por la virulencia de la situación social, habría que pensar en una causa más realista, que son las imbricadas relaciones interpersonales que se establecían entre los intelectuales ácratas (Suriño, 2001: 75 y ss.). Si lo textual no refleja el orden social de manera no mediada, sino que lo hace a través de huellas que dan cuenta de una producción discursiva, las afinidades ideológicas y la configuración de grupos en torno a determinados valores sí se relacionan con coyunturas en las que ciertas éticas y ciertas estéticas se presentan como oportunas (Verón, 1986: 145). El primer quiebre se da en el número trece, del 10 de setiembre de 1909. La revista abandona la prédica a través de la caricatura o el trazo sencillo y aborda la plástica desde una perspectiva menos moralizante. A partir de allí, como explica Rey, el futurismo y el modernismo como modelos estéticos de lo nuevo se adueñan del espacio

de las artes pictóricas en la revista. Ese número está dedicado casi por completo a Lorenzo Piqué, un joven artista español, sobre quien se explaya la elogiosa pluma de Juan Mas y Pi. A partir de aquí se abre un juego de múltiples derivaciones y bifurcaciones, que incluye la relación ambivalente con lo nuevo y lo viejo, una oscilación entre las preferencias por lo nacional y lo extranjero y un contrapunto entre el purismo artístico y el arte comprometido.

En el número 27, en la primera de las notas dedicadas a Gabriel D'Annunzio, el editorialista abre su nota con una afirmación de fe que explicita todos los discursos que, con mayor o menor complacencia, disputaban un lugar en la revista:

Publicando este número dedicado á D'Annunzio, escrito por el notable poeta F. T. Marinetti, Ideas y Figuras cumple un doble deber de actualidad y de arte. Lo primero por referirse á la personalidad del autor, hoy puesto en evidencia por el estreno de *La nave* en Buenos Aires que coincide con la llegada de su última novela *Forse che si forse che no*; lo segundo por tratarse de dar á conocer el nombre de Marinetti hoy solo de resonancia entre un pequeño grupo de artistas y que escasamente ha llegado al público al través de las diatribas ó los ditirambos con que se ha saludado la proclamación del *Futurismo*.

Ideas y Figuras no es una revista dedicada en exclusiva a la difusión de nuevos artistas ni una revista rupturista cuya única filiación estética sea lo nuevo. Como fuerza progresista, el anarquismo necesita, es cierto, nutrirse de lo nuevo y aniquilar al pasado. Sin embargo, su propia existencia en el espacio discursivo de los actores políticos de la época lo obliga a construir una tradición propia.¹¹ Este juego, como otras contradicciones anteriormente citadas, es digerido por

11 Discernimos con Rey, para quien la incorporación de figuras como Tolstoi o Anatole France obedece al mismo concepto de novedad, toda vez que, pese a ser clásicos, estos autores serían redescubiertos.

la ideología libertaria sin conflictos ni oposiciones. En los doce meses que transcurrieron desde mayo de 1909 hasta octubre de 1910, el panteón de *Ideas y Figuras* reunió figuras clásicas y artistas nuevos. Números como el dieciséis y el veintiuno directamente llevaban el título “Los maestros”, en un insoslayable intento por vincularse a y apropiarse de una tradición clásica, a la vez de educar al lector interpelando en un horizonte estético-político que sintetizaría el racionalismo, el clasicismo y el modernismo y los pondría de la mano con el compromiso social. Un ejemplo claro es la saga que va del número dieciséis al diecinueve, números dedicados sucesivamente a Goya, a Francisco Ferrer, un conocidísimo educador anarquista que es encarcelado y fusilado por el Estado español (números diecisiete, dieciocho y parte del diecinueve) (Suriano, 2001: 231 y ss.), y a Alfred Rethel, un pintor alemán relacionado con la escuela de Düsseldorf. El número veintiuno está dedicado por entero a Leonardo Da Vinci.

La síntesis entre lo nuevo y la tradición se dio armónicamente en todo el período analizado. Sin embargo, en general la construcción de la tradición estética anarquista dentro de la revista se dio en una especie de distribución complementaria con la cobertura de sucesos de actualidad. Esto es: siempre que se dedicaba un número a algún “maestro” o artista clásico, se dejaba de lado toda alusión a las luchas del momento. A su vez, la filiación con el arte comprometido frente a la torre de marfil no es tan evidente como podría esperarse y, de hecho, se registran algunas polémicas al respecto en la revista.¹² Como se verá, *Ideas y*

12 Esta cuestión se abre en el número trece con el poema “Torres de hierro y torres de marfil” de Juan Julián Lastra, en el que el yo lírico, afirma: Olvidar quiero, un momento/ mis amores y mis dolores/ para oír la canción que canta el viento. //Es el Alba, ‘Dios te salve, Señora’/ dicen los ruiseñores/ en homenaje a la Hora,/ con su lírico acento// Bajo el firmamento/ claro, pasa un tropel de trabajadores,/ (...) // Van todos.../ ...y todos tristes. Se presiente/ en sus almas una tormenta/ Algún día levantarán la frente/ bajo un cielo de púrpura sangrienta.// Entonces habrán llegado los días/ trágicos y los grandes días!

Figuras toma poco a poco partido por la segunda actitud, al mismo tiempo que comienza a borrar todas las marcas de un *locus* de enunciación.

El año del Centenario comienza con un giro brusco en las condiciones de producción de la revista, que debe editarse desde Montevideo debido al estado de sitio impuesto en la Argentina. Este giro, obviamente, repercute en las condiciones de circulación y reconocimiento y en la textualidad misma de la publicación, que se convierte en una revista más cercana a la información sobre el quehacer de las luchas nacionales, aunque en ningún momento termina de dar el vuelco y, de hecho, a medida que se acerca el Centenario, se aferra de modo más férreo a la impronta artística que dominó todo el período anterior. Entre los números veintitrés y veintiocho la revista incluye la sección Crónica, que es una especie de noticiero en el que se publican las novedades del mundo de la militancia popular. A partir del número veintiséis, de febrero de 1910, la revista inicia una campaña por la derogación de la Ley de Residencia de 1902,¹³ con comentarios de personalidades del anarquismo y de sectores burgueses, como el Dr. Manuel Augusto Montes de Oca. Sin embargo, a partir del número treinta y uno, vuelve a colmar sus páginas con semblanzas de artistas, fiel a su línea editorial habitual.

Luego de partir de la primera distinción entre un sector anarquista, ligado al sarmientismo y el internacionalismo,

Sin embargo, véase también la necrológica que Rey Lugo Viña escribe a Carlos Ortiz en el número veintiocho de *Ideas y Figuras*: “Su epitafio no puede ser una vulgar inscripción, que diga de una vida pedestre: su epitafio —para mí, al menos— ha de ser: ‘en el campo amó el sol; en su torre de marfil, amó a la luna. —Vivió en plena luz de auroras; murió en sombras.’”.

13 Ghirardo abre el número veintiséis con el siguiente epígrafe dedicado a Julio Barcos: “Al escritor: Tengo el placer de dirigirle a Vd. pidiéndole su colaboración para un próximo número de *Ideas y Figuras*, destinado a combatir la mal llamada ‘Ley de residencia’ argentina. Creo que, dignamente, este país no puede festejar el centenario de su independencia política dejando subsistente en su armazón judicial ese aborto legal enjendrado por la ignorancia en horas de cobardía y ofuscamiento. Por si no lo tuviera a mano adjunto a Vd. el texto de la mencionada ley”.

por un lado y un sector criollista patriótico, por el otro, se ha visto cómo, dentro del propio anarquismo, han proliferado ideas y posturas contrapuestas, en las cuales el sector ligado a Ghiraldo buscaba acrecentar y vitalizar el contacto entre la intelectualidad anarquista y las clases oprimidas. Como se ha señalado, para lograr este cometido, Ghiraldo se plantea dos tareas: por un lado, transmitir un mensaje moralizador claro y de acceso fácil para todos los sectores oprimidos: es el caso de los primeros números de la revista *Ideas y Figuras*; por otro lado, reivindicar el arte nacional y las temáticas vernáculas tanto en la dramaturgia como en la lírica y la prosa. Son los casos de la revista *Martín Fierro* y la obra *Alma gaucha*.

Queda por ver cómo se articula en la revista *Ideas y Figuras* esta disputa entre un anarquismo mayoritariamente reacio a cualquier muestra de apego a la nación o incluso a la región y un grupo minoritario que buscaba imponer las estéticas de lo gauchesco y lo nacional dentro de la ideología libertaria. La relación entre el anarquismo (y particularmente Ghiraldo) por un lado y lo criollo y lo gauchesco ha sido tratada por Pablo Ansolabehere (2007: 43 y ss.). En su trabajo, el autor sugiere que tanto en la revista *Martín Fierro* como en la obra *Alma Gaucha*, el modelo de gaucho y de criollo de Ghiraldo entabla una alianza con los oprimidos extranjeros, a partir del alma anarquista del gaucho. Aquí se plantea que a fines de 1909, este discurso pierde peso dentro de *Ideas y Figuras* y empieza a cobrar valor una postura más emparentada a la de Bastera, para quien el gaucho, como descendiente del indio, es el responsable de la decadencia social argentina, hecho que estaría reforzado por el hecho de que casi todos los agentes de las fuerzas represivas son étnicamente criollos (Ansolabehere, 2007: 46).

Dos momentos, dos discursos. Lo que está en juego es el lugar de enunciación. Asumir un *hic et nunc* desde donde surge la palabra es una postura que no es neutral. Una revista de arte y cultura, que además asume una posición política

establece una serie de recortes que van mucho más allá del origen de los autores a retratar o de las obras de arte a exhibir. Por ejemplo, tomar el tema de la trata de blancas desde el lugar de llegada y no desde el lugar de salida, como ocurre en el número inicial de la revista es una decisión. La publicación puede ser universalista o no, pero se edita en un lugar de América del Sur. Los primeros números de *Ideas y Figuras* asumen el punto de vista americano e incluso porteño. Se cita a José de San Martín, se presentan milongas en tono martinfierrista, se caricaturiza a los patriotas argentinos y hasta se incluye una sección plena de color local titulada “El afiche en Buenos Aires”.

Hacia fines de 1909, la situación cambia. Un intercambio en torno a una obra de Talero, que se da en los números catorce y quince da la pauta de que no es pacíficamente hegemónica la simpatía por las temáticas locales y regionales. A la épica “La Zagala”, situada en las márgenes del río Limay, el columnista estable de la revista, José de Maturana, responde de la siguiente manera:

–Fraternidad y fuerza, y en marcha, compañeros;
seamos razonables, que en adelante “no hay
nada como hacer chacras a orillas del Limay”.
Y ya que soy sincero, preciso es que lo creas:
¡yo al lado de la chacra quiero sembrar ideas!

A partir del número catorce, la publicación hace un giro en los *temas* elegidos. Desde fines de 1909 y hasta el Centenario, absolutamente toda la obra literaria publicada gira en torno a temáticas universales; desaparecen las milongas, los comentarios locales y las formas vernáculas de literatura. Hay un borramiento del lugar de enunciación que, evidentemente, también ha de repercutir sobre el tipo de enunciatario. Puede ser cierto que el gaucho como cuerpo es una figura extinta y que su idea, o alma, es reivindicada por los sectores

más recalcitrantes del nacionalismo xenófobo, especialmente cristalizados en la figura de Miguel Cané o Joaquín V. González (Ansolabehere, 2007: 50). Pero también es cierto que lo reivindica la masa de trabajadores identificados con los valores patrios. Antes de la represión de mayo de 1910, mientras se prepara la represión previa a los festejos, *Ideas y Figuras*, al desligarse de lo nacional, comienza un repliegue y restringe su universo de destinatarios a una elite cultural.

Nada que festejar

¿En persecución de cuáles quiméricos enemigos de la patria os lanzáis lo mismo que una legión de energúmenos por las calles de la ciudad, como una atávica reminiscencia de la mazorca federal en el preciso momento en que se trata de evocar la acción revolucionaria de aquellos otros hombres de lucha, a los cuales llamáis con la mayor incongruencia “padres de la libertad”?

Así cierra la revista su número inmediatamente posterior al cierre. No hay casualidad ni giro abrupto en la revista después de la represión. Tras el cierre y los *pogroms* de mayo, *Ideas y Figuras* consolida la línea que venía prefigurando desde casi un año antes. El sentimiento antiextranjero preparado meses antes de mayo tuerce la correlación de fuerzas simbólicas y obliga al anarquismo a refugiarse en su discurso universalista. Parece una broma de mal gusto que, por esos días, la prensa nacional e internacional se condoliera por una supuesta muerte de Ghirardo, quien, en realidad, “se ha exhibido cotidianamente por calles, teatros y demás sitios que le son habituales”.¹⁴ ¿Era acaso la muerte de su “alma” a la que se referían las noticias?

14 *Ideas y Figuras*, nº 34.

Rota discursivamente la alianza entre criollos y extranjeros explotados, el anarquismo está obligado a tomar partido, y no puede sino hacerlo por los extranjeros. Ahora bien, tomar partido por los extranjeros es hacerlo contra los argentinos. Las cartas están echadas. En ese mismo número, en un artículo sobre los festejos del Centenario, Belén Sárraga se pregunta: “Pero esa opinión que ríe y se solaza y forma número en los festejos y entona el patriótico himno, ¿qué hace? ¿No hay en ella la conciencia de su humillante situación? ¿No ve a la patria que honra con percalinas e iluminaciones infamada por unos estudiantes cerriles y por una policía convertida en cómplice de delitos que el código pena?”. Y ella misma se contesta: “¡Ah! No ve nada de eso; la vanidad del patriotismo que no es el amor a un pedazo de la tierra en que se nace, sino el orgullo del poseedor que muestra sus dominios la ciega, y por eso en las fiestas del centenario hasta los criterios más liberales se extravían, no importándoles que las mayores ignominias se realicen, con tal de que las fiestas que llamarán la atención del mundo sean salvas”. La alineación con el Sarmiento del *Facundo* es una voz unánime.

En mayo de 1910, el Estado argentino cumplió la doble tarea de constituir a los sectores contrahegemónicos como un otro discursivo y de eliminar, simbólica y materialmente, sí, a ese otro que le impedía la plena expresión de sí mismo. Tamaño exabrupto: pudo conmemorar su Revolución mostrando al mundo y a su propio interior una unidad sin fisuras ni amenazas al orden establecido.

Conclusiones

Se ha pasado revista sobre los discursos contrapuestos que convivían en la ideología anarquista de la primera década del siglo XX y se ha intentado demostrar cómo esta pasó de disputar un espacio en la hegemonía discursiva a replegarse

y convertirse en un discurso de periferia. La tensión entre el sarmientismo y las estéticas localistas ha desempeñado un papel importante en este corrimiento. Hacia el Centenario, los esfuerzos del Estado argentino por consolidar el ideograma de Patria incluyeron entre sus objetivos la aniquilación física y discursiva del movimiento libertario. La violencia operada desde el aparato represivo y desde sectores civiles conservadores, que destruyó gran parte de la maquinaria ácrata y desbarató su intelectualidad a través del encarcelamiento y destierro de sus figuras prominentes fue el correlato de una batalla simbólica cuyo primer mojón en el tiempo fueron los festejos del Centenario. En este sentido, el nacionalismo argentino tuvo un festejo a su medida, en tanto y en cuanto acalló las voces que denunciaban sus propias contradicciones e insensatez.

Bibliografía de referencia

- Anapios, L. 2007. "Compañeros, adversarios y enemigos. Conflictos internos en el anarquismo argentino en la década de 1920", en Suriano, J. (comp.). *Entrepasados, Revista de Historia*, N° 32.
- Anderson, B. 1996. *Comunidades imaginadas*. México, FCE.
- Angenot, M. 1998. "Hegemonía, disidencia y contradiscurso. Reflexiones sobre las periferias del Discurso social en 1889", en *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba. Ed. Universidad Nacional de Córdoba.
- . 1998. "Las ideologías no son sistemas", en *op. cit.*
- Ansolabehere, P. 2007. *Anarquismo, criollismo y literatura*, en Suriano, J. (comp.). *Op. cit.*
- Díaz, H. 1991. *Alberto Ghirardo: anarquismo y cultura*. Buenos Aires, CEAL.

- Maingueneau, D. 1984. *Genèses du discours*. París, Pierre Mardaga.
- Perelman, Ch. y Obrechts-Tyteca, L. 1989). *Tratado de la argumentación*. Madrid, Gredos.
- Rey, A. 2007. “Apuntes para pensar el arte anarquista a través de la revista *Ideas y Figuras*”, en Suriano, J. (comp.). *Op. cit.*
- Suriano, J. 2001. *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890–1910*. Buenos Aires, Manantial.
- Verón, E. 1980. “Discurso, poder, poder del discurso”, en *Anais do primeiro colóquio de Semiótica*. Río de Janeiro, PUC/Edições Loyola.
- . 1986. “La semiosis social”, en *El discurso político*. México, Nueva imagen.
- . 2004. *Fragments de un tejido*. Barcelona, Gedisa.

Entre el Centenario y el Bicentenario: memorias intermedias

Configuraciones de Mayo en la prensa nacionalista católica del sesquicentenario: un caso, *Azul y Blanco*

Victoria García

Ubicado en un punto medio del trayecto de larga duración histórica que puede recorrerse entre el Centenario y el Bicentenario, 1960 presenta, al igual que ellos, una configuración social en que distintos discursos se disputan la legitimidad en tanto modos de pensar y decir el país de la época, a la vez que su historia y su destino futuro. El peronismo, proscrito en 1956, orienta, sin embargo, la producción social de sentidos en la medida en que las distintas formas ideológicas que emergen tanto dentro del discurso político como en otros espacios hacedores de la discursividad social: la intelectualidad; la iglesia; la militancia sindical; las fuerzas armadas; el periodismo tienden, de manera creciente, a una toma de posición definida por aquel a su favor o en su contra. De este modo, una polarización social paulatinamente demarcada entre peronistas y antiperonistas favorecerá, con mayor fuerza en los años posteriores, la instauración de la violencia como práctica estratégica de la acción política.

Indagar tal proceso de polarización social, entendida como oposición entre discursos, es el objetivo de nuestro trabajo. Proponemos, para su abordaje, el estudio de la relación entre dos formaciones discursivas propias de la década

de 1960, el peronismo y el nacionalismo católico,¹ a partir del análisis del semanario *Azul y Blanco*, en sus ediciones asociadas a los festejos del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Estudios en el campo de la historia han señalado el vínculo que el periódico, representante del nacionalismo católico, estableció con el peronismo (Ladeux y Contreras, 2007; Melón Pirro, 2009); mostraremos aquí las estrategias mediante las cuales se concreta ese vínculo dentro del discurso de conmemoración cuyo surgimiento favorece el acontecimiento enfocado.

Partimos de una consideración sociohistórica del momento dado que, de acuerdo con la teoría francesa del análisis del discurso que enmarca nuestro estudio, lo entendemos como condición de producción de los textos del corpus (Pêcheux, 1978; Maingueneau, 1984). Seguidamente presentamos los materiales de análisis desde la perspectiva del género –en tanto anclaje social de los discursos y conjunto de regularidades enunciativas– con el fin de caracterizar el lugar de enunciación que el periódico ocupó dentro de la discursividad social de su etapa. Por último, con foco en *Azul y Blanco* del Sesquicentenario, estudiamos las operaciones que, dentro del discurso conmemorativo que el acontecimiento propicia, permitieron la interrelación entre el discurso peronista y el nacionalista católico, que el semanario representaba.

1 Las formaciones discursivas, cuya definición ha sido pautada dentro de la escuela francesa de Análisis del Discurso por Foucault (1977) y Pêcheux (1978), pueden entenderse como matrices productoras de discursos asociadas a formaciones ideológicas específicas. Al conformarse en el interdiscurso, delimitan dominios de saber constitutivamente heterogéneos (Courtine, 1981; Maingueneau, 1984).

Construir el acontecimiento: formas y lugares de la palabra del *Sesquicentenario*

El advenimiento, en 1960, del 150° aniversario de la Revolución de Mayo se produjo bajo una acentuada conflictividad social, moduladora de los festejos y discursos que, a partir de la fecha, constituyeron el acontecimiento *Sesquicentenario*, instaurándolo como objeto privilegiado de la discursividad del momento.² El balance y la conmemoración surgieron, así, desde diversos espacios sociales: la política, la escuela, los sectores intelectuales, la iglesia, el periodismo. Dentro de esos espacios, los discursos que se formularon, al configurarse desde particulares posicionamientos político-ideológicos, expusieron los antagonismos que delimitaban la conformación de la específica coyuntura sociopolítica de comienzos de la década de 1960.

En ese período, el conflicto social generaba una oposición entre el gobierno de Arturo Frondizi, iniciado en 1958 y los sectores de la militancia sindical que, cercanos en su mayor parte al proscripto peronismo, se habían consolidado como actores políticos a partir de la conformación de las 62 Organizaciones, en 1957. Los sindicatos reclamaban, fundamentalmente a través de huelgas, la concreción de medidas que favorecieran a los obreros, y cuestionaban la represión que el gobierno ponía en marcha, más intensamente a partir de la ejecución del Plan Conintes en marzo de 1960 (Sigal, 1991: 185).³ De acuerdo con Potash (1985: 429-430) ese Plan había

2 Los acontecimientos discursivos, cuyo estudio se privilegia dentro del análisis del discurso desde la Historia, se conciben desde esa perspectiva como el resultado de un proceso complejo de transformación que construye, a partir de una situación histórica dada, su acontecimentalidad. Así, no toda situación histórica engendra un acontecimiento: su lugar discursivo depende de la presentación subjetiva que lo sostenga, así como de los posicionamientos político-ideológicos que ella vehiculice (Charaudeau y Maingueneau, 2005: 6 y ss.). Sobre los objetos discursivos, véase más adelante, nota 21.

3 El Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado) otorgaba a las Fuerzas Armadas el control directo de la represión y a los tribunales militares, jurisdicción sobre actos considerados subversivos; asimismo colocabá bajo la autoridad del Ejército a las policías provinciales. Al respecto, ver Potash, 1985: 431.

sido el resultado, a la vez, de presiones de sectores de las fuerzas armadas, guiados por los fines de la Revolución Libertadora: evitar la toma del poder por parte del peronismo y el comunismo.

De manera externa institucionalmente al campo político, los sindicatos y las fuerzas armadas incidieron sobre él, no obstante, de manera decisiva. Un lugar similar ocupó la iglesia católica: en efecto ella se instaló, en esos años, como factor de poder con influencia en lo político, particularmente a partir de la incorporación, durante la presidencia de Frondizi, de católicos nacionalistas en posiciones estratégicas del gobierno (Di Stefano y Zanatta, 2000: 465).

Una configuración social con esas características dio lugar a las celebraciones del Sesquicentenario. Los festejos oficiales del acontecimiento incluyeron eventos culturales a lo largo de todo el mes de mayo: exposiciones de artes plásticas, representaciones teatrales, espectáculos de música y danza, actos deportivos,⁴ así como, en la Semana de Mayo, la inauguración del Teatro General San Martín.⁵ Esto mostraba tanto la necesidad de construir una cultura para el país que se repensaba en un momento de balance, como el impulso modernizador que caracterizaba al campo cultural de la época.⁶ Asimismo, a partir del 22 de mayo, se realizaron distintos actos en los que participaron funcionarios políticos y militares nacionales, y los presidentes de Cuba, Uruguay y Perú, países vinculados a la Argentina, desde la perspectiva promovida por Frondizi, del desarrollo como fin político común (Altamirano, 2007: 78). En la realización de desfiles militares y del

4 Los eventos asociados a las celebraciones del Sesquicentenario aparecían promocionados en los diarios de difusión masiva. Ver por ejemplo *La Prensa*, 26/5/60, y *La Nación*, 26/5/60.

5 *La Nación*, 26/5/60.

6 De acuerdo con Terán (2007: 270-271), la década de 1960 se asocia a una tendencia modernizadora impulsada por las élites intelectuales. En el período se fundaron diversas instituciones artísticas y científicas, se crearon nuevas carreras en las universidades y, en la prensa escrita, se inició la publicación de semanarios —como *Primera Plana*— que renovaron las formas tradicionales del periodismo.

tedeum en la Catedral⁷ se expusieron, en tanto, las alianzas sostenidas en la etapa –no sin tensiones– entre los espacios del poder político, la iglesia y las fuerzas armadas.

La celebración oficial, sin embargo, suscitó reacciones de oposición que exhibieron cómo la fecha constituía un momento propicio no solo para la consolidación de las alianzas entre sectores, sino también para el refuerzo de las oposiciones, que enfatizaba lo polarizado del orden social y habilitaba el surgimiento de la violencia. Así, durante la Semana de Mayo se produjeron varios atentados, como consolidación de una ola inaugurada en los inicios del año (Potash, 1985: 430).⁸ Por otra parte, los sindicatos de las 62 Organizaciones se reunieron el 21 de mayo en un plenario y, además de expresar su repudio a los festejos, determinaron la unidad de la lucha del movimiento obrero.⁹

De esta forma configurado –con disputas– dentro del gobierno, las fuerzas armadas, los sindicatos y la iglesia, el Sesquicentenario requería, además, de dispositivos que, con un alcance más amplio, permitieran instalarlo como acontecimiento entre toda la población del país cuya historia se celebraba. Tal fue la participación de la prensa escrita en los festejos, con los distintos formatos que su discursividad adquiría en la etapa. Así, por un lado, los diarios de difusión masiva: *La Nación*, *La Prensa*, *Clarín* y *La Razón*, motivados por la fecha, imbricaron la actualidad –objeto central de su discurso– con el pasado, al publicar en mayo secciones y suplementos especiales dedicados a la historia nacional. Incluían tanto textos como imágenes, que comenzaban a

7 *La Nación*, 25/5/60.

8 *La Razón* (28/5/60) refiere un atentado en Mendoza, atribuido a “miembros de la juventud del Partido Justicialista” y dos intentos de atentado en Buenos Aires. En tanto *La Nación* (24/5/60) relata la detención de dos hombres del movimiento Uturuncos acusados de un atentado frustrado en el Cabildo.

9 El Plenario explicitó que “los obreros no estaban identificados con los actos oficiales ante el dolor que significaba el encarcelamiento y tortura de muchos trabajadores” y decidió la “dirección única del movimiento obrero” (*Clarín*, 22/5/60).

mostrarse en color, según la tendencia modernizadora de la cultura, que llegaba a la prensa escrita, y anticipando, a la vez, la progresiva instauración de lo icónico como dimensión dominante en la producción social de discursos. Durante la Semana de Mayo, además, exhibieron su centralidad dentro del proceso de mediatización de lo político (Verón, 1995), al reproducir íntegramente los discursos pronunciados por las autoridades en los actos oficiales.

Por otro lado, periódicos semanales, destinados a públicos más recortados, se sumaron asimismo a la reflexión sobre el Sesquicentenario, proyectando sobre el acontecimiento los posicionamientos político-ideológicos que los orientaban; a saber, el desarrollismo, el enfoque oficial, difundido en *Qué (sucedió en 7 días)*; el peronismo que, proscrito para la actividad partidaria, se promovía en *Palabra Argentina*,¹⁰ así como el nacionalismo católico, que sostenía *Azul y Blanco*. Ubicado en la oposición política, como veremos a continuación, el periódico desplegó en sus páginas un “combate” discursivo en que tanto la derrota de sus blancos, como la instauración de una *nación católica*—su propuesta para el país de la época—podían hacerlo vencedor.

Azul y Blanco y el “combate” periodístico

Azul y Blanco (en adelante, *AyB*) se publicó entre 1956 y 1962¹¹ bajo la dirección de Marcelo Sánchez Sorondo¹² y la secretaría general de Ricardo Curutchet.¹³ Compuesto por

10 Sobre estos periódicos puede verse Altamirano (2007), Da Orden y Melón Pirro (2007), Goebel (2004).

11 La primera época de *AyB* finalizó en 1962 por proscripción del gobierno de Frondizi. Entre 1966 y 1967 el periódico volvió a publicarse, dirigido por Curutchet y Juan Abal Medina (Ladeuix y Contreras, 2007: 173).

12 Abogado, periodista y profesor universitario, nacido en 1912. Autor de *La revolución que anunciamos* (1945), *Tesis doctoral sobre la teoría política del federalismo* (1951), *Libertades prestadas* (1970), *La Argentina por dentro* (1987) y *Memorias* (2001).

13 Fundador de la revista *Cabildo* en 1973 y director de dicha publicación hasta su muerte, en 1996.

cuatro páginas impresas en blanco y negro, se editaba semanalmente, con una tirada de 100.000 ejemplares.¹⁴ Incluía notas centradas en actualidad política e incorporaba algunas secciones fijas, entre ellas, una en tapa, titulada “La Clave de los 7 días”, en que se abordaban noticias políticas de la semana, y otra en la última página, “Azul y Blanco Sindical”, donde se trataban temas vinculados a los sectores obreros. Así, los rasgos genéricos del discurso periodístico caracterizaban a *AyB* tanto en sus modos de existencia material, producción y circulación, como en las formas de organización textual y los objetos abordados. Dentro del tipo periodístico, el mismo semanario delimitaba, además, su especificidad genérica. En una nota del N°19 (10/10/1956), titulada “Nuestro estilo”, se autodefinía como “periódico político de combate”, a modo de defensa (como respuesta a observaciones de lectores) y de declaración programática para su práctica discursiva, recientemente iniciada:

Algunos lectores de AZUL Y BLANCO (y muchos otros que no lo son) se quejan de lo que llaman nuestra “agresividad”. Parecen ignorar que es el nuestro un periódico político de combate, no un boletín parroquial ni un cotidiano informativo. Parecen ignorar que el género que cultivamos tiene precedentes ilustres, dentro y fuera del país. Nos juzgan violentos. ¿Acaso lo fueron menos Sarmiento en “El Nacional”, Varela en “La tribuna”, Sáenz Peña y Pellegrini en “Sud América”? Es que acaso los que viven admiración beata del pasado [sic] desconocen el estilo de nuestro pasado, el rudo lenguaje de nuestros próceres?

En las operaciones que pone en marcha en esta nota, propias de un discurso polémico, *AyB* escenifica el *combate* que,

14 Según datos suministrados por el periódico. Ver *AyB* N° 19, 10/10/1956.

según lo estipula la autodefinition genérica que formula, constituye su objeto y forma. En efecto, en el fragmento citado se configuran dos espacios discursivos en pugna: por un lado, uno sostenido como propio y legítimo, inscripto dentro de una matriz nacionalista en tanto recubre un género cuyos fundadores se designan como “próceres”, y precisado como propio en la medida en que constituyen su marca formas posesivas de la primera persona: “*nuestra* agresividad”, “*nuestro* estilo”, “*nuestro* periódico”. Por otro lado, un espacio demarcado como otro, colocado en la posición de tercero discursivo, se denuncia en su ilegitimidad a través de la negación (“no un boletín parroquial ni un cotidiano informativo”) y las comillas (citantes e irónicas: “lo que llaman *nuestra* ‘agresividad’”), operaciones refutativas del discurso que alienan.¹⁵ En la construcción de un discurso otro, oponente, interviene, además, una estrategia característica de la polémica: la elipsis del nombre del adversario, a quien se alude mediante proposiciones relativas (“los que viven admiración beata del pasado”).¹⁶

De esta forma *AyB* define lo que pretende como su palabra, una, propia: al demarcar la palabra ajena como blanco del combate que constituye su estilo, su manera de decir privilegiada. Estrechado al carácter “político” del periódico, que propone la formulada autodefinition genérica, tal decir “combatiivo” emergía desde y por la posición que *AyB* asumió en la coyuntura política de su etapa: la oposición, tanto en el período de la denominada Revolución Libertadora como en la presidencia de Arturo Frondizi. Durante el mismo,

15 Respecto de la negación seguimos a Ducrot (1987), cuyas líneas descriptivas retoman la teoría francesa del Análisis del Discurso (Maingueneau, 1989). Sobre las comillas, remitimos a Authier-Révuz (1980).

16 Consideramos la descripción de los procedimientos característicos del discurso polémico elaborada por Angenot (1982), así como la propuesta de Verón (1987: 17), quien asocia la posición de tercero discursivo y las designación por proposiciones relativas a la construcción de un contradestinatario en el discurso político.

en efecto, *AyB* se enfrentó tanto a los grupos liberales de las fuerzas armadas como a los sectores del desarrollismo impulsado por Frondizi:¹⁷ vinculadas a regímenes liberales, ambas propuestas permitían la coexistencia en el orden social de una pluralidad de formaciones ideológicas, en cuyos discursos habitaban diversos países posibles; de allí que atentaran contra la unicidad y homogeneidad interna de la nación católica proyectada por el semanario (cfr. Di Stefano y Zanatta 2000: 468).

Así, en *AyB* se requería la demarcación de lo propio y lo ajeno, proclive a la violencia al realizarse en un “combate” discursivo, para la supresión de otras formas posibles de construir el país, distintas de aquella que el nacionalismo católico buscaba instaurar. Ahora bien, para que tal programa fuera posible, no solo era necesario delimitar, desde la oposición, los blancos de la lucha emprendida, sino que, además, se precisaba de la apelación positiva a un colectivo social relativamente amplio que, persuadido de la legitimidad del proyecto, así como de las figuras que lo lideraban, apoyara su consecución. En este sentido, *AyB* favoreció la promoción de líderes políticos que, como Mario Amadeo, representaban al nacionalismo dentro del régimen de la Revolución Libertadora (Melón Pirro 2009: 184-185). En 1957, en tanto, intentó la construcción del partido político “Azul y Blanco”, bajo la conducción del director del periódico. Fracasada esa experiencia, el acercamiento al peronismo desde las páginas del semanario apareció como una alternativa viable; de hecho, esa propuesta habilitaba, por su orientación antiliberal, la homogeneización interna de la nación católica cuya instauración planeaba *AyB*.

El vínculo que el periódico estableció con el peronismo se evidenció en la incorporación de secciones que favorecían

17 Los militares liberales, después de favorecer la declinación de Lonardi en 1955, se consolidaron como dominantes dentro del régimen de la Revolución Libertadora (Potash, 1985: 301). Posteriormente, con Frondizi en el gobierno, ocuparon cargos jerárquicos dentro de las Fuerzas Armadas (op.cit., 371 y ss.).

la difusión de discursos cuya relación con el peronismo fue estrecha: el revisionismo histórico, por un lado, y el discurso sindical, por otro. Así *AyB* sirvió desde sus inicios –al igual que otros semanarios publicados en el período 1955-1958, afines al peronismo– a la promoción de la historia revisionista y al cuestionamiento de la denominada “Línea Mayo-Caseros”, hipótesis liberal de la historia narrada por Aramburu y Rojas.¹⁸ En tanto, la difusión del discurso sindical se realizaba fundamentalmente desde la sección fija “Azul y Blanco Sindical” que ocupaba, en 1960, la totalidad de la última página del periódico.

Al acercarse al peronismo, el semanario mostraba la progresiva consolidación del campo político y de las disputas que se generaban dentro de él, como dominante dentro de la vida social de los años ‘60 (Altamirano 2007: 16). En la antinomia, pautada en lo político, entre peronismo y anti-peronismo, tomaba una posición que le permitía difundir su propuesta dentro del amplio colectivo que conformaba la resistencia peronista. Simultáneamente, ratificaba su inscripción dentro de la tradición nacionalista católica: según lo habían ordenado sus formulaciones programáticas, en las décadas de 1930 y 1940, emprendía su lucha por fuera de la actividad partidaria.¹⁹ Esto permitía, a la vez, una aproximación a dos instituciones que, externas al campo político, operaron desde los momentos fundacionales del nacionalismo católico como garantes de su proyecto: por una parte la iglesia, legitimadora del culto nacional promovido, y por la otra el ejército, que, por medio de la fuerza armada, podía

18 Otros periódicos difusores de la historia revisionista entre 1955 y 1958 fueron *El Proletario*, *Consigna*, *Rebelión* y *Palabra Argentina*, todos ellos de orientación peronista. Al respecto puede verse Goebel, 2004.

19 En la declaración que Marcelo Sánchez Sorondo pronunció en nombre del Gobierno Provisional, en septiembre de 1930, plantea el carácter no político de la revolución, “nueva fuerza nacional” (cit. en Navarro Gerassi, 1968: 70). En tanto en 1943 plantea: “Somos la primera generación nacionalista. Ninguno de nosotros se vinculó a los partidos. Sabíamos que era degradar la política, que era política degradada meterse en los partidos” (Sánchez Sorondo, 1945, cit. en Zuleta Álvarez, 1975: 70).

reasegurar la uniformación interior de la nación que, desde el enfoque del periódico, la validaba como proyecto.

Apropiada con estas estrategias, la prensa escrita, tipo englobante del discurso de *AyB* y dispositivo para su producción y circulación, localizaba la enunciación del periódico en un espacio medio o de transición; en otras palabras, hacía emerger su voz desde un sitio discursivo al que rozaban el campo político, la militancia sindical, las fuerzas armadas y la iglesia. De allí que su combate periodístico cobrara sentido, simultáneamente, como lucha política y sindical, guerra militar y santa; todos ellos modos de un conflicto social que media entre la palabra y la violencia, como formas disputadas legítimas para la puesta en práctica del país nacional y católico anhelado. Dentro de ese combate mediático, nos dedicamos en lo que sigue a su configuración en un mayo especial: el del Sesquicentenario.

Decir la nación

Michel Foucault (1977) señaló el carácter histórico de las condiciones para el surgimiento de un objeto de discurso dentro de una formación discursiva determinada. Así en 1960, el advenimiento de una fecha, reconocida en lo social, de acuerdo con ecos de discursos ya enunciados, como fecha patria y de conmemoración, favoreció la instalación del Sesquicentenario como objeto de diversas formaciones del universo discursivo del momento. Del mismo modo emerge la *nación* como objeto del discurso de *AyB*, durante el Sesquicentenario.²⁰ Orientado, en efecto, hacia la construcción de

20 Dentro de la teoría francesa del análisis del discurso, los objetos de discurso se entienden como entidades intrínsecamente discursivas asociadas a determinadas formas lingüísticas, que emergen en formaciones discursivas específicas (Pêcheux, 1978; Charaudeau y Maingueneau, 2005). Dentro de los estudios sobre material de archivo, Elvira Arnoux (2008) ha estudiado la construcción de la “nación” como objeto de discursos pedagógicos producidos en Chile en el siglo XIX.

una nación de acuerdo con los postulados de la religión católica, *AyB* muestra en sus números publicados durante los festejos del Sesquicentenario cómo, dentro de la discursividad social de comienzos de la década de 1960, la configuración de ese objeto tiene como condición una toma de posición frente al peronismo, eje de la producción de sentidos dentro del campo político del período. Así, una de las notas de tapa de la edición del 24 de mayo, titulada “El círculo vicioso”, formula la ilegitimidad del país del presente, al afirmar:

Nuestros ciento cincuenta años de Independencia nos sorprenden en plena crisis y son ciertos los rasgos de triste decaimiento. Sin duda, el tono moral del país ha descendido.

Frente a ello, en un enunciado adversativo, que expresa tanto la refutación del país actual como la afirmación de uno proyectado, instala su manera de decir la *nación*, con los rasgos que la hacen válida desde la perspectiva nacionalista y católica que el periódico promueve:

Pero abrigamos una esperanza llena de amor a la nación donde nacimos y donde desde siglos corre nuestra sangre de hijos de la tierra; a la nación a la que ofrecemos el testimonio de nuestras vidas; a la nación que nos dio lo que somos y cuanto poseemos en creencias, dichas, afectos y bienes, sin la cual, fuera de sus fronteras morales y materiales, fuera de la patria y del nombre argentino, no somos nada ni nadie.

Proyecto político irrealizado para *AyB* y, por eso, objeto de “esperanza”, la nación se representa en esta nota como equivalente a un territorio –sustituible por el pronombre locativo “donde”–, lo que la vincula tanto a un valor económico –los “bienes” que provee– como a una condición política que determina la demarcación de sus límites –“fronteras”–. Se instala de este modo como espacio de poder, al modular

la constitución de las subjetividades emergidas en su interior bajo la pretensión de conformar una comunidad de sujetos nacionales adonde la uniformidad prevalezca sobre lo diverso y heterogéneo (Anderson, 1983; Balibar, 1988). En el pasaje citado, tal pretensión se expone no solo en la configuración enunciativa, en la cual la primera persona del plural reúne las instancias locutiva e ilocutiva del discurso –AyB y sus lectores– dentro de un mismo lugar donde la nación se construye; sino también en la red de acciones y designaciones asociadas a la nación y sus sujetos que establece, en un vínculo presentado a la vez como familiar y religioso, lo uniforme de la comunidad nacional. Así, la nación se configura como relación de parentesco entre sus habitantes, en tanto estos son designados “hijos de la tierra”; así como también por ciertas acciones a ella atribuidas que la asimilan a los roles materno –brinda “dichas, afectos”– y paterno –facilita “bienes” para la reproducción económica del núcleo familiar–, y por la definición identitaria de los sujetos –condición “sin la cual” para fijar “lo que somos”, el “nombre argentino”–. Lo religioso del vínculo nacional se estipula, por otra parte, tanto en las “creencias” proporcionadas por la nación, como en su representación como destinataria de una ofrenda y un culto: el santo sepulcro ordenado por la doctrina católica –“la nación... a la que ofrecemos el testimonio de nuestras vidas”–. La forma “patria”, que designa alternativamente a la nación, consolida su asociación a la familia y la iglesia al aludir, por semejanza fónica, al *padre*, figura privilegiada en el universo simbólico de ambas instituciones.

Planteado de esta forma: como familia y religión, el espacio que la nación ocupa en AyB ejerce su fuerza sobre los sujetos al originarlos dentro de sus límites “morales y materiales”; en otras palabras, lo hace tanto determinando sus condiciones económicas de existencia en el orden burgués a cuya consolidación contribuye, como restringiendo sus prácticas de acuerdo con preceptos que, en ese mismo

orden, formula el discurso católico. De hecho, la representación de la nación como familia activa núcleos de sentido fundamentales de la ideología burguesa, de cuya promoción participa, a la vez, la doctrina católica: la familia como institución básica del orden social, construida no solo por el aparato jurídico-administrativo del Estado, sino también por la iglesia –en tanto formulan el archivo de las filiaciones y las alianzas–, y dentro de la que se produce la reproducción económica e ideológica de los sujetos; así como la genealogía como principio de exclusión, que permite la delimitación del territorio nacional hacia su exterior y, con ello, favorece el dinamismo de los intercambios dentro de la economía-mundo.²¹

Dentro de la coyuntura política de comienzos de los años '60, un modo tal de decir la nación, que enfatizaba su uniformidad interna y la clausura de sus límites, buscaba instaurarla frente a otras propuestas vigentes en la misma etapa, a las que el periódico se oponía en tanto eran promotoras, desde su enfoque, de una nociva perspectiva internacional: por un lado el liberalismo, que promulgaba, para la construcción del orden burgués en que se inscribía, una nación de fronteras más lábiles –permeable al flujo mundial de los capitales y fundamentalmente laica–; y, por otro lado, el marxismo, difundido con mayor fuerza a partir de la Revolución Cubana, en 1959, que postulaba el carácter internacional de una lucha política para la disolución de la sociedad burguesa, y su instalada forma nacional.²²

21 Consideramos aquí las reflexiones de Etienne Balibar (1988), quien estudia el papel de la familia y la iglesia en la reproducción económica e ideológica de la sociedad burguesa y señala su centralidad para el proceso de nacionalización, esto es, para la producción, dentro del Estado, de la comunidad nacional.

22 *AyB* denomina “agentes del Internacionalismo” a los sectores de orientación marxista (N° 206, 31/5/60). No obstante, a partir de mediados de la década de 1950 circulaban dentro del campo intelectual argentino corrientes de pensamiento que imbricaban marxismo y nacionalismo. Al respecto ver Sarlo, 2007: 47 y ss.

Ahora bien: dentro de un orden social en que la escisión entre peronismo y antiperonismo se intensificaba de manera creciente, *AyB* mostró progresivamente cómo en ese contexto, para decir la nación, se requería, además —y cada vez con mayor fuerza—, emplazarse sobre uno u otro polo. En efecto, el periódico implementó paulatinamente estrategias para integrar, dentro de su propuesta nacionalista católica, al peronismo, a cuyos sujetos podía apelar para la concreción de su proyecto. “El círculo vicioso” exhibe en lo que sigue, sin embargo, las tensiones que una integración tal podía conllevar:

Nosotros, pues, levantamos, como en 1955, como antes y después de Perón, las banderas de lo nacional y las levantamos sin fraude, sin recursos de mentira, sin rencores, sin preveniciones ya. Hemos aprendido la lección dictada por el país real. La lección del sinceramiento y de la experiencia.

El pasaje muestra las contradicciones en las que *AyB* constituía su posicionamiento, no solo dentro de la específica coyuntura de 1960 sino también en relación con la historia política de las décadas previas, que condicionó su conformación. Una primera equivalencia: “como en 1955” sitúa la palabra del periódico en una línea de continuidad que establece con el golpe militar ocurrido ese año y, particularmente, con el gobierno de Eduardo Lonardi, representante del nacionalismo dentro del régimen de la Revolución Libertadora, cuya figura promocionó el semanario después de su declinación.²³ En tanto la segunda equivalencia: “como antes y después de Perón” señala la pretensión ostentada por el periódico de que tanto “lo nacional”,

²³ Según Ladeuix y Contreras (2007: 174), *AyB* se presentó desde 1956 como heredero de la figura política de Eduardo Lonardi, quien había ocupado el cargo de presidente entre septiembre y noviembre de 1955, y abandonado el cargo por pedido de sus colegas militares (Potash, 1985: 301). Ver más arriba, nota 17.

el país ideal imaginado por el semanario, disímil del “país real”, como los sujetos de la enunciación que levantan sus “banderas”; trasciendan la etapa histórica signada por el nombre de Perón. Simultáneamente, evidencia la emergencia de ese nombre como requerimiento, impelido en el discurso social de la etapa, para una toma de posición dentro del orden político vigente y, con ello, para una construcción de lo nacional que resultara avalada por uno de los dos polos: peronista o antiperonista, a cuya separación el nombre de Perón contribuía de manera decisiva.

Así, el acercamiento que *AyB* intentó al peronismo negaba la legitimidad de Perón como líder político, a la vez que buscaba el apoyo de aquellos sobre los que aquel había fundado la construcción de su liderazgo; esto es, el conjunto de los trabajadores. Desde la posición de *AyB*, persuadir a los obreros sobre lo válido de su proyecto constituía un factor clave para que el nacionalismo católico, desplazado del poder en 1955, pudiera, con Perón en el exilio, ocupar nuevamente ese espacio. Por ello, el periódico destina su combate a una *reconquista* de la patria.

Derivas de una autobiografía histórica: la *reconquista* como origen y destino de la patria

Tal como ha sido descrito en la teoría de la enunciación, el relato histórico puede definirse como una narración de acontecimientos pasados que “excluye toda forma autobiográfica” (Benveniste, 1966: 239) esto es, caracterizado por la ausencia de marcas deícticas de la primera persona, presentado como un discurso en que “nadie habla” (*op. cit.*: 241). Sin embargo, es bajo la estrategia autobiográfica que *AyB* construye la historia nacional, dentro de la conmemoración requerida por el Sesquicentenario. Así lo expone una nota recuadrada en tapa, titulada “Mayo”, del número del 24 de mayo de 1960:

Nuestra partida de bautismo, hace 150 años. Nacimos en la fe en nuestra patria sin renegar de la fe de nuestros padres. Llegamos a la mayoría de edad permaneciendo fieles a la voz de la sangre que nos hablaba de una tradición sin tacha que se inició en los largos años de las luchas de la reconquista, contra los musulmanes, cuando España se desangraba en salvaguardia de la Cristiandad.

En los orígenes de nuestra independencia estuvo presente, como un testimonio, la Cruz. Ante ella doblaron sus rodillas los hombres que nos dieron Patria, y ella acompañó las grandes empresas que marcan los hitos principales de nuestra vida como Nación.

Los que nos sentimos, pues, fieles a la verdadera Argentina llevamos a la cruz como un sello ardiente que nos quema el alma, porque luchamos en medio de la adversidad por una Patria cristiana, libre y soberana.

En el despliegue de su configuración enunciativa y léxica, la nota establece una continuidad entre el pasado narrado y 1960, momento de la producción discursiva. Así, las formas deícticas de la primera persona del plural conforman un colectivo, la comunidad nacional que se intenta consolidar, inscrita a la vez en el pasado y en el presente, en la medida en que tanto narra como protagoniza los hechos que conforman el relato. La presentación de la historia como biografía, desplegada en las acciones que se predicán de la nación configurada: “nacimos”, “llegamos a la mayoría de edad”, “nuestra vida como Nación”; suprime, de nuevo, el carácter potencialmente múltiple y diverso de la comunidad nacional, sustituyéndolo, en la metáfora que la representa, por una unidad orgánica. Ciertos usos de los tiempos verbales debilitan, además, la separación entre pasado y presente: formas con referencia temporal ambigua (“luchamos en medio de la adversidad”, isomorfa en presente y el pretérito perfecto simple), y el pretérito perfecto simple para remitir

a una retrospectiva sobre el tiempo base de la narración (“una tradición sin tacha que se *inició* en los largos años de las luchas contra los musulmanes”).

Es un fin político, y las acciones que este conlleva: la *reconquista*, lo que consolida, en la propuesta del periódico, el enlace entre la historia que formula, y el momento de la enunciación. Ella instituye, en efecto, una equivalencia entre tres diferentes temporalidades y procesos sociohistóricos: la Argentina actual del semanario, la etapa de la historia nacional vinculada a las luchas por la independencia y el conflicto político-religioso entre musulmanes y cristianos, desarrollado en la Península Ibérica entre los siglos V y XVII. Dentro de la narración histórica que *AyB* emite, la incorporación de España permite, por un lado, validar el culto católico propio del periódico, entendido como herencia de los “padres de la patria” –de allí el encadenamiento: “la fe en nuestra patria”... fe de nuestros padres–. Por otro lado, dentro de un relato que tiende a borrar la distancia entre pasado y presente, afilia la actualidad del semanario: una propuesta nacional y católica para el país que presenta en sus notas, el presente de España, que entiende como modélico. De hecho, el Estado corporativo y católico cuya instauración buscaba en ese período de la historia española, el régimen de Francisco Franco, constituía, dentro del pensamiento nacionalista católico que *AyB* representaba, un programa político ejemplar.²⁴

Así, orientada a la ocupación de un territorio o espacio de poder posible por una lucha armada, la reconquista, a la vez pasado y presente de la patria en *AyB*, se proyecta al futuro como objetivo del combate desplegado en el periódico. Para tal proyección, la autobiografía histórica deviene, en “Mayo” del Sesquicentenario, sermón religioso y proclama política, inductores de la acción que la realización del proyecto precisa:

24 Ladeuix y Contreras, *op. cit.*: 173.

Sin embargo, el desaliento no tiene significación para el que siente su deber con la Patria, lejos del espíritu que anima a esa literatura de encargo, que desfigura el rostro de nuestra historia, que nos ha inundado estos días con un mar de letras que ya nos llega hasta el cuello.

El mejor homenaje en esta fecha es continuar cumpliendo sobriamente con la tarea semanal de señalar a los argentinos el grado de abyección al que estamos llegando y prepararlos para la gran reacción. Es decir: cumplir con nuestra responsabilidad, “Hacer”, como decía Epícteto, lo que depende de nosotros y, por lo demás, mantenerse firmes y tranquilos.

Pero hacer, hacer lo que tengamos que hacer y considerar maldita toda tranquilidad que se construya con renunciaciones o sobre el cimientito blando del cansancio o la traición.

La modalidad directiva que el discurso adopta en este pasaje, que recuerda tanto a lo prescriptivo del discurso político (Verón, 1987: 21-22), como a lo moralizante del religioso, convoca al hacer patriótico, entendido como ley para el comportamiento de los sujetos (el “deber con la patria”), al difundir tanto la ilegitimidad de la versión histórica liberal, contra la que lucha (“esa literatura de encargo, que desfigura el rostro de nuestra historia”), como la validez de un programa en el que, por sobre la palabra, se erija la acción –enmarcada, como campo semántico, en la red de ítems léxicos: “tarea”, “reacción”, y las repeticiones múltiples del verbo “hacer”–. La cita de Epícteto, filósofo griego de la tradición estoica, provee validez al programa propuesto en tanto presenta el discurso en que se inscribe no solo como doctrina religiosa y política, sino también como saber filosófico al que garantiza el pensamiento griego, valorado como *auctoritas* dentro de la racionalidad moderna propia de la sociedad burguesa. Al mismo tiempo, enunciando el privilegio de la acción por sobre la palabra, la cita resuena en el interdiscurso político de la etapa a una formulación ya dicha: “*Mejor que*

decir es hacer, mejor que prometer es realizar”, programática dentro del discurso peronista;²⁵ a la que evoca como efecto de memoria dentro de la polarizada discursividad social de los comienzos de la década de 1960.

De esta manera, *AyB* induce a la acción por la reconquista de la patria con el uso de un lenguaje que identifica no solo a los sectores del nacionalismo católico, sino también a aquellos interpelados, en una etapa histórica previa, por el discurso de Perón, garantes de su legitimidad como figura política. Sin pronunciar el nombre del líder, el periódico se apropia de su palabra con el fin de recobrar, en un futuro próximo, el espacio de poder necesario para tornar viable la instauración de su forma preferida de nación.

Frentes y alianzas del combate mediático

El corporativismo que, según el modelo de Estado de España de posguerra, *AyB* incorporaba dentro de su propuesta de construcción nacional, encontró en la sección “Azul y Blanco sindical” un lugar privilegiado para su difusión. Como hemos afirmado al comienzo, además, esa sección fue central para el acercamiento que *AyB* estableció con el peronismo.

En el número del 31 de mayo, “Azul y Blanco sindical” incluye una nota titulada: “Sesquicentenario sin clase obrera” en la cual, como portavoz de un reclamo de los trabajadores, el periódico comienza por denunciar la invalidez del Sesquicentenario oficial:

La Patria ha festejado sus 150 años de vida independiente con una gran ausencia: la del pueblo y sus clases trabajadoras. Reiteradas veces, AZUL Y BLANCO ha señalado la

²⁵ Se trata de uno de los eslóganes promotores de la figura de Perón en su primer gobierno. Para un análisis de este enunciado dentro del discurso de Perón, puede consultarse Sigal y Verón, 2003: 61.

responsabilidad de esta dramática situación en que se debate el país; un gobierno entreguista y antipopular, sordo e insensible a los auténticos intereses del país y de sus clases trabajadoras, se obstina cada día más, en ignorar que ya no merece la confianza de la Nación. Los festejos del sesquicentenario, que debieron ser una eclosión de alegría popular, se redujeron a costosas manifestaciones dedicadas al mundo diplomático y social. El pueblo siguió soportando mientras tanto el vía crucis de la entrega y la traición. La clase obrera reclamó a través de sus organizaciones, inútilmente, la libertad de sus presos y la atenuación del hambre y la miseria. Pero un hecho auspicioso y que nos congratula en destacar en este comentario se ha producido en la semana. El dolor de la clase trabajadora argentina ya no está solo; tiene, como no podía ser de otra forma, la comprensión de la Iglesia Católica, y la firme decisión de uno de sus más lúcidos pastores, el arzobispo de Córdoba monseñor Ramón J. Castellanos, de luchar por sus aspiraciones.

La nota muestra aquí el intento del periódico por integrar, dentro de su propuesta nacionalista, al conjunto de los trabajadores, al que apela particularmente en esta sección y caracteriza, en la época, no solo una pertenencia a una clase social, sino también una orientación política determinada, el peronismo. En ese sentido postula, por un lado, una equivalencia entre el *país*, la *nación*, el *pueblo* y las *clases trabajadoras* al configurarlos, en la serie de acciones y atributos que les asocia, dentro de un mismo campo semántico, como aquellos que *sufren*: “el país se debate en esta *dramática* situación”, “el pueblo *siguió soportando...*”, “la clase obrera *reclamó... inútilmente*”, “el *dolor* de la clase trabajadora argentina”. Con ello, el semanario activa una operación que, emergida años antes en el campo político argentino, dentro del discurso de Perón (cfr. Sigal y Verón, 2003: 51), exhibe la voluntad de construir una nación con el pueblo,

equiparado al colectivo de los trabajadores, como sujeto social fundante.

En lo que sigue de la nota, se refuerza la apelación a los trabajadores y su vinculación al peronismo, al operar el discurso un desplazamiento del campo semántico del *sufrimiento* al de la *resistencia*, universo de sentidos privilegiado dentro de la militancia sindical peronista:

Solo la salud moral de las masas trabajadoras, su arraigado sentimiento patriótico, su fe inmovible, les hace resistir a las fuerzas que los empujan despiadadamente hacia los agentes del internacionalismo. Es preciso vivir junto a los hombres del trabajo para comprender cuán poderosa es su fe, hasta dónde llega su fervor; cómo están seguros de que la patria será reconquistada; y de que un día no lejano, las FF.AA. y el pueblo cumplirán la gesta salvadora.

En este pasaje, *AyB* convierte la resistencia de los trabajadores, asociada al peronismo como orientación política, en nacional y católica, al inscribirla dentro de una enumeración que involucra una “moral”, un “sentimiento patriótico” y una “fe”. Al mismo tiempo promueve, para el cumplimiento del proyecto que pretende difundir, lo “preciso” de un lugar social: “junto a los hombres del trabajo”, con cuya legitimidad se identifica su voz periodística. El subtítulo de la nota: “La iglesia está al lado del sufrimiento de los obreros argentinos” y su enunciado final: “las FF.AA. y el pueblo” muestran cómo, en la propuesta sostenida por el periódico, son dos instituciones, la iglesia y las fuerzas armadas, las que ocupan ese lugar: a la vez yuxtapuestas y antepuestas al pueblo y los trabajadores, se colocan en el frente de un combate que, de esta forma puesto en palabras, convoca al pueblo peronista –entendido como fiel y soldado– a emprender la reconquista de la patria.

El periódico plantea, así, lo que considera una alternativa viable para la consecución del proyecto nacionalista católico

que representa su discurso: la incorporación de los trabajadores cercanos al peronismo dentro de su propuesta de nación, asociada a un estado corporativo en que los sindicatos, la iglesia y el ejército constituyen piezas fundamentales. En el Sesquicentenario, momento privilegiado no solo para los balances sino también para las miras al futuro, y dentro de un orden social que, al pensar el peronismo, enfatiza su carácter dicotómico, prepara en su discurso mediático combativo frentes y alianzas posibles para una lucha que, con más intensidad en los años que sigan, se desplazará desde la palabra como medio hacia un polo político o el otro, y hacia la práctica violenta.

Una nota final, o un medio para la nación católica

Hemos visto cómo, en el Sesquicentenario, *Azul y Blanco* narra un pasado y un presente para el país cuyos sentidos el momento disputa; como fundamentos de una configuración “propia”, nacionalista y católica que, intervenida por lo ideológicamente “otro” –el peronismo– intenta instaurarse en el orden social de la época. Así, en el caso de lo intrínsecamente heterogéneo –polisémico– de los discursos, tanto como de las pretensiones de uniformación y definición propias de los momentos de balance, y de radicalización de oposiciones, el periódico se escribió como medio, espacio de tensión, entre formas y espacios de lo social en los comienzos de la década de 1960: la palabra y la violencia, el nacionalismo y el peronismo, lo político, las fuerzas armadas, los sindicatos, la iglesia. Precisó un modo del decir que, clausurado en 1962, fue reabierto entre 1966 y 1967; y a partir de la década de 1970 se reformuló en la revista *Cabildo*. En su recorrido de esas décadas, el nacionalismo católico mediático exhibe, por una parte, sus dificultades para instalar su propuesta de país desde el lugar social que lo delimita, la prensa escrita. A la vez,

discurso en un medio, muestra su capacidad como portador de enunciados que, emitidos en privilegiados emplazamientos del poder –religioso, militar, sindical, político–, buscan difundirse y multiplicarse en ecos a través del entramado del discurso social.

Bibliografía de referencia

Altamirano, C. 2007. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé.

Anderson, B. 1996. *Comunidades imaginadas*. México, FCE.

Angenot, M. 1982. *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. París, Payot.

Arnoux, E. 2008. *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862)*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

Authiez-Revuz, J. 1980. “Paroles tenues a distance”, en Coinein *et al.*, *Materialités discursives*. Lille, Presse Universitaire de Lille.

Ballibar, E. 1988. “La forme Nation: histoire et idéologie”, en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Race, Nation, Classe: les identités ambiguës*. París, Editions La Decouverte.

Benveniste, E. 1966. “Les relations de temps dans le verbe français”, en *Problèmes de Linguistique Générale*, T. I. París, Gallimard, pp. 237-250.

Charadeau, P. y Maingueneau, D. (dirs.). 2005. *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires, Amorrortu.

Courtine, J.-J. 1981. “Analyse du discours politique”, en *Langages*, n° 62.

- Da Orden, M. L. y Melón Pirro, J. C. (comps.). 2007. *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943-1958*. Rosario, Prohistoria.
- Di Stéfano, R. y Zanatta, L. 2000. *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires, Mondadori.
- Foucault, M. [1977] 2000. *Arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Goebel, M. 2004. “La prensa peronista como medio de difusión del revisionismo histórico bajo la Revolución Libertadora”, en *Prohistoria* n° 8, pp. 251-266.
- Ladeuix, G. y Contreras, J. 2007. “Entre los generales y las masas. Un derrotero nacionalista durante la ‘Libertadora’, *Azul y Blanco (1956-1958)*”, en Da Orden, M. L. y Melón Pirro, J. C. (comps.). *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943-1958*. Rosario, Prohistoria, pp. 171-195.
- Maingueneau, D. 1984. *Géneses du discours*. Bruselas, Mardaga.
- . 1989. *Introducción a los métodos de análisis del discurso. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, Hachette.
- Melón Pirro, J. 2002. *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Navarro Gerassi, M. 1968. *Los Nacionalistas*. Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Pêcheux, M. [1969] 1978. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos.
- Sarlo, B. 2007. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires, Emecé.

- Sigal, S. 1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.
- Sigal, S. y Verón, E. 2003. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, EUdeBA.
- Potash, R. 1985. *El ejército y la política en la Argentina (II). 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Terán, O. 2007. “Cultura, intelectuales y política en los 60”, en Katzenstein, I. (ed.). *Escritos de vanguardia. Arte argentino de los años 60*, Buenos Aires, Fundación Espigas & Fundación Proa, pp. 270-283.
- Verón, E. 1987. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.
- . 1995. *Semiosis de lo ideológico y del poder*. Buenos Aires, UBA, SEUBE.
- Zuleta Álvarez, E. 1975. *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires, La Bastilla.

La única realidad es la realidad. La proyección de la historia en los monólogos de Tato Bores

Cristian Palacios

Nos gustaría partir de una intuición y de una inquietud. La intuición es que el discurso humorístico y, específicamente el dispositivo del humor político, constituye un campo privilegiado para el estudio de lo ideológico, dado que siendo su referente no un evento, sino la lectura que han realizado del mismo diarios, televisión y revistas, resulta más fácil distinguir en él las operaciones ideológicas que lo constituyen. Esto no quiere decir en absoluto que el humor sea más o menos “ideológico” que cualquier otro discurso.

La inquietud se relaciona con el enunciado que da título a este trabajo. Quiere aludir, humorísticamente, a una frase pronunciada por Perón, devenida en máxima peronista y consigna de batalla. El enunciado en cuestión (“la única verdad es la realidad”) es retomado en más de una oportunidad por quien fuera un referente ineludible del humor político en la Argentina, durante más de treinta años. Pero la inquietud no alude a la máxima peronista en sí, sino a otro enunciado repetido por Tato Bores, el cómico al que nos referimos, en sus monólogos, generalmente al comienzo. El personaje en cuestión –un representante de la clase media liberal, inquieto, algo ingenuo, por momentos extremadamente lúcido, que

tiene acceso privilegiado a todos aquellos lugares donde se juega, de un modo u otro, la política argentina— dice salir, una y otra vez “en busca de la realidad nacional”.

Esta búsqueda singular inaugura un efecto de memoria que alude tangencialmente a la frase de Perón, por un lado, pronunciada, recordemos, en relación a las críticas recibidas a su gestión; por otra parte, a la pretensión del discurso de los medios de tener por referente lo real. Pretensión cuyo mecanismo ideológico consiste, como todo mecanismo que lo es, en borrar las condiciones de producción de ese discurso, en hacer aparecer la noticia como lo inmediato real, lo verdadero (recordemos aquel otro enunciado mediático: “toda la verdad, y nada más que la verdad”). No sería extraño que un humorista retomara textualmente una consigna para hacerla aparecer, por virtud del contexto, como ridícula: es lo que Laurent Perrin ha llamado ironía por exageración.¹ La ironía por exageración es el procedimiento por excelencia del humor político, dado que toma la palabra del otro, generalmente el

1 Repasemos rápidamente estos conceptos: la ironía por contraverecencia expresa algo contrario a la opinión común y comunica algo que está de acuerdo con ella. Como cuando, en medio de una tormenta, expreso mi satisfacción por el buen tiempo. No comunica nada nuevo, se limita a afirmar lo que todo el mundo sabe: que el tiempo no es bueno. La ironía por exageración expresa algo comúnmente de acuerdo con la opinión común y comunica algo contrario a ella. A través de la exageración de los rasgos en los que todos están de acuerdo, este tipo de ironía expresa sus diferencias con este acuerdo. “En el primer tipo de ironía, el ironista finge contradecir una opinión para luego restituirla. En el segundo tipo, finge, al contrario del anterior, adherir a tal opinión pero para caricaturizarla, ridiculizarla y finalmente destruirla desde el interior.” (Perrín, 1993: 6). Este segundo tipo es de más difícil reconocimiento, dado que el auditorio podría malinterpretar las palabras del ironista y creer que apoya al blanco de su burla, si desconociera la intención irónica del discurso. Pero, en cambio, es más productiva y más fecunda en el nivel de lo que es comunicado. Así, en el siguiente titular del periódico *Barcelona*: “La pelea entre el gobierno y el campo ya tiene un triunfador: Ganó *Clarín*. Cómo se construyó la gran victoria del periodismo independiente. El pueblo argentino celebra porque sabe que seguirá bien informado.” costaría reconocer la ironía si no se encontrara en la tapa de un diario famoso por su humor corrosivo. “La gran victoria del periodismo independiente” son las casi textuales palabras del objeto de burla. El ironista siembra así la duda sobre el lugar común de que *Clarín* forma parte del “periodismo independiente” y sobre el hecho de que informa bien.

“político”, y casi sin desvirtuarla, la coloca en el campo del humor, tornándola objeto de burla.

Pero las cosas no son tan simples. Ya solo por el hecho de que el enunciado en cuestión no está tomado textualmente. No es como si Tato dijera: “salgo en busca de la verdad, y nada más que la verdad”, no hay esa clase de ironía aquí. Por lo que parece, el humorista no se mete con el estatuto de verdad que pretenden poseer los medios. Lo que el enunciador critica es justamente aquellas noticias que estos presentan, sin detenerse a cuestionar por qué, cómo y de qué forma las presentan.² En el siguiente fragmento de un monólogo de 1992: “Lo siento Tato, esta es la realidad, si le gusta bien y si no, vaya a quejarse a serrucho...” o en el siguiente del último monólogo del ciclo “Tato de América”, también 1992: “Ya aquí vale la pena que les diga algo: hace treinta años que yo hago esta morisqueta y hace treinta años que oigo que el país se hunde. ¡Pero lo más increíble es que es cierto! Hace treinta años que el país se hunde” lo que produce el efecto gracioso, lo que se presupone, el acuerdo ideológico común con el que el público debería acordar para poder reír o –en el más extremo de los casos– entristecerse con estos chistes, es que existe por un lado una “realidad nacional” tal y como el cómico la presenta y que, en una lectura diacrónica, esa realidad es siempre la misma: el país, indefectiblemente, se hunde.

A partir de estas consideraciones previas, podemos derivar varios puntos de interés para el presente trabajo. En primer lugar deberíamos detenernos a considerar brevemente

2 Algo que sucede frecuentemente en un periódico humorístico como *Barcelona* –ver nota anterior– o en el segmento “Hasta cuándo” del programa radial de Diego Capusotto y Pedro Saborido “Lucy en el cielo con Capusottos” que fuera emitido por la radio Rock & Pop los sábados y domingos de 2009, de 20 a 21 hs. En un claro ejemplo de ironía por exageración, el enunciador se burla de la veta tremendista de algunos programas de radio o televisión, tomando frases casi literales “este no es un país en serio”, “en un país en serio estas cosas no sucederían” y otras que exageran esos rasgos: “congelaciones de tipo comunista a todas las cuentas bancarias, congelamiento de sueldos, saqueos para el mediodía” anuncia Arnaldo Pérez Manija. Los tiempos, por supuesto, son otros.

el dispositivo del humor político, establecer, si es que existen, algunos rasgos genéricos específicos, preguntarnos si es posible comprender cómo se relaciona este con los presupuestos ideológicos puestos a circular por su referente inmediato (los medios masivos de comunicación). En segundo lugar, y de manera muy cercana al primero, ocuparnos, brevemente también, del problema de la ideología y lo ideológico. Justamente la cuestión de lo real, de lo verdadero, se ubica en el centro de las discusiones en torno a dicha problemática. En tercer lugar, preguntarnos qué narrativas, qué lugares de la memoria, qué tipos de subjetividades se expanden a partir de una determinada concepción de la historia que subyacería en los monólogos de Tato Bores. La historia para este tipo de discurso sería cíclica o inmóvil, condenando a “los políticos” a repetir los mismos errores, frente a lo cual, la *performance* del monólogo se presentaría como un ritual de purificación o catarsis frente a los inevitables desperfectos de la democracia.

Algunas consideraciones sobre el humor y lo cómico

Nuestra hipótesis de partida será que lo cómico y lo humorístico son sobre todo efectos discursivos.³ Su contraparte

3 Con ello queremos significar que lo cómico es sobre todo una manera de decir (o de dibujar, o de actuar). Aristóteles consideraba que lo risible, lo ridículo era parte de lo feo. Sostendremos en cambio que lo ridículo, lo feo, lo abyecto son más bien objetos discursivos de lo cómico. Es el discurso humorístico mismo lo que los coloca en el lugar de lo feo, ridículo y abyecto. Tomemos por ejemplo cualquier chiste racista. Por ejemplo “¿Cuánto tarda una X en sacar la basura? Nueve meses.” Substitúyase la X por “negra”, “blanca”, “mulata”, “judía”, “gitana” o cualquier grupo étnico al que se quiera atacar y encontraremos que lo “abyecto” ha sido creado por el chiste al asociar X con “basura” de una manera sorpresiva. Por otro lado, la virulencia de este chiste es tal, al atacar no al grupo étnico en sí mismo representado en el imaginario por individuos adultos de sexo masculino, sino al acto de maternidad, que parece burlarse del racismo mismo: muchos sujetos no-racistas reirán con este chiste (o mejor dicho, de este chiste) desmontando así el presupuesto “los X son basura” y poniendo así en cuestión los fundamentos mismos del racismo.

es la seriedad que no posee, como el humor, un género que le sea propio. Lo serio, lo solemne pueden surgir como construcciones discursivas pero solo en la medida en que niegan la posibilidad de lo cómico. “Lo serio” con respecto al humor político es el discurso político mismo, sin agregados, del mismo modo que una novela seria es una novela no-humorística (si es que existe algo así). Se dice que las personas que tienen sentido del humor no se toman la vida en serio, cuando quizás debería decirse lo contrario: las personas que se toman la vida en serio se niegan a ver lo que en ella hay de humorístico. El discurso político no puede esforzarse por ser “aún más discurso político” sino separándose de sí mismo, haciendo una parodia de lo que ya es. En esta torsión aparece la risa. Es una primera pista que puede ayudarnos a entender no tanto qué es sino cómo se manifiestan lo cómico y lo humorístico: como una torsión, como un distanciamiento del discurso sobre sí mismo.

El humor en el discurso es parte de un delicado equilibrio entre varios extremos. La risa acerca al auditorio al orador y lo distancia del objeto del que hace burla. Pero ese distanciamiento es peligroso pues al oponerse a la seriedad de la acusación, lo distancia de la acusación misma, lo cual es perjudicial para la finalidad del orador. De lo cual podría aventurarse que la argucia del humorista consiste no en dar rienda suelta al torrente de la risa, sino justamente en contener su violencia, controlando sus efectos, actuando como una suerte de “moderador”.

He aquí la clave que puede ayudarnos a comprender el dispositivo del humor político como un género que debe mediar entre varios extremos, incluyendo los de la risa y el llanto, la indignación o el sosiego. El humor, tal y como intentaremos demostrar, señala las contradicciones –nace en el seno de la contradicción misma– pero atenuando sus efectos, puesto que como regla principal tiene prohibido tomarse a sí mismo en serio. La posición del enunciador, aparente,

es falsa y eso es lo que le permite sobrevivir en las circunstancias más adversas, aun cuando por su condición se trate de un género predominantemente democrático.

Esta ventaja comporta una desventaja: la de ser políticamente neutro, dado que se compromete a restaurar el espacio que previamente ha destruido. Y aquí debemos diferenciarlo de otros géneros como el vituperio o la sátira que apuestan a la reacción del adversario. El humor no busca culpables, ni acusa de manera directa. O mejor dicho, no hay un solo culpable, todos son culpables en el absurdo que es el mundo. Lo que se dice (o se dibuja o se actúa) en el humor se afirma ya distanciado de aquello que se dice. De ahí que la más radical y profunda virtualidad humorística consista en volver risible al humor mismo por su impotencia ante el sufrimiento humano. En este sentido, el humor, a diferencia de lo cómico, establece con ese terreno ideológico común, una relación de crítica consciente y explícita.⁴

En algún sentido, el humorista político se parece un poco al analista del discurso, porque trabaja con la palabra de los otros (por lo general los políticos), ejerce una acción de escucha minuciosa “encarnizándose en descubrir lo que se esconde incesantemente en lo que se dice” para sacarla a la luz y mantiene una relación “ambigua con lo que aquí se me permitirá llamar la imbecilidad”⁵ es decir: el humorista

4 “Lo cómico parece popular, liberador, subversivo porque concede licencia para violar la regla. Pero la concede precisamente a quien tiene interiorizada esa regla hasta el punto de considerarla inviolable (...) En este sentido lo cómico no sería del todo liberador, ya que para poderse manifestar como liberación, requeriría (antes y después de su aparición) el triunfo de la observancia. (...) Lo cómico no tiene necesidad de reiterar la regla porque está seguro de que es conocida, aceptada e indiscutida y de que aún lo será más después de que la licencia cómica haya permitido —dentro de un determinado espacio y por máscara interpuesta— jugar a violarla. Mientras que en el humorismo la descripción de la regla debería aparecer como una instancia, aunque oculta, de la enunciación” (Eco, 1986: 375).

5 Michel Pêcheux en el “Prefacio” al “Análisis del discurso político (el discurso comunista dirigido a los cristianos)” (Courtine, 1981) dice: “Según el lugar que el análisis del discurso se atribuya (...) el que toma cada tanto la delantera es el fantasma de la objetividad minuciosa (que consiste literalmente en

parece no poder concebir a los profesionales de la política sino como imbéciles o como haciéndose los imbéciles frente a su propia palabra.⁶

Pero solo un poco. Porque allí donde el analista del discurso busca –según afirma Pêcheux– reponer aquello que en la circulación “natural” del sentido ha sido dicho y no escuchado,⁷ el humorista o el cómico van en busca justamente de lo que todo el mundo ha escuchado. El humor y lo cómico son solo posibles sobre un terreno firme y previamente establecido. El humorista habla solamente de cosas que el público reconoce: (“yo tengo que contarle a la gente lo que ya sabe” dice Mauricio Borensztein en Varela, 1992) inscribe sus enunciados en una memoria que comparte con su público, un terreno ideológico común. El chiste pierde su efecto en cuanto se lo explica. Se da entonces un “efecto de reconocimiento” que instaura una complicidad entre autor y lector. Este efecto de reconocimiento –que constituye uno de los aspectos esenciales de todo efecto ideológico (Verón, 2004: 106)– conlleva un doble resultado: el de *inclusión* del lector que pasa a formar parte del universo cultural del productor, y se hace así “complice”, y el de *exclusión* de quienes no posean el conocimiento previo necesario.

hacerse el imbécil, prohibiéndose pensar en el sentido bajo la textualidad) o el de la posición partidaria de base científica (que tiende a tratar a los profesionales de la política como imbéciles) que triunfan de tanto en tanto.”

- 6 “¿Garcas o boludos?” se titula el número de mayo de 2009 de la revista *Barcelona*. El humor político no puede concebir otra forma de relación entre los políticos y su propia palabra que la de la mentira o la candidez. Sorprendentemente, esta última es más habitual que la primera, por lo menos en los monólogos de Tato Bores. Más ambigua aun o más compleja es su relación con el público/electorado, por lo general tildado abiertamente de estúpido, pero no tanto como para desconocer en las palabras del cómico su propia estupidez.
- 7 “Intentar hacer análisis de discurso, ¿acaso no es presuponer una ausencia (una flaqueza, carencia o parálisis) que afectaría a la práctica ‘natural’ de la lectura y la escucha políticas a la que se pretende suplantarse con una prótesis teórico-técnica más o menos sofisticada.” (Courtine, *op. cit.*)

Ahora bien, aun en este segundo caso, para todo lector no familiarizado con el código, subsiste el “efecto de reconocimiento”. El lector o espectador de un chiste puede reponer un presupuesto ideológico que desconoce. Si lo cómico viola una regla implícita, para decirlo en palabras de Eco (ver nota 4), aún el lector o espectador no familiarizado con esa regla, puede recomponerla a partir del chiste mismo. Aceptar o entender, por ejemplo, que “hace treinta años que el país se hunde”.

Este último aspecto del dispositivo del humor político se relaciona con su dimensión ideológica, de la que pasaremos a ocuparnos a continuación.

Humor político e ideología (o todo lo que digas será usado en tu contra)

Nos adentramos en el terreno siempre sinuoso de la ideología: a partir de ahora, todo lo que se diga podrá ser usado en nuestra contra.

Bajo este término se agrupan fenómenos múltiples y diferentes y en ello radica la mayor parte de las dificultades con las que tropezamos cuando queremos abordarlo de manera crítica: “En las ciencias sociales, el principal problema que se plantea al tratar de utilizar las nociones de la teoría es que esas nociones tienen vida propia, por así decirlo, en el seno de la vida social” (Verón, 2004: 43).

En su uso más extendido, y más trivial, la ideología es entendida como un conjunto de creencias, valores y normas de conducta que nos vedan el acceso a una verdad pretérita. Bajo este aspecto, la teoría de la ideología sería la apuesta del materialismo histórico en el viejo problema filosófico del ser y el parecer. Y esa apuesta consiste, no tanto en constatar la existencia o no del engaño, como en postular las operaciones a través de las cuales los grupos de poder mantienen

el engaño vigente. Pero la creencia misma de que hay una “auténtica realidad”, ¿no es en sí ideológica? Decir que existe una verdad a la que se puede acceder, esté o no vedado ese acceso, ¿no constituye el mayor engaño de todos?

La idea de que la “realidad argentina” es cíclica, repetitiva o inmóvil, la idea de que “el presente se aplasta en el pasado”,⁸ de que los políticos están condenados no solo a fallar, cuando no actúan de manera deliberada, sino a cometer siempre los mismos errores, es claramente ideológica. Y, sin embargo, la posición contraria ¡también lo es! Si alguien replicara que los problemas del presente no tienen continuidad alguna con el pasado o que los políticos no siempre se equivocan, se nos escaparía una sonrisa y pensaríamos que quien habla o es muy ingenuo o está tramando algo. De lo cual cabe deducir, que digamos lo que digamos nos encontraremos en el terreno de la ideología o más brillantemente, que toda ideología se lee desde otra ideología.

Y eso es porque la ideología no tiene nada que ver con la representación errónea de la verdad. Un punto de vista político puede ser “verdadero” en cuanto a su contenido objetivo y sin embargo completamente ideológico. En palabras de Lacan: “aunque el loco diga la verdad, no por ello deja de estar loco”. Lo que importa es el modo en que este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación.⁹

8 Son palabras de Terán, quien en su crítica al revisionismo histórico dice: “El presente se aplasta en el pasado, 1933 es igual a 1825. Es decir, prácticamente no hay historia, porque falta la sustancia de la historia que es el tiempo: no es que la historia transcurra en el tiempo sino que la historia es tiempo.” (Terán, 2008: 234)

9 Por eso nos parece más correcto, siguiendo a Verón, dejar para la noción de ideología un empleo puramente descriptivo, y utilizar a nivel teórico el concepto de ideológico. “Ideológico es el nombre del sistema de relaciones entre un discurso y sus condiciones (sociales) de producción” (Verón, 2004: 44). No es un objeto sino una dimensión del análisis del funcionamiento social. Como tal, lo ideológico está en todas partes, que no es lo mismo que decir que todo es ideológico. El análisis ideológico es el estudio de las huellas que los mecanismos de base del funcionamiento social han dejado a nivel de la superficie

Estamos dentro del espacio ideológico en sentido estricto desde el momento en que este contenido –“verdadero” o “falso” (si es verdadero, mucho mejor para el efecto ideológico)– es funcional respecto de alguna relación de dominación social (“poder”, “explotación”) de un modo no transparente: la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva. (Zizêk, 1994).

No importa si es verdad o no que los políticos se equivocan una y otra vez, si el país efectivamente, se hunde o no se hunde, lo que importa es qué significa en este texto específico que de un determinado objeto discursivo, los políticos, se diga que son a la vez inútiles e indispensables en el juego de la democracia. O, por citar otro ejemplo, qué significa que el colectivo “argentinos” se “merezca” o no la historia que le ha tocado.¹⁰

Y es que aún nos hemos pasado por alto la relación entre el dispositivo del humor político y los presupuestos ideológicos puestos a circular por su referente inmediato, los medios masivos de comunicación. No resulta muy difícil concordar con Eco en que si el humor se diferencia de lo cómico es porque pone en entredicho la regla (ver nota 4) mientras que lo cómico viola la regla solo en apariencia, para luego restituirla con mayor fuerza. Pero deberíamos reconocer también que cuando el humor cuestiona la ideología lo hace, siempre, desde otra ideología. Y eso es porque, como todo discurso, no tiene una relación previamente establecida con el lugar común. Si ataca un presupuesto ideológico, ridiculi-

textual: “En la medida en que el interés se concentre en los discursos sociales que se dan en el centro de las sociedades capitalistas industriales, esos mecanismos corresponden esencialmente al modo de producción, a la estructuración social (estructura y lucha de clases) y al orden de lo político (estructura y funcionamiento del estado).” (Verón, 2004: 46)

10 Al final del famoso Monólogo 2000 (1990) dice Tato: “(...) si pudiéramos la máquina de cortar boludos dentro de la máquina del túnel del tiempo y se pusiera a cortar boludos históricos con retroactividad otra hubiera sido la historieta. *Historieta que como país no creo que nos merezcamos... esto lo dice mi libretista Santiago Varela yo... no estoy tan seguro... un cacho de culpa tenemos también...*” La cursiva es nuestra.

zándolo es porque pone un funcionamiento algún otro. En este sentido, podemos ya liberarnos de esa concepción un poco romántica según la cual el humor pone en entredicho la cultura. Si la regla se pone en cuestión es porque existe otra regla que la convalida.

Cuando Tato sale a buscar la “realidad nacional” construye, más que destruye, determinadas ideas de “nación”, “patria”, “justicia” y de “lo político” sobre las que descansa todo su entramado discursivo. Ahora bien, esta búsqueda de “lo real” se da en un momento determinado de la historia televisiva, el de la pérdida del mundo como referente, y en un momento determinado de la historia nacional, el de la consolidación de la democracia liberal, junto con la actualización del papel cada vez más determinante de los medios en las decisiones políticas.

La única realidad es la realidad. Tres momentos en el programa de Tato Bores

A lo largo de sus treinta años, el programa de Tato Bores atraviesa distintas circunstancias sociohistóricas, técnicas y tecnológicas que van configurando su discurso. A efectos del análisis podemos dividir su historia en tres etapas. En una primera etapa (1960-1974), el programa se encuentra signado por la presencia fuerte del fenómeno peronista, acuciado por los fantasmas de la violencia institucionalizada y de los poderes militar y económico. En este período la televisión comienza a consolidarse como género de comunicación de masas por excelencia, reemplazando poco a poco a la radio en esa función. Es la era de la paleo-televisión.¹¹ La televisión

11 La discusión paleo/neotelevisión fue introducida por Umberto Eco en 1983 como una primera toma de conciencia de que el medio comenzaba a tener una “historia”. “En la primera etapa (que Umberto llamó la paleo-televisión), el contexto socio-institucional extratelevisivo proporciona el interpretante fundamental: la televisión es una ‘ventana abierta al mundo’. En la segunda etapa (la neotelevisión de

es una “ventana” que oculta el artificio (cámaras, micrófonos) y acerca el mundo a los hogares.

Sin embargo, desde el comienzo, “Tato siempre en domingo” sucedía en un estudio televisivo al que el cómico llegaba para decir su monólogo y marcharse poco después por la puerta del canal. El momento político en cuestión era el de una interdicción central, la del peronismo, que implicaba la prohibición de pronunciar el nombre del líder en el exilio. El estudio era entonces el marco que permitía decir-lo-que-no-se-dice, en una suerte de terapia inversa en la que el que hablaba sin parar era el analista.

Se trataba de un tipo de *performance*¹² más teatral que televisiva, que escapaba a la lógica de la “ventana al mundo” para hacer explícito su carácter repetitivo (incluso desde el título “Siempre en domingo”), como una suerte de ritual de saneamiento de los males que afectaban a la sociedad. Este era el lugar desde donde el enunciador se legitimaba a sí mismo: el de un sujeto que hablaba a una velocidad alucinante de cosas que no todo el mundo podía decir.

La televisión convivía con la censura, incluso en períodos democráticos. Pero esta censura era funcional al modelo de humor político del Tato de los años sesenta y setenta. No era una censura absoluta: cuando el poder así lo requería, el cómico directamente no salía al aire (como en 1974-1978); sino una palabra tamizada, una palabra que se legitimaba a

Umberto) la propia televisión como institución se transforma en el interpretante dominante (Verón, 2007).” En una tercera etapa de esta historia, caracterizada por Eliseo Verón como la última, la televisión se ocuparía del destinatario. No nos proponemos discutir aquí las limitaciones de este modelo, dado que algunas de sus restricciones salen a la luz en el mismo análisis: aun en la época de la paleo-televisión Tato exhibía el dispositivo.

12 La performance incluye pero no se limita a lo que convencionalmente llamamos “drama”, “teatro”, “actuación” o “representación”: “la performance es un tipo de conducta comunicativa que forma parte de, o es contigua con ceremonias rituales más formales, reuniones públicas y otros varios medios de intercambiar información” (Schechner, 2000). Por otra parte, cabe recordar que el monólogo era un género teatral.

sí misma y que encontraba sus procedimientos en el esfuerzo incesante por escapar al silencio. Un coqueteo constante con lo prohibido.

Con el regreso a la democracia en 1983 se produce un cambio radical en las condiciones de producción de los medios masivos de comunicación. Progresivamente los mecanismos de interdicción irán dejando paso a otro tipo de relaciones políticas, la gran ilusión democrática es la de que es posible decirlo casi todo. ¿Cuál será entonces, ahora, el papel del cómico?

El segundo período comienza en rigor en 1988 –a pesar de que Tato había regresado a la televisión ya en 1979– y se extiende hasta 1993. Con el retorno a la democracia se produce un fenómeno que había transformado los sistemas políticos de los países centrales a lo largo de los años sesenta y setenta: la mediatización de los procesos políticos con el centro puesto en la televisión como soporte del discurso y la emergencia de las encuestas de opinión y el *marketing* como factores determinantes de las decisiones estratégicas.¹³

El gran tema de este segundo período será la corrupción, en tanto fenómeno específico de la democracia (encarnado en la figura de Roberto Carnaghi, el corrupto). El programa comienza a incorporar tecnologías de vanguardia y nuevas formas de narratividad televisiva, entre ellas las presentaciones –algo inédito hasta entonces– que tenían como elemento común la apelación a la historia, el recurso de la nostalgia (la melancólica voz de Louis Armstrong cantando “What a wonderful world”) y la utilización de imágenes emblemáticas de la historia pasada y presente.

13 Verón, 2003: 7-11: “El retorno a la democracia en 1983 fue pues al mismo tiempo una irrupción de la lógica de la comunicación política mediatizada, y produjo una suerte de “puesta al día” de la Argentina a este respecto, de una manera a la vez brutal y apresurada que tal vez explique algunas características posteriores del funcionamiento de los medios en nuestro país.”

La televisión no solo adquiere relevancia en la vida política argentina, sino que es consciente de su nuevo poder y los políticos no solo orientan sus apariciones públicas con la mirada puesta en el medio televisivo sino que muchas de sus *performances* específicas no habrían existido sin este. Comienza a darse un fenómeno más que interesante. Lo que constituía una fantasía propia del personaje –el acceso privilegiado a los circuitos políticos, la charla telefónica con el presidente de turno– se torna realidad cuando esos políticos y esos presidentes intervienen en cuerpo presente en el programa, con diálogos guionados. Lo político se hace ficticio y la ficción se hace política.

Por eso cuando durante el primer monólogo del ciclo 1988, comparando la situación actual con la de 1985 –momento en que había dejado las cámaras– Tato exclama:

(...) no los puedo dejar solos un minuto... Es evidente que las cosas en el país no pueden andar bien manejadas solamente por dos personas: el presidente Alfonsín y Bernardo Neudstadt. Hacen falta por lo menos tres. Ya aquí estoy. (1988)

La función del cómico ha cambiado rotundamente.

(...) ya estoy aquí de nuevo. He vuelto y prometo no dejarlos solos. Prometo ayudarlos y hacer lo posible para que no nos sigamos comiendo los unos a los otros (...) (1991)

El enunciador se presenta como alguien necesario para la salvaguarda de las instituciones y el humor aparece como el paliativo de una democracia “saludable”. La figura del cómico no es ya más la del bufón que busca burlarse del poder a la sombra del rey (en el sentido esquivo del verbo “burlar”), la del que dice lo-que-no-se-dice, sino más bien la del educador, que a la manera medieval busca “enseñar divirtiendo” (“a ver si aprendemos algo”, “Monólogo 2000”) y denunciar desde el consenso.

En este sentido, una pequeña divergencia entre la versión editada del famoso “Monólogo 2000”) –en el que Tato resume desde su visión particular los últimos treinta años de la historia argentina– y lo que el cómico dice frente a las cámaras puede darnos una pista. Leemos en el libro:

Al peso de los años 60 le sacaron nueve ceros, por lo que un austral viene a ser 1.000 millones de pesos moneda nacional. Es más, teniendo en cuenta que el dólar estaba a 83 mangos, ¡resulta que un austral equivaldría a 12 millones de dólares! Esto no es un chiste, es *una tragedia*. [el subrayado es nuestro]

Mientras que frente a las cámaras Tato dice:

(...) lo cual parece un chiste si no fuera *una joda grande como una casa*.

¿Por qué la diferencia? Lo trágico y lo humorístico se tocan, ambos constituyen violaciones a una regla social, moral o cultural, pero en lo trágico, no solo la regla es explicitada, esto dice Eco, sino que también lo trágico, *sucede una sola vez*. En lo cómico, la violación a la regla puede repetirse pero además, muchas veces, en esta repetición de una desgracia se encuentra lo cómico mismo. Y es en este repetir incesante de las desgracias de la historia, de los errores de los políticos, que el discurso del humor político encuentra su fundamento. Chistes “más viejos que el dulce de leche” son aplicables al tiempo presente, porque, según palabras de Cipe Lincovsky: “Cualquier monólogo de cualquier año que uno tome tiene una actualidad impresionante. Todo lo que decía del sindicalismo, del gobierno, sigue más vigente que nunca; siempre estamos igual.”¹⁴

14 En “Homenaje a Tato Bores: diez años de su muerte”. *Página/12* y *Clarín*: www.pagina12.com.ar y www.clarin.com.ar

Las cosas que pasan son siempre las mismas, lo que transforma al momento de emisión de cada programa en una suerte de ritual de purificación. La presencia del tiempo histórico en cada monólogo está marcada por un pasado que determina el tiempo presente y un presente agobiado por el pasado que debe ser proyectado hacia un incierto futuro al que se acude permanentemente.

(...) yo todavía tengo confianza, tengo confianza, por eso le digo a los políticos y a los funcionarios –no a todos los políticos ni a todos los funcionarios porque hay que preservar las instituciones– algunos políticos y algunos funcionarios que están ahí viéndome, ¡si siguen haciendo las cosas que están haciendo yo voy a tratar de estar acá todo el tiempo posible para seguir jodiendo! Y para cuidarlos también (...) (“Monólogo 2000”, 1990).

El humor en los monólogos de Tato Bores, a lo largo de sus treinta y seis años de permanencia en la televisión, tiene una notable fuerza cohesiva, construye un “nosotros” (“Íbamos a ganar los justicialistas y estamos ganando los radicales”) del que el humorista escapa intermitentemente (“no los puedo dejar solos un minuto”) para denunciar lo que en ese cuerpo unitario escapa a una lógica de buen funcionamiento.

La lectura que el programa propone –y que el público parece aceptar– pretendería que esto es así porque la “realidad nacional” no cambia nunca. Pero esta inmovilidad de los acontecimientos es construida por el discurso mismo. El humor actúa como el catalizador de un accionar político condenado a equivocarse y el humorista es quien debe subsanar los errores de la política, utilizando la risa como medio terapéutico.

De este modo, el humor político configura una muy particular lectura de la historia que sería no específica del campo del humor sino más bien la que propondrían los medios televisivos en general (programas políticos,

noticieros informativos, revistas de actualidad); y una muy particular lectura de la democracia, que podríamos denominar “clásica” en el sentido greco-romano del término, donde el ironista llegaría a ser el tábano socrático que mantiene despiertos a los ciudadanos (pero, podríamos agregar, en un estado de somnolencia constante), para educarlos, en una “realidad nacional” que se presenta esquiva, incomprensible, pero determinante.

Lo que faltaba

Finalmente existe un tercer momento, póstumo, constituido por un único ciclo homenaje de cuatro programas que no se limita a ser una antología. Con el significativo nombre de “La Argentina de Tato”, aquel personaje que fuera testigo privilegiado de la historia pasa a ser el centro desde el cual la historia se visita y se reformula. El programa retoma un *sketch* de 1992 –famoso por haber sido objeto de censura previa¹⁵ en el que un arqueólogo del futuro, un tal Helmut Strasse,

15 Episodio que puede ser leído hoy como una pulseada entre el poder político tradicional y un nuevo poder en ascenso. En la etapa anterior a 1988 los episodios de censura –como hemos comentado– se encontraban institucionalizados. Incluso luego del retorno a la democracia: “A mediados del ‘87 intenté hacer mi aporte patriótico pero impedimentos técnicos tales como pretender salir en mitad de la campaña electoral me lo impidieron. Perder, perdieron lo mismo, pero eso es otra historia.” Pero en el ‘92 la prohibición de emitir un corte donde se nombra a la jueza Servini de Cubría se pone en evidencia a través de una banda negra y se lanza al campo de batalla de la opinión pública. No será el primero ni tampoco el último de una serie de episodios de censura a figuras públicas por parte del poder político, que se exhiben casi como trofeos por parte de los personajes censurados. El corolario es, como se sabe, un aumento de la publicidad del personaje y/o músico y/o periodista censurado que se traduce en mayor rating, venta de discos y ascensos en la escalera de la fama. En el caso de Tato, el capítulo se cierra con la presencia de una multitud de artistas y personajes públicos de lo más diversos, la entera comunidad televisiva, en la que no hay políticos, pero sí periodistas de extracción política conocida, Bernardo Neustadt por ejemplo, y en la que no habría sido tan sorprendente –dados los derroteros de absurdo que llegó a tener la TV “seria” años más tarde– encontrar a la misma jueza Servini de Cubría apoyando a Tato contra la censura por ella misma dispuesta.

visita las ruinas de lo que fuera la Argentina, un país legendario desaparecido en el océano. Lo que antes había sido una parodia de documental –con la voz del locutor de “La aventura del hombre” dominando la escena– se vuelve en “La Argentina de Tato” una suerte de ficción especulativa, desde un hipotético futuro en el cual brillantes académicos con códigos de barras en la piel disertan sobre la Argentina desaparecida. Estos académicos son interpretados por actores y personalidades famosos, vinculados en su mayor parte a la historia de la televisión argentina.¹⁶ Y eso es porque el enunciador ya no es el cómico, Tato Bores, sino la comunidad televisiva de la segunda fase de la TV (de los años ochenta y principios de los noventa) que se rinde homenaje a sí misma en vías del surgimiento de un nuevo modelo de televisión, centrado en el receptor, que se corresponde con una lógica más eventual que programática y con valores, preceptos y modelos ideológicos muy diferentes.¹⁷

En efecto, el último programa de Tato, “Good Show”, fue, desde todo punto de vista, un fracaso. Entre otras cosas, había sido corrido de su horario habitual –los domingos a la noche– por el programa de otro personaje que llegaría a ser un ícono de la televisión a partir de los años noventa y durante la primera década del nuevo siglo: Marcelo Tinelli.

16 Participan de “La Argentina de Tato”: Leonardo Sbaraglia, Marcos Mundstock, Adrián Suar, Arnaldo André, Soledad Silveyra, Alfredo Casero, Magdalena Ruiz Guiñazú, Daniel Rabinovich, Luis Garibotti, José Sacristán, Ante Garmaz, Catherine Fulop, Julián Weich, Héctor Larrea, Juan Carlos Mesa, Roberto Carnaghi, Gerardo Romano, Monica Cahen d’Anvers, Antonio Gasalla, Nelson Castro, Moria Casán, Georgina Barbarrosa, Jorge Marrale, Graciela Borges, Víctor Hugo Morales, Nito Artaza, Juan Leyrado, Graciela Alfano, Carlos Percivalle, Norman Erlich, Cecilia Dopazo y Julián Borensztein (nieta de Tato).

17 “En lo que yo considero una tercera (y última) etapa, una configuración de colectivos definidos como exteriores a la institución televisión y atribuidos al mundo individual, no mediatizado, del destinatario, opera como interpretante básico (...). el tiempo histórico de esos cincuenta años de televisión tiene una lógica interna que culmina, me parece, en la muerte de la televisión que conocimos. La ‘pantalla chica’ no es solo cada vez más grande, sino que además deja de ser un espacio faneroscópico, como diría Peirce, para transformarse en una superficie operatoria multimediática controlada por el receptor” (Verón, 2007).

Tato iba en busca de “lo real”, pero “lo real” había quedado fuera del horizonte de su mirada, la “ventana al mundo” no se abría más que a su propio interior.

La Argentina de Tato es un recorrido, apelando a la nostalgia, por los presupuestos, valores, normas y preceptos ideológicos y, sobre todo, por los lugares de memoria de una televisión en vías de desaparecer. La Argentina de Tato es, desde este punto de vista, un verdadero “manual” discursivo de la televisión argentina de los años noventa.

Bibliografía de referencia

Angenot, M. 1982. *La parole pamphletaire. Typologie des discours modernes*. París, Payot.

Arnoux, E. 2006. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

Courtine, J.-J. 1981. “Análisis del discurso político (el discurso comunista dirigido a los cristianos)”, en *Langages*, Saint-Pierre, M. del C. (trad.).

Eco, U. 1986. *La estrategia de la ilusión*. Barcelona, Lumen.

Maingueneau, D. 1984. *Génesis du discours*. Bruselas, Mardaga.

———. 2003. “¿‘Situación de enunciación’ o ‘situación de comunicación’?”, en *Revista Discurso.org* 5.

Pêcheux, M. 1978. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos.

Schechner, R. 2000. *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires, Libros del Rojas.

Sigal, S. y Verón, E. 2003. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, EUdeBA.

- Terán, O. 2008. *Historia de las ideas en Argentina (1810-1980)*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Van Dijk, T. 2000. *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa.
- . 2007. “La TV, ese fenómeno ‘masivo’ que conocimos está condenada a desaparecer”, en *Mediamerica. Semiotica e analisi dei media a América Latina*, Turín, Cartman Edizioni.
- Varela, S. 1992. *Good show. Monólogos de Tato Bores*. Buenos Aires, De la flor.
- Verón, E. 2004. *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires, Gedisa.
- Zizêk, S. 1994. *The Matrix, or, the two sides of Perversion* [Consulta: 21 de setiembre de 2009] <http://www.egs.edu/faculty/zizek/zizek-the-matrix-or-two-sides-of-perversion.html>

Estudios sobre humor

- Bajtín, M. 1991. “Rabelais y Gogol. El arte de la palabra y la cultura popular de la risa”, en *Teoría y Estética de la novela*. Madrid, Taurus.
- . 1990. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Rabelais*. Madrid, Alianza.
- Bergson, H. 1991. *La risa. Ensayo sobre el significado de lo cómico*. Buenos Aires, Losada.
- Eco, U. 1990. “Los marcos de la ‘libertad’ cómica”, en *¡Carnaval!* México, FCE.
- Escarpit, R. 1962. *El humor*. Buenos Aires, EUdeBA.

- Freud, S. 1970. *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Buenos Aires, Santiago Rueda Editor.
- . 1979. “El humor”, en *Obras completas*, Tomo XXI. Buenos Aires, Amorrortu.
- Lacan, J. 1988. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Perrin, L. 1993. “Opinión y lugar común en la ironía” en Plantin, C. (ed.). *Lieux communs, topoi, stéréotypes, clichés*. Paris, Kimé. Bermúdez, N. (trad.) para la cátedra de Lingüística Interdisciplinaria de la Universidad de Buenos Aires.
- Pirandello, L. 1994. *El humorismo*. Buenos Aires, Leviatán.
- Olbrechts-Tyteca, L. 1974. *Le comique du discours*. Bruselas, Editions de l’ULB.
- Pollock, J. 2003. *¿Qué es el humor?* Buenos Aires, Paidós.
- Steimberg, O. 2000. “La narración gana la partida”, en Jitrik, N. (ed.). *Historia de la literatura argentina*, vol. 11, Buenos Aires, Emecé.
- . 1977. *Leyendo historietas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

**Los tiempos del Bicentenario:
la cuestión de la memoria y la conmemoración**

Discurso intelectual y Bicentenario: memorias y utopías

Graciana Vázquez Villanueva

Lo peor ya sucedió.
S. Beckett

La demanda de memoria

Rememoración se filia etimológicamente con una acción = la tarea de traer memoria. En la tradición galaico-portuguesa rememorar designa, además, el ejercicio de despertar o iluminar, concebido como una manera de hacer presentes a alguien o a algo que estaba en el olvido. Conmemoración, en cambio, sugiere una actividad de memoria vinculada a las ceremonias del orden institucional, el rito, el laude, las celebraciones religiosas. Este tiempo de Bicentenarios desliza los discursos entre estos dos actos de una manera que no deja lugar a resquicios. Si bien desde los inicios de la democracia en la Argentina, el discurso social se organizó en torno de la memoria de la historia reciente al cumplir el recorrido que, como sostiene Huyssen, dio forma a “uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años, el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y la política de las culturas occidentales, un giro hacia el pasado que contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característico de la primeras décadas de la modernidad del siglo XX” (2000: 1),

un campo específico de esta discursividad –el discurso intelectual– ha venido bosquejando un trabajo insistente, plural, en ocasiones perturbador sobre los múltiples aspectos de la historia de los años sesenta y setenta.¹ La palabra intelectual, a su modo, asocia la acción de despertar con la faena de una escritura en busca, tal vez, de ordenar una demanda de memoria que se propone reflexionar y maniatar problemas: el momento en que la muerte se transforma en una banalidad cotidiana (Sigal y Verón, 1986), la revolución como pasado (Casullo, 2007), el peronismo como historia de una obstinación (Feinmann, 2008), la memoria de los muertos y la responsabilidad ética frente a la tragedia (del Barco, 2005),

1 Discurso testimonial: Bonasso, M. 1984. *Recuerdos de la muerte*. Buenos Aires, Planeta; 1997. *El presidente que no fue*. Buenos Aires, Planeta; 2001. *Diario de un clandestino. Los archivos ocultos del peronismo*. Buenos Aires, Planeta. Bondone, J. L. 1985. *Con mis hijos en las cárceles del "Proceso"*. Buenos Aires, Anteo. Cerruti, G. 1997. *Herederos del silencio*. Buenos Aires, Planeta. Chaves G. y Lewinger, J. O. 1998. *Los del 73. Memoria Montonera*. La Plata, Ediciones de la Campana. Falcone, J. 2001. *Memoria de guerra larga*. La Plata, Ediciones de La Campana. Garaño, S. y Pertot, W. 2002. *La otra Juventud. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires: 1971-1986*. Buenos Aires, Biblos. Hagelin, R. 1984. *Mi hija Dagmar. Una víctima del terrorismo de estado que conmocionó a la comunidad internacional*. Buenos Aires, Sudamericana/Planeta. Jauretche, E. 1997. *Violencia y política en los '70. No dejés que te la cuenten*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional. Mattini, L. 1996. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. La Plata, Ediciones de la Campana. Zuker, C. 2003. *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires, Sudamericana.

Discurso literario: Caparrós, M. 1986. *No velas a tus muertos*. Rosario, Ada Korn. Fingueret, M. 1989. *Hija del silencio*. Buenos Aires, Planeta. Fresán, R. 1991. *Historia argentina*. Buenos Aires, Planeta. Gelman, J. 1988. *Interrupciones II*. Buenos Aires, Tierra Firme. Perlongher, N. 1989. *Alambres*. Buenos Aires, Último Reino. Piglia, R. 1980. *Respiración artificial*. Buenos Aires, Sudamericana. Saccomano, G. 1991. *Bajo bandera*. Buenos Aires, Planeta. Saer, J. J. 1980. *Nadie, nada, nunca*. Buenos Aires, Siglo XXI; 1985. *Glosa*. Buenos Aires, Seix Barral. Soriano, O. 1980. *Cuarteles de invierno*. Barcelona, Bruguera; 1978. *No habrá más penas ni olvido*. Barcelona, Bruguera.

Cine documental y de ficción: Aliberti, E. Malajunta. Bechis, M. *Garage Olimpo*. Blaustein, D. *Cazadores de utopías*. Editorial Perfil. "El juicio que cambió al país": 1. *La ESMA*, 2. *Los hijos de las sombras*, 3. *Las antesalas de la nada*, 4. *Los campos de la muerte*, 5. *Botín de guerra*, 6. *¿El final?* Carri, A. *Los rubios*. Di Tella, A., *Montoneros. Una historia*. Gleyzer, R., *Ni olvido ni perdón 1972: la masacre de Trelew*. Martínez, V., *Por esos ojos*. Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), *Tierra de Avellaneda*. Memoria Abierta, *Veinticinco años después*. Maquart, A., *Yo, Sor Alice*. Muñoz, S., *Las Madres de Plaza de Mayo*. Osores, P., Testa, R. y Wainszelbaum, N., *Flores de septiembre*. Cuatro Cabezas, H.I.I.O.S. Roqué, M. I., *Papá Iván*.

la historización de la violencia (Romero, 2003), la represión estatal (Calveiro, 2005), la interrogación sobre la guerrilla, particularmente, la montonera (Vezzetti).²

La dominancia discursiva de estos objetos, ideas o problemas en el discurso intelectual es lo que deseamos indagar, a partir de una serie de postulados metodológicos provenientes de dos teorías –la historia de los conceptos y el análisis del discurso–, en la medida en que consideramos que su interrelación propone claves de lectura válidas para la interpretación de esta palabra escrita en momentos de fuerte incertidumbre y avasallantes desigualdades. Por una parte, en el marco de la historia de los conceptos, se ha planteado la finalidad no solo de analizar la formación y la evolución de las racionalidades políticas sino, fundamentalmente, de comprender los sistemas de representación que delimitan el modo como una época, un país o un grupo social orientan su acción e imaginan su porvenir (Rosanvallon, 2002: 128). Dentro de esta perspectiva, creemos que el discurso intelectual, en la pluralidad de sujetos y problemáticas focalizados, hace de una serie de conceptos políticos –“memoria”, “revolución”, “violencia”– los ejes a partir de los cuales evoca e intenta recomponer el sistema de representación que rigió en aquellos años. Por otra parte, el análisis del discurso, a través de dos herramientas –memoria o tradición discursiva y dispositivo enunciativo–, brinda estrategias para vislumbrar la articulación entre lenguaje y política. La memoria discursiva detecta en los discursos la

2 Los libros publicados en los últimos cinco años: Calveiro, P. (2005), Lanusse, L. (2005), Terán, O. (2004), Yankelevich, P. (comp.) (2004), Jankelevich, P. y Jensen, S. (2007). La polémica intelectual que emergió en torno de las muertes silenciadas por la guerrilla a raíz de la publicación de la carta de Oscar del Barco y del testimonio de Héctor Juvé en la revista *La intemperie* en 2004. Queremos destacar el inicio de la reflexión y el debate sobre la violencia guerrillera y las responsabilidades de la militancia revolucionaria desarrollado durante el exilio en México cuando la revista *Controversia* publicó, en 1979, artículos de Héctor Schmucler, Sergio Caletti y Sergio Bufano sobre los fundamentos que era aconsejable considerar para orientar una política de derechos humanos.

continuidad en la construcción de objetos (de saber, de discurso) que, en la duración que corresponde a ciertas etapas históricas, conforman los sentidos fundadores de una sociedad. Esta noción pone en acción la disposición de un específico *archeion* concebido como el lugar de los saberes, de las fuentes, de la autoridad que, relacionado estrechamente con el trabajo de fundación en y por el discurso, se presenta como un espacio identificado con un cuerpo de enunciados consagrados y se configura como la elaboración de una *memoria social* (Maingueneau y Cossutta, 1995). Dentro de esta perspectiva, pensamos que el discurso intelectual argentino propone una relectura de particulares tradiciones o memorias discursivas con las cuales dar cuenta de la lucha teórica y política de los años setenta. La segunda herramienta, el dispositivo enunciativo, es aquello que hace posible que una noción, un enunciado, se efectúe para conformar una matriz de relaciones a partir de lo efectivamente dicho. Simplemente, se trata de la oportunidad de un enunciado de aparecer y de adaptarse a una modalidad, a partir de una enunciación concreta, de un modo de decir inscripto en un contexto específico (Verón, 2004).

De esta forma, la historia de los conceptos y el análisis del discurso se articulan en una práctica discursiva cuyo quehacer es pensar una sociedad signada por la violencia política y, tal vez, hallar respuestas, enmarcada en el deslizamiento que se traslada a través de los tiempos de los Centenarios a los Bicentenarios. Esta es su posibilidad, en tanto que, al resquebrajarse la escritura histórica que modela una nación en función de héroes y acontecimientos fundadores, hegemónica en la Argentina en 1910, el discurso intelectual del Bicentenario debe ubicarse en una puesta en memoria con la cual dotar de sentidos a una nueva historicidad. Un movimiento de recuperación de luchas políticas que implica, a su modo, también la restitución de luchas teóricas, en el pasaje de una historia nacional a una memoria plural y, con ello, la

voluntad de construir, como dijo Halbwachs, una memoria social como pasado compartido.³

Las condiciones de posibilidad del discurso intelectual

Tarea del intelectual en gran parte: escribir sintiendo, fantaseando que la historia ha sido atravesada realmente por una maldición concreta a despejar. N. Casullo 2007: 333

Leemos: “la demanda de memoria ha coincidido con tiempos de incertidumbre, con creencias fracturadas, con el derrumbe de las utopías” (Vezzetti, 2009: 13). “Se precisa recuperar esta escena del conflicto, hoy quizá más que nunca, si por intelectual se reconoce aquella función de una conciencia crítica deslindada de las discursividades del poder político y cultural (Casullo, 2007: 333). “La llamada ‘historia argentina’ está tramada para cantar loas a los sectores sociales que hicieron la patria (o la *casa*) y a desdeñar a quienes quisieron hacerla de otra manera, fueron derrotados o exterminados, pero obstinadamente volvieron al ataque bajo nuevas caras, nuevos ropajes, nuevas ideas. La *casa* nunca estuvo segura” (Feinmann, 2009, N° 74: II). “No sé si es posible construir una nueva sociedad, pero sé que no es posible construirla sobre el crimen y los campos de exterminio. Por eso las ‘revoluciones’ fracasaron y al ideal de una sociedad libre lo ahogaron en sangre” (del Barco, 2005). “El factor que impidió que el movimiento peronista se convirtiera en un movimiento totalitario fue, precisamente, el que lo precipitó en la violencia (...) En la lucha por la apropiación del líder,

3 Se ha afirmado que el retorno de la memoria está relacionado con el proceso de globalización en la medida en que incertidumbre y globalización parecen operar en sinonimia (González Ochoa, 2006). Por otra parte, se ha señalado el interés académico por la recuperación de pasados traumáticos (Jelin y Langland, 2003).

que se negaba a decidir, quedó abierta una sola alternativa, la que firmaba todos los comunicados de Montoneros: ‘Perón o Muerte’. Al negarse a pertenecer a unos antes que a otros, Perón de hecho eligió, en nombre de todos, el segundo término de la alternativa” (Sigal y Verón, 2003: 255).

Estas lecturas abren un carácter explicativo al centrar el objeto de lo político, pero, además, despliegan la preocupación por incorporar el conjunto de aquellos elementos que conforman ese objeto (discursos, acontecimientos, luchas). Entre todos ellos, la memoria se reúne con el duelo, la muerte, la rememoración y la responsabilidad ética: el despertar de la conciencia hacia los mártires. Una búsqueda de verdad = La memoria turbada por una revolución perdida. Y, en consecuencia, como límite a toda solidaridad, la controversia por la reconstrucción de identidades colectivas a partir de un episodio inexorable, fatal. El *archeion* discurre: testimonios e historias de vida en la literatura, en el cine,⁴ periodización de la violencia por décadas y acontecimientos, genealogías de las luchas y delimitación de los tipos de memorias,⁵ polémicas intelectuales sobre paradigmas de memoria –la memoria justa, la memoria pública, la

4 Ver nota 1.

5 En un texto de 2003, aún no publicado, Luis Alberto Romero delimita cuatro tipos de memorias centradas en lo que denomina cuatro “cuestiones”: la militante y la desarrollada en documentos de ficción, la académica, la pública –en la medida en que se propone construir una determinada memoria política– y los estudios sobre la memoria social. Incorpora una quinta: la historiográfica: “La cuestión de la memoria constituye un campo amplio, de contornos imprecisos, donde las cuestiones cívicas y las académicas se confunden mucho más fácilmente que en otros terrenos y donde, sobre todo, las evidencias del saber riguroso son permanentemente confrontadas con las convicciones. Al respecto, conviene distinguir cuatro cuestiones: la difusión pública de las memorias y recuerdos de quienes participaron en los años en cuestión, así como la representación de esos episodios en distinto tipo de creaciones de ficción; los estudios académicos sobre los modos de constitución de la memoria; las propuestas políticas acerca de cómo debe conformarse la memoria pública y, finalmente, los estudios acerca de cómo se ha conformado la memoria social, incluidos como parte de una explicación más general del proceso político e ideológico. Una quinta cuestión incluye los trabajos historiográficos que portan una carga considerable de propuestas políticas de construcción de memoria” (Romero 2003: 73).

memoria revolucionaria, la memoria de los desaparecidos— (Lorenz, 2002) discurso académico que delimita un nuevo régimen de memoria, al seguir a Levi, a Huyssen, Todorov, Ricoeur, “centrado en crímenes (no en batallas ni victorias), en testigos (no en combatientes), en víctimas (no en héroes)” (Traverso, 2007: 70);⁶ discurso periodístico que reformula una clasificación de las víctimas y un combate por las cifras a través de la enunciación de inquietantes posicionamientos políticos.⁷ Por una parte, la tarea clasificatoria de ciertos actores sociales por ordenar a sus muertos y que expone la matriz normativa de un comportamiento social; por otra, la demanda de memoria que ubica al discurso intelectual no solo frente a interrogantes y cuestionamientos que exasperan los límites de la reflexión —¿Qué ocurre cuando hay duelo? ¿Cuando en el pasado existe un acontecimiento traumático que se debe analizar?— sino, fundamentalmente, lo somete a la indagación de sus propios focos de experiencia (la revolución, la violencia) y al análisis histórico de la verdad.

El discurso intelectual —el que hemos elegido como documentos de referencia (Casullo, Vezzetti, Feinmann, del Barco, Verón)— se orienta en dos dimensiones, al señalar la articulación posible entre historia de los conceptos y análisis del discurso. En primera instancia, la búsqueda de aquellos procedimientos que le posibiliten llegar a las formas de verdad por medio de las

6 Ejemplos del discurso académico argentino Jelin (2002), Jelin y Langland (2003), Crenzel (2008), Franco (2008), Yankelevich (2004), Yankelevich y Jensen (2007), Calveiro (2005), Sigal (2006).

7 Un ejemplo reciente es la polémica que se inició con la publicación del libro de Graciela Fernández Mejjide. 2009. *Historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana. El periodismo se hizo eco del número de víctimas: “8.875 son los nombres de las personas desaparecidas por razones políticas que se exhibe en los muros del Parque de la memoria”; “7.030 nombres con lugar y fecha de desaparición se consignan en la página Web de la Secretaría de Derechos Humanos más 924 de los que solo se consignan sus nombres”; “8.960 se consignan en el informe *Nunca más*”. Ver: “Polémica en Argentina por el número de desaparecidos en la dictadura”. ABC.es, 06/08/2009; “Fernández Mejjide: “Deberían bajar condenas a represores por información”. *Clarín*, 03/08/2009; Grenat, S. 2009. “Jueces y verdugos. Sobre las declaraciones de Graciela Fernández Mejjide”, en *El Aroma*, Nº 50.

cuales explicar ese foco de experiencia, el acontecimiento traumático, la memoria de la revolución fracasada y de los muertos. Luego, una forma de decir, aquello que Foucault denominó la *parrhesía*, y que es el decir franco, el decir veraz, también, la posibilidad de decirlo todo (Foucault, 2009).

Esta articulación, derrotero del pensamiento y del decir enmarcado en las condiciones de posibilidad de las que emerge el discurso intelectual, se ilumina con las dos teorías señaladas anteriormente.⁸ Por una parte, el uso que se realiza de un lenguaje político para historizar ciertos conceptos –revolución, verdad, violencia– y, así, poder dotar de sentidos a una requerimiento de memoria. Estos nudos históricos despliegan la tensión entre una sociedad –en este caso un grupo de intelectuales– y aquellos conceptos en torno de los cuales se organizan racionalidades políticas y sociales.⁹ Por otra, la palabra que se escoge y el modo de decirlo: la veracidad y, en expansión, la autenticidad, la legitimidad del decir intelectual.¹⁰ En síntesis: la dimensión referencial de los discursos y las marcas de su contexto de enunciación.

Otra perspectiva focaliza la juntura entre ambas teorías. Si la historia conceptual abarca aquella zona de convergencia en la que el pasado, a través de sus conceptos, afecta los

8 Condiciones de posibilidad, para el análisis del discurso: condiciones de producción sociohistóricas que inciden en todo discurso (Pêcheux, 1978).

9 “La lucha semántica por definir posiciones políticas o sociales y, en virtud de esas definiciones, mantener el orden o imponerlo corresponde, desde luego, a todas las épocas de crisis que conocemos por fuentes escritas. Desde la Revolución francesa, esta lucha se ha agudizado y se ha modificado estructuralmente: los conceptos ya no sirven solamente para concebir los hechos de tal o cual manera, sino que se proyectan hacia el futuro (Koselleck, 1993: 111).

10 Indudablemente esta articulación entre concepto y forma de decir nos remite al dispositivo enunciativo definido por Verón: “Es falso afirmar que el enunciado corresponde al contenido; considerado en el marco de un análisis de la enunciación, el enunciado ya no es un contenido aislado (una opinión o una idea expresadas por un individuo) sino algo dicho por un enunciado determinado cuya posición se define en el interior de un proceso determinado de intercambio. Toda palabra enuncia un contenido y, al mismo tiempo, se muestra (podemos decir fatalmente) inscrita en un dispositivo enunciativo que sobredetermina lo que es dicho (Sigal y Verón, 2003: 252). Los destacados son de los autores.

conceptos actuales, y reúne el “espacio de experiencia” –lo que se ha experimentado y vivido pero, también, aquello que se recuerda en el presente– y el “horizonte de expectativa” –lo que se espera, lo que se “efectúa” en el hoy–, al permitir, entonces, entrecruzar el pasado y el futuro, esperanza y temor, deseo y voluntad (Koselleck, 1993: 335), la memoria discursiva inscribe en el análisis de los discursos la cuestión de la *duración* o la de la *pluralidad de los tiempos históricos* en el corazón de los problemas políticos y, por ende, la continuidad de objetos de saber (conceptos, nociones).¹¹

El régimen de memoria compone este discurso en la medida en que la escritura expresa la necesidad de una reparación. Volvemos a leer el epígrafe de Casullo: “Tarea del intelectual en gran parte: escribir sintiendo, fantaseando que la historia ha sido atravesada realmente por una maldición concreta a despejar”. Centrado en la evocación de aquellas víctimas que la sociedad no pudo proteger, el discurso intelectual analiza y delimita las memorias al sugerir que la memoria ética y la política se articulan estrechamente ya que no puede haber una sin la otra.

La violencia revolucionaria y la *parrhesía*

La obsesión contemporánea por la memoria puede ser la contracara del pánico ancestral al olvido.

A. Huyssen, 2000

Leemos: “¿Cómo aproximarnos a esta nueva condición moderna o posmoderna de la revolución como pasado, para

11 Sostiene Courtine: “La noción de memoria discursiva concierne a la existencia histórica del enunciado en el seno de prácticas discursivas reguladas por aparatos ideológicos; apunta a lo que Foucault destaca a propósito de los textos religiosos, jurídicos, literarios, científicos, ‘discursos que están en el origen de ciertos actos nuevos, de palabras que los retoman, los transforman o hablan de ellos, resumiendo, los discursos que indefinidamente, más allá de su formulación, se dicen, permanecen dichos y aún se van a decir.’” (Courtine, 1981: 7)

comprender lo que implanta la ausencia de esa escena?” (Casullo, 2007: 18). La enunciación de una falta, la comprensión por la carencia de una historia, del destierro, a través de un nosotros inclusivo que nos somete a la interacción y a un compromiso que no se debe abandonar. Repasamos: “Las condiciones de revisión y discusión no son las que se impusieron en los comienzos del ciclo democrático, cuando la representación del pasado reciente atendía casi exclusivamente al terrorismo de Estado y los derechos de las víctimas. Esos retornos conflictivos han comenzado, en los últimos diez años, a dar cuenta de una experiencia de la militancia que ha quedado fijada en la lucha armada (...) las condiciones y las consecuencias de una voluntad dispuesta a matar o morir por la revolución” (Vezzetti, 2009: 61). La noción de la revolución ya no es ausencia sino voluntad, en términos similares a cómo define Vovelle la Revolución francesa, “una tradición de violencias y furores, la pulsión punitiva tal como se expresa en la disponibilidad de la muerte y aun de la matanza (Vovelle, 1985: 308). La memoria se vuelve retorno conflictivo, reflejo de una lucha. A partir de estos sentidos la revolución, sobre todo sus muertes, y no su ausencia, señala la contrariedad, la hostilidad que se traslada a la mirada histórica, intelectual. Los sentidos “revolución ausente, vaciada”, “revolución/violencia” fundamentan, también, la necesidad de pensar no solo en una política de derechos humanos sino en la responsabilidad por la participación o el compromiso de los intelectuales en la violencia de los sesenta y setenta. La revolución, entonces, el origen, un centro de la propia experiencia:

Ningún justificativo nos vuelve inocentes. No hay “causas” ni “ideales” que sirvan para eximirnos de culpa. Se trata, por lo tanto, de asumir ese acto esencialmente irredimible, la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano. Responsabilidad ante

los seres queridos, responsabilidad ante los otros hombres, responsabilidad sin sentido y sin concepto ante lo que titubeantes podríamos llamar “absolutamente otro”. Más allá de todo y de todos, incluso hasta de un posible dios, hay el no matarás. Frente a una sociedad que asesina a millones de seres humanos mediante guerras, genocidios, hambrunas, enfermedades y toda clase de suplicios, en el fondo de cada uno se oye débil o imperioso el no matarás. Un mandato que no puede fundarse o explicarse, y que sin embargo está aquí, en mí y en todos, como presencia sin presencia, como fuerza sin fuerza, como ser sin ser. No un mandato que viene de afuera, desde otra parte, sino que constituye nuestra inconcebible e inaudita inmanencia (Del Barco, 2005).

La responsabilidad ante los otros, la muerte como aquello que no absuelve de la culpa. La revolución: una prescripción que se opone al *no matarás*. La revolución, una falla, un pecado. La mirada intelectual, aquella que lo abarca todo iluminada por la razón, dictamina la no inocencia.¹² El decir verdadero se rebela, en términos de condena moral, a través de un “nosotros” que incluye a aquellos que vivieron una experiencia única pero que no supieron ver o advertir, que erraron en la lectura de la sociedad. La palabra intelectual, un arma para la memoria, vuelve sobre sí misma, sobre su culpa para exponer la genética discursiva que le dio origen en este presente –un mandamiento, en apelación a un estado de gracia–, pero también, en el pasado para declarar “la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano”. Austera e irrevocable se revela la *parrhesía* del decir veraz. Un *dictum* tornado en un manifiesto que se interroga sobre el valor de la vida, sobre

12 La memoria, dice Calveiro, es un ejercicio mucho más que una reflexión académica. Precisamente porque es un acto hay muchas formas de hacer la memoria (. . .) Porque indudablemente no hay posibilidad de la memoria neutral, sino que todo ejercicio de memoria tiene signos políticos (Calveiro, 2004).

un pasado que no acaba de pasar, sobre la instancia de todo reconocimiento hacia el otro, necesaria, obligatoria, frente a ciertos olvidos que aún requieren su alumbramiento. Decir fehaciente, probado:

¿Qué es la verdad? ¿Quién la tiene? ¿De dónde surge? ¿Hay una verdad? ¿Existe la verdad? La caótica floración de praxis diferenciadas que se enfrentan en el '73 pareciera exhibir la existencia de una verdad. Desde que todos la reclaman es imposible que exista (...) Y volvemos a la *verdad*. Que se identifica –en la *Vulgata*– con la *razón*. ¿Quién posee la verdad? ¿La verdad es la lucha? (...) ¿Los muertos tienen verdad? ¿Los derrotados tienen la razón? ¿Qué grado de verdad tiene una derrota? ¿Qué grado de verdad tiene un triunfo? ¿Por qué hay tantos grupos enfrentados y todos dicen tener razón? ¿Cuántas razones hay? (Feinmann, 2009, n° 73: II).

De la revolución como pasado a la revolución como violencia, de falta de inocencia – un mandamiento que se inscribe en la tradición discursiva religiosa– a la búsqueda de la verdad. Plurales interrogantes que fijan el presente en una memoria que se pregunta ¿qué pasa ahora? El discurso intelectual hace de sí, una vez más, su propio objeto de reflexión. Inquietud de sí e inquietud por los otros, turbación frente a la muerte, desasosiego por hallar la verdad, la razón, el sentido de la derrota. La *parrhesía*. Cada concepto elegido retorna con un uso particular de lenguaje para que el discurso intelectual ponga en escena un nuevo régimen de memoria (distinto al de los ochenta y distante del de los noventa) desplegando una historia de las palabras inscriptas en acontecimientos y dolores. La revolución, como noción, se pone a prueba para poder interrogar el sentido, su sentido:

Por el contrario, se trata de dar cuenta de manera teórica de la muerte de un trascendente campo social y político de ideas, luchas y experiencias. Aquellos que reanudaron en el

presente rauda y rápidamente la teoría sin dar cuenta de este hueco gigantesco en la política y en la concepción de la historia que dejó la revolución caída, o aquellos que buscaron que la volatilidad de lo teórico y sus novedades reemplazasen la densidad política y cultural que tuvo la revolución, no respetan la condición del mundo intelectual en sus reales e intrincados significados. No conciben que el recurso teórico profundo es memoria crítica de sí mismo, no absolución de tareas (Casullo, 2007: 18-19).

La no absolución del intelectual, el desafío por volver a pensar en ese hueco o fracaso de la historia. Pero también, el don que la palabra veraz propone en la medida en que no se detiene solamente en aquellas nociones (la revolución, su ausencia, la culpa) que se inscriben en la propia experiencia sino que se extiende en la indagación de una identidad, la de los sujetos revolucionarios, *inmolados, defendidos, culpabilizados, martirizados, endemoniados*. Sujetos muchas veces *maldecidos*, por actores que los maldijeron como quien dice mal o mal dice y que solo representan una sociedad ensombrecida; otras, sujetos esparcidos en lugares de memoria o en lugares demasiado inaudibles, inasibles, erigidos como las víctimas. Indagación sobre las tradiciones políticas y discursivas que los conformaron.

La tradición discursiva de los sujetos revolucionarios

Debemos ir también más allá de la tesis contenida en la paradoja que el olvido es constitutivo de la memoria. Reconocer esta paradoja, a menudo, implica concordar con el continuo predominio de la memoria sobre el olvido. El olvido no solamente hace 'vivable' la vida sino que es la base para los milagros y epifanías de la memoria.
A. Huyssen, 2004

Repasamos discursos sobre la metáfora de la plaza/casa. La Plaza de mayo –el foro, el lugar de la *polis*– y la casa –lo

íntimo, lo propio, también, la patria designada con la metáfora de la casa tomada (Cortázar, Feinmann, Sigal)–. Plaza/casa es el espacio de realización de una memoria discursiva y política. Si la Plaza se construye como un territorio simbólico de la historia argentina, de las conmemoraciones patrióticas y de los rituales, también es la plaza de la comunidad líder-pueblo y, en otros dos momentos históricos, la plaza de los expulsados (1974)¹³ y la plaza de los muertos (2001).¹⁴ La

13 En relación con la Plaza del 1º de mayo de 1974, día de conflicto entre Perón y los Montoneros escribe Silvia Sigal: “Las invectivas y el tono empleados por un irritadísimo Líder eran imprevisibles tanto como que él también diera publicidad a la disputa; lo hizo, obligado, y a su manera. No estimó, naturalmente, que tenía ante sí al Pueblo, pero tampoco a grupos contestatarios, sino que los vació políticamente al calificarlos de imberbes estúpidos que gritan. Los Montoneros lograron sin embargo objetivos nada despreciables: llenar la Plaza y, como un solo hombre, vaciarla. Presagio de los funestos tiempos por venir, ese 1º de mayo mostraba a la luz del día las feroces luchas intestinas en el peronismo” (Sigal, 2006: 319). Aclaramos que en el discurso Perón no solo acusa a los Montoneros de imberbes sino que también los ataca como “infiltrados que trabajan adentro y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan de afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios que trabajan al servicio del dinero extranjero”. Esta acusación, en términos de complot, es lo que deja a Montoneros, según Feinmann, fuera de la elección del líder. Destacamos las interpretaciones contrapuestas de Sigal/Verón y de Feinmann de este acontecimiento. Para Sigal/Verón, que siguen en su análisis la transcripción del discurso publicado en *El Peronista* el 4 de mayo donde no se incluye la frase antes citada, la teoría del cerco, propuesta por Montoneros, para explicar que “Perón hablaba por otros”; que su palabra no era la suya, era la que fundamentaba su no elección por la juventud. Feinmann, al analizar el discurso completo, considera que no existe la teoría del cerco: “Igual, Perón revelaba un duro espíritu castigador, vengativo. Y una pésima jugada de conducción. Él, que se las sabía todas, había dicho siempre que “al enemigo hay que darle un 50 por ciento pero quedarse uno con el 50 por ciento más importante”. A la Jotapé le dio, no un 50 por ciento, sino nada, un puntapié insultante. Fue una provocación. Una abierta, insultante provocación de un líder que se creía capaz de todo” (Feinmann, 2009, N° 104: IV).

14 Hacemos referencia al jueves 20 de diciembre de 2001 y citamos: “La cruenta batalla librada ese jueves entre el Palacio y la Calle por la posesión del espacio con más carga simbólica de la historia argentina. Una batalla desigual entre una Policía Federal que confundió el estado de sitio con un retorno a los días de la dictadura militar y una ciudadanía que la enfrentó sin otras armas que las gomas y los cascos. Y no solo la hizo retroceder en varias ocasiones y la ‘desgastó’ como dicen ciertos partes internos); además tornó evidente lo que el gobierno más hubiera querido ocultar: la única manera de evitar que la Plaza se llenara era usando la Caballería, la Infantería, los hidrantes, las tanquetas, los patrulleros de despliegue rápido, las motos y cuatriciclos, los perros, los gases lacrimógenos y los vómitos, las balas de goma y las de plomo, durante casi diez horas, apenas interrumpidas por esas cortas pausas que tienen todas las batallas (. . .) Pedro Ignacio Campos, un testigo que luego se la va a jugar, observa que ese chico alto, de

casa, metáfora de un derrotero: el conflicto amigo/enemigo, vencedores/vencidos, represores/muertos.

La plaza/casa alberga a los sujetos que hacen la revolución –Mitre y la *Historia de Belgrano*–; sin embargo, el discurso intelectual del Bicentenario, en el momento de reflexionar sobre los militantes de los setenta y, de manera especial, en los Montoneros, los construye a través de posicionamientos disímiles y *ethos* discursivos que despliegan orientaciones argumentativas que se prolongan en la impugnación, la dimensión cuestionadora, la crítica, la reprobación.¹⁵ Pocas veces, la imagen del otro y del sí mismo se justifica, se enmienda:

El 25 de mayo, día de la asunción del nuevo gobierno, la juventud radicalizada atestó la Plaza: ebrios de poder y de pasión, Far, Montoneros, la JP, se celebraban a sí mismos. (Sigal, 2006: 313)

El error de la Tendencia (y de su “organización hegemónica”, Montoneros, que, para ese entonces era su indiscutida conducción) (...) Grave error: *el que crea que la marcha sobre Ezeiza fue un acto político se equivoca*. Los Montoneros lo confundieron con un acto. No entendieron al pueblo ese día, como tantos otros días hasta que dejaron de tratar de entenderlo y se olvidaron de él para transformarse en un aparato

pantalón corto y remera blanca que hace unos segundos estaba al lado suyo, corre como un autómatas hacia el lado de la Plaza y se desploma a los pocos metros en avenida de Mayo, apenas cruza Chacabuco. Una bala 9 mm le ha entrado por arriba de la oreja izquierda y le ha salido por la nuca” (Bonasso, 2002: 191 y 221).

15 La noción de *ethos* discursivo, desarrollada por Dominique Maingueneau a partir del *ethos* de la retórica clásica, es la construcción de la imagen del que habla en el discurso a través de tres rasgos: la mostración de un carácter –un conjunto de rasgos psicológicos–, un tono –un particular modo de decir– y una voz –una forma de inscribirse en el discurso–. Maingueneau considera que, desde el punto de vista del análisis del discurso, el *ethos* está constituido no por la intencionalidad sino por efectos impuestos a un sujeto desde una determinada formación discursiva. Por esa razón, lo que es dicho y el tono con el cual se lo dice son tan importantes como inseparables (Maingueneau, 2008).

militar (...) Eso era un acto para los Montoneros que querían coparlo y mostrarle a Perón que eran la mayoría, que las masas les pertenecían y que eso les daba derecho a compartir su conducción. Pero el error no tuvo la bestialidad asesina de los bandoleros del palco. Esos tipos (los que obedecían a Osinde) eran asesinos profesionales. Mercenarios. Por eso le discutimos la estrategia de copamiento a la Orga. ¿No sabían quiénes estaban ahí arriba del palco? Todos lo sabían. (Feinmann, 2009, n° 98: II)¹⁶

A provocación, provocación y media. Los Montos, la Orga, elevó el tono del enfrentamiento a niveles sin retorno: acribilló a Juan Ignacio Rucci. Lo *traviató* sin asco. Creían haber tirado sobre la mesa el mejor cadáver para “apretar al Viejo”. (Feinmann, 2009, n° 104: IV)

La irracionalidad atribuida por Sigal a los montoneros –la ebriedad por el poder y la celebración de sí mismos– el día de asunción de Héctor Cámpora, la soberbia y la falta de conocimiento sobre la represión planificada por la derecha peronista para el momento en que Perón arribara a Ezeiza imputada por Feinmann, así como la competencia y el enfrentamiento en su lucha con el líder, focalizan el dispositivo enunciativo de este discurso intelectual en función de no privilegiar un imaginario de martirio, de rectificar un error interpretativo. En otros casos, en cambio, el *ethos* discursivo propone remediar el fracaso en la construcción y en la acción de la subjetividad revolucionaria a través de una explicación que despliega razones políticas –la vanguardia, su autoritarismo, la deserción a los valores y principios que se había propuesto:

¹⁶ En los fragmentos que citamos de Feinmann las itálicas pertenecen al autor.

Pero, como contrapartida, esa subjetividad revolucionaria que se pensó colectiva desde una mítica por la cual se desprendía de sí misma para ser parte de un todo participante finalizó su itinerario prescindiendo de los rastros y las marcas que hacían a su propia biografía revolucionaria y a la propia experiencia histórica de la revolución. Terminó como subjetividad atemporal, abstracta, sustraída de su propia conciencia: un dato instrumentable, apenas sumable, acosable por el propio proyecto revolucionario inquisidor. Terminó conciencia pensada por el aparato conductor, la verticalidad burocrática, el mando supremo, la autoridad indiscutible, la disciplina de hierro policial, la censura amedrentadora. La subjetividad heroica concluyó soportando, sobre todo, su propia deslealtad a los ideales, valores y conductas que ella misma llamó revolucionarias en un principio. (Casullo, 2007: 80)

La subjetividad revolucionaria analizada por la mirada intelectual desde un amplio campo de saberes. La historia de las ideas: cuando se reflexiona sobre la tradición cristiana, uno de los fundamentos ideológicos de la Tendencia, y se esparce la densidad de sentidos que refiere la creencia de que *el hombre puede cambiar al hombre*. La filosofía política: en la medida en que esta subjetividad estipula el motivo de la autocreación moral, política y cultural de un actor (el pueblo, el militante, el militante que se siente pueblo) que encontraba un espacio y un tiempo históricos para desplegarse en la experiencia de la Revolución y, entonces, de este saber se pregunta: “¿Cómo se hace una revolución: con la movilización de las masas o con la voluntad guerrera de un grupo?” (Feinmann, 2009, N° 101: III). La teoría política: para observar la solidaridad revolucionaria –“el sacrificio de los individuos, de vidas, en aras de un proyecto revolucionario que protagonizaba un único Sujeto (colectivo) en la contienda (...) un paso decisivo en sentido ético liberador” (Casullo,

2007: 80). La ética: el compromiso y la responsabilidad revolucionaria pero, también, del intelectual, de aquellos que con la palabra contribuyeron, actuaron:

Este reconocimiento me lleva a plantear otras consecuencias que no son menos graves: a reconocer que todos los que de alguna manera simpatizamos o participamos, directa o indirectamente, en el movimiento Montoneros, en el ERP, en las FAR o en cualquier otra organización armada, somos responsables de sus acciones. Repito, no existe ningún “ideal” que justifique la muerte de un hombre, ya sea del general Aramburu, de un militante o de un policía. El principio que funda toda comunidad es el no matarás. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres. La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, el decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de los otros y levantar el no matarás cuando se trata de nuestros propios hijos. (Del Barco, 2005)

Entre estas variadas interpretaciones emerge, además, la indagación por aquellas tradiciones ideológicas y discursivas que conformaron la subjetividad revolucionaria. Una de ellas es la que filia a los Montoneros con la memoria discursiva jacobina. Leemos: “Los jacobinos dejaron un legado perdurable, casi un paradigma para la revoluciones futuras. Imponían un modelo de acción política que reunía miedo y virtud, despotismo y libertad, fuerza y razón, lo que constituía una torsión al modelo republicano clásico” (Vezzetti, 2009: 176). El *dictum* intelectual compara la larga duración de una mentalidad política que rige una sensibilidad revolucionaria cuyos rasgos son la aceleración, el tiempo de ruptura y la lucha por la regeneración que, en el caso jacobino, condena y rechaza en bloque todo el pasado para el origen del *hombre nuevo*, con la voluntad y la imaginación como facultades humanas privilegiadas y la

utopía que sepulta la historia. Sin embargo, esta tradición discursiva, expone sus fracturas en la subjetividad revolucionaria que se analiza. Más allá de que otras tradiciones ideológicas y discursivas se inscriban en ella, lo que las diferencia es el tipo de imaginario político propuesto.

Los jacobinos generan, como establece Rosanvallon, “una cultura política de la generalidad” que se organiza en torno a tres ejes: la forma social –la celebración del gran todo nacional–, la cualidad política –la fe en la inmediatez– y el procedimiento de regulación –el culto a la ley– (Rosanvallon, 2007: 14). El jacobinismo expande una cultura política a cargo de intelectuales, en la cual la lucha se daba a través de la palabra y de una escritura que era la herramienta con la que se organizaba un orden social, político e institucional y se justificaba toda acción emprendida: el Estado y la nación, la unidad y la igualdad, la virtud y la fraternidad, la ley y la fiesta cívica para poner en escena la armonía social y conmemorar a la sociedad misma. La palabra/Ley y la fiesta como “prueba de un espacio” (Ozouf, 1976: 69) pero también la conciencia de que el proyecto de una transformación humana requería de instituciones y de prácticas pedagógicas y políticas, además de símbolos y de liturgias patrióticas.

Repasamos: “Pero la visión jacobina sublime era, ante todo, el pueblo, el ‘soberano colectivo’ (...) Algo cambia cuando el sueño de una humanidad regenerada se condensa en una acción sobre el propio sujeto: la cualidad de lo sublime se trasladaba a los jefes o a la aristocracia combatiente” (Vezzetti, 2009: 180). El pueblo: lo soberano.¹⁷ Algo se quiebra en los setenta y una acepción radical desborda las expresiones de la tradición jacobina cuando la revolución,

17 François Furet afirma: “El pueblo no es un dato o un concepto que remite a la sociedad empírica, sino la legitimidad de la Revolución y de alguna manera su definición misma: todo poder, toda política gira a partir de entonces alrededor de este principio constituyente y que sin embargo no es posible encarar” (Furet, 1980: 72).

una fuerza lanzada a un futuro prodigioso, es la acción de una vanguardia que debe respetar la palabra del líder. Este acatamiento, indiscutible propiedad de su identidad política, conforma esta subjetividad revolucionaria, en términos de Sigal y Verón, en un enunciador segundo que, a pesar de su entidad como vanguardia, se debe someter a la interpelación de un enunciador primero, del líder:

El problema consiste en las relaciones entre la palabra de Perón y la palabra de la Juventud Peronista, y lo que está en juego es el vínculo de cada una con la entidad Pueblo. La lógica del discurso peronista exige que estas dos palabras coincidan, puesto que esta coincidencia es la definición misma del “ser peronista” (...) El día en que se pone en evidencia un *desajuste* entre estas dos palabras, se abre necesariamente para el enunciador segundo una alternativa extrema: o bien la vanguardia renuncia a su rol privilegiado de portavoz del Pueblo (una especie de suicidio en tanto vanguardia) o bien esta se decide a no reconocer más la palabra del líder como expresión del Pueblo, lo cual la lleva inexorablemente a colocarse fuera del mecanismo discursivo del peronismo, a negar el carácter intransferible de la enunciación de Perón y a definirse a sí misma como enunciador “primero”. (Sigal y Verón, 2003: 148)

Leemos: “Para ser vanguardia del Pueblo había que salir del peronismo. Pero si se salía del pueblo, la vanguardia se queda sin pueblo, como por fin ocurrió (Feinmann, 2009, nº 104: II). Los conceptos dan cuenta de un pasado vivo: “vanguardia/pueblo” –por una parte, tradición discursiva jacobina, católica, marxista-lenista, guevarista–; por otra, el error, el anacronismo, la “revolución” –su fracaso, su ausencia, el hueco en el devenir del acontecimiento pero, también, utopía colectiva, imaginario compartido–, los “sujetos” –los que erraron, no advirtieron, los inmolados, sujetos muertos–.

El pasado aún vivo se dice, al enunciar lo fatal, en el duelo –como combate y como dolor–: la lucha por la apropiación de la palabra, antes entre el contingente revolucionario, el líder, los otros; hoy en el debatir sobre el acuerdo, el equilibrio, entre la memoria y el olvido. Devenir de estos conceptos y de la palabra dicha = La tarea intelectual. Y con ello la posibilidad de abrir y recuperar el pasado tanto desde los interrogantes y sentidos de este presente, como desde los sentidos que conformaron aquel pasado.

Releemos a aquellos que no bloquean la reflexión sobre la temporalidad y la memoria, que aún atienden a la dimensión emancipadora del discurso intelectual y escriben: “Comprender el trabajo crítico como *un esfuerzo de sentido* ahí donde es difícil desentrañarlo. Donde no aparece, o no existe o donde se considera que se plasmó una explicación equivocada” (Casullo, 2007: 313). La comprensión, una estrategia del saber que induce a hacer emerger el sentido y plasmar su irrupción. Un trabajo, una voluntad, un riesgo, también, una prueba de coraje para hacer emanar lo no visto, lo inaudible. El discurso intelectual en su *parrhesía*, en el decir veraz que nos habla de asumir, frente a la memoria de tanta muerte, lo imposible como posible:

Sé, por otra parte, que el principio de no matar, así como el de amar al prójimo, son principios imposibles. Sé que la historia es en gran parte historia de dolor y muerte. Pero también sé que sostener ese principio imposible es lo único posible. Sin él no podría existir la sociedad humana. Asumir lo imposible como posible es sostener lo absoluto de cada hombre, desde el primero al último. (Del Barco 2005)

Obras de referencia

- Casullo, N. 2007. *Las cuestiones*. Buenos Aires, FCE.
- Del Barco, O. 2004-2005. “No matarás” en <http://www.elinterpretador.blogspot.com/search?q=numero15-junio2005>. El debate se inició en *La intemperie*, Córdoba y se desarrolló en otras revistas: *Confines*, *El ojo mocho*, *Políticas de la memoria* y *Conjetural*.
- Feinmann, J. P. 2007-2009. *Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina*. Suplemento especial de *Página12*.
- Sigal, S. y Verón, E. [1986] 2003. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, EUdeBA.
- Vezzetti, H. 2009. *Sobre la violencia revolucionaria. Memoria y olvidos*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Bibliografía citada

- Bonasso, M. 2002. *El palacio y la calle. Crónicas de insurgentes y conspiradores*. Buenos Aires, Planeta.
- Calveiro, P. 2005. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Norma.
- . 2004. “Puentes de la memoria: terrorismo de Estado, sociedad y militancia”. Buenos Aires, UTPBA.
- Courtine, J.-J. 1981. “Analyse du discours politique (Le discours communiste adressé aux chrétiens)”, en *Langages*, n° 62.
- Crenzel, E. 2008. *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Foucault, M. [1983] 2009. *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires, FCE.
- Franco, M. 2008. *Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Franco, M. y Levin, F. (comps.). 2007. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós.
- Furet, F. 1980. *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona, Ediciones Petrel.
- Halbwachs, M. [1925] 2004. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos.
- Huysen, A. 2000. “En busca del tiempo futuro”, en “medios, política y memoria”, Revista *Puentes*, año 1, N° 2, Fehrmann, S. (trad.).
- . 2004. “Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público”. Conferencia, Porto Alegre, en: http://www.intercom.org.br/memoria/congreso2004/conferencia_andreas_huysen.pdf
- Jelin, E. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jelin, E. (comp.). 2002. *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jelin, E. y Langland, V. 2003. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Koselleck, R. 1993. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós.
- . 2001. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós.
- Lanusse, L. 2005. *Montoneros: el mito de los 12 fundadores*. Buenos Aires, Vergara.

- Levi, P. 1995. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Muchnik.
- Lorenz, F. 2002. “¿De quién es el 24 de marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976”, en Jelin, E. (comp.). 2002. *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*. Madrid, Siglo XXI.
- Maingueneau, D. y Cossutta, F. 1995. “L’analyse des discours constituants”, en *Langages*, nº 117, *Les Analices de discours en France*. París, Larousse.
- . 2008. “A propósito do ethos”, en Motta, Aa y Salgado, L. (ergs.) *Ethos discursivo*. São Paulo: Editora Contexto.
- Ozouf, M. 1976. *La fête révolutionnaire, 1789-1799*. París, Gallimard.
- Pêcheux, M. 1978. *Análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos.
- Ricoeur, P. 1999. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid/Arrecife.
- Rosanvallon, P. 2002. “Para una historia conceptual de los político (nota de trabajo)”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 6, pp. 123-133.
- . 2007. *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo de 1789 hasta nuestros días*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Romero, L. A. 2003. “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión”, en *Historizar el pasado vivo en América Latina*, en: <http://www.historizarelpasadovivo.php>
- Sigal, S. 2006. *La plaza de mayo. Una crónica*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, O. 2004. *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Traverso, E. 2007. "Historia y memoria. Notas sobre un debate", en Franco, M. y Levin, F. (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*. Buenos Aires. Paidós.
- Todorov, T. 2000. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós.
- Verón, E. 2004. *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires, Gedisa.
- Vezzetti, H. 2002. *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Vovelle, M. 1985. *Ideología y mentalidades*. Barcelona, Ariel.
- Yankelevich, P. (comp.). 2004. *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*. La Plata, Ediciones al margen.
- Yankelevich, P. y Jensen, S. 2007. *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.

El discurso político y su reconocimiento por la prensa gráfica. Acerca de la construcción de acontecimientos políticos en tapas

Nicolás Bermúdez

El asunto

La investigación de la que deriva este trabajo interroga la discursividad política tal como esta se presenta en el universo discursivo argentino contemporáneo. Entre muchos otros, un factor decisivo que afecta en la actualidad la producción de discursos en el campo político determinó el análisis que sigue. Se trata de la era de la mediatización. Diré algo evidente y sabido: el discurso político ha perdido su especificidad debido, en gran parte, a que su socialización depende de la actividad de los medios; son estos los que hoy gestionan, con –conflictiva– autonomía de las instituciones políticas, las representaciones sociales y la postulación de colectivos. Ante esta situación, aparece como más relevante –mensurado al menos en términos de su proyección social y su incidencia sobre imaginarios colectivos– un análisis de la reformulación mediática de la discursividad política (y su “investimiento” en distintas materialidades significantes: palabras, imágenes, cuerpos), que problematizar el discurso político en su instancia premediática (abordaje que generalmente se circunscribe al material verbal escrito).

Dado que este trabajo se encuadra en una investigación en curso acerca de la memoria (i.e. los lugares de memoria y la memoria discursiva) y el imaginario (i.e. las narrativas sobre el futuro, utopías, distopías o la ausencia de ambas) que activa la proximidad del Bicentenario, nos parece importante privilegiar la observación de prácticas políticas institucionales generadas en torno a los ritos de conmemoración. Por eso, los materiales analizados para elaborar este trabajo están integrados por discursos producidos desde el espacio institucional de la presidencia en actos del 25 de Mayo y por ejemplares de la prensa gráfica de tipo informativo que funcionan como una de las principales instancias de su reconocimiento y socialización. En este texto, nuestro objetivo concreto es analizar en términos comparativos un corpus mínimo conformado por dos de los principales diarios de circulación nacional que tienen como referente un mismo acontecimiento: el acto de conmemoración oficial del 25 de Mayo que se llevó a cabo en 2006. Interesan las estrategias puestas en juego en la actividad interpretante que esos ejemplares de la prensa efectúan del acontecimiento en su tapa y, sobre todo, de la palabra política.¹ El marco de esta actividad se fija a través de un contrato de lectura instaurado por un medio en el registro de las modulaciones enunciativas, el cual le permite, en su competencia con otros, segmentar el universo ideológico. Esta segmentación no se debe al ideario efectivamente enunciado. De hecho, si bien se trata de una conmemoración de una fecha patria, no

1 Lógicamente, las tapas participan de la construcción del acontecimiento político (el acto oficial de conmemoración del 25 de Mayo). Una parte fundamental de esta construcción es la referencia a los enunciados. Por eso es interesante analizar las estrategias de reformulación de esa palabra política en las tapas de los diarios seleccionados. Esta reformulación integra, sin saturarla, la dimensión polifónica de la discursividad de la tapa. La cuestión de la cita, de la retoma de la palabra del otro, es crucial en los medios de comunicación. Una de las zonas que permite postular hipótesis sobre el universo ideológico al que pertenece el medio o el productor de la tapa es, justamente, el modo como este último se sitúa frente a las figuras sociales que "cita" (además —claro— de cómo lo hace frente al lector).

hay en las tapas referencia alguna a ese lugar de memoria. Al respecto vale señalar que tampoco las hay en el discurso del entonces presidente Kirchner, donde los enunciados que remiten al pasado tienen como objeto las décadas del setenta y del noventa del siglo XX. En tal sentido, cabe afirmar que tanto el acto de celebración y el discurso proferido, como el acontecimiento construidos por los medios analizados priorizan la memoria discursiva sobre la memoria histórica, en función de *la* política, del espectáculo de posicionamientos antagónicos.

Los aspectos teóricos y metodológicos

Los presupuestos teóricos

Decíamos más arriba que se procedería por contraste. En la selección de los materiales, por ende, se tuvo en consideración la necesidad de que existieran invariantes. Uno de ellos es el referencial, detallado arriba. El otro, por supuesto, es el invariante genérico. Cada género de prensa comienza definiéndose por una temática específica; en el caso de la prensa informativa, los distintos diarios tocan aproximadamente los mismos tópicos. Este hecho provoca que, a fin de captar lectores, los diarios tengan que actualizar, para un mismo conjunto de tópicos, una colección de estrategias diferenciales (en este trabajo se exponen las de carácter enunciativo a fin de construirse un valor singularizante). Por otra parte, insistir en la presencia de otros factores invariantes es poco conveniente. Las condiciones de circulación de los discursos sociales mediatizados impiden hablar de “situación de enunciación” o “situación de comunicación”. Es verdad que, en el caso que aquí se trata, se intenta construir un coenunciador bien determinado; no obstante, cualquier individuo puede encontrarse en situación de recepción (cf. Fisher y Verón, 1986).

El presupuesto teórico que enmarca el análisis es el sistema de modalidades que propone Culioli. Este sistema tiene la ventaja de su utilidad para abordar materiales como las producciones de prensa, ya que permite integrar, al subsumirlas en un modelo de mayor abstracción, las dos dimensiones de ese *iconotexto* que es una tapa: la imagen y el texto, lo no lineal (imágenes fotográficas, variantes tipográficas y disposición en página) y lo lineal (los caracteres escritos); dimensiones que por lógica implican operaciones de producción diferentes y exigen modos de reconocimiento diferentes.

Describiremos, rápidamente, la teoría de las modalidades. La actividad modalizante de un sujeto enunciador (instancia cuyo estatuto es teórico, no empírico) es cuestión nuclear. De manera inevitablemente simplificadora, Culioli propone una formalización del lenguaje en términos del par *modalidad/lexis*. La hipótesis que formula sobre la actividad del lenguaje establece, como punto de partida, las *nociones* primitivas, entendidas como las representaciones no lingüísticas (productos de la elaboración de experiencias propias de cada persona).² En una primera etapa, denominada *instanciación*, tiene lugar la elección de las *nociones* que van a intervenir en el enunciado. Estas son, ya en esta etapa, filtradas por una matriz a la que Culioli llama *lexis*.³ La segunda etapa que debe describirse, aunque desde el punto de vista

2 Según Culioli (en prensa): "En este nivel hay lugar para cadenas de asociaciones semánticas donde tenemos 'racimos' de propiedades establecidas por la experiencia, almacenadas y elaboradas en formas diversas (especialmente, en relación con procesos de memorización: imágenes, actividad onírica o emblemática, etc.). Es una propiedad esencial de la actividad simbólica, en la cual se basa en particular el trabajo metafórico y el trabajo de ajuste intersubjetivo que supone a la vez estabilidad y deformabilidad. Esta ramificación de propiedades que se organizan unas en relación con otras en función de factores físicos, culturales, antropológicos, establecen lo que yo llamo un dominio nocional. Es una representación sin materialidad, o más bien cuya materialidad es inaccesible para el lingüista. Por consiguiente, las nociones no se corresponden directamente con ítems léxicos".

3 Molde con tres lugares que corresponden a un predicado con dos argumentos y definen series complejas de relaciones (v. Fuchs y Le Goffic, 1979: 136).

lógico sería simultánea con la primera, corresponde a las operaciones de *enunciación*, que comprenden dos series que actúan sobre la *lexis*. Por un lado, las operaciones de derivación de familias parafrásticas a partir de una misma *lexis*; por el otro, la realización de una de las *lexis* de esa familia, lo que implica su modalización. La última etapa consiste en la proyección sobre la cadena de la secuencia preterminal, a fin de conseguir la ensambladura secuencial de los términos según las leyes propias de cada lengua. Cabe designarla como *linearización* (cf. Culioli, 1973).

Son cuatro los tipos de modalidades que postula Culioli. La del primer tipo (M1) incluye los casos en los que se establecen fórmulas lingüísticas validables (referenciables), en términos afirmativos o negativos. La modalidad 2 (M2) atañe a lo necesario o posible. Los enunciados modulados bajo M1 o M2 se plantean como admisibles de la misma manera para cualquier coenunciador. La 3 (M3) constituye la dimensión afectiva/apreciativa, es decir, propiedades autocentradas, situadas en Ego. Finalmente, la modalidad de tipo 4 (M4) consiste en una relación que pone en juego Ego y Alter, enunciador y coenunciador. Veamos enunciados que funcionan como ejemplos (ver Traversa, 2009):

M1: “Llueve”

M2: “Si lloviera bajaría la temperatura”

Los procedimientos de coreferenciación que están implicados en estas dos formas tienen validez para cualquier coenunciador. Es decir, se centran en el polo de la “objetividad”.

M3: “Cuando llueve me pongo triste”

En este caso, se valida a partir de una referencia interior, “subjética”.

M4: “Cerrá la puerta”

M4 incorpora a su forma la presencia del coenunciador, por tanto, y a diferencia de los tres casos anteriores, no comporta un enunciador único. Su validación, entonces, está afectada por una indeterminación fundamental, dado que de sus valores de verdad ya no puede responsabilizarse a un enunciador único (sea “objetiva” o “subjetivamente”). Ahora bien, la conjugación de las cuatro modalidades bajo la determinación de M4 es la regla cuando se trata de fenómenos discursivos; en estos casos, como bien señalan Fisher y Verón (1986), la composición de modalidades debe ser la hipótesis de partida para el análisis, dado que cualquier actividad discursiva supone relaciones intersubjetivas.

Este enfoque también permite solucionar la complejidad que entraña trabajar una fuente autorial múltiple, como sucede en la prensa gráfica. Si se parte de la evidente distinción entre el productor de un texto (el individuo que lo elabora materialmente) y la instancia que se presenta como responsable, por ahora digamos su “autor”, es posible dar cuenta de varias situaciones,⁴ al tiempo que se las organiza y designa. Así, puede hablarse de textos autorialmente homogéneos o heterogéneos. Estos últimos habilitan a realizar la distinción entre instancias jerarquizadas o no. Todo artículo de un diario es atribuido a un autor, pero la responsabilidad también es de esa instancia autorial superior que es la publicación. Siguiendo a Maingueneau (2009: 156), es posible sostener que el diario, en tanto instancia de nivel superior, es el *metaenunciador* del conjunto de sus artículos, que se complementan para formar un todo. Así pues, en términos metafóricos, la actividad de modalización, en el caso de estos iconotextos que son las tapas, le correspondería a este *metaenunciador*.

4 Ejemplos. Publicidad: una pluralidad de productores es aparentemente borrada por la unidad representada por la entidad firmante, responsable del texto. Un manifiesto: varios autores firman de manera conjunta un texto.

Un análisis y descripción de las modalidades actualizadas en la tapa de un medio gráfico permitiría, pues, formular hipótesis acerca de las estrategias que ese metaenunciador pone en obra para vincularse con los potenciales lectores y segmentar un universo ideológico a partir de sus posicionamientos. Tal descripción implica un relevamiento de las *huellas* que habilitan a postular operaciones que, a su vez, remitirían a condiciones de producción específicas (ver Verón, 2005b). Insistimos en que, en el caso que nos ocupa, es interesante observar cómo en cada medio en particular se reconoce y procesa un mismo material: acontecimiento y palabra políticos.

El corpus. Su presentación. Presupuestos y criterios de su constitución

Señalamos más arriba que el corpus provenía de materiales elegidos en función de una invariable referencial: la conmemoración oficial del 25 de Mayo de 2006, elección a su vez determinada por una investigación sobre los usos de la memoria. El año 2006 puede considerarse como el de la consolidación de la hegemonía del gobierno de Néstor Kirchner, iniciado tres años antes. La recuperación notable de la economía y las evidentes mejoras en los campos social y político con respecto a la crisis de principio de siglo había servido para instalar, en los medios de comunicación, la posibilidad de la candidatura de Kirchner para su reelección al año siguiente. Si bien no hubo anuncios al respecto ese día, la celebración del 25 de Mayo fue empleada por el gobierno para exhibir, dada la multitudinaria asistencia a la plaza, un alto nivel de adhesión social.

También se resaltaba más arriba el papel decisivo de los medios en la gestión del contacto entre la palabra política institucional y los ciudadanos. Aquí cabe hacer otra precisión que es asimismo una jerarquización: en esa gestión las tapas cumplen una función determinante. Producto de una combinación entre elementos significantes

verbales e icónicos, la tapa de un medio gráfico presenta cierta autonomía en relación con el interior, para organizar los vínculos que se establecen entre el medio y las distintas formas que puede adquirir su presencia pública, fundamentalmente en lo que atañe al contacto con potenciales lectores. En otras palabras, las tapas de los diarios pueden ser pensadas como dispositivos autónomos con un ordenamiento sometido a reglas que les son específicas.⁵ En esta condición se apoya, en parte, la decisión de considerar aquí solo las tapas.

No es novedad que una de las peculiaridades de las tapas es la existencia de uno o varios títulos y la diversa magnitud de estos. De hecho, es en muchos casos lo único que se lee de un diario. La importancia del desempeño de los títulos ha sido puesta de relieve en más de un trabajo. Más adelante se detallará su función discursiva en la instancia de producción. Baste señalar en este lugar la actuación fundamental que se le reconoce frente a la operación de lectura de textos de prensa. Desde la teoría cognitiva de la comprensión, vaya por caso, se los ha identificado con macroproposiciones que aportan el marco semántico indispensable para interpretar los detalles locales de un texto; en este proceso, la comprensión del título activa un saber almacenado que deriva de las experiencias personales (*modelos*) o de información estereotipada que circula en el universo socio-cultural (*guiones*). Asimismo, es el elemento que guía la búsqueda de la información de una noticia almacenada en la memoria (cfr. van Dijk, 1997: 131-136). También se suele resaltar la dimensión icónica del título, el cual se percibe como bloque, suspendiendo así la percepción de una linealidad.

5 Una descripción precisa de las funciones que desempeñan las tapas y del ordenamiento privativo que fundamenta su carácter autónomo es posible hallarla en Traversa (2005).

Por su parte, la elección de los medios responde a un criterio objetivo de circulación (son de los de mayor venta) y a la percepción de que responden a posicionamientos bien diferenciados, posicionamiento que a nivel enunciado se pone de manifiesto, entre otras instancias, en el reconocimiento que estos medios realizan de las acciones del gobierno. Si bien es este un factor de constitución del corpus, este conocimiento nos permite avanzar muy poco, y a lo sumo intuitivamente, en la intelección del cuerpo doctrinario de la publicación y no nos permite observar nada sobre las modalidades del decir y los dispositivos de enunciación que estas configuran, y que sirven a una estrategia de contacto con sus lectores. Por lo tanto, he preferido atender a las operaciones enunciativas que diferencian una y otra publicación. Al tratarse de un corpus exiguo (dos elementos), es posible postular la existencia de un funcionamiento más o menos sistemático de esas operaciones, pero, al menos en esta etapa de la investigación que enmarca este trabajo, poco se puede decir sobre su regularidad, dado que no se incorpora aquí la diacronía como variable.

El análisis

El sistema de la prensa gráfica en la sociedad es de mucha complejidad; cada título compete y se codetermina en distinto nivel con otros títulos, otros géneros y otros medios. Así, a fin de primar en la disputa por los potenciales lectores (cuyo rédito garantiza, si no el sostenimiento económico, al menos sí la eficacia de una intervención política), es de suponer que tanto el metaenunciador de *Clarín* como el de *Página 12* pondrán en obra distintas modalizaciones enunciativas, en función de la construcción de una imagen de coenunciador, construcción que implica una atribución de intereses, de un

posicionamiento⁶ y de una identidad. Claro que estas adjudicaciones serán más o menos caracterizadas según el tipo de publicación. Es previsible en tal sentido que, para lograr mayor circulación, un diario evite un alto grado de especificación; es decir, que su modulación se adapte a las convenciones del género (diario predominantemente informativo) sobre el vínculo con el coenunciador y la representación del mismo (en este caso, por ejemplo: se trataría de un adulto que busca informarse “objetivamente” sobre hechos de la realidad, búsqueda que el metaenunciador está en condiciones de satisfacer, por lo cual la prevalencia de M1 sería esperable en la organización enunciativa).⁷ La efectividad de las estrategias enunciativas depende de la adecuación entre esa imagen y los agentes sociales en situación de lectura. Veamos las estrategias de cada metaenunciador en la configuración de la tapa (ver pp. 265-266), en función de tres dimensiones que permite el análisis en términos de modalidad: disposición en página, encuadre discursivo y dimensión icónica.

6 Empleo aquí posicionamiento sin vincularlo a cuerpos doctrinarios consistentes ni darle un sesgo demasiado técnico. Tan solo refiere a la posición que ocupa un locutor en un campo de discusión o antagonismo, a los valores que defiende (de manera más o menos consciente) y que, correlativamente, caracterizan su identidad social e ideológica. Estos valores no necesitan responder necesariamente a una organización sistemática de ideas, pueden estar simplemente organizados en normas de comportamiento social que son entonces más o menos adoptados de forma consciente por los sujetos y que los caracterizan en lo identitario. Para ser operatoria, la noción de posicionamiento debe especificarse según cada tipo de discurso (e.g. en el discurso político el posicionamiento coincidirá con una postura en torno a un tópico conflictivo, en el discurso filosófico con un movimiento o escuela, etc.) (cfr. Charaudeau, 1998). Por otra parte, el mismo término puede ser usado para designar esa identidad, como las operaciones que dan lugar a su caracterización. Si bien corro el riesgo de la indeterminación, queda claro que con este término quiero evitar otros (e.g. formación discursiva, formación ideológica, etc.) demasiado ligados al dominio sociopolítico, a una teoría en particular o que vehiculen la noción de lo ideológico como un cuerpo de ideas sistemático y clausurado orientador de las prácticas.

7 No ignoro la serie de simplificaciones que estoy llevando a cabo (e.g. no hacemos referencia a las subsecciones del diario). La complejidad de lo analizado no deja otra alternativa.

La disposición en la página

Las posibilidades de una organización diferencial son limitadas en este punto, dada la estabilidad y fuerza prescriptiva que, por obra de la tradición e institucionalización, adquirió la escena genérica *titular*. La reproducción de las tapas permite ver que, en ambos casos, el acto oficial ocupa un lugar central, organizado por la articulación del título, la volanta, la bajada y la fotografía; es decir, en tanto “tema de tapa” se lo jerarquiza como evento dominante. La disposición en página es, incluso, muy similar en ambos casos: titular (volanta-título-bajada, en el mismo color y, lógicamente, con desigual tamaño de letra) más una fotografía debajo, por lo que uno y otro exigirían de los lectores un análogo trayecto de lectura. Solo se percibe una diferencia: en *Página 12* la bajada antecede al título; se verá que esta disposición responde a una estrategia constructiva específica. En posición periférica a esta estructura, pero resaltado con distinto color, *Clarín* añade subtítulos con información vinculada con el acto (entre la que se destaca la palabra del cardenal Bergoglio). De esta simple constatación se puede extraer un primer y elemental corolario: ambos metaenunciadores operan una *jerarquización*; balizan para el lector un recorrido de lectura, al tiempo que ponderan los acontecimientos sobre los cuales informan. Organizan, sobre un mismo soporte significante, el orden simbólico (lenguaje verbal) e icónico-inicial (fotografía). Desde esta perspectiva, una operación de este tenor no deja de ser una modalización apreciativa del tipo M3, aunque será presentada como M1.

El encuadre del discurso

Volanta, título y bajada encuadran el texto que los sucede. Cuando se trata de la tapa, ese/os texto/s se encuentra/n en el interior de la publicación, sin que esto, no obstante, altere esta operación. Justamente, la articulación de estos tres géneros conformaría, según Verón (2005a: 82), el *encuadre*

del discurso. A priori, este encuadre se organiza en dos dimensiones: la *metalingüística*, en tanto el encuadre nombra y califica al texto que le sigue, y la *referencial*, dado que, al igual que el texto que le sucede, volanta-título-bajada nombran y califican algo distinto a sí mismos. Fuera del terreno de lo meramente definicional, la actualización de estas funciones hay que estudiarlas en cada caso específico.

Clarín

Así pues, en el título de *Clarín* es significativa la presencia, en posición temática, del adjetivo fuertemente valorativo (“rotunda”) que califica al sintagma nominal. Si bien produce el efecto de un enunciado intelectual (al no haber verbo no hay temporalidad explícita), la objetividad discursiva para referir al acontecimiento la aporta la estadística de la volanta. Ahora bien, para dar cuenta de aquello que es propio de la estrategia enunciativa del diario, parece conveniente señalar cuáles elementos pertenecen a lo preconstruido del género (i.e. qué es cualidad de la clase y no de uno de sus elementos) y cuál es el nivel de marcación de la referencialidad (i.e. cómo se comporta frente al factor invariante que dio lugar a la constitución del corpus). Entre los primeros, vale listar los siguientes: el coenunciador es un hombre o mujer, adulto o adolescente; quiere fundamentalmente informarse acerca de lo que sucede en la actualidad, tanto en la Argentina como en el mundo; el diario busca satisfacer esa demanda proporcionándole información. Para la intelección de este título (con más precisión: de este encuadre) es, como mínimo, necesario: a) saber quién es Kirchner y cuál es su cargo, b) que el 25 de Mayo es una fecha patria en la Argentina y c) que ese día el gobierno realizó un acto oficial de celebración. Señalemos pues, que, en el caso que nos concierne, no es alto el grado de determinación atribuible al título en la identificación del acontecimiento. Así las cosas, el vínculo entre el evento y su designación discursiva se produce por una relación de

copresencia, instaurada por la remisión que hace el título a otros elementos discursivos del diario, elementos verbales (e.g. bajada) o icónicos (e.g. foto de tapa) (cfr. Verón, 2005a: 88). Una operación de este tipo –análoga a la descrita por Culioli para el nivel lingüístico (cfr. 1999)– puede ser denominada *señalización discursiva*, sea esta *anafórica* o, como en el caso que me ocupa, *catafórica*, ya que remite a la bajada y a la imagen que le suceden.

Dentro de las estrategias metaenunciativas, el título muestra la presencia de los que podemos considerar elementos que remiten a un universo ideológico, vale decir, incorpora enunciados que activan representaciones sociales específicas. Considerando el funcionamiento de los discursos sociales, es decir, a nivel de la red de relaciones interdiscursivas, operaciones de este tipo pueden ser caracterizadas como *intertextuales*. Asociar el nombre “Kirchner” con la palabra “poder” (o con el sintagma “muestra de poder”) pone en evidencia la presencia de un elemento preconstruido; implica retomar, transformándolos, enunciados proferidos con anterioridad. En este caso concreto, estos enunciados permitirían reconocer, como uno de sus posibles efectos de sentido, que el presidente Kirchner acumula poder de manera peligrosa (claro que este matiz negativo solo se activa en aquellas instancias de reconocimiento en donde se encuentra operativa la idea *endoxal* de que no es bueno, para el sistema democrático, que los actores políticos concentren poder). Me apresuro a explicitar lo evidente: más allá de algunas identificaciones, como las sugeridas, es imposible dar cuenta de la totalidad de estos vínculos interdiscursivos (o, incluso, de la presencia de alguno) en casos concretos; no obstante se puede, y es recomendable por su importancia en la producción social de sentido, sugerir los presupuestos teóricos de su funcionamiento. Otra vez recurriré parcialmente a Verón.

Una estrategia para título en prensa gráfica consiste en citar o aludir a enunciados ya existentes y reconocibles en

cierto espacio cultural; vale decir, configurarlos con las marcas de discursos precedentes. Esta retoma puede ser literal o, como sucede aquí, no pasar de una alusión que, al no superar cierto umbral de distorsión,⁸ resulte reconocible para el lector. Del mismo modo, puede ser simplemente una remisión intertextual o indicar la incidencia de diversas categorías generales (como, por ejemplo, las *escenas genéricas*⁹ antes mencionadas). Para que esta operación sea reconocida de algún modo, el lector debe movilizar su archivo cultural, puesto que este tipo de marcas están orientadas a hacer evocar los recuerdos provenientes de un universo cultural. Así, se busca asociar la promesa de una novedad con un efecto de evocación. Aún más importante: el efecto de sentido buscado correlativamente es el de instaurar una complicidad entre las instancias de producción y de reconocimiento. Las consecuencias ideológicas¹⁰ de esta operación afectan dos niveles. Incluyen en un mismo universo ideológico a los lectores que puedan reconocerlas y, correlativamente, excluye a los que no puedan hacerlo. Pero hay un nivel de mayor amplitud: el reconocimiento que efectúa el lector ya adiestrado en la lectura de estas operaciones una vez que se han tornado sistemáticas, reconocimiento que puede ser incluso

8 Eje de referencia para evaluar la existencia o no de una paráfrasis. Umbral cualitativo que establece, según sujetos y situaciones, cuándo el enunciado meta posee un semantismo radicalmente otro con respecto al enunciado fuente (cfr. Fuchs, 1994).

9 Componente architextual involucrado en la instancia de producción de un texto, de mayor o menor estabilidad y fuerza prescriptiva según los casos. Si bien el término lo introduce Maingueneau, lo reformulo y postulo como alternativa a género (el cual sí rige la instancia de reconocimiento) (cfr. Bermúdez, en prensa).

10 Tanto el adjetivo ideológico como el sustantivo ideología, los empleo sin otro alcance más que el de caracterizar el resultado identitario que operan los posicionamientos (v. n. al p. 6). Dicho en otras palabras, sin ser incompatible, no conlleva la impronta de una concepción althusseriana (relación imaginaria de los individuos con su existencia, que se realiza materialmente en aparatos y prácticas, y que se liga al inconsciente vía la interpelación de los individuos en sujetos). Tampoco remite, como es el caso del Análisis Crítico del Discurso o de la Teoría de los Discursos Sociales, a sistemas sociocognitivos de representaciones mentales compartidas socialmente, que organizan el sentido social para los actores.

imaginario (cuando no se identifica de manera efectiva el enunciado citado o aludido, pero se percibe que el título “tiene la apariencia” de ser una transformación de “algo conocido”). Tal registro de una operación intertextual satisfaría una identificación ideológica.¹¹

La motivación que impulsa este tipo de estrategia puede adquirir diversos valores. En algunas secciones del diario (e.g. reseñas) o en otros géneros de la prensa gráfica (e.g. los semanarios), es posible verificar la ironía, el juego de palabras, los sarcasmos, etc.; algunas veces, incluso, la motivación no existe y puede consistir en un mero juego de palabras. Aquí, tratándose del título de tapa, y atendiendo al contrato de lectura de *Clarín* con sus lectores (veremos que es diferente en *Página 12*), hay que descartar una finalidad que no sea la de orientar, en sus dimensiones referencial y metalingüística, la lectura del discurso que encuadra, bajo la construcción de una aparente transparencia. Si esta hipótesis de trabajo es plausible, permitiría explicar por qué es admisible la aparición del subjetivema “rotundo” calificando a “poder” y asociado a Kirchner y las representaciones sociales y componentes ideológicos que esto moviliza. Lo mismo vale para alusiones más reconocibles, como las que actualiza el sintagma “aparato político” que aparece en uno de los subtítulos.

Si volanta, título y, como veremos, imagen se centran en el evento, la bajada (tipográficamente menos notoria) lo hace en la palabra: da cuenta de lo dicho por Kirchner. Además de este primer dato de jerarquización (preponderancia de la referencia a la masividad del evento político en detrimento de la palabra), la construcción de la bajada merece nuestra atención. Entiendo que es significativa su construcción en una especie de estructura anafórica (en sentido retórico), jalónada por verbos introductores del acto de habla en pretérito

11 Según Verón (2005: 107), si se las pudiera estudiar, se vería que estas operaciones de superficie responden a relaciones semánticas primitivas.

perfecto del modo indicativo; dejando de lado su funcionamiento como marco interpretativo de lo citado, la sucesión de “Habló”, “Llamó”, “Resaltó”, “Nombró”, “Elogió”, “Mencionó” promueve la percepción de un ritmo/efecto de lista. Se trata del resumen del conjunto del discurso de Kirchner, configurado a través de un régimen enunciativo híbrido. Se observa en él una serie de enunciados referidos bajo la modalidad del discurso indirecto, uno de los cuales encadena a la sintaxis un islote textual balizado por comillas (“más plural”), que indica una responsabilidad que no compete al enunciador, de una no coincidencia del discurso consigo mismo.¹² Al menos desde un punto de vista definicional, tal acumulación de modalidades respondería a la pretensión de condensar el sentido de lo dicho y, a la vez, satisfacer el requisito de objetividad de la voz citante de la prensa informativa, que busca así borrarse tras la palabra citada. Como fuese, la interpretación de las comillas no es una cuestión menor. Son muy comunes en la prensa informativa contemporánea y, por lo general, requieren un esfuerzo interpretativo considerable, en el que debe intervenir el examen de la escena genérica y el contexto. Al igual que sucedía con las alusiones analizadas más arriba, descifrar el efecto de sentido de las comillas requiere una connivencia mínima de representaciones (del enunciador sobre la capacidad de desciframiento de sus lectores, y de estos últimos sobre el universo ideológico del enunciador), la cual se verá reforzada ante la percepción de una decodificación exitosa (cfr. Maingueneau, 2009: 184-185). Así, habrá que buscar en la estrategia de un movimiento doble la respuesta a por qué se elige entrecomillar el sintagma adjetivo modificador de lo que el enunciador designa como el objeto de un *llamamiento* de Kirchner: pegarse, por un lado, a las palabras del locutor

12 Es obvio que esta última definición compete al aparato conceptual propuesto por Authier-Revuz (1995). En él, se aborda la cuestión del empleo de las comillas en función de la modalización autonímica o desdoblamiento que hace el enunciador al comentar su propio discurso mientras lo va construyendo.

en esa zona de su discurso, pero manteniendo distancia con su perspectiva; por otro lado, esta no identificación puede ser, hacia los lectores, un indicador de un posicionamiento que funciona en el marco de esa connivencia de la que hablaba. Tampoco se puede descartar la incidencia de factores vinculados al desarrollo de los medios: la aparición de estas formas híbridas sería síntoma de la influencia de la televisión (o de la competencia con ella), dado que estas operaciones pueden leerse como el resultado de un intento por transponer a la prensa escenas genéricas de ese medio que cada vez le da más espacio a la palabra de los actores (e.g. encuestas callejeras, opiniones, el *directo* en tanto modalidad imperante, etc.) (cfr. Maingueneau, 2009: 172).¹³ La explicación precedente sobre el funcionamiento general de las formas híbridas del discurso referido es extensible para el enunciado del subtítulo: “El cardenal Bergoglio criticó ‘la manipulación y la prepotencia’”; queda por elucidar el valor estratégico específico de la operación en este enunciado en particular.

Este sistema de subtítulos de este metaenunciador aporta otros datos relevantes. Si bien la tipografía es de menor tamaño que la del título, se destaca por estar impresa en otro color (rojo). Los tres subtítulos hacen referencia a aspectos negativos del poder presidencial; este punto de vista es asumido en dos casos por el enunciador y en el otro el responsable es otro actor político (el cardenal Bergoglio) al que se le da la palabra.¹⁴

Título y subtítulos muestran una variación en la designación del agente objeto de los enunciados: se habla de “Kirchner” (el apellido sin el nombre y sin determinante, designación directa)

13 En el artículo de 1975 que vengo citando, Verón, sin embargo, ya observa que la ambigüedad enunciativa en los dispositivos de cita es un rasgo característico de la prensa que él categoriza como burguesa (ver 2005: 96-97).

14 Solo indico, dado que el espacio no me permite desarrollar el análisis, la complejidad enunciativa que introduce en la bajada del subtítulo: “Se lo interpretó como un reclamo para bajar el nivel de confrontación”, que, a través de su colectivización, evita identificar la fuente responsable de la interpretación del enunciado referido.

en dos ocasiones y de “El presidente” (el cargo afectado por un determinante, designación indirecta) en la restante. Veamos el cotexto de esas ocurrencias, sin atender a su disposición en el soporte ni a la escena genérica de pertenencia (i.e. título, subtítulo):

1. Rotunda muestra de poder de **Kirchner**
2. **El presidente** se le escapó a la custodia
3. El cardenal Bergoglio criticó “la manipulación y la prepotencia”. Fue durante el Tedeum, en la Catedral, ante **Kirchner**, Cristina y los ministros.

En estos casos, el apellido funciona como identificante, dado que remite a un individuo que supone ya identificado por el coenunciador y el acceso a ese individuo se opera gracias a un conocimiento del mundo. A la par de esta función, estas designaciones movilizan –claro está– otras dimensiones simbólicas. Las correspondientes a “Kirchner” afectan principalmente un universo ideológico, por lo que son menos estables y unánimes que las de “El presidente”, a pesar de la acción del determinante “el”. Si se acepta que el significado de una y otra designación se ve afectado por el valor + solemnidad (o + importancia) que impone la categoría *presidente*, pareciera que la variación responde a enfatizar la producción de un efecto negativo sobre el agente al que se hace referencia, en función de la acción que lleva a cabo o de la que es objeto. Vale decir: el que muestra poder es simplemente el individuo *Kirchner*, no *el presidente*; el que se le escapa a la custodia es “nada menos” que *el presidente*.

Si bien esta última explicación es un poco intuitiva y poco verificable el efecto de la operación que describe, al menos se aceptará el hecho de que los nombres propios (o ciertas categorías que, como sucede con *presidente*, comprenden un solo individuo) aseguran la inteligibilidad masiva (como algunos rostros, ciertos nombre son fácilmente re-

conocibles) de la puesta en escena que los diarios realizan del espectáculo de la política. Sin embargo, lejos de ser una operación neutra y meramente instrumental, la designación de los actores políticos entraña una estrategia de orden simbólico. En términos generales, el nombre humaniza el poder político y enmascara la complejidad de los procesos institucionales; resulta así que en el campo político, tal como es mediatizado, las variables individuales se vuelven centrales en el ejercicio del poder. En el caso analizado, de hecho, la movilización responde a una sobredeterminación de factores, no únicamente al poder individual de Kirchner. Asimismo, en la lucha política se plantea cómo nombrar al adversario: atacar el nombre, por ejemplo, sirve para desacreditarlo (cfr. Le Bart, 2000: 132).

Página 12

A diferencia de lo que sucedía con *Clarín*, aquí el grado de determinación del título en la identificación del acontecimiento es prácticamente nulo. La función *referencial* se cumple gracias a una doble *señalización*: *anafórica* (hacia la volanta y la bajada) y *catafórica* (hacia la imagen). Se trata, de hecho, de un enunciado referido bajo la modalidad del discurso directo (indicado por el uso simultáneo de comillas y cursivas); esto es: también aquí se verifica una operación intertextual, dado que se retoman, citándolos, parte de los dichos del presidente. Una primera conclusión es que en *Página 12* la palabra política tiene un estatuto más significativo en relación a lo que sucedía en *Clarín*. Claro que esta operación responde a una puesta en escena muy precisa, en donde además de cumplir la función de título, el enunciado referido se articula con la imagen evocando una viñeta (lo que desactiva la necesidad de enunciar su fuente). Ahora bien, por más que esté asociada a su imagen, resulta evidente que la cita del enunciado de Kirchner no impone bajo ningún aspecto una mayor fidelidad referencial, ya que su

interpretación está determinada por el régimen enunciativo del enunciador citante y la escenografía que se construye.

Ahora bien, ¿por qué de todos los que fueron proferidos por Kirchner se elige este enunciado, por encima de otros que, incluso, daban cuenta de tópicos similares? Es posible considerar tres motivos. El primero de ellos –no el más importante– es de índole retórica: en tanto figura de repetición de uso habitual (al menos hasta no hace mucho tiempo atrás) en el discurso político, la anáfora corresponde a una elocuencia de inclinación apasionada, pertenece a las figuras usualmente elegidas para la puesta en discurso de la emoción (cfr. Tétu, 2004: 18). Según Bellenger (2001: 32), significa la necesidad de encontrar cierto formalismo mágico y primitivo. El segundo, enunciativo, se vincula a la modalidad. En tanto se trata de una interpelación, el enunciado se inscribe en el régimen de M4. Inscripción al cuadrado y en abismo podríamos decir, dado que: a) en análisis de los discursos sociales, la regla –como señalé más arriba– es la existencia de una composición de modalidades apoyada en la intersubjetividad, esto es, en la M4; y b) en tanto enunciado referido, pertenece a una puesta en escena que configura la tapa de la publicación, por lo cual se transforma su situación de enunciación original; tal puesta en escena parece mantener en esta nueva situación al enunciador (Kirchner), efecto reforzado por su imagen en la tapa; ese efecto, por el contrario, no es transferible al coenunciador objeto de la interpelación, que no puede ser sino el lector. El tercer motivo, que subsume a los dos mencionados, lo detallaré al exponer el análisis del componente icónico.

Decía arriba que el título cumplía la función referencial operando señalizaciones anafóricas y catafóricas. Estas últimas son al componente icónico, por lo que también las trataré más adelante. Veamos las primeras. Ya desde su tipografía y color, se puede concluir que, si se lo aborda de manera autónoma, el enunciado de la volanta está más orientado a

componer la dimensión metalingüística del encuadre que la referencial, es decir: no es informativo en relación al acontecimiento, al igual que el título y a diferencia de la bajada. Es un sintagma sin expresión predicativa y los determinantes no permiten referir por sí solos a algo de la realidad extratextual. Configura, por tanto, un coenunciador que tiene abundante información contextual, ante todo para determinar de qué plaza y de qué tres años se está hablando. El resultado de reformular “La plaza de los tres años” en términos informativos podría ser “Kirchner celebró los tres años de su gobierno con un acto en la Plaza de Mayo”; sin embargo, tal como está configurado, el enunciado funciona como un rótulo que evoca un título literario.

La bajada se encarga de actualizar la dimensión referencial. Informa, en primer lugar, acerca de la presencia de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, sobre la figura de la multitud (de lo que *Clarín* daba cuenta en volanta y título) y designa el evento. Recordemos que, en el caso de *Clarín*, esta función de designación recaía en el título, a través del enunciado:

1. “Rotunda muestra de poder de **Kirchner**”

Comparémoslo con la denominación de *Página 12*:

4. “**El presidente Néstor Kirchner** celebró los tres años de su gestión”

Aquí aparece nuevamente la cuestión de la designación del agente. A diferencia de 1., 4. acumula designaciones correferenciales (cargo y nombre propio). Si la propuesta de más arriba sobre estas designaciones es correcta, cabe inferir que su encadenamiento perturba el efecto de sentido que producirían por separado. Cualesquiera que sean los valores que los potenciales lectores de *Página 12* tiendan a asociar con el

nombre propio “Néstor Kirchner”, el término “El presidente” refuerza las connotaciones positivas. Ahora bien, de su comparación surge que el enunciado 4. exhibe un mayor nivel de determinación en la identificación del acontecimiento, aunque en una escena genérica de menor jerarquía.

Lo dicho por Kirchner también tiene lugar en el resumen de la bajada. Se incluyen allí dos islotes textuales cuya responsabilidad le atribuye el enunciador. Si bien posee un sentido equivalente al de otros enunciados, el primero de ellos (“Esta es la Plaza de los 30 mil desaparecidos”) no fue efectivamente proferido por Kirchner.¹⁵ Por tanto, hay que descartar la cita en discurso directo como modo de poner distancia. Este artificio en segundo grado, esta manipulación, puede vincularse al privilegio que, según Maingueneau (2009: 170), la prensa contemporánea le otorga al discurso directo por sobre el indirecto, dado que aquel satisface dos preocupaciones fundamentales de los medios: conmovir (se acerca, y acerca al destinatario, a la experiencia del actor político) e informar (uno de sus efectos de sentido posibles es el de mayor objetividad). El segundo de estos islotes repite una estrategia de *Clarín*: utilizar el verbo introductor *llamar*, que enmarca la interpretación de lo referido, orientándola hacia sentidos asociados con la convocatoria y estímulo al grupo, vale decir: acentúa ese efecto de dramatismo del que venía hablando.

La dimensión icónica

Un breve recordatorio antes de exponer el análisis: en periodismo, a la imagen fotográfica se le adjudica muchas veces una función testimonial. Esta función se define por la inserción de la imagen en una narración que pretende ser verídica¹⁶ y que casi siempre se encuentra vinculada a posi-

15 La constatación se efectuó con la versión del discurso que figura en el portal de la Presidencia de la Nación (<http://www.presidencia.gov.ar>, consultado el 01.10.2009).

16 Esta afirmación impone y presupone cierta cautela. Si bien el discurso se presenta como si fuese obliga-

cionamientos específicos (cfr. Schaeffer, 1990: 104). Es decir: para cumplir con una función testimonial, el componente icónico debe armonizar con el verbal.

Clarín

¿Qué muestra la foto? Es casi un ejercicio de aerofotometría. Una imagen panorámica aérea en picado con angulación levemente oblicua, que, de frente al palco (el cual apenas se percibe), muestra la plaza repleta de gente. Señalemos, ante todo, que se muestra solo uno de los actores del acontecimiento: lo que el metaenunciador mismo denomina “multitud”. Así, el evento se muestra, en esta dimensión, como un aglutinamiento, y el principal actor político individual, el presidente Kirchner, no aparece en escena, a pesar de ser mencionado en el título.

Entre otras, es indispensable derivar de lo dicho dos cuestiones, al menos de manera somera. En primer término, el efecto de sentido que produce la vinculación de esta imagen con el título. En términos generales, la compatibilidad de los elementos verbal e icónico aumenta la fuerza persuasiva de

do por la imagen a decir la verdad, la única coacción efectiva que la imagen puede ejercer sobre él es del orden de la compatibilidad, se limita a no ser un testimonio en contra (de hecho, es fácilmente comprobable que aceptaremos como verídica, aunque efectivamente no lo sea, cualquier afirmación referencial compatible con la imagen). Ahora bien, contra lo que se cree, no es esta compatibilidad la que explica el “efecto de realidad” que, sobre la instancia de reconocimiento, produce la armonización, de una supuesta correferencialidad, entre imagen fotográfica y enunciado verbal. La persistencia del malentendido que facilita la creencia del lector se debe a una proyección, sobre el componente icónico, de un principio ético (la vigencia de las normas éticas del periodismo en relación a las estrategias del testimonio). Lo que en realidad es una norma ética (“no mentir”) se traslada a la imagen como una característica de la misma (“la imagen me desmentiría si miento”), operación plausible por su estatuto indicial. Tal como lo expone Schaeffer: “El receptor sabe que la imagen debe corresponder a una situación de referencia concreta, pero dicho saber que enuncia la condición de posibilidad de la relación de referencia funciona, de modo abusivo, como garantía de veracidad de una referencia específica. Mientras que la cuestión de la verdad debería ser planteada a propósito de lo que el discurso afirma sobre lo que la imagen muestra (. . .), la norma del testimonio identifica lo dicho a lo mostrado, es decir, postula la veracidad intrínseca de lo dicho en cuanto acompaña lo mostrado” (1990: 105).

la tapa. La *muestra de poderse* asocia a la multitud presente en la Plaza de Mayo, de lo que la imagen es indicio. En segundo término, el lugar que esta imagen le asigna al coenunciador. La semiótica visual ya ha señalado, claro que en el plano teórico, que el picado distancia a quien percibe, y lo ubica en un nivel de superioridad psicológica y que la angulación aberrante tiende a producir un efecto expresivo de inestabilidad, tiende a inquietar.

Página 12

En este caso, y a diferencia de *Clarín*, el metaenunciador se desinteresa de la exhibición directa de la multitud, cuya presencia y emoción está indicada, en el fondo de la imagen, por elementos tales como globos, papel picado, etc. El campo de la imagen está compuesto por una zona amplia. En la primera de ellas, aparece un primer plano de las nuca de dos Madres de Plaza de Mayo con el puño izquierdo alzado; entre ellas, pero en un segundo plano, se percibe la espalda de Kirchner tomada en plano medio, en pose de estar pronunciando su discurso, con un gesto que el fondo hace presumir como emotivo. Un primer dato surge de este conjunto de diferencias con respecto a *Clarín*: en *Página 12* adquiere importancia la figura y la palabra del presidente.

La articulación con el título no es solo de correferencia, sino también de correspondencia, ya que es parte de una manipulación operada por el metaenunciador. Si en *Clarín* la imagen guardaba con el referente una clara relación icónico-indicial y servía así como prueba empírica “objetiva” de la legitimidad de la interpretación del evento que efectuaba el metaenunciador en el título, en *Página 12* la fotografía de tapa y el título conforman una especie de viñeta (o fotografía con globo), en donde la función testimonial se incorpora a esa particular puesta en escena, al efecto “dramático”, digamos. En otras palabras, se satisface el principio de compatibilidad que exponíamos más arriba, pero no ya a partir de una mera no contradicción en-

tre lo icónico y lo verbal, sino de una articulación que hace ingresar elementos ajenos a la función testimonial. De hecho, el tratamiento digital que recibe el fondo de la imagen (mayor grado de aberración por el uso del gran angular, colores artificiales celeste y blanco), va en desmedro del estatuto indicial y hace que la imagen se señale a sí misma como un artificio. De todas maneras, el valor testimonial se mantiene, al menos para los lectores capaces de reconocerlo, gracias a los elementos que permiten identificar el cuerpo de Kirchner.

Ahora bien, así como la foto de *Clarín* exhibía un colectivo, la tapa de *Página 12* subraya la dimensión singular del actor; opera una suspensión de las estructuras políticas, institucionales y sociales, a fin de fundar la identidad del sujeto en su verdad individual. Lo hace, en mi opinión, como otro recurso a favor del componente emotivo. Para Lamizet (2004: 43), la emoción es fundamentalmente antinómica con toda lógica institucional y toda significación estrictamente política de la información; ella interrumpe la distanciamiento simbólico del hecho político en las formas y prácticas de la información y la comunicación.

La focalización que propone la imagen es significativa. Aunque fácilmente identificable, Kirchner aparece de espaldas, por lo que cabe insistir sobre la tendencia de la imagen a mitigar su valor testimonial a favor de imponer otras posibilidades para su lectura. Si a esa retorización se le suma la opción por un plano normal, que hace coincidir el lugar de la cámara con el del lector, el resultado es el favorecimiento de la identificación del espacio del coenunciador con el espacio fotografiado. En otros términos, el punto de vista que se le propone al coenunciador es el de un participante privilegiado del acto. Aunque este efecto se mitiga por la manipulación del fondo que va en contra de las convenciones (no manipular) de la prensa informativa.

Estas diferencias entre las imágenes fotográficas y su articulación con los componentes verbales que las rodean

afectan la modalidad y fuerza persuasivas de una y otra tapa. En el caso de *Página 12* se construye (con el grado de manipulación mencionado, que no alcanza a trastocar su valor testimonial) un momento tensional de un acontecimiento (la euforia que, entre los presentes, suscita el discurso de Kirchner), el instante en que este alcanza su *climax*; dicho en otros términos: se valora el momento que continúa a aquel en que algo va a ocurrir y que precede al del resultado. El *climax* en la fotografía de tapa de *Clarín* pasa por lo cuantitativo; lo “impactante” de la imagen es la multitud. La predilección que la prensa gráfica muestra por este tipo de imágenes responde, según Schaeffer (1990: 106), a la tensión psicológica que provocan en quien las percibe, dado que siempre nos sentimos atraídos hacia ese *antes* y hacia ese *después*. “Aspiramos –afirma Schaeffer (*ibíd.*)– a una narrativización de la imagen capaz de colmar la tensión psicológica que ha provocado”; ese relato apaciguador lo suministra el encuadre verbal que acompaña a la imagen que, por eso mismo, la sitúa en su universo de referencia y, de modo más concreto, en el acontecer global de donde ha sido extraída.¹⁷ Una primera conclusión surge entonces: un iconotexto como el que construyen estos metaenunciadores obedece a una estrategia orientada a captar la atención del lector satisfaciendo ese juego de economía psíquica. Conjuntamente –y esto es lo que más interesa–, la imagen “impactante”, no estereotipada, de la fotografía testimonial en prensa tiende a establecer una continuidad entre el universo social referido y el del receptor: la imagen testimonial funciona como algo más que una simple garantía de lo real (“haber

17 Esto explicaría el efecto consolador o pacificador que tiene la integración narrativa que operan los enunciados verbales de imágenes testimoniales escandalosas o insoportables: nuestra tendencia a identificar la consecución temporal a la causa y, por tanto, la narración a la explicación se vincula a la fascinación que ejerce el discurso periodístico (cfr. *ibíd.*).

estado allí para poder contárnoslo”), es como si, gracias a ella, también nosotros, el público, fuéramos potenciales protagonistas (“este acontecimiento que muestra el diario le podría pasar a mi vecino o a mí mismo”). Aplicado a la fotografía de *Página 12*, este dato general refuerza el efecto de la perspectiva de lectura que proponía esa imagen: de participación aventajada del lector en el evento. En *Clarín*, por el contrario, la distancia con respecto al evento en la que la imagen coloca al observador tiende a atemperar esa continuidad.

Se podría, en suma, conceptualizar las diferencias anteriores en los siguientes términos:

- **El metaenunciador de *Clarín***: se inscribe estratégicamente en el régimen de la M1, esto es, la validación de sus enunciados parece una cuestión objetiva. De este modo, logra tomar distancia del acontecimiento. A este efecto de sentido concurre la *transparencia* de ese metaenunciador, su invisibilidad (ausencia de marcas enunciativas, adecuación a principios constructivos). El lugar dispuesto para el coenunciador es el de un *testigo*; un testigo de una puesta en escena que, en este caso, está del lado del referente.

- **El metaenunciador de *Página 12***: se inscribe en la modalidad apreciativa M3. Su estrategia puede ser caracterizada como de *opacidad*, dada la visibilidad que adquiere por las operaciones de manipulación a favor de un efecto principalmente emotivo (i.e. construcción de la imagen y del título y su articulación). Así, cabe afirmar que la puesta en escena está del lado del discurso. Esta incorpora al coenunciador como un *participante* privilegiado de un acontecimiento con el cual el metaenunciador parece identificarse.

La conclusión

Usaré este espacio para indicar algunos fenómenos que pueden pensarse como condiciones de producción o, al menos, como el horizonte de inscripción de algunos de los operandos correspondientes a las operaciones más arriba descriptas.

Aclaro que no creemos en la existencia de una relación efectiva y sistemática de causa-efecto entre una maniobra de influencia de un medio de prensa informativo y su impacto en el grupo al cual está destinada. Así como lo es la oferta, el consumo también es una instancia heterogénea, fragmentaria y compleja. Es innegable, no obstante, que las operaciones enunciativas, las modalidades en las que cada medio organiza su contacto con los potenciales lectores, pertenecen al orden de lo estratégico. Estas estrategias se encuentran tensionadas por, entre otros, el desfase entre dos variables de índole económico-política (cfr. Verón, 2005: 226): a) crear y afianzar un grupo de lectores que legitimen al medio como mercancía cultural y que vuelvan así eficaz su capacidad de intervención política; b) variable con otra lógica pero que determina la anterior, que consiste en la captación de anunciantes que permitan la supervivencia económica (se observará que me limito a la situación de legalidad económica habitual en democracias capitalistas occidentales, vale decir, no contemplo otras formas de financiamiento como subsidios, donaciones, etc., claves para explicar posicionamientos políticos específicos).

En el exiguo corpus trabajado en este artículo, interesaba ver la incidencia de esas estrategias en la construcción discursiva de un acontecimiento puntual (no ahondaré aquí en la complejidad que encierra esta última afirmación), seleccionado por su pertenencia a un plan de investigación que trasciende este trabajo. Además de las esbozadas en el párrafo anterior, existen otras zonas de las condiciones de producción que pueden remitirse, con todas las precauciones que requiere lo limitado de este análisis, al terreno de los imaginarios

políticos y los posicionamientos (v. n. al p. 6) antagónicos que se organizan en torno a ellos.

Podríamos, entonces, por un lado, vincular algunas de las estrategias examinadas a lo que Rosanvallon denomina figuras de la democracia impolítica (2007: 248). En ellas, queda en evidencia que el campo político tiende estructuralmente a ser puesto en posición de exterioridad respecto de la sociedad. Los ciudadanos no buscan apropiarse del poder, sino volverlo más transparente para controlarlo mejor; la transparencia, tanto física como moral, se vuelve un valor (una utopía, para cierta propaganda, más importante que la verdad o el bien común). En este sentido, se le concede a los ciudadanos contrapoderes que organizan institucionalmente la desconfianza: a) poderes de control y vigilancia, como el papel asignado a la prensa informativa, el derecho al voto (que hoy se percibe como desacralizado y no tiene otro valor más que un modo de designación de autoridades), etc.; b) formas de obstrucción (e. g. juntar firmas para hacer ingresar un proyecto de ley al Congreso). Se produce así un ciudadano controlador más fuerte que un ciudadano elector, que se inclina a renunciar tácitamente a participar en la creación del mundo común, del *vivir juntos*. No hay, en el juego político contemporáneo, algo así como indiferencia, individualismo o repliegue sobre la vida privada, sino exigencias vehiculizadas de una manera que conduce a deslegitimar los poderes a los cuales se dirigen: de aquí proviene el casi mecánico desencanto sobre el accionar de la esfera política y un actor meramente reactivo que no puede articular proyectos colectivos para conquistar el poder. A este fenómeno hay que adjuntarle una pérdida de la legibilidad global del campo político y sus mecanismos.¹⁸ Así, el juego enunciativo de *Clarín* satisface

18 Datos que pueden fundamentar esta afirmación: la percepción de que se ha erosionado la oposición entre izquierda y derecha; la perspicaz observación de F. Jameson de que ya nadie considera alternativas

este aspecto de una desconfianza instalada en el sistema democrático: responde a una posible demanda de transparencia, en orden a favorecer el control y la vigilancia.

Por otro lado, si las acciones políticas han perdido legibilidad, si falta una aprehensión global de los fenómenos ligados a la organización de la vida comunitaria, se debe esto en parte a que no se inscriben en narraciones que les otorguen consistencia simbólica. Asimismo, es de por sí un rasgo de los medios contemporáneos estructurar los hechos de acuerdo con esquemas dramáticos (generalmente de conflictos), con el objetivo de provocar movimientos emocionales diversos, dotándolos de una aparente evidencia (Charaudeau, 2006: 284). En esta dirección profundiza la estrategia enunciativa de *Página 12*; lo hace, cabe postular, en contra de esa declinación de los relatos. A riesgo de sobreinterpretar algunas de las huellas identificadas, agregaría que es posible incluso ver en esta modulación enunciativa los vestigios de ciertas mitologías políticas aún activas (cfr. Girardet, 1999), tales como el pasado legendarizado con la solidaridad y comunión como valores asociados, en donde se apoyan las visiones del provenir (“‘esta es la plaza de los 30 mil desaparecidos’, dijo y llamó a ‘profundizar el proceso de cambios’”), y el mito del héroe en tanto modelo de salvador, cuya legitimidad viene de la acción inmediata.

posibles al orden capitalista, mientras que sí es imaginable un colapso ecológico planetario: parecería más fácil imaginar el “fin del mundo” que el —mucho más modesto— fin del modo de producción capitalista (¡que sobreviviría así a una catástrofe ecológica global!). Por estas razones, entre otras, he sido aquí cauto con la introducción del vocablo ideología.

► **Señora actriz**
A los 89 años
murió Aida Luz.



CLARÍN ENTERTAINMENT

► **Infertilidad**
Cuando el tema es
de los hombres.

BIOLÓGICO SAGRO

► **El Mundial**
Opinan Cambiasso
y Mascherano.

F. G.



► **Frida, récord**
US\$ 5,6 millones
por un cuadro suyo.

P. R.

► MAS DE 150.000 PERSONAS EN LA PLAZA DE MAYO Y SUS ALREDEDORES

Rotunda muestra de poder de Kirchner

► Habló ante la mayor multitud reunida en los últimos 20 años. Llamó a construir un país "más plural". Resaltó logros de su gobierno. Nombró a Perón y Evita, elogió a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Y no mencionó la reelección, aunque fue el tema que dominó todo el acto. **P.3**

Funcionó a pleno el aparato político

El Presidente se le escapó a la custodia

análisis
EDUARDO VIMERO KOPY
Acto y discurso con pura matriz peronista



PLAZA DE MAYO. VISTA DESDE LA SECCION DEL QUAIARRO PORTENO. ANTES DE QUE NARRARA KIRCHNER, HUBO QUINCEOS E COLUMBIAS POPULARES Y SIMBOLIZADAS.

El cardenal Bergoglio criticó "la manipulación y la prepotencia"

► Fue durante el Te Deum, en la Catedral, ante Kirchner, Cristina y los ministros. Se lo interpretó como un sustituto para bajar el nivel de confrontación.

► AFECTA A CASI 2 MILLONES EN EL PAIS Otro paso adelante contra la diabetes

► Es la primera enfermedad que llegó antes de fin de año a la Argentina. Se aplicará con un vaporizador portátil al que usan los diabéticos. **P.31**

sal! El destape de la Fulop

► Cuenta cómo se decidió a ser vedado. Mide la Fulop con los mejores tallos. **OPINION CON CLARIN**



► LA MAYORA VINO DE EUROPA Buenos Aires: récord de turistas extranjeros

► Más de medio millón lo visitó en el primer trimestre del año. Aseguran que es porque los favorece el cambio y les otorga la vida múltiple. **P.44**



RECLAME GRATIS EL SUPLEMENTO ANIVERSARIO

79 años de Página/12

Los que no fueron tapa

Escritores: Claudio Giner, Juan José Luis Bruchman, Horacio Cecchi, Fernando Cobos, Fernando D'Addato, Raúl Diabatey, María Oñor, Eduardo Fabrega, José Pablo Falcón, Víctor Ginzberg, Ana Hirsch, Sergio Kamin, Pedro Lipschitz, Leonardo Mada, Sergio Mendel, Andrea Orlandi, Pablo Sankin, Pablo Szwarcman, Washington Urquiza, Alan Wray, Susana Vilar, Eduardo Vilar, Pável Viguer, Mario Zanone, Alberto Zuc



Página/12

el país a diario

Publica los días martes 25 de mayo de 2008. Año 19. Nº 832
Precio de venta sugerido: \$2,90. Distribución por suscripción: \$2,00. + IVA según ley.

LA PLAZA DE LOS TRES AÑOS

Rodeado en el escenario por Madres y Abuelas y ante una multitud reunida en la Plaza de Mayo, el presidente Néstor Kirchner celebró los tres años de su gestión. "Esta es la plaza de los 30 mil desaparecidos", dijo, y llamó a "profundizar el proceso de cambios"

"LEVANTEMOS LA DIVERSIDAD, LEVANTEMOS LA PLURALIDAD"



Escuchan y opinan: Mario Zanone, Luis Bruchman, Washington Urquiza, Diego Schuman, Martín Picou y Miguel Jaqueira

LA semana de Buenos Aires, el día sábado, se celebró en la ciudad de Córdoba un encuentro de los escritores argentinos y latinoamericanos en la casa de la cultura de la ciudad de Córdoba. Allí se celebró el encuentro de escritores argentinos y latinoamericanos en la casa de la cultura de la ciudad de Córdoba. Allí se celebró el encuentro de escritores argentinos y latinoamericanos en la casa de la cultura de la ciudad de Córdoba.

MICELI después del voto, pero poco después llegó a la Plaza de Mayo, encabezando la columna de la agitación política. La semana, poco antes de la tarde, Pablo Verbitsky, con los dos principales representantes de una izquierda del movimiento social.

Gané analizo sanciones por el acto de apoyo a la dictadura
Militares en capilla

RECLAME LAS/12

32
Sorano y las costumbres de los toreros, por Juan Sebastián

Bibliografía citada

- Authiez-Revuz, J. 1995. *Ces mots qui ne vont pas de soi. Boucles réflexives et non-coïncidences du dire*. París, Larrouse.
- Bellenger, L. 2001. *La persuasión*. México, FCE.
- Bermúdez, N. (en prensa) *El discurso del orden. Un estudio sobre el funcionamiento de los dispositivos genéricos y enunciativos en el discurso académico de posgrado*. Tesis presentada en el marco de la Maestría en Análisis del Discurso (UBA).
- Charaudeau, P. 1998. “La télévision peut-elle expliquer?”, en Bourdon, P. y Jost, F. (eds.). *Penser la télévision*. París. Nathan, pp. 249-268.
- . 2006. *Discurso político*. San Pablo, Contexto.
- Culioli, A. 1973. “Sur quelques contradictions en linguistique”, en *Communications*, n° 20, pp. 83-91.
- . 1999. “Quantité et qualité dans l'énoncé exclamatif”, en *Pour une linguistique de l'énonciation*, 3, pp. 125-134.
- . (en prensa). “Estructuración de una noción y tipología léxica. A propósito de la distinción denso, discreto, compacto”, en *Escritos*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Fisher, S. y Verón, E. 1986. “Théorie de l'énonciation et discours sociaux”, en *Études de Lettres*, n° 4, pp. 71-92.
- Fuchs, C. 1994. *Paraphrase et énonciation*. París, Ophrys.
- Fuchs, C. y Le Goffic, P. 1979. *Introducción a las problemáticas de las corrientes lingüísticas contemporáneas*. Buenos Aires, Hachette.
- Girardet, R. 1999. *Mitos y mitologías políticas*. Buenos Aires. Nueva Visión.

- Lamizet, B. 2004. “Esthétique de la limite et dialectique de l’émotion”, en *Mots*, n° 75, pp. 35-45.
- Le Bart, C. 2000. “Nommer les hommes politiques: identités prescrites, stratégiques, polémiques”, en *Mots*, Vol. 63, n° 1, pp. 127-133.
- Maingueneau, D. 2009. *Análisis de textos de comunicación*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Rosanvallon, P. 2007. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Manantial.
- Schaeffer, J. M. 1990. *La imagen precaria. Del dispositivo fotográfico*. Madrid, Cátedra.
- Tétu, J. F. 2004. “L’émotion dans les médias: dispositifs, formes et figures”, en *Mots*, n° 75, pp. 9-19.
- Traversa, O. 2005. “La tapa de semanario como dispositivo: una discusión crítica”, trabajo presentado en el *II Congreso de la Asociación Argentina de Semiótica*. Buenos Aires, 12-15 de abril 2004.
- . 2009. “Dispositivo-enunciación: en torno a sus modos de articularse”, trabajo presentado en el *VI Congreso Internacional Chileno de Semiótica: “Crítica y subjetividad: sociedad y semiótica”*. Concepción, Chile.
- Van Dijk, T. 1997. *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona, Paidós.
- Verón, E. 2005a. “Ideología y comunicación de masas: sobre la constitución del discurso burgués en la prensa semanal”, en *Fragmentos de un tejido*. Barcelona, Gedisa.
- . 2005b. “Diccionario de lugares no comunes”, en *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Gedisa.

Los autores

César González Ochoa

Doctor en Artes. Profesor de Lingüística e investigador del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es miembro del Comité científico de la revista *Discurso. Teoría y Análisis*. Entre sus últimas publicaciones *Cinco ensayos sobre la mediación* (2007) UNAM, *Memoria y melancolía* (2009) UNAM, *Prueba, verdad, demostración: notas sobre el juego de la lógica* (2009) UNAM. gonz@servidor.unam.mx

Lucas Adur Nobile

Profesor de Enseñanza Media y Superior en Letras (UBA). Becario de Posgrado I, Conicet. El título de su proyecto de tesis es "Operaciones sobre el discurso cristiano en la obra de Jorge Luis Borges". Es docente del Seminario "Ideologías lingüísticas", FFyL (UBA). Investigador tesista del Proyecto UBACyT F426. Entre sus últimos artículos: "Fascinación y rechazo. Borges ante la intelectualidad católica argentina" (2009), en *Orbis Tertius*, UNLP; "El hombre más extraordinario que recuerda la historia. Borges y la *Vida de Jesús* de Ernest Renan." (en prensa) *Borges-Francia*, UCA. Trabaja en el Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). lucasadur@filo.uba.ar

María Victoria Ferrero

Investigadora en el Proyecto UBACyT F426. Entre sus últimos trabajos: “La *crónica ilustrada*: un dispositivo pedagógico en la prensa del Centenario argentino” (en prensa), en *Discurso*, UNAM. Trabaja en el Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). mvferrero@filo.uba.ar

Pablo Von Stecher

Licenciado y Profesor de Enseñanza Media y Superior en Letras (UBA). Becario de Posgrado I, Conicet. Su tema de tesis es: “Científicos y políticos del Centenario. La articulación del disciplinamiento social en el discurso médico y en el discurso sociopolítico”. Es profesor de Semiología (CBC, UBA). Recientemente ha publicado: “Los médicos argentinos y la construcción de la memoria científica nacional. Un abordaje discursivo” (*Afuera, Revista de Crítica Cultural*, 2009) y “Adoctrinar a los jóvenes. Construcción del *ethos* y del auditorio en los discursos académicos argentinos del Centenario: un análisis comparativo” (*Lenguaje*, Universidad del Valle, Colombia). Es investigador del Proyecto UBACyT F426. Trabaja en el Instituto de Lingüística, FFyL (UBA). pablonstecher@filo.uba.ar

Gabriel Torem

Licenciado en Letras y traductor de inglés. Docente de la FFyL (UBA) y del IES en Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández. Investigador del Proyecto UBACyT F426. Es docente e investigador en lengua quichua. Su último artículo es “¿Quién dijo que faltan expertos que escriban en lenguas originarias? Una reivindicación de Sisa Pallana, de Mario Tebes y Atila Karlovich” (en <http://www.adilq.com.ar/torem02.htm> [subido en junio 2010]). intisuma-jpas@gmail.com

Victoria García

Licenciada y Profesora de Enseñanza Media y Superior en Letras (UBA). Becaria de Posgrado tipo I, Conicet. Título del proyecto de tesis: “Transformaciones políticas, reformulaciones interdiscursivas: el proceso de producción de los testimonios de Rodolfo Jorge Walsh”. Es investigadora tesista en el Proyecto UBACyT F426. Entre sus últimos artículos: “Autor, editor, puesta en obra: desencuentros y conciliaciones en los contornos de un libro” (en prensa), *Discurso*, UNAM. Trabaja en el Instituto de Lingüística, FFyL (UBA). vicgg@filo.uba.ar

Cristian Palacios

Licenciado y Profesor de Enseñanza Media y Superior en Letras (UBA). Becario de Posgrado tipo I, Conicet con el proyecto de tesis: "Humor y Política: la dimensión ideológica del humor en la obra de Roberto Fontanarrosa". Investigador del Proyecto UBACYT F426, Instituto de lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras. Forma parte del seminario de posgrado sobre Formatos mediáticos para la producción de lo artístico, IUNA. Ha recibido la beca UAM-Grupo Santander y la beca de Investigación del Fondo Nacional de las Artes. Investigador del Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras. atenalplaneta@yahoo.com.ar

Graciana Vázquez Villanueva

Doctora en Letras, orientación en Lingüística, FFyL (UBA). Temas de especialización: análisis del discurso; políticas del lenguaje. Directora del proyecto UBACYT F426 "Ideologías políticas e ideologías lingüísticas en el Centenario y en el Bicentenario". Sus últimas publicaciones: "Panhispanismo ¿colonialidad del poder?" (2010), en *Discurso*, UNAM. "La ciudad como signo" (2010), en *Figuraciones*, n° 7. "Los constructores de herramientas 2: un léxico posible para las prácticas de escritura" (2009), en *Comunicación, cultura, información*. "Analizar el discurso de los telespectadores: hacia una política pública para el Proyecto de Ley de Comunicación Audiovisual" (2009), en *Espacios de crítica y producción* n° 42, FFyL (UBA). Lugar de trabajo: Instituto de Lingüística, FFyL (UBA). gvazquez@filo.uba.ar

Nicolás Bermúdez

Magister en Análisis del Discurso y becario doctoral de la UBA. Título del proyecto de tesis: "Identidad nacional, proyecto de Estado-nación, modelo de ciudadano: la memoria discursiva del discurso político-institucional e intelectual frente al Bicentenario (2005-2010)". Investigador tesista del Proyecto UBACYT F426. Entre sus últimas publicaciones: "El discurso como problema de la crítica. Sobre algunas condiciones del análisis del discurso literario" (2010), en *Figuraciones*, n° 7, "Apuntes para una investigación de lo architextual en la contemporaneidad" (2010), en *Espacios de crítica y producción* n° 42. Lugar de trabajo: Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). nicolasberm@filo.uba.ar

Índice

Introducción	5
<i>Graciana Vázquez Villanueva y Nicolás Bermúdez</i>	
Los usos de la memoria en los comienzos del siglo XX: en torno del Centenario	
Monumentos del Centenario	15
<i>César González Ochoa</i>	
Dios y patria. Una lectura de la <i>Oración patriótica</i> (1910)	41
<i>Lucas Martín Adur Nobile</i>	
La construcción de la memoria discursiva nacional de Mayo en <i>Caras y Caretas</i> del Centenario	69
<i>María Victoria Ferrero</i>	
Instrucción médica y defensa social. El discurso de los científicos de la salud en la Universidad de Buenos Aires (1890-1910)	111
<i>Pablo von Stecher</i>	
La revista <i>Ideas y Figuras</i> en el Centenario. Algunas claves para leer la relación entre el anarquismo y las clases populares	135
<i>Gabriel Torem</i>	

Entre el Centenario y el Bicentenario: memorias intermedias

Configuraciones de Mayo en la prensa nacionalista
católica del sesquicentenario: un caso, *Azul y Blanco* 159
Victoria García

La única realidad es la realidad. La proyección
de la historia en los monólogos de Tato Bores 185
Cristian Palacios

Los tiempos del Bicentenario: la cuestión de la memoria y la conmemoración

Discurso intelectual y Bicentenario: memorias y utopías 209
Graciana Vázquez Villanueva

El discurso político y su reconocimiento por la prensa gráfica.
Acerca de la construcción de acontecimientos políticos en tapas 235
Nicolás Bermúdez

Los autores 269